BREVE HISTORIA de los...

CONQUISTADORES

José María González Ochoa

Descubra la historia de un continente y sus protagonistas: Colón, De la Cosa, Magallanes, Elcano, Urdaneta, los Balboa, Hernán Cortés, Pizarro, … personajes con aureola de héroes y sombras de villanos, mitificados y denostados, pero a los que nadie podrá negar sus hazañas, sus gestas inigualables, sus acciones brillantes y desmesurada



Breve historia de los conquistadores desarrolla cronológicamente la exploración, conquista y colonización del Nuevo Mundo. Desde el arribo a los primeros islotes caribeños hasta el dibujo definitivo de todo un continente, de las praderas americanas hasta las heladas aguas del estrecho de Magallanes.

Su autor, José María González Ochoa, muestra el asombro de los conquistadores ante la belleza de las tierras y las civilizaciones americanas, al tiempo que contemplan su rápida desaparición y el surgimiento de algo nuevo, muy diferente, y en constante evolución. A partir de 1492, el mundo cambió, la historia se aceleró gracias a un puñado de exploradores, navegantes, soldados y conquistadores que protagonizaron la mayor transformación que experimentó el planeta hasta ese momento.

Descubra las biografías de los descubridores e inventores de un nuevo continente. Unos hombres dominados por el ansia de saber, de ir más allá, de alcanzar lo nunca alcanzado, cuya genialidad se reconoce en dos rasgos innegables: están enraizados en su época pero alcanzan a vislumbrar el futuro.

Lectulandia

José María González Ochoa

Breve historia de los conquistadores

Breve historia: Protagonistas - 27

ePub r1.0
FLeCos 15.07.2018

Título original: *Breve historia de los conquistadores*
José María González Ochoa, 2014

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

A Lydia Escribano,
en prueba de amistad y confianza

Proemio
El hacha frente a la carta náutica

Entre la impresionante estatua de Leif Eríksson, erigida por Alexander Stirling Calder en la colina que domina el centro de Reikiavik, y la de Cristóbal Colón, que se levanta sobre una gran pilastra al final de la rambla barcelonesa frente al puerto, encontramos las suficientes diferencias como para explicar y simbolizar el éxito del descubrimiento colombino y el probable e intranscendente arribo americano del islandés.

El gigante vikingo sostiene un hacha de proporciones míticas, su mirada altiva otea un océano casi siempre oscuro y misterioso. Todo él es fuerza, fiereza, arrojo e ímpetu. Se tiene la sensación de que va a bajar del pedestal y emprender de nuevo la navegación hacia lo remoto. No mira nada en concreto; sólo al mar inmenso y frío. Por contra, Colón señala algo de forma precisa, con la convicción y la fuerza del que conoce, de quien mira un horizonte sabedor de que allá, sin verlo, está lo que busca. Y en vez de hacha tiene unos pergaminos, cartas náuticas, mapas: ciencia en definitiva. Eríksson buscaba esclavos, mujeres, madera, bacalaos, riquezas para robarlas y llevarlas a su isla. Colón buscaba una ruta para comerciar con especies. Robo y comercio. Barbarie y civilización. La fuerza frente a la ciencia.

La arqueología tiene pruebas de que fueron Eríksson y compatriotas islandeses quienes primero llegaron a las costas norteamericanas en el siglo X. Además de probable, resulta lógico, dada la cercanía geográfica y la temeridad de los navegantes vikingos. Pero para descubrir tiene que existir tanto el propósito de ir hacia algo buscado como el de regresar y contarlo. Agustín de Foxá lo expresó de forma desenfadada y clara: «El mérito de Colón no estuvo en llegar y descubrir, sino que vino y nos dijo: ¡Esto es un descubrimiento!».

Eríksson llegó a América de casualidad. Habitó temporalmente en la ensenada de los Meadows, en la punta oeste de Terranova, y se marchó para siempre. No le interesaba, no la necesitaba. Colón buscó toda su vida llegar a las Indias. Necesitaba ese nuevo horizonte; España y Europa también. La aventura colombina y todo lo que siguió era un claro signo de su tiempo, una manifestación –quizá la más conocida y trascendente– de las transformaciones que España y Europa estaban experimentando.

Colón representa al científico moderno, regido por la necesidad de probar con la experiencia lo que el intelecto intuye. En él se reúnen el arrojo del marino, la ambición mercantil y el ansia de saber. El Mediterráneo pronto se le queda pequeño, necesita ampliar los horizontes y mira hacia donde nadie se atreve. Pero, además, apoya sus conjeturas en los textos clásicos, en la Biblia, en los relatos de navegantes, en cálculos matemáticos y en evidencias físicas.

También estaba la fe, la religiosa con un sentido mesiánico y evangelizador, pero

sobre todo la fe en sí mismo, en el hombre: estaba convencido de la viabilidad de su proyecto y creía en sus ideas. Por otra parte, la biografía del genovés está marcada por el individualismo y la búsqueda de la libertad: nunca sirvió mucho tiempo al mismo señor, no se arredró ante reyes o eclesiásticos, consiguió lo que quiso en las capitulaciones y se enfrentó a los monarcas más poderosos de su época cuando no cumplieron lo estipulado.

En definitiva, Colón es un personaje profundamente renacentista, pero con rasgos claros del hombre moderno (ansia de libertad, ambición y profundo individualismo). Es el signo de los genios: estar enraizado en su época y vislumbrar el futuro.

Y detrás del marino, una sociedad inquieta, efervescente, con ánimos expansionistas a la vez que se sentía presionada por el avance turco. En aquel momento, el viejo continente deseaba darse forma.

Y ejemplo de esa ebullición europea eran las monarquías ibéricas, especialmente la española, que modelaba un Estado moderno. Además, España contaba con una excelente situación geográfica de puente entre Europa y América, reforzada por la toma de Canarias en 1580, poseía recursos humanos y económicos, la Reconquista había acostumbrado a la población a los traslados y a la colonización de nuevas tierras, existía una arraigada tradición marinera, la sabiduría acumulada de navegantes y cartógrafos mallorquines y catalanes, excelentes puertos con vocación atlántica y una población habituada a desplazarse. Los Reyes Católicos, a punto de culminar su dominio territorial, ansiaban nuevos horizontes.

Ante esto, Colón estaba abocado a armar sus barcos en el Guadalquivir. Si el colosal Leif Eríksson hubiese nacido cinco siglos más tarde, también hubiese tenido que salir de la fría y brumosa Islandia rumbo al sur, para abastecer sus navíos en la resplandeciente y tórrida Sevilla.



Vista general de la ciudad de Sevilla. Museo de América.

Al otro lado, América llevaba siglos de aislamiento que no correspondían con la evolución de las sociedades europeas, africanas y asiáticas. Los pueblos americanos ya no podían seguir al margen de la historia global ni ignorándose entre sí. El

encuentro era inevitable y las diferencias de desarrollo civilizacional lo iban a hacer desigual.

En conclusión, el descubrimiento no fue un hecho casual, sino la culminación histórica de algo largamente preparado. Podían haber sido los chinos, o los turcos, o los venecianos o los ingleses, pero en aquel el justo momento histórico la nación que demostró estar más técnica y animosamente preparada fue España. Esto es lo que distinguió a los vikingos de los españoles, a Eríksson de Colón, al éxito colonizador europeo frente al aislamiento americano. El hacha frente a la carta náutica.

Los viajes de Cristóbal Colón

Hoy nadie duda acerca de la fecha, 1451, ni del lugar de nacimiento de Cristóbal Colón, aunque se especula si fue en la casa paterna en Quinto, la de los abuelos en Quezzi o en la que trabajaba y guardaba su padre en la misma Génova. Sea en cual fuere –Quinto y Quezzi eran aldeas cercanas a Génova–, queda clara su procedencia a pesar de la densa literatura que hay sobre su origen, así como su temprana vocación marítima. Aprendió los secretos del mar en el Mediterráneo; con catorce años estaba ya embarcado. Fue corsario al servicio de Renato de Anjou, y luego mercadeó con azúcar hasta que con veinte años comenzó a surcar las más complejas aguas atlánticas llegando a latitudes tan septentrionales como Islandia y por el sur hasta Mina, en Guinea.

Entre Portugal y España

Avecindado en Lisboa cuando pisaba tierra, en 1479 se casó con Felipa Moniz de Perestrelo, hija de un antiguo gobernador de Porto Santo, buen conocedor de las rutas y travesías atlánticas. Heredó de su suegro gran cantidad de mapas y cartas de marear, además de interesante información recogida en sus años de marino. Vivió un tiempo en Madeira y allí, en aquel ambiente de travesías reales y ficticias, de relatos tan inverosímiles como posibles que siempre ambientan las costas isleñas y que hablaban de lugares remotos a los que muy pocos habían llegado, comenzó a pensar que, quizá, al otro lado del océano se hallaba el Cipango de Marco Polo y que se podían alcanzar las Indias y China por la ruta marítima occidental.

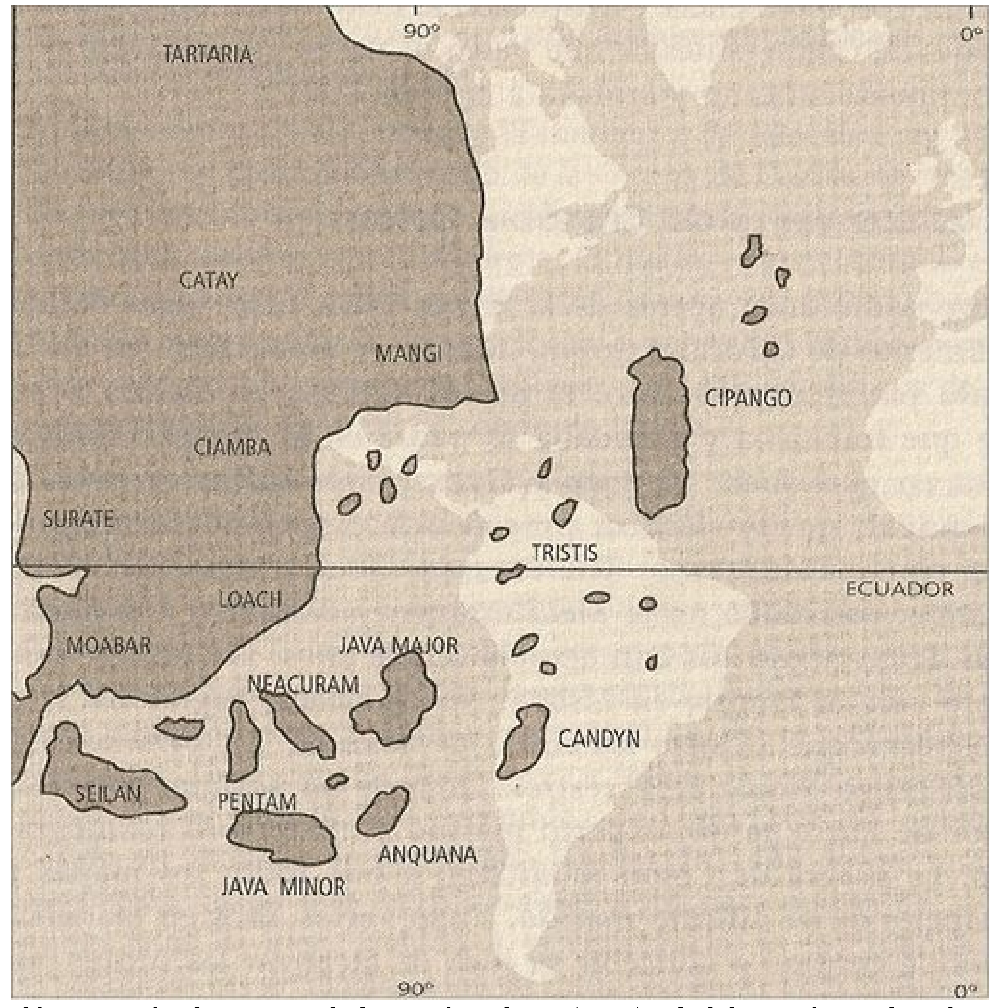
En aquellos momentos Portugal estaba ya inmersa en la carrera por circunnavegar África y alcanzar la ruta de las Indias por el levante. Mas Colón la intuía por el poniente. Reflexiona sobre su proyecto, lee los textos de viajeros como Plinio el Viejo, Pierre d'Ailly, Silvio Piccolomini y Marco Polo. Estudia bien la carta y el mapa de Toscanelli, que trazaba una supuesta singladura hacia el oriente asiático. Entre 1583 y 1584 negocia con Juan II de Portugal la financiación de una flota que busque las Indias por occidente. Pero ni el rey Juan II ni sus asesores náuticos la creen factible, además, tras firmar el Tratado de Alcáçovas (1479) con los españoles, la Corona portuguesa ha apostado por alcanzar Oriente por levante y sus naves cada vez están más cerca de encontrar el paso hacia el Índico (en 1487 Bartolomé Días logró doblar el cabo de Buena Esperanza). Desilusionado y enfadado, Colón abandonó Portugal y apostó por presentar su proyecto a la poderosa monarquía vecina.

Colón disponía en España de una buena red de contactos y conocidos que le animaron a madurar su proyecto. Entre su extensa red de amistades y apoyos estaban eminentes hombres de Iglesia como Diego Deza, preceptor del príncipe Juan, Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, o el mismísimo cardenal Cisneros y los frailes franciscanos de La Rábida, su primer refugio hispano, pero además gente tan influyente y poderosa como los duques de Medinaceli y Medina Sidonia, Álvaro de Portugal, primo hermano de la reina Isabel, el banquero converso valenciano Luis de Santángel y el genovés Francesco Pinelli, quienes a la postre pusieron una parte de los maravedís necesarios para el viaje.

En 1486, en Alcalá de Henares, Colón presentó su proyecto a los Reyes Católicos. Examinado por una comisión de expertos, el plan fue rechazado. En sí no era más que un montón de suposiciones y datos falsos o incomprobables. Además, los monarcas y sus nobles andaban más preocupados por acabar con los últimos reductos nazaríes de Granada y culminar la empresa de la Reconquista. Pero Colón estaba convencido de que se podía alcanzar Asia desde Europa por una ruta marítima atlántica y, lo que era más importante, que entre los dos continentes existían islas.

Decepcionado, Colón envía a su hermano Bartolomé a buscar posibles inversores en las cortes de Francia e Inglaterra, con poco éxito. Además es sabedor de que sólo Castilla poseía recursos y voluntades para llevar a cabo su plan, por ello nunca abandona España. Encuentra refugio en el monasterio de La Rábida. Gracias a los frailes Antonio Marchena y Juan Pérez, comenzará a ganar apoyos en la Corte. Mientras, viaja por Andalucía, conoce a su amante, Beatriz Enríquez de Arana, entra en contacto con el ambiente portuario de Sevilla y Cádiz y entabla amistad con algunos de los marinos que más tarde lo acompañarán en sus viajes a las Indias.

En enero de 1492, al caer Granada, el genovés se presenta ante los Reyes Católicos. Su proyecto de viaje vuelve a ser rechazado. Desanimado, decide regresar a La Rábida. En el camino de vuelta, en Pinos Puente, le alcanza un emisario real. No están claros los motivos que provocaron el cambio de parecer de los monarcas y la aceptación de sus prerrogativas. Se han apuntado ideas como el clima de euforia tras derrotar al islam, el sentimiento de ser una nación elegida por Dios, la aportación relativamente modesta que debía hacer la Corona y el celo personal de la reina Isabel. Sea como fuere, el proyecto colombino se pone, al fin, en marcha.



Concepción atlántica según el mapamundi de Martín Behaim (1492). El globo terráqueo de Behaim es la esfera europea conservada más antigua que presenta la visión del mundo, en especial del Atlántico, muy parecida a como la pensó Colón. La concepción de Behaim mantiene las antiguas teorías sobre la relación de los continentes con los océanos, teorías transmitidas desde la época griega y reelaboradas y perfeccionadas por intelectuales medievales como Roger Bacon, el cardenal d’Ailly y Toscanelli, y plenamente asumidas por Colón. El horizonte

colombino era la mítica isla de Cipango (Japón) en la que, según la leyenda extendida por Marco Polo, abundaban el oro, las piedras preciosas y las especias.

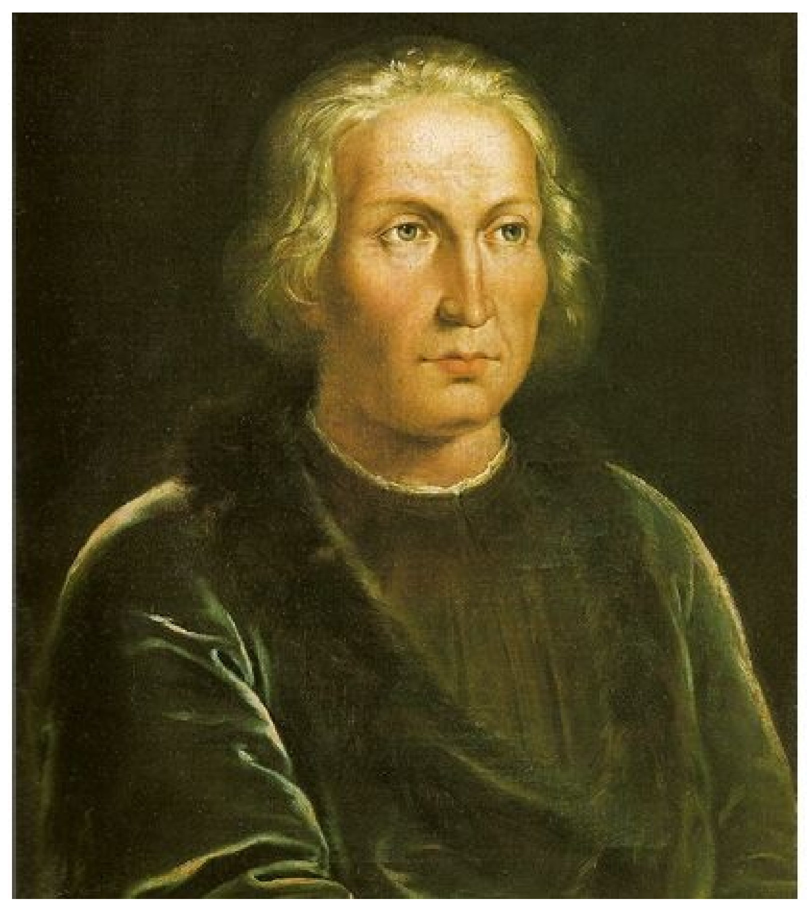
Por otro lado, el Tratado de Alcáçovas de 1479 impedía a los Reyes Católicos la expansión marítima meridional por el camino de levante hacia las Indias. Si el proyecto de Colón tenía éxito, podría evitar la situación de inferioridad a la que se veían abocados y abriría excepcionales posibilidades a las ansias expansionistas de los castellanos.

Un personaje lleno de interrogantes

Figura atractiva sólo por los hechos sobradamente conocidos y documentados, Cristóbal Colón sigue siendo un personaje rodeado de misterios, algunos de ellos sin base sobre los que sustentarlos, como su origen, documentado en Génova, pero hay quien insiste en hacerlo catalán, griego o islandés. La biografía escrita por su hijo Hernando, llena de exageraciones y mentiras, el deseo de borrar el pasado más oscuro de un ego descomunal y la fascinación que ejerce ser el primer hombre en poner en contacto continentes desconocidos hacen que todavía hoy se escriban teorías sobre su vida, sus viajes y sus conocimientos previos al descubrimiento. El historiador español Juan Manzano, apoyado en un convincente acopio de datos, afirma que Colón conoció a un piloto que había arribado a las costas americanas en un viaje anterior, de ahí su vehemencia a la hora de negociar y perseverar en su proyecto. El historiador argentino, Gandía de Tucumán, afirma que el «piloto desconocido» fue el propio suegro de Colón, entre cuyos papeles estaba toda esa información. Incluso el historiador peruano Ulloa piensa que fue el mismísimo Colón quien arribó secretamente a varias islas del Caribe en alguna de sus singladuras por el Atlántico partiendo desde Madeira o Las Azores. No hay pruebas irrefutables para afirmar que Colón fuese el prenauta, si bien no es imposible pensar que, navegando entre Guinea y la península ibérica, algunas tormentas empujasen los barcos hacia las costas americanas. Más difícil resulta aceptar que esos marineros pudieran regresar para contarlo… y que uno de ellos fuese Colón o su suegro.

Descubrimiento y nuevos viajes

La trama de amistades y el apoyo financiero de diversos amigos genoveses e italianos que eran cercanos a la corte, más cierto empeño personal de la reina Isabel y el cálculo político y comercial de Fernando –arriesgaba poco y podía obtener mucho– obraron el cambio que permitió firmar, el 17 de abril de 1492, las llamadas Capitulaciones de Santa Fe, donde se dejaba claro que los reyes se reservan la titularidad de lo descubierto y un porcentaje de sus riquezas y recursos a cambio de financiar y permitir la expedición. Colón también salía muy beneficiado de las capitulaciones, pues era nombrado virrey perpetuo y gobernador de todo lo que descubriera, almirante hereditario de la mar Océana, el diez por ciento de las fortunas y tesoros que se descubriesen y una octava parte de las ganancias del tráfico y el comercio que se pudiera generar.



Retrato de Cristóbal Colón. Copiado en 1828 a partir de una estampa de Alejandro Capriolo. Museo Naval de Madrid. Personaje de enorme trascendencia histórica y compleja personalidad, su vida y sus viajes siguen fascinando y son fuente de elucubraciones y teorías. Todavía hoy se revisa su biografía y se especula sobre sus conocimientos previos al descubrimiento.

Para finales de julio, Colón ya tiene armadas dos carabelas, *Pinta* y *Niña*, y una nao, *Santa María*, alistados ochenta y nueve tripulantes y todo el bastimento necesario para hacerse a la mar. El 3 de agosto de 1492 zarpa de Palos (Huelva). Semanas después atraca en la Gomera para reparar el timón y aparejar nuevas velas

en la *Pinta*, hacer aguada y abastecerse de comida fresca. Tras una lenta e impaciente navegación de treinta y tres días, a las dos de la madrugada del 12 de octubre por fin alguien da el aviso de «¡Tierra a la vista!». Habían alcanzado el islote de Guanahaní, bautizado tan adecuadamente como El Salvador. Colón y sus hombres están vislumbrando el Nuevo Mundo. Ellos creen que son las islas que anteceden al Cipango, a la China de Marco Polo, sin ser conscientes de que van a desvelar todo un continente que permanece aislado desde hace millones de años y que en breve van a estrechar el mundo. La historia comienza a acelerarse.

Los descubridores colombinos navegan por islas desconocidas que hoy sabemos eran las Bahamas, Cuba y La Española (Santo Domingo). Frente a las costas de Haití, la *Santa María* naufraga, y con sus restos se construye el primer asentamiento hispano en el Nuevo Mundo: el fuerte de Navidad. Allí dejará Colón a cuarenta hombres hasta que pueda regresar con más gente y provisiones. En aquel pequeño campamento, protegido con una simple empalizada, esos cuarenta marineros inician lo que será la colonización y urbanización de América.

Las carabelas *Pinta* y *Niña* regresan a España. La navegación se vio alterada por fuertes tormentas. Primero debieron refugiarse en el archipiélago azorino, y luego, cerca ya de las costas peninsulares, un fuerte temporal hizo que ambas naves se separaran. La *Pinta* fue la primera en atracar en tierra española, entrando en el puerto de Bayona (La Coruña) el 1 de marzo de 1493. La *Pinta*, en la que viajaba el almirante, llegó primero a Lisboa el 4 de marzo. El propio rey de Portugal pidió entrevistarse con él y saber de sus viajes. Se supone que intentó comprarle información y advertirlo de que sus descubrimientos no alterasen el *statu quo* establecido en Alcáçovas. Finalmente, la *Pinta* atracó en Palos el 15 de marzo de 1493.

Colón había partido buscando una nueva ruta hacia Oriente para poder comerciar con sus preciadas especias, pero, sin él saberlo ni aceptarlo, se había encontrado con un nuevo continente. Regresaba sin ninguna especia pero con un prometedor horizonte.

Los Reyes Católicos conocieron la noticia de su regreso en Barcelona. Colón partió hacia Cataluña acompañado de los siete indios caribes que se había traído, unas bolsas de oro en polvo y una exótica colección de pájaros. El encuentro entre los soberanos y el almirante se produjo en el monasterio barcelonés de San Juan de la Murta, en un ambiente de euforia y satisfacción.

El segundo viaje de Colón es mucho más ambicioso. Parte desde Cádiz con diecisiete naves el 25 de septiembre de 1493. Hace escala en el Hierro y, después de celebrar el primer aniversario del descubrimiento, parte de nuevo hacia el Caribe trazando una ruta más al sur que la primera. Descubre las Pequeñas Antillas y establece asentamientos de colonos en La Española. Explora Cuba, Jamaica y Puerto Rico. El día de Reyes de 1494 fundó la ciudad de La Isabela, en honor de la reina, su protectora. En junio de 1496 regresa a España dejando ya una población estable de

colonos.

Para el tercer viaje, Colón encontrará más dificultades en la corte española y tendrá que echar mano de su buena red de amigos y contactos genoveses, los Fieschi, Di Negro, Centurione, Spinola o Grimaldi entre otros banqueros, comerciantes y navieros que ya veían perspectivas claras de negocio con las nuevas rutas. En mayo de 1498 vuelve a embarcarse en Sanlúcar de Barrameda al frente de una flota de seis navíos. Recala con cierta nostalgia en la isla de Porto Santo, hace aguada en Madeira y, por una ruta más meridional, arriba a la isla de Trinidad. Se interna por el golfo de Paira o golfo de las Perlas y explora la costa hasta la gran desembocadura del Orinoco. Desembarcó en Macuro (Venezuela) tocando por primera vez tierra continental. Para entonces parece evidente que está ante un «nuevo mundo» muy diferente al Oriente que buscaba, pero él persiste en querer creer que esas tierras e islas son las orientales.

Mientras, los colonos de La Española, liderados por Francisco Roldán, se habían rebelado. Defraudados por las escasas riquezas encontradas, hostilizados por los indios taínos y caribes que no aceptaban la sumisión, habían incluso enviado emisarios a España para mostrar su descontento en la Corte. Para entonces Colón ya no es el gran almirante del descubrimiento, sus actuaciones desmedidas y su clara vinculación con Génova, que desde 1499 era un señorío francés, y especialmente con la afrancesada familia de los Fieschi, levantan recelos en España. Los Reyes Católicos nombran a Francisco de Bobadilla administrador real. Al llegar a La Española y comprobar el caos administrativo, Bobadilla detiene a Cristóbal y a su hermano Diego Colón acusándolos de no respetar las órdenes reales y los remite a la Península.

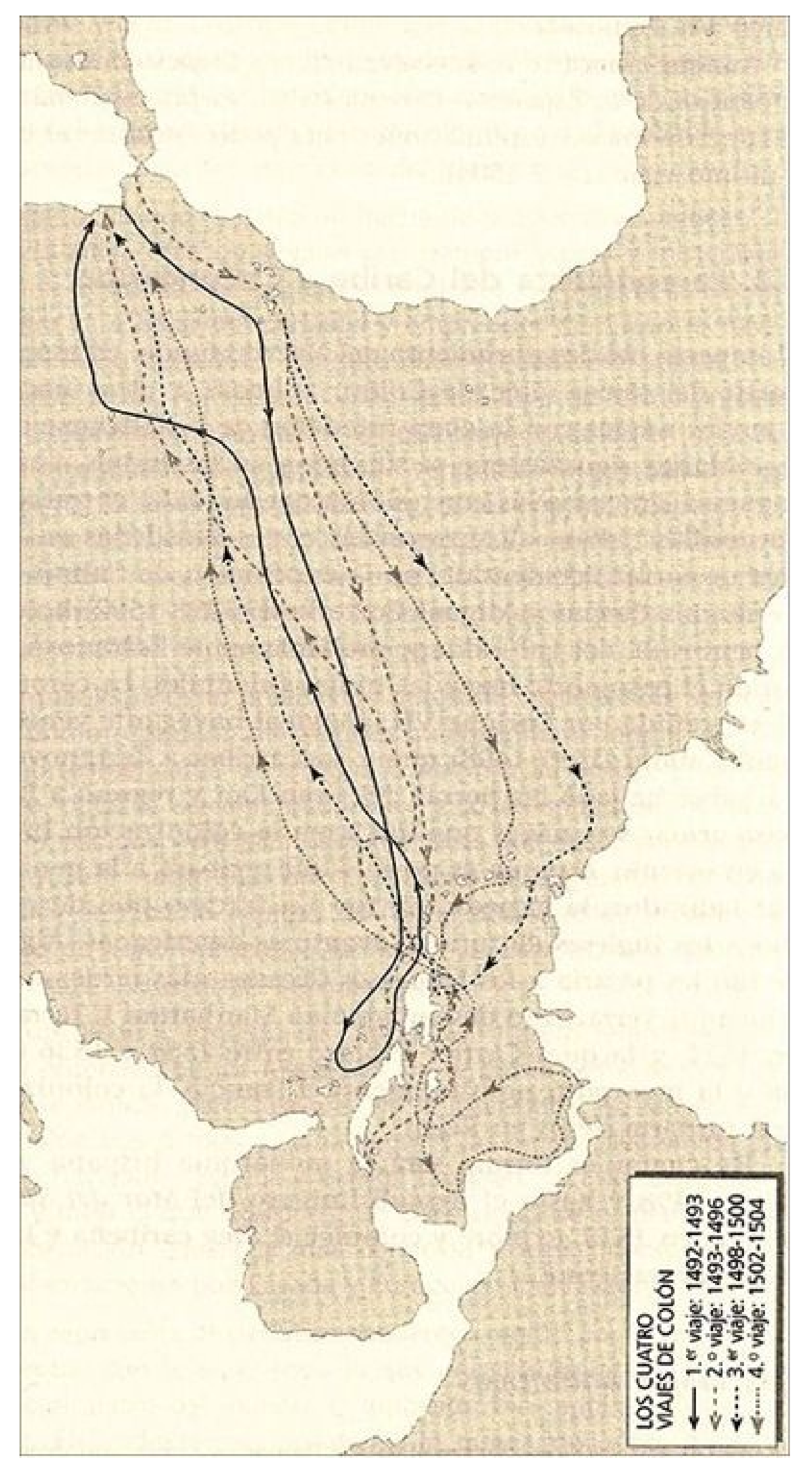
El viaje final

Desprestigiado, humillado y alejado de sus territorios, Colón iniciará una lucha política y legal por recuperar bienes y honores. El rey Fernando no quiere que Colón administre ningún territorio de ultramar y quiere mantenerlo alejado. En esos momentos se conceden licencias y capitulaciones de exploración a otros marineros y empresarios. Sólo la vieja simpatía de la reina Isabel le permitirá organizar el cuarto y último viaje.

Para su postrera travesía de 1502, Cristóbal Colón tuvo que pedir ayuda financiera a sus amigos genoveses, pues su crédito en la Península estaba agotado. Artrítico, con medio centenar de años y una notable deficiencia visual, se hizo acompañar por su hijo Hernando, su hermano Bartolomé y su valedor Bartolomé Fieschi. Partió de España con la convicción del enajenado de que lo por él descubierto era Oriente. Creía firmemente que era la provincia china de Bangui y que navegando hacia el sur hallaría el paso hacia la masa continental oriental y las islas de la Especería. Cuando se hallaban cerca de Santo Domingo, un huracán y la negativa de Ovando a dejarle fondear en la isla lo llevaron a Honduras. A duras penas exploró Nicaragua, la costa de los Mosquitos o Veragua, hoy Panamá. Se vio obligado a pasar la Navidad de 1503 en lo que denominó Santa María de Belén, donde fundó una pequeña población. El viaje de regreso estuvo marcado por averías, motines y la humillación de tener que solicitar ayuda a Nicolás de Ovando. Al poco de regresar, el 26 de noviembre de 1504, moría la reina Isabel. Era la señal definitiva del ocaso del almirante.

Ni los nuevos reyes de Castilla, doña Juana y don Felipe, ni el rey Fernando II de Aragón le aceptaron sus reivindicaciones. Testarudo, seguía convencido de haber alcanzado las Indias Orientales y así lo mantenía ante quien quisiera escucharlo en su refugio monacal de los franciscanos de Valladolid. Murió el 21 de mayo de 1506 mientras esperaba que se atendieran sus reclamaciones y hacía planes con sus amigos genoveses para que al menos sus hijos y su hermano Bartolomé heredasen títulos y territorios.

Sin duda la empresa del genovés había sido de una audacia increíble, fruto de su intuición, sus conocimientos, su ambición y de cierta dosis de fortuna. El instinto marino y el conocimiento náutico de Colón se demuestran al comprobar que desde el primer viaje traza ya la ruta ideal. El gran mérito es que desde el principio supo volver por la derrota más favorable a los vientos del oeste. Desde el segundo viaje, las rutas de ida y vuelta quedaron perfectamente establecidas para los siguientes cuatro siglos.



Los cuatro viajes de Cristóbal Colón (1492-1502)

La legitimación jurídica de la conquista

Nada más descubrirse las primeras tierras americanas, se discutió el derecho de los españoles a conquistarlas y dominarlas frente a las demás naciones. En el primer viaje de Colón se creía que se había trazado la ruta occidental hacia las Indias orientales, lo que significaba el enfrentamiento con Portugal, según lo estipulado en el Tratado de Alcáçovas (1479). Ambas naciones solicitaron la mediación del papa.

El 3 de mayo de 1493, Alejandro VI promulgó la bula *Inter Caetera*, que concedía a los Reyes Católicos todo lo descubierto y por descubrir navegando por el Atlántico hacia occidente. El 4 de mayo

promulgó la segunda bula *Inter Caetera* en la que se trazaba una línea de separación –una línea o meridiano de norte a sur, cien leguas al oeste de las Azores y las islas de Cabo Verde– a partir de la cual lo descubierto era donado por la Santa Sede a la Corona de Castilla con la obligación de evangelizar a los naturales de las nuevas tierras. La intervención del papa estaba justificada por el hecho de ser considerado *dominus orbis*, según el derecho teocrático medieval, y poder disponer a su voluntad de las tierras de paganos o infieles, con potestad para donarlas a cualquier príncipe cristiano si se comprometía a evangelizar dichos territorios. Ya existía el precedente del código de las Partidas de Alfonso X, vigente en Castilla, donde se admitía la donación papal como modo de adquirir predios.

Las bulas promulgadas por el papa no fueron aceptadas por Juan II de Portugal. Los portugueses mandaron una delegación a Castilla para negociar con la reina Isabel. El monarca luso acusaba a España de incumplir el Tratado de Alcáçovas –ratificado por el papado en 1481 bajo pena de excomunión a quien no lo respetase–, por el cual los reyes españoles se comprometían a no enviar naves hacia el oeste de las Azores. Juan II proponía una nueva demarcación: el paralelo de las Canarias fijaría los nuevos límites, el norte para Castilla y el sur para Portugal. Comisionados y expertos de cada país discurrieron sobre este asunto durante más de un año, hasta que el 7 de junio de 1494 ambas Coronas firmaron el Tratado de Tordesillas, situando una nueva línea de demarcación a trescientas setenta leguas al oeste de Cabo Verde (Portugal ganaba doscientas setenta leguas respecto a lo establecido en las bulas papales), con la reserva de que las tierras o islas ya ocupadas por los españoles les seguirían perteneciendo. Esta nueva delimitación permitió que Portugal se adueñara de territorios americanos y el descubrimiento accidental de Brasil por Álvares Cabral (1500). Por el contrario, Castilla ganó el monopolio comercial en la Berbería de Levante, asentándose desde entonces la presencia hispana en el norte de África (en 1497 se tomó Melilla), al tiempo que obtenía el derecho a conquistar territorios en el Pacífico, posteriormente traducidos en la conquista de Filipinas y archipiélagos adyacentes.

Las demás naciones no aceptaron ni las bulas ni el Tratado de Tordesillas. El rey francés Francisco I reclamó al papa, en tono irónico, el testamento de Adán para justificar la donación, y Enrique VIII de Inglaterra mandó expediciones al norte de los territorios descubiertos, siendo frecuentes las escaramuzas con los barcos españoles. Sin embargo, en la práctica, y mientras el poder español lo permitió, se respetó el derecho de conquista y ocupación y el monopolio comercial.

Sea como fuere, el caso es que la intervención papal dio legitimidad o, como señalan algunos autores, confirmó un hecho jurídico válido, aceptado por el resto de las naciones, aunque no fuese de su agrado. En 1518, dentro del propio ordenamiento jurídico interno, las Cortes de Valladolid incorporaron las Indias a la Corona de Castilla.

La conquista del Caribe y Circuncaribe

Los éxitos de los viajes colombinos impresionaron a Europa, y las naciones con mayor potencial económico y marítimo comenzaron a pertrechar flotas que les permitiesen disputar a los peninsulares los beneficios que se suponía escondían las nuevas tierras o las nuevas rutas hacia Oriente. Los portugueses, gracias a las concesiones que les daba el Tratado de Tordesillas (1494), alcanzaron las costas brasileñas en 1500, casi de forma accidental, con la expedición de Cabral, y los hermanos Gaspar y Miguel Corte Real (1498-1502) bojearon la península del Labrador y, probablemente, Terranova, buscando el paso norte hacia las Indias Orientales. La Corona inglesa, ceñida por Enrique VII, apoyó al navegante veneciano Juan Caboto (1497-1498), quien tras arribar a Terranova creyendo haber llegado a las tierras de Cipango o del Gran Kan regresó a Bristol. Con apoyo de comerciantes, empresarios y la propia Corona británica, Caboto obtuvo financiación y licencia para armar seis naves que iniciasen la colonización británica en Oriente. Es dudoso que alcanzase de nuevo Terranova, mas la realidad fue que sólo un barco pudo salvarse. El estrepitoso fracaso desentendió a los ingleses de futuras aventuras americanas. Un poco más tarde, los franceses también realizaron sus intentos con algo más de éxito. Giovanni da Verrazzano desembarcó en Manhattan y Terranova en 1524, y Jacques Cartier exploró Canadá entre 1534 y 1536, pero ni el dominio efectivo ni la colonización pudieron realizarse hasta muchas décadas después. En 1604 establecieron la primera colonia francesa, Acadia, en el actual territorio canadiense.

Los viajes andaluces

Dejando al margen intentos más o menos fallidos de exploraciones por el Atlántico Norte, será la monarquía hispana quien, desde 1498 y hasta el descubrimiento del mar del Sur por Balboa en 1513, explore y colonice el área caribeña y la costa de Tierra Firme.

Entre 1499 y 1503 van a tener lugar una serie de viajes conocidos como «viajes menores», o más adecuadamente «viajes andaluces» ya que estuvieron protagonizados por marineros y armadores en su mayoría andaluces, y porque tuvieron su trascendencia para completar el mapa de las aguas y tierras desde el golfo de México hasta la desembocadura del Orinoco: un nuevo *mare nostrum* hispano en el Caribe.

Alonso de Ojeda, nacido en Cuenca hacia 1470, fue un destacado militar durante la guerra de guerrillas en la campaña de Granada. Paje del duque de Medinaceli y bien relacionado con trato personal con Juan Rodríguez Fonseca, logró embarcarse en el segundo viaje de Cristóbal Colón. El almirante lo comisionó para que buscase la comarca del Cibao, en La Española, famosa entre los indios por su oro. Poco después tuvo que socorrer el fuerte Santo Tomás sitiado por el cacique Canoabo, a quien apresó con una añagaza que se hizo famosa: gracias a su simpatía y aspecto inofensivo, pues era pequeño, logró entrevistarse con el jefe indio, quien sentía fascinación por los metales sonoros, por lo que Ojeda le regaló una campana y unas extrañas pulseras que no dudó en ponerse; en realidad eran un par de esposas. Frente a estas habilidades, también destacaba su carácter excesivo y cruel, y dejó para la historia negra la invención de las *guazavaras* o carnicerías de indios. Algunas crónicas aseguran que en La Española había derrotado y masacrado a diez mil nativos con sólo cincuenta hombres. Ojeda también fue el responsable del primer cargamento de oro indiano traído a la Península con el que se hizo la custodia de la catedral de Toledo.

Todas estas historias le dieron gran fama a su regreso, por lo que no tuvo muchos problemas para obtener de los Reyes Católicos licencia para explorar la región de Paria, en las costas de Venezuela, ya descubierta por Colón. En mayo de 1499 organizó una expedición a Tierra Firme, en la cual algunos historiadores afirman que se embarcó por primera vez hacia las Indias Francisco Pizarro. Acompañado por Juan de la Cosa, y probablemente por Américo Vespucio, explorarán la isla Margarita, Curaçao, Barbados, Trinidad, las Bocas del Orinoco y toda la costa venezolana hasta el cabo de Vela, ya en tierras de la actual Colombia, arribando a La Española, en donde fue acogido con ciertos recelos, por lo que decidió retornar a España. En 1501, se le concede la gobernación de Paria y se asocia con Juan Vergara y García de Ocampo para organizar una nueva flota colonizadora. Sin embargo, los pleitos con sus socios arruinaron la empresa.

Pedro Alonso Niño, nacido en Moguer (Huelva), en el seno de una familia marinera, había sido piloto de la *Niña* durante la primera travesía de Colón a las Indias, participando también como piloto durante el segundo viaje del almirante. A su regreso fue requerido por el rey para que le mostrase cómo era la navegación atlántica. En la Corte aprovechó para solicitar licencia para descubrir. Tras obtenerla se asoció con el comerciante sevillano Cristóbal Guerra para iniciar los contactos comerciales con las Indias. Sin mucho capital, apenas pudieron reunir treinta hombres y una carabela. Zarparon de España con las bodegas llenas de abalorios, ropas y menudencias para intercambiarlas con los nativos. Siguiendo la ruta del tercer viaje de Colón, alcanzaron el golfo de Paria y descubrieron la isla Margarita justo una semana antes de que lo hiciera Ojeda. El viaje se les dio bien comercialmente y en poco tiempo llenaron las bodegas de perlas y oro mercadeando con los indios. De regreso a España, los vientos huracanados los desviaron de la ruta tradicional y terminaron arribando en el puerto de Bayona, en la ría de Vigo. Su llegada causó bastante revuelo, pues no era normal que allí llegase uno de los primeros barcos que volvían de las Indias, y con las bodegas llenas de perlas y oro. Además, la carga fue rápidamente confiscada y Alonso Niño, propietario del navío, fue acusado de querer evitar pagar el quinto real por lo que fue procesado y encarcelado durante unos meses. El viaje fue importante porque dio la impresión de que las Indias eran fácilmente alcanzables, y de que se podían realizar viajes muy rentables con escasa inversión y altos beneficios, lo que impulsó nuevas expediciones.

Otro marinero colombino, Vicente Yáñez Pinzón, el capitán de la *Niña* a quien gracias a su pericia el almirante logró regresar con vida de su primer viaje, obtuvo en 1499 capitulación para armar una flota de cuatro carabelas y emprender un viaje por debajo de la línea equinocial. Vicente Yáñez suponía que al sur del ecuador debían encontrarse las islas de la Especería, pero varias tormentas les hicieron variar de rumbo hasta terminar frente a las islas en el cabo de Santa María o de la Consolación. Aquella tierra era Brasil y Yáñez Pinzón su descubridor. Los vientos del noroeste los empujaron hasta alcanzar la desembocadura del río Marañón o Amazonas, que Pinzón llamó Río Grande de Santa María de la Mar Dulce. Navegaron por el estuario del gran río y contactaron con los nativos de las numerosas islas, que no los recibieron de buen agrado. De nuevo en el mar se encontraron con los barcos de Diego de Lepe y juntos costearon en dirección norte hasta el golfo de México y Las Bahamas, y regresaron a España en septiembre de 1500. La expedición dejó un poso agridulce: los barcos volvieron con las bodegas repletas de palo campeche y una veintena de indios esclavos, pero habían perdido la mitad de la tripulación y no habían hallado nada reseñable.

Pinzón volvería a embarcarse en 1502, para explorar las costas centroamericanas de Honduras y Nicaragua, siguiendo las derrotas ya establecidas por Colón, y desde ahí bojeó Belice y Yucatán. Más adelante volveremos a encontrarlo en una importante expedición por el Atlántico Sur.

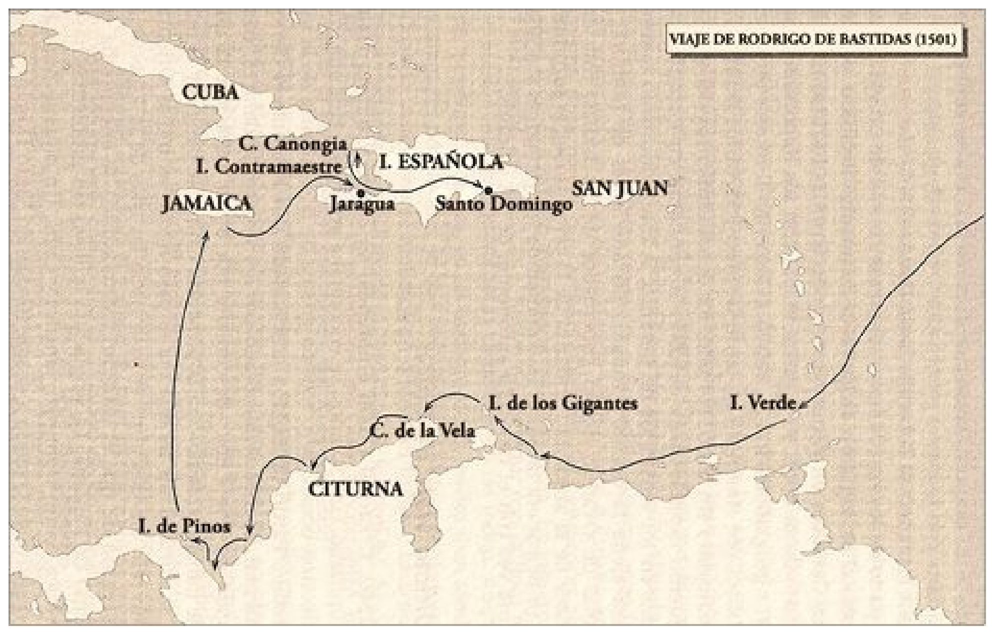
El ya mencionado Diego de Lepe también era vecino de Palos, pero al contrario que sus compañeros no se le conocía vinculación con el mar. Se interesó por los descubrimientos del Nuevo Mundo gracias a Bartolomé Roldán, un vecino suyo que había acompañado al almirante en sus dos primeros viajes. Tras pedir y obtener licencia de exploración en 1499 inició un viaje hacia Tierra Firme siguiendo los pasos de Pinzón. La novedad de Lepe es que alcanzó latitudes más meridionales al cabo de San Agustín en Brasil, desembarcando y tomando posesión de aquellas tierras para la Corona española. Sus actos carecerían de validez jurídica, pues los portugueses se acogieron a las demarcaciones establecidas en el Tratado de Tordesillas (1494) y las exploraciones casi simultáneas de Álvares Cabral. El valor del viaje está en la rica información y en las cartas náuticas trazadas, que entre otras cosas insinuaban la posibilidad de que más al sur existiera un paso que llevara a las Indias Orientales. Lepe moriría poco después, cuando preparaba en Portugal un nuevo viaje hacia Brasil.

También merece la pena reseñar la expedición de Vélez de Mendoza y Luis Guerra, quienes entre agosto de 1500 y junio de 1501 alcanzaron el punto más meridional conocido hasta entonces de la costa brasileña, las llamadas tierras de Topia, cerca de la actual ciudad de Recife.

Rodrigo de Bastidas y las «Sociedades de Armada»

Con el trianero Rodrigo de Bastidas, se puede afirmar que el capitalismo comercial llega definitivamente al Caribe. Hombre con visón más comercial que exploratoria, en 1500 firmó unas novedosas capitulaciones que establecían las llamadas «Sociedades de Armada», con las que se pretendía que los comerciantes, en vez de entregar mercaderías en adeudo y a precios inflados, participasen en las expediciones costeándolas, asumiendo gastos y riesgos y, por tanto, ganancias o pérdidas.

Bastidas, acompañado por el reputado cosmógrafo Juan de la Cosa, exploró la costa atlántica de Venezuela y Colombia, descubriendo la desembocadura del río Magdalena, el golfo de Urabá y el de Darién. Cuando intentaban volver a La Española se vieron sorprendidos por un temporal que casi les cuesta la vida. Gracias a que estaban cerca de la costa pudieron salvar sus vidas y parte del importante botín de oro y piedras preciosas, pero sus barcos fueron destrozados. En 1502 embarcaron de regreso en los barcos del depuesto gobernador Francisco de Bobadilla.



Viaje de Rodrigo de Bastidas (1501).

Las cartas trazadas por Juan de la Cosa y las informaciones dadas a los mismísimos Reyes Católicos animaron nuevas exploraciones e intentos de colonización y comercio. El mismo Rodrigo, en 1504, era ya un próspero mercader caribeño. Establecido en La Española se dedicó a invertir en ganado bovino y, asociado a Diego Colón, a importar esclavos indios capturados en las islas cercanas de las Lucayas (Bahamas). También entre 1519 y 1521 obtuvo pingües beneficios con la extracción y el comercio de perlas. En 1521, el rico empresario ofreció a Hernán Cortes –a quien conocía al menos desde once o doce años antes– tres barcos, hombres y dinero para concluir la conquista de México. Ese mismo año, obtuvo licencia para colonizar y explorar las costas de Tierra Firme. Poco después, fue nombrado

gobernador de la zona, trasladó colonos, estableció diversos pactos de paz y comercio con las tribus nativas y fundó la ciudad de Santa Marta (Colombia, 1524), luego abandonada. Quizá afligido por el remordimiento de su pasado esclavista, prohibió la esclavitud de los indios en su gobernación, lo que unido a la negativa a repartir el botín y a una epidemia de disentería provocó un levantamiento entre sus hombres que lo dejó malherido. Cuando se dirigía a Santo Domingo para reponerse, una tormenta destrozó su barco cerca de Cuba. No se sabe a ciencia cierta si murió en el mar o alcanzó la isla y murió poco después, en tierra.

Nicolás de Ovando y el control real

Una figura interesante aunque alejada de los cánones de exploradores y marineros vistos hasta la fecha es la del religioso Nicolás de Ovando. Nacido en 1461 en Brozas (Cáceres) dentro de una familia de la alta nobleza. Desde muy joven su vida transcurrió en la Corte de Enrique IV y posteriormente en la de los Reyes Católicos. Comendador de Lares de la Orden de Alcántara, fue nombrado en septiembre de 1501 gobernador de las Indias con la clara intención de poner orden tras los graves disturbios que los colonos habían provocado ante la torpeza administrativa y las largas ausencias de Cristóbal Colón y sus desavenencias con el gobernador Francisco de Bobadilla.

El nombramiento de un personaje noble y cortesano pone de manifiesto la voluntad real de ejercer ellos mismos el control sobre los nuevos territorios. Esta tensión entre el poder que sobre el terreno ejercían los dominadores efectivos de las tierras y el alejado pero intenso poder de los monarcas será una constante durante toda la primera mitad del siglo XVI hasta que se establezcan los virreinatos. La monarquía española siempre tuvo que enfrentarse a las excesivas potestades y prebendas que adquirían los conquistadores, y Nicolás de Ovando es la figura que representa el primer intento manifiesto de los monarcas por imponer su autoridad en ultramar.

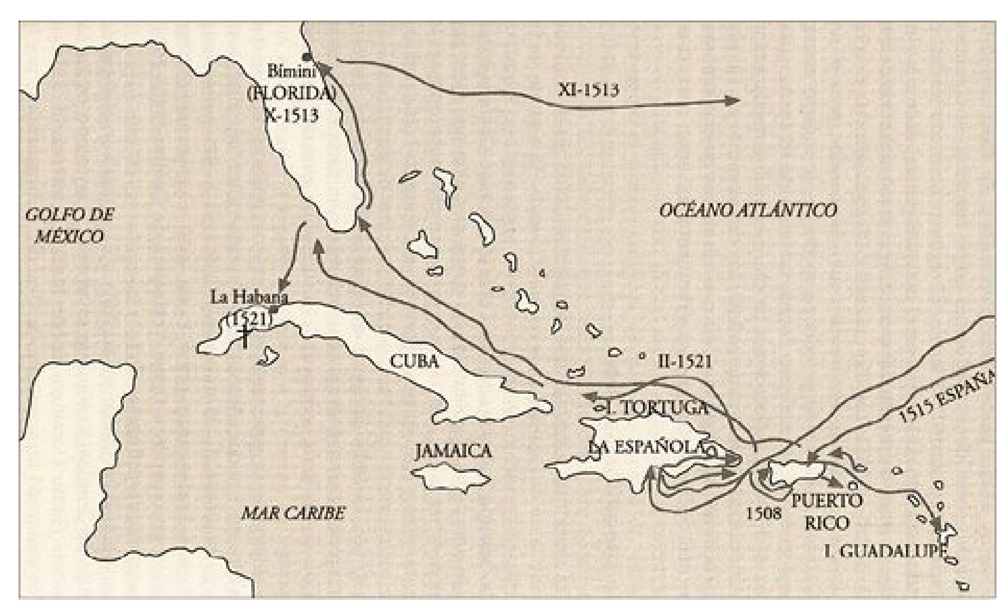
Partió de España en febrero de 1502 al frente de la mayor flota colonizadora abastecida hasta ese momento. En ella viajaban numerosos colonos que iban con la intención clara de establecerse, fundar ciudades, cultivar campos, introducir la ganadería y trasladar el modo de vida español al Nuevo Mundo. También embarcó un grupo importante de sacerdotes para iniciar la llamada «conquista espiritual».

Ovando restituyó las leyes de la Corona, apresó a los colonos amotinados, batalló contra los nativos que no aceptaron la sumisión y los impuestos españoles, introdujo el trabajo esclavo en pesquerías y explotaciones mineras y permitió la encomienda de indios.

Convirtió la isla de La Española, fundamentalmente el abrigado puerto de Santo Domingo, en el centro desde donde se planificó la colonización del Nuevo Mundo. Aunque la muerte de la reina Isabel inició la expansión caribeña, la regencia del rey Fernando a partir de 1507 permitió nuevas exploraciones hacia las grandes islas antillanas y hacia la costa continental. Ovando fue sustituido en 1509 por Diego Colón, hijo del fallecido almirante.

Ponce de León y Puerto Rico

Juan Ponce de León, nacido hacia 1460 en Santervás (Valladolid), en una noble familia vinculada a la Corona, fue uno de los capitanes más destacados que se embarcaron con el gobernador Nicolás de Ovando hacia La Española en 1502. En la isla se le encomendó aplastar la insurrección de los indios jiguaque, lo que hizo sin muchos escrúpulos. En 1508, Ovando le concedió licencia para explorar Boriquén, una isla descubierta en el segundo viaje de Colón, donde Ponce de León halló minas de oro. Ese mismo año exploró la isla, estableció contacto con el cacique Agüeybaná y fundó una pequeña villa. A su regreso a La Española, mostró gran cantidad de oro recogido en el viaje, lo que le permitió lograr una nueva capitulación para colonizar lo que ya denominó Puerto Rico. En 1510, con el título de gobernador, trasladó a un grupo numeroso de colonos e inició la explotación de la isla. El régimen de encomiendas, el trabajo esclavo en las minas y el maltrato general dado a los indios provocó la rebelión del cacique Agüeybaná, aplastada de forma brutal en 1511. Las disputas entre Diego Colón y la Corona terminaron con su destitución como gobernador, pero el rey Fernando, conociendo su valía y experiencia, le encargó nuevas exploraciones. De cualquier forma, la isla siguió teniendo naborías de indios y explotaciones de oro. Su nombre quedará también asociado a los primeros intentos de conquista de Florida, hacia donde se dirigió en 1512 con tres navíos buscando el manantial de la eterna juventud. Este contenido se ampliará en el capítulo 7.



Los viajes de Ponce de León por el Caribe.

La conquista de Cuba

«La tierra más hermosa» que descubriera Colón en su segundo viaje tardó casi quince años en ser explorada. Ya a punto de finalizar su mandato, el gobernador Ovando encargó al marino gallego Sebastián de Ocampo la exploración de Cuba; no en vano, Ocampo había sido uno de los tripulante de las naves de Colón que viera por primera vez la isla. En 1508, recorrió con dos embarcaciones la costa norte y tuvo que refugiarse en una abrigada bahía, a la que bautizó con el nombre de puerto de Carenas, hoy La Habana, para carenar los barcos. Siguió navegando alrededor del litoral y completó la circunnavegación de la isla, que hasta entonces se había creído tierra continental. La singladura total demoró ocho meses.

El cambio de gobernador y las tensiones políticas hicieron que la isla estuviera dos años sin recibir nuevas visitas «oficiales», aunque clandestina o fortuitamente arribaron a ella gente como Ojeda o Enciso, entre otros. Ya en 1510, el gobernador Diego Colón encomendó a Diego Velázquez de Cuéllar (1465-1524) su conquista definitiva. Este debió de ser también marinero en el segundo viaje de Cristóbal Colón. Establecido en La Española (Santo Domingo), fue destacado lugarteniente de Ovando, distinguiéndose por la fundación de las ciudades de Salvatierra (1502) –su base de operaciones– y Jaragua (1503) tras protagonizar una masacre de indios. Todo ello sin perder la oportunidad de hacer una interesante fortuna.

En 1510, Colón le encomendó la conquista y colonización de Cuba, nombrándolo adelantado, aunque parece que ya había viajado a la isla dos años antes con casi un centenar de hombres. Velázquez costeó él mismo la empresa y supo rodearse de gente experimentada que jugaría un papel destacado en el futuro de las Indias (Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Juan de Grijalva y el mismísimo fray Bartolomé de las Casas…). En un primer momento, se establecieron unas pequeñas fortificaciones en el sur de Cuba desde donde atacar y dominar a los nativos, cuya débil resistencia capitaneó Hatuey, un bravo cacique huido de La Española. Controlados los nativos y asegurado el apoyo logístico en el sur, en 1513 se pudo completar el dominio de la isla gracias a Pánfilo de Narváez, el auténtico artífice de la conquista, quien se incorporó a la misma desde Jamaica. Narváez comandó el grueso de la tropa hispana que penetró en el interior, mientras Velázquez tomaba la costa sur y un bergantín exploraba la costa norte. En 1514, dominada en su totalidad, Cuba comenzó a ser poblada por habitantes de La Española. La colonización siguió el mismo esquema de siempre: reparto de tierras e indios y fundación de ciudades. En muy breve tiempo, se levantaron las siete villas que recorrían la costa sur: Baracoa, Bayamo, Trinidad, Sancti Spiritus, Santa María del Puerto del Príncipe, Santiago y San Cristóbal de La Habana.

Hábil para los negocios y la organización, el gobernador Velázquez puso las bases para el desarrollo colonial de la isla, encomendó indios –aun antes de obtener el

permiso de la Corona, no recibido hasta 1513–, los agrupó en aldeas e inició la explotación de los escasos lavaderos de oro y de las más rentables haciendas de ganado y cultivos. Él mismo se otorgó numerosas propiedades. Asociado a Hernández de Córdoba, en febrero de 1517 armó una expedición para explorar las aguas más occidentales de su gobernación. Al encontrar tierra –la península del Yucatán– envió a dos emisarios a España solicitando a la Corona el título de adelantado del Yucatán. Mientras esperaba respuesta, en febrero de 1518, mandó a su sobrino, Juan de Grijalva, con cuatro bergantines a continuar las exploraciones de Hernández de Córdoba. A finales de ese mismo año, el 13 de noviembre, recibió la confirmación de su cargo. Inició entonces los preparativos de una gran armada de conquista y colonización, y puso al frente de la misma a uno de sus hombres de confianza, Hernán Cortés. Estamos ya en vísperas de la conquista del Imperio azteca.

Jamaica

La isla de Jamaica debía de ser la base de operaciones para la conquista de Tierra Firme, según lo capitulado por Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda. Mas el nuevo gobernador, Diego Colón, el sustituto de Ovando, no aceptó la cesión de la isla, pues consideraba que le pertenecía por los derechos heredados de su padre, el almirante. Aunque Ojeda amenazó con «cortar la cabeza» a quien le sustrajese la isla, Diego Colón obvió las bravuconadas y mandó a su capitán, Juan de Esquivel, junto con sesenta hombres a conquistar y colonizar Jamaica. Esquivel, sin apenas resistencia, dominó a los aborígenes y fundó Sevilla la Nueva (1509) –hoy St. Ann's Bay– y Melilla (1509) –hoy Port Santa María–. Hasta su muerte en 1512, Juan de Esquivel levantó fortalezas, trasladó colonos, extendió los cultivos, repartió encomiendas e inició una tímida evangelización. Su dureza con los nativos y su apoyo incondicional a Diego Colón frente a sus pleitos con la Corona le costaron un juicio de residencia y, probablemente, la muerte.

A Esquivel le sucedió Francisco de Garay (1475-1523), conquistador que había sido tripulante de una de las carabelas del segundo viaje de Cristóbal Colón (1493-1496) y que había participado en la conquista y colonización de La Española (Santo Domingo), siendo el primer español que construyó una casa de piedra en la isla (1503). Hacia 1513 había regresado a España y se había casado con una cuñada de Colón, Ana Moniz de Perestrelo. De nuevo en Santo Domingo, ejerció de regidor y alcalde de la fortaleza hasta que Diego Colón, su sobrino, presionado por el rey Fernando, lo nombró gobernador de Jamaica con el mandato firme de evangelizar a los indios, iniciar la explotación minera de la isla y convertirla en base para futuras expediciones. Tras la repartición de tierras y el traslado de las principales ciudades del norte al sur, zona más segura, rica y salubre, la isla se quedó pequeña para la ambición de Garay. Así, en 1519, ante las noticias que llegaban de México, decidió embarcarse en una flotilla de cinco naves para explorar Panuco y La Florida. Dos años más tarde, obtuvo una capitulación por la que se lo nombraba adelantado y gobernador de las tierras que conquistase en la costa norte mexicana entre Pensacola y Cabo Rojo. A pesar del fracaso, insistió en su misión: en 1523 organizó una segunda flota de once barcos, más de cuatrocientos infantes y ciento cincuenta jinetes. Pero, tras llegar a Cuba, descubrió que Cortés se había adelantado y ya estaba en Pensacola.

Como vemos, poco a poco, el eje de atracción antillano se va desplazando hacia occidente. Las noticias de descubrimientos y los rumores de la existencia de una gran civilización en el interior de las costas que rodean el golfo de México incitan a nuevas exploraciones, las Antillas pierden interés y se convierten en la plataforma para nuevas conquistas. En especial, Cuba y Santo Domingo serán en las próximas décadas la puerta de entrada o salida de las Indias.

La etapa experimental de la colonización (1492-1520)

Llegados a este punto, conviene detenerse brevemente en este navegar de descubrimientos y conquistas para observar lo que está ocurriendo en las tierras ya colonizadas.

La sociedad que se irá conformando en las Antillas en un primer momento está marcada por la experimentación de diversos tipos de organización sociopolítica y económica. No existía un plan premeditado de colonización y, de haber existido, no hubiese servido para nada, ya que lo hallado no era lo esperado. En realidad, se fue dando forma a un modelo a medida que se ponía en práctica: se tomaba lo positivo de cada experiencia y se desechaba lo que no funcionaba, teniendo siempre en cuenta los intereses de cada uno de los actores implicados: colonos, mercaderes, políticos, soldados y dos instituciones determinantes, la monarquía y la Iglesia.

Colón, dada su trayectoria como marino al servicio de los portugueses, creyó factible la creación de un sistema de colonización por factorías, tal y como la Corona lusa venía desarrollando en las costas africanas. Su plan original, iniciado tempranamente en La Española, era crear con una infraestructura mínima –un puerto, un par de edificios administrativos y un almacén o lonja– un pequeño establecimiento donde adquirir y almacenar los productos comprados o intercambiados a los nativos, en su mayoría de escaso volumen y alto valor (especies, oro, plata, perlas y diamantes) y desde allí redistribuirlos por Europa.

Pero Colón no había llegado a la tierra de la Especería, como creyó en un principio, y el oro o las perlas eran difíciles de conseguir y no se rentabilizaban tan fácilmente. Intentó entonces obtener mayores beneficios con el comercio de esclavos. La trata de humanos necesitaba una mayor inversión inicial, aunque fácilmente recuperable por los pingües beneficios del negocio. Sin embargo, muy pronto se cruzaron otros intereses que abocaron al fracaso el nuevo sistema comercial colombino: la reina Isabel I de Castilla encontró fuertes reparos morales a la trata de esclavos, a los que se unieron las numerosas protestas de los primeros misioneros (Ramón Pané, Antonio Montesinos) y los temores de la Corona a incumplir con lo estipulado en las bulas del papa Alejandro VI, que obligaban a la reina a convertir a la fe cristiana a los indígenas, prohibiendo, por tanto, la esclavización directa de los nativos. Todo ello supuso la búsqueda de un nuevo sistema de colonización que implicaba mucho más a la monarquía y, consecuentemente, recortaba los privilegios del descubridor. En este contexto se enmarcan los largos pleitos entre Colón y la Corona y el nombramiento ya visto del gobernador fray Nicolás de Ovando.

Ya desde el segundo viaje colombino, es patente el interés de la Corona por conquistar y colonizar las nuevas tierras. La flota que parte en septiembre de 1493 la componen diecisiete naves y más de mil doscientos hombres. El encargado de supervisar todo lo relativo a las Indias será el obispo Juan Rodríguez Fonseca,

miembro del Consejo de Castilla, quien desempeñará el cargo hasta la muerte de Fernando el Católico (1516). En el segundo viaje embarcan también varios frailes, bajo la autoridad del benedictino catalán fray Bernardo Boyl. Por tanto, quedaba claro que la monarquía española había optado por conquistar y colonizar las tierras vírgenes, abandonando el modelo inicial de factorías pensado por Colón.

Como señala J. H. Elliott, Castilla apuesta pronto por la fórmula seguida durante la Reconquista: afirmar la soberanía, establecer la fe, asentar población y hacer efectiva la dominación de tierras y personas. Los monarcas deseaban que los nativos fuesen sus súbditos en igualdad de condiciones, lo que implicaba impedir su esclavitud al tiempo que contribuían con sus impuestos al sostenimiento real. Desde 1503, con la creación de la Casa de Contratación y el nombramiento de Ovando, la Corona deja muy claras sus intenciones de control absoluto. Por tanto, descubrimiento, conquista y colonización serán desarrollos temporales de un mismo proceso, como lo prueba el rápido establecimiento de una extensa administración y la cantidad de medios y hombres utilizados.

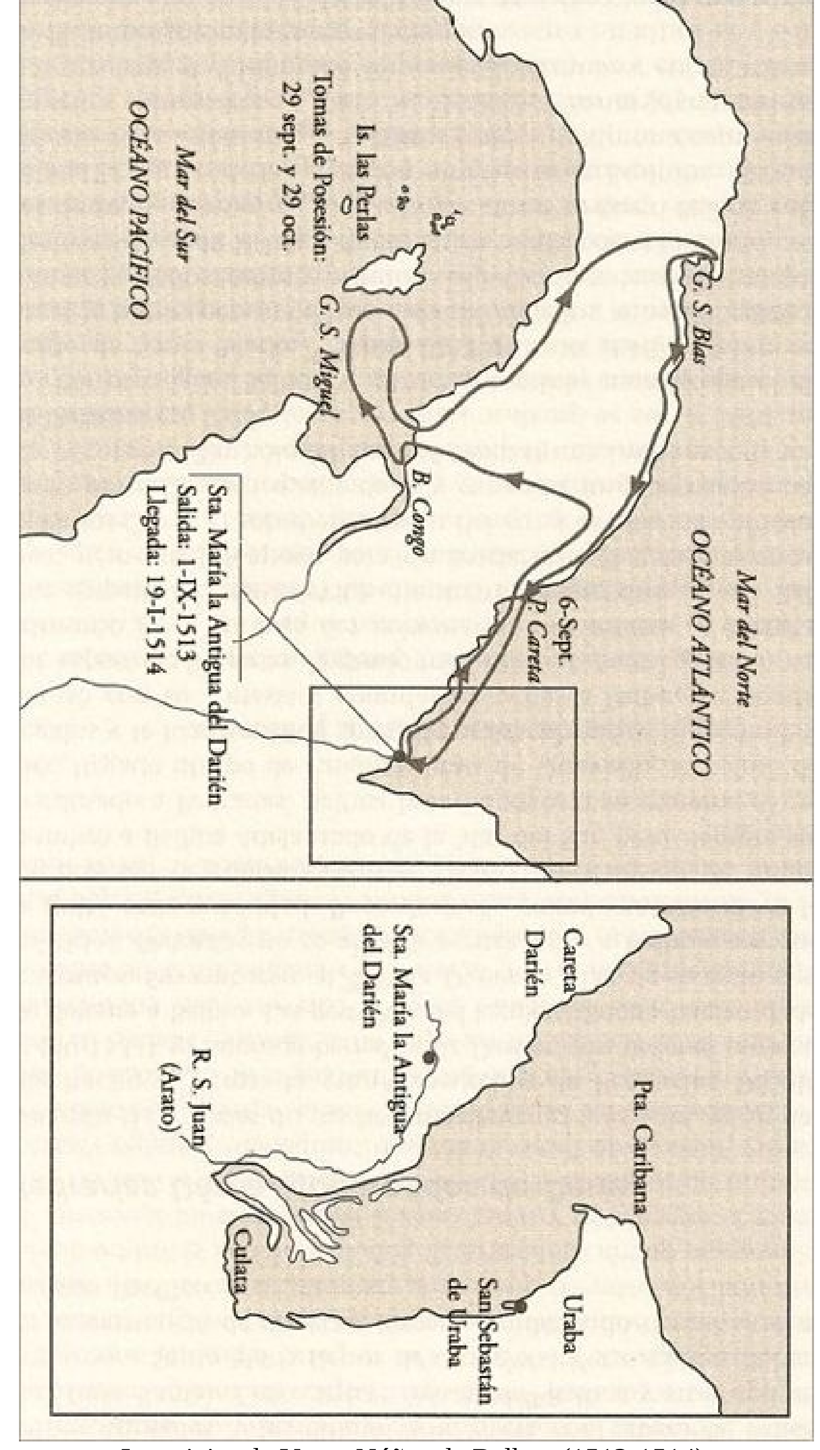
Mas todo esto no es sino el inicio de algo mucho más grande. Lo descubierto y colonizado hasta ahora es insignificante y no colma las expectativas de casi nadie. La ambición depredatoria de los españoles terminó por agotar, en las dos primeras décadas del siglo XVI, todas las riquezas minerales de las Antillas y, peor aún, unido a las enfermedades transmitidas, por exterminar a la población aborigen. Santo Domingo, Puerto Rico y, sobre todo, Cuba dejarán de ser objetivo colonizador para convertirse en la base logística de la conquista de México y del resto del continente. Los más de dos mil españoles que están repartidos en las islas empiezan a soñar con nuevos mundos y más riquezas. Alguien supone que a pocas millas al oeste existe una tierra virgen llena de tesoros. Descubierto el mar del Sur, ya se sabe que hay un continente y dos océanos entre Europa y la Especería, ahora prima encontrar el paso por el norte, por el centro o por el sur que habilite una ruta rápida desde la Península. Estas serán las dos obsesiones que impulsarán los nuevos descubrimientos: la búsqueda de ricos imperios o El Dorado y el paso interoceánico.

Vasco Núñez de Balboa y el descubrimiento del Pacífico

Personaje ambiguo y genial, dotado para las empresas de exploración, Núñez de Balboa es, tras Colón, Cortés y Pizarro, quizá el más afamado expedicionario español. Sin duda, su trágico destino le impidió realizar gestas mayores. Nació en Jerez de los Caballeros (Badajoz) en 1475, en el seno de una familia noble empobrecida. Desde muy joven estuvo en contacto con los hechos del descubrimiento, pues era paje de Pedro de Puertocarrero, señor de Moguer vinculado a los viajes colombinos. Atraído por ese mundo fantástico del que hablaban los marineros regresados del Caribe, en 1501 se enroló en la expedición de Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa que exploró las costas actuales de Colombia y Panamá. Poco después se estableció en La Española, donde recibió un repartimiento en Salvatierra de la Sabana (Les Cayes, en el actual Haití) y varios indios, transformándose en granjero. Mas su temperamento inquieto y ambicioso no cuajaba con la vida sedentaria del colono. Tampoco tenía dotes para los negocios y entre la mala gestión y los huracanes de 1508 y 1509 se vio abocado a la ruina. Pronto encontrará la manera de escapar del aburrimiento y de los acreedores.

Ojeda y Nicuesa a la conquista de Tierra Firme

Asumida la regencia de Castilla por Fernando, ya hemos visto cómo las preocupaciones indianas vuelven al primer plano y todo lo que no pudo materializarse tras la Junta de Toro (1505) será replanteado dos años más tarde en la nueva junta convocada en Burgos. Entre las más importantes decisiones tomadas allí destaca el envío de una expedición capitaneada por Solís a buscar el paso que permitiría alcanzar las Indias Orientales, y enviar a Veragua (Panamá) y Darién (la costa caribeña de Colombia) a Alonso de Ojeda (1466?-1516) y Diego de Nicuesa (1477?-1511) para que explorasen la zona a conciencia. En 1509, ambos conquistadores salieron de Santo Domingo rumbo a sus gobernaciones.



Los viajes de Vasco Núñez de Balboa (1513-1514).

A Ojeda, a quien acompañaba Francisco Pizarro, se le asignó la región conocida como Nueva Andalucía, desde el golfo de Urabá al cabo de la Vela, es decir, el Darién, la parte septentrional de Colombia. Una vez en tierra, cerca de la actual bahía de Cartagena, la expedición sufrió diversos ataques de indígenas que acabaron con la vida de setenta hombres, entre ellos la del cartógrafo santoñés Juan de la Cosa. Arrastrado por su temperamento, Ojeda se dio una orgía de sangre y vengó a su amigo con una de sus tristemente famosas *guazavaras*. Gracias a la ayuda prestada por Diego de Nicuesa, pudieron volver a embarcarse y navegar hasta el golfo de Urabá, en cuya margen oriental levantaron un pequeño fortín bautizado como San

Sebastián. Será esta la primera fundación hispana en Tierra Firme. Pero el lugar era bastante inhóspito y los indios no admitieron de buen grado la presencia extranjera. Una flecha envenenada hirió en el muslo a Ojeda, quien obligó a que se la cauterizaran con un hierro candente. La situación se volvió crítica, a lo insano del lugar se unía la falta de víveres y la continua lluvia de flechas arrojadas por los indios. Afortunadamente, apareció frente a San Sebastián el barco de un tal Bernardino de Talavera –quizá el primer pirata caribeño–, quien enterado de la expedición merodeaba por la zona con turbias intenciones. Atraído por las señales de los españoles, Bernardino ofreció llevar a Ojeda a La Española a cambio de una suculenta recompensa. Antes de marcharse, Ojeda traspasó sus poderes a Pizarro y prometió regresar pronto con más refuerzos y víveres. Una vez en alta mar, los piratas recluyeron a Ojeda en la bodega pensando pedir un rescate por él. Mas las tormentas hicieron naufragar el navío cerca de Cuba, con lo que el conquistador conquense resultó ser uno de los pocos supervivientes. Socorrido por un barco del gobernador de Jamaica, Juan de Esquivel, pudo llegar a Santo Domingo.

Una vez en La Española, el último rastro del pequeño, cruel y valiente conquistador es su ingreso en un convento franciscano. Murió a principios de 1516, siendo uno de los pocos conquistadores fallecido por causas naturales.

El encuentro de Enciso, Pizarro y Balboa

Balboa quiso viajar en alguno de los barcos expedicionarios de Ojeda y Nicuesa para conquistar las costas de Veragua, pero sus numerosas deudas se lo impidieron. Sin embargo, logró esconderse en un barril y viajar como polizón en la carabela del bachiller Nicolás Fernández de Enciso, socio de Ojeda, que partió tiempo después. Descubierto en alta mar, Enciso le perdonó la vida –el castigo a los polizones era el abandono en el mar dentro de una pequeña chalupa– al saber que Balboa había recorrido las costas hacia donde se dirigían. Sin embargo, los temperamentos distintos y los recelos mutuos predestinaban el enfrentamiento entre ambos.

La expedición del bachiller iba en busca de Ojeda y su flota, pero lo que encontró fue un grupo de supervivientes famélicos capitaneados por Francisco Pizarro que deambulaban por las costas cercanas al golfo de Cartagena huyendo de los indios y refugiándose de los continuos aguaceros. Enciso no creyó la historia que sobre Ojeda le contase Pizarro y los tomó por amotinados, así que, tras recogerlos, enfiló sus naves hacia donde tenía pensado juntarse con Ojeda. El lugar señalado era el pequeño fortín de San Sebastián de Uraba, construido por Ojeda y Pizarro. El inhóspito paraje, el empecinamiento de Enciso por esperar a su socio y las historias de Balboa sobre tierras de promisión cercanas estuvieron a punto de provocar alguna rebelión. Balboa, que había recorrido aquella zona con Bastidas, decía conocer un lugar de clima amable y con minas de oro situado en la parte occidental del golfo, la que pertenecía a Diego de Nicuesa. El bachiller, aparte de no fiarse del polizón, no quería penetrar en la jurisdicción de este, mas la muerte de varios hombres enfermos y las escasas provisiones acabaron por convencer a Enciso.

El lugar señalado por Núñez de Balboa era un pequeño puerto natural habitado por los indios del cacique Cemaco, con quienes tuvieron que librar batalla para desalojarlos. En el mismo emplazamiento del poblado indígena fundaron la villa de Santa María de la Antigua del Darién (noviembre de 1510). El bachiller Enciso se proclamó alcalde mayor y dictó una serie de normas que provocaron la rebelión de sus soldados: prohibió comerciar con oro y mandó repartir el botín robado a Cemaco. Ante el descontento de la hueste, Balboa se erigió en líder y halló un resquicio legal para minar la autoridad de Enciso: como estaban fuera de su jurisdicción no podía autoproclamarse alcalde, por tanto el jerezano pidió la creación de un cabildo electo. Así la mayoría de los ciento ochenta españoles de Santa María eligieron a Balboa alcalde mayor. Al finalizar la primavera de 1511, apareció por allí un famélico y desmejorado Nicuesa reivindicando su gobernación. Tras un pequeño enfrentamiento, los hombres de Nicuesa prefirieron rendirse y sobrevivir, y dejaron que su jefe fuese embarcado en un pequeño navío con sus más fieles y unos víveres escasos. Este siempre ha sido uno de los cargos más graves que la historia ha imputado a Balboa.

Poco después, la extraña situación jurídica de Darién quedó aclarada cuando,

desde La Española, el gobernador Diego Colón ratificó a Balboa como gobernador de aquellas tierras. A Enciso no le quedó más remedio que regresar a España y litigar en el Consejo de Indias contra su enemigo. De cualquier forma, el lugar elegido para fundar Santa María no era precisamente un paraíso, así que pronto iniciaron la exploración de nuevos territorios. En una de sus expediciones debieron librar batalla con el cacique indio Careta, a quien Balboa derrotó con la misma estrategia que más tarde emplearía Pizarro con el inca: atacó directamente al séquito principal y detuvo a Careta, logrando así la rendición de sus tropas. Pero en la derrota supo ganarse la confianza del cacique hasta tal punto que le entregó a su hija Anayansi –desde entonces fiel amante y compañera del español– y le ofreció todos los indios que quisiera a cambio de ayuda militar para derrotar al jefe rival, Ponga. Careta también le puso en contacto con otras tribus y jefes amigos que le permitieron seguir adentrándose en las tierras panameñas. Dos de estos caciques fueron Comagre y su hijo Panquiaco, quienes, durante las veladas compartidas junto a Pizarro y Balboa, les hablaron de la existencia de «otro mar» y de «otro imperio con tierras abundantes en oro más allá de la montañas, hacia el sur». A partir de ese momento, su obsesión sería descubrir ese mar que tanto habían buscado Colón y sus sucesores.

El descubrimiento del mar del Sur, la espalda del mundo

Poco a poco, gracias a su habilidad diplomática y su capacidad para relacionarse con los nativos, Balboa incorporó nuevos territorios a la Corona y se ganó la amistad de la mayoría de las tribus indígenas. Por otro lado, como sabía que Enciso en la Península estaría urdiendo contra él, envió un barco cargado de oro y regalos para el rey Fernando y los miembros del Consejo de Indias para reforzar las gestiones de su secretario Zamudo, embarcado meses antes para que explicase la situación de Darién. Con lo que no contaba es con que el barco lleno de tesoros fuese hundido por un huracán.

A pesar de todo, Balboa siguió con sus planes para encontrar el «otro mar». En septiembre de 1513, seleccionó a sus noventa mejores hombres y, junto a su lugarteniente Pizarro, se internó en la selva del istmo con intención de cruzarlo. Apoyado por diversas tribus amigas y los guías del cacique Careta, después de tres duras semanas de marcha por el territorio de los Ponca, los expedicionarios se encontraron a los pies de sierra Quareca. Atravesadas las montañas y cruzado el río Chucunaque alcanzaron la sabana desde la cual se intuía el mar. Al amanecer del 26 de septiembre de 1513, desde una pequeña colina, Pechito Parado, Balboa avistó las aguas. Tras él iba Pizarro: eran los primeros europeos en ver el océano, bautizado como mar del Sur y posteriormente llamado Pacífico por la calma de sus aguas. Cuatro días más tarde, los españoles se bañaban en las playas del golfo de San Miguel. Se consumaba el segundo gran hito geográfico de la historia española en América.



Estatua de Balboa realizada por Mariano Benlliure, (1941). Museo del Ejército, Madrid. Balboa, «el hombre del barril», fue un explorador de raza, hábil en las relaciones con los nativos. Descubridor del mar del Sur, estaba llamado a ser quien realizase la conquista del Perú, pero las ambiciones, los malentendidos y las disputas personales le forzaron a un destino trágico.

De nuevo la facilidad para relacionarse con los indígenas le proporcionó a Balboa nuevas y ricas informaciones. El cacique Turnaco contó a los españoles que existía un país llamado Biru, muy rico, donde las ciudades estaban construidas con grandes bloques de piedra y existían extraños animales, y les dibujó «una oveja con cabeza de camello» (una llama). Cinco meses más tarde, Balboa y su grupo regresaron a Santa María llenos de oro, con informaciones fiables de la existencia de un gran imperio y habiendo descubierto el océano Pacífico.

Pedrarias Dávila, gobernador de Darién

Cuando las noticias de sus hazañas llegaron a España, ya se había hecho a la mar la gran expedición de Pedrarias Dávila (1440-1531). Era Pedrarias un personaje de carácter, conocido como el Resucitado, porque estando gravemente herido durante la campaña de Orán fue dado por muerto y colocado dentro de un ataúd, cuando se movió y abrió los ojos. En América se le apodará como *Furor Domini* ("ira del Señor") por su genio enfebrecido y malhumorado.

El nuevo gobernador de Darién tiene órdenes estrictas de detener a Balboa. Sin embargo, al llegar a Darién y saber de su éxito descubridor, Pedrarias no se atrevió a encarcelar a Balboa, aunque le quitó toda autoridad. Poco después, cuando se informó a la Corona del descubrimiento del Pacífico, el Consejo de Indias nombró a Balboa adelantado de la mar del Sur, pero siempre subordinado a Pedrarias. Balboa buscó apoyos a su manera. Al recién llegado obispo de Panamá, Juan de Quevedo, lo colmó de regalos y lo hizo socio de su empresa descubridora. También engatusó con su cortesía y abundantes perlas a Isabel de Bobadilla, esposa de Pedrarias, llegando incluso a comprometerse en matrimonio con una hija del gobernador que estaba en España. Por su parte, Pedrarias evitó el enfrentamiento directo con Balboa, pero le negó apoyo para sus iniciativas. El gobernador no creía los rumores sobre el imperio del sur y estaba más preocupado por crear su pequeña corte y expandir su gobernación hacia Nicaragua. Tan sólo le permitió realizar una inútil expedición al Dabaiba en 1515.

Por otro lado, Balboa se ganó un temible enemigo en el alcalde de Santa María, Gaspar de Espinosa (1467?-1537), un cruel y turbio personaje que durante aquellos años se dedicó a arrasar poblados indios y organizar expediciones de conquista que destrozaron toda la labor diplomática tejida por el jerezano con los nativos. En numerosas y amargas cartas al rey Fernando, Balboa se quejó de la actuación sangrienta de Espinosa, denunciando sus ataques contra súbditos leales a la Corona como eran aquellos indios. Por su parte, el alcalde de Santa María casi logró arruinar al adelantado imponiéndole multas; era su manera de impedirle nuevas expediciones.

Finalmente, en 1516, la insistencia de Balboa logró que su futuro suegro apoyase una expedición hacia el sur del Pacífico. Para ello repobló el pueblo de Acla, en el Pacífico panameño, creó la Compañía de la mar del Sur y los astilleros junto al río Chucunaque, donde mandó construir varios bergantines. Sin embargo, las cosas se le complicaron. Las naves se malograron por el gusano de la broma, y la expedición se retrasó. Reparados los navíos, Balboa alcanzó la isla Rica y se adentró por el golfo de San Miguel. Allí fundó una villa con la intención de servirle de base en sus singladuras hacia el sur. Entretanto se extendió el rumor de que Pedrarias iba a ser remplazado por López de Sosa y sometido a un duro juicio de residencia. Por su parte, Espinosa, ante la llegada a Santa María de unos emisarios de Balboa que

recababan información sobre lo que estaba pasando, lanzó el bulo de que el jerezano quería sublevarse. Pedrarias, adelantándose a la llegada de López de Sosa y con el ánimo de detener la expedición y tener cerca a Balboa, mandó apresarlo. El destino quiso que el jefe de la tropa que marchó a Acla en busca del adelantado fuese su antiguo compañero y amigo Pizarro.

Encarcelado en Santa María, Pedrarias ejerció de Poncio Pilato y dejó que el juicio lo presidiera Gaspar de Espinosa. El adelantado de la mar del Sur fue acusado de traición, además de acumulársele otros antiguos cargos. Con un juez enemistado visceralmente con el reo, la sentencia estaba escrita de antemano: ahorcamiento y decapitación. Cuentan algunas crónicas que el 21 de enero de 1517, junto al poste ensangrentado del que pendía la cabeza de Vasco Núñez de Balboa, lloraba la joven india Anayansi.

El descubrimiento del Pacífico fue el primer paso de la globalización del mundo. Permitió que se acelerase la exploración y dominación de nuevos territorios americanos y que con el tiempo se estableciese un contacto fluido entre sociedades y culturas del Nuevo Mundo que durante siglos se desconocían entre sí. Se había abierto la puerta para explorar la «espalda del mundo» y, desde el descubrimiento de Balboa, el Pacífico sería «el lago español».

La hazaña de Magallanes y Elcano

Una vez descubierto el océano Pacífico, para los españoles se convirtió en prioritario encontrar un paso interoceánico que conectase las dos fachadas costeras del nuevo continente. Además surgían serias dudas sobre la jurisdicción de las aguas del nuevo océano, ya que el Tratado de Tordesillas había sido signado sin conocer las verdaderas dimensiones del Nuevo Mundo. Si el meridiano que trazaba la línea divisoria entre españoles y portugueses en el Atlántico continuaba hacia los polos y daba la vuelta, se imponía una nueva división en el Pacífico. España no estaba dispuesta a renunciar a una nueva ruta hacia las islas de la Especería y perseguía encontrar el paso para asegurar por la vía de los hechos su presencia en Oriente. Sin embargo, ni hispanos ni lusos tenían idea clara de las verdaderas dimensiones del Pacífico cuando pusieron en marcha su maquinaria marítima para lograr la conexión interoceánica.

Hay indicios de que, por orden del rey portugués Manuel I, hacia 1504 los marineros Gonzalo Coelho y Américo Vespucio pudieron recorrer la costa brasileña, descendiendo hasta pasar el Río de la Plata y llegar al estrecho, que posteriormente se llamaría de Magallanes, pero sobre dicho viaje existen severas dudas. De ser así serían ellos los primeros en haber hallado la vía entre los dos océanos, pero su descubrimiento no tuvo trascendencia alguna.

Desde España, en 1507, la Junta de Navegantes de Burgos habilitó a Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón para que organizasen una flota expedicionaria en busca del paso que desde el Atlántico diera acceso a la «espalda del mundo». Los experimentados marineros recorrieron la costa centroamericana de Venezuela a Guatemala sin encontrar paso alguno, después rodearon la península del Yucatán y exploraron el golfo de México. No hallaron la comunicación deseada pero dibujaron con exactitud cartas y mapas muy valiosos de la costa y del mar Caribe.

En 1516, Solís capitaneó una nueva expedición, esta vez para intentar encontrar el paso por latitudes más meridionales. Alcanzadas las costas de Brasil, Solís navegó con rumbo sur hasta descubrir la desembocadura del Río de la Plata. El amplio estuario de los ríos Paraná y Uruguay hizo pensar a los marineros que aquello podría ser la vía interoceánica. Remontó el Paraná hasta encontrar un poblado ribereño. Al desembarcar, Solís y su grupo sufrieron un repentino ataque de los indios guaraníes, quienes, según contaron los supervivientes, asaron los cuerpos de sus compatriotas muertos y los devoraron.

Sería de nuevo un portugués, malhumorado y resentido con su propia Corona, quien lograse hallar el paso marítimo en la parte más meridional del Nuevo Mundo.

El peregrinaje de Magallanes

Hernando de Magallanes nació en Ponte do Barca, cerca de Oporto (Portugal), en 1480, aunque existen otras villas que también se disputan su origen. Hijo de una noble bien relacionada con el rey Juan II, ingresó muy joven como oficial de la Armada lusa. En 1505 se embarcó en la flota del virrey Francisco de Almeida con destino a las Indias Orientales. Durante años navegó por las aguas del Índico y batalló por la conquista del archipiélago de las Molucas. Como muchos de los que se adentraron por las aguas del océano Pacífico, dimensionó mal su tamaño, por ello pensó que no resultaría difícil alcanzar las posesiones orientales de los portugueses por occidente si se hallara el paso por el sur de las Indias españolas. Tiempo después, estando en Marruecos convaleciente de una herida en la pierna, aprovechó para estudiar y madurar su idea.

De regreso en Lisboa, y en compañía del cosmógrafo Rui Faleiro, estudió mapas y cartas náuticas, hizo cálculos y desarrolló el proyecto. Pero en la Corte no le prestaron mucha atención. El rey Manuel temía enfrentarse a los españoles por violar el Tratado de Tordesillas y una comisión de expertos lusos rechazó su propuesta por ser descabellada.

Soliviantado por la negativa, solicitó que le fuese concedida una pensión por los servicios prestados y una nueva misión de importancia, pero el rey Manuel no deseaba contar con tan arrogante marino. Al igual que hiciera años antes Colón, Magallanes marchó a Castilla y utilizó una interesante telaraña de contactos. Aprovechó la fama del cosmógrafo Rui Faleiro para que el factor de la Casa de Contratación de Sevilla, Juan de Aranda, escuchase su proyecto de alcanzar las Molucas sin penetrar en la jurisdicción portuguesa a través de un paso interoceánico meridional, según la información recogida por el piloto Andrés de San Martín, amigo de Vespucio y quien conocía bien los datos de la supuesta expedición de 1504. Por aquel entonces, cualquier información relacionada con Vespucio, que había sido personaje crucial en la Casa de Contratación, era tenida como cierta. Por otro lado, Magallanes se casó con Beatriz Barbosa, hija de un portugués afincado en Sevilla y muy bien relacionado en la Corte, especialmente con el cardenal Cisneros. Con estas credenciales, el portugués fue convenciendo a diversos personajes para que se involucrasen en su proyecto de expedición: el obispo Rodríguez Fonseca y el comerciante Cristóbal de Haro pusieron dinero para abastecer los barcos; el tesorero Matienzos y el factor Aranda, a cambio de futuros beneficios, dieron el visto bueno de la Casa de Contratación. Y el emperador ausente se dejó convencer por Cisneros, en la convicción de que atravesando siempre por aguas y territorios españoles se alcanzarían las islas de la Especería y, más aún, el viaje demostraría que las Molucas caían en la demarcación de Castilla, según establecía la bula *Inter Caetera* del papa Alejandro VI.

Los preparativos del viaje fueron lentos y costosos. Enterado, el rey de Portugal intentó por todos los medios suspender la expedición alegando problemas de jurisdicción, cuando no dividiendo a los marineros lusos implicados en el proyecto. El difícil carácter de Faleiro –malhumorado y soberbio– y la personalidad vehemente de Magallanes hacían que las discusiones terminasen en agrias rupturas, traducidas en retrasos e indecisiones. También el numeroso grupo de portugueses que iba a embarcarse despertó recelos entre los oficiales españoles, que a última hora limitaron a diez el número de marineros lusos por barco e impusieron a Juan de Cartagena, amigo personal de Rodríguez Fonseca, como «persona conjunta» en el mando y veedor general.

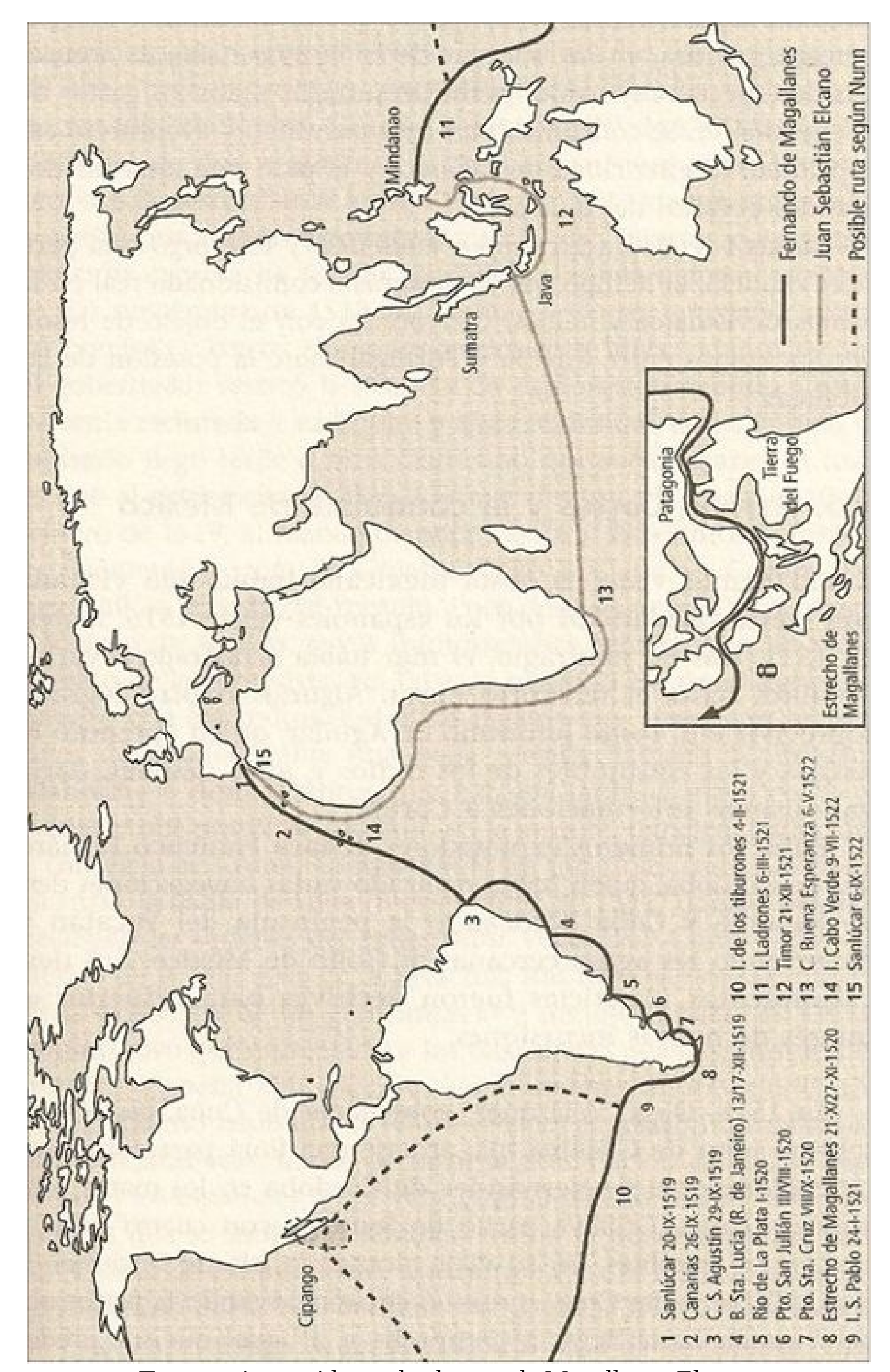
Finalmente, el 10 de agosto de 1519 cinco naves partieron de Sevilla con rumbo sur en busca de la ansiada vía que comunicase los dos grandes océanos. Entre los numerosos marineros embarcados destacaban los lusos Álvaro de Mezquita, primo hermano de Magallanes, Duarte Barbosa, hermano de la mujer de Magallanes y el experimentado capitán Esteban Gomes, el cosmógrafo y cronista veneciano Antonio Pigaffeta y un contingente importante de vascos, entre ellos Juan Sebastián Elcano (1476-1526), maestre del navío *Concepción*.

Tras terminar de avituallar la flota en Sanlúcar y fondear unos días en Tenerife, enfrentaron el Atlántico en tranquila singladura que los llevó a la bahía de Río de Janeiro. Dos semanas de descanso y aguada permitieron a la flota afrontar una nueva navegación, que los llevó hasta el gran promontorio de San Julián, en la Patagonia. La inminente llegada del invierno austral –marzo de 1520– aconsejó un largo descanso. En San Julián permanecieron cinco complicados meses de invernada. Las duras condiciones de vida, el intenso frío y la escasez de víveres alimentaron la rebelión del veedor Juan de Cartagena y del capitán Gaspar de Quesada. Juan de Cartagena, que ya había chocado durante el viaje con el criterio de Magallanes, por lo que había sido relevado del mando del navío *San Antonio*, proponía ir a las islas Molucas por el cabo de Buena Esperanza o regresar a España. El motín fue sofocado a sangre y fuego, los cabecillas ejecutados salvo Cartagena y su capellán, Pedro Sánchez de la Reina, que por su rango fueron abandonados en un islote con un par de raciones de agua y bizcocho.

El deseado y peligroso estrecho

Sofocar el motín costó el hundimiento de un navío y, lo peor, la desconfianza en sus capitanes. El 21 de agosto de 1520, los barcos zarparon de San Julián hacia el sur. Un mes después hallaban la embocadura del estrecho. Magallanes ordenó que dos naves, la *San Antonio* y la *Concepción*, se adelantasen para determinar si aquello era un canal, un río o simplemente un brazo de mar cegado. Tras varias vueltas, entradas y salidas por un dédalo de islas y canales habían encontrado una corriente que los sacaba a mar abierto. Habían hallado el anhelado estrecho… Reunificadas las naves, todavía debieron luchar contra tormentas y vientos que los escupían fuera del canal. Finalmente se adentraron en él. Las diversas angosturas y canales aconsejaron dividir el convoy, lo que fue aprovechado por el capitán Esteban Gomes para en acto de rebeldía salir del estrecho y regresar a España.

Hasta cuatro semanas tardaron en encontrar la salida definitiva al Pacífico por el llamado Cabo Deseado.



Trayectoria seguida por los barcos de Magallanes-Elcano.



Retrato del marino Juan Sebastián Elcano. Museo Naval, Madrid. Elcano fue el primer hombre en circunnavegar la Tierra demostrando su esfericidad. Nació en Guetaria (Guipúzcoa) en 1476 y murió en la mar del Sur en 1526.

El mundo es ancho y esférico

No todo había concluido. Una enorme tormenta los desvío hasta las Azores y sigilosamente tuvieron que atravesarla para no ser detectados. Al fin, el 6 de septiembre de 1522, arribó Elcano a Sanlúcar. Atrás quedaban tres infernales años, cuatro naves y 234 compañeros. Había realizado una gesta casi de ciencia ficción, un viaje alrededor de la Tierra de dimensiones míticas, consumando así un hito científico y aventurero excepcional: la esfericidad del planeta y el paso que unía los dos grandes océanos del mundo.

Carlos I recibió a Elcano en audiencia y le otorgó una pensión vitalicia, al tiempo que lo designaba comisionado real en las juntas de Badajoz y Yelbes, convocadas con el objeto de resolver los litigios entre España y Portugal sobre la posesión de las Molucas. Poco después sería el piloto de otra expedición al estrecho que le costaría la vida.

La enorme gesta de Magallanes –recorrer 14 440 leguas, cerca de 80 000 kilómetros y circunnavegar la Tierra– supuso poco beneficio económico para España –aunque en las bodegas de la *Victoria* se trajeron especias suficientes para sufragar la expedición y aún hacerla lucrativa–, pues la travesía era larga y peligrosa y terminaba siendo más rentable y seguro cruzar personas y mercancías de un océano a otro por el istmo. Además, la enormidad del Pacífico, «un inmenso y turbador azul», en palabras del historiador Salvador Bernabéu, hacía imposible el control absoluto de islas y rutas y planteaba un serio conflicto jurisdiccional con Portugal. Pero no hay duda de que el viaje supuso un hito científico y un cambio antropológico y social profundo. Se confirmaba la esfericidad y globalidad del planeta y que los mares eran la vía de comunicación entre las diversas partes y pueblos de la Tierra. En apenas veinte años, el mundo multiplicó sus dimensiones y todos sus habitantes pudieron intercomunicarse. Pocas sociedades permanecieron aisladas y al margen de esta primera globalización. El mundo era único, diverso, redondo y mucho más grande de lo que se creía. Y el mar era el camino. Ya nada volvería a ser igual.

Hernán Cortés y la conquista de México

A finales de 1518 los europeos, y más concretamente los españoles, habían perfilado ya la fachada atlántica americana a falta sólo de descubrir el ansiado paso interoceánico. La colonización española de las Antillas estaba más o menos concluida y sus riquezas esquilmadas. Se buscaban nuevos horizontes. El golfo de México y la tierra que lo conformaba serían los próximos objetivos.

Desde 1512 fueron frecuentes las navegaciones exploratorias por dichas aguas. Un año antes, otro barco naufragado dejó en las costas a varios marineros que lograron sobrevivir, entre ellos, Jerónimo de Aguilar, quien adoptado por los indios aprendió sus lenguas y costumbres, siendo unos años después una fuente de información crucial para Cortés.

En 1517, el granadino Francisco Hernández de Córdoba, capitán a las órdenes de Pedrarias, exploró las aguas al sur y norte de la península del Yucatán, y descubrió en sus desembarcos que los nativos no recibían bien a los extraños. Diego Velázquez, gobernador de Cuba, intentando adelantarse a cualquier otro conquistador, encomendó a su sobrino Juan de Grijalva que armase una flota para explorar detenidamente las costas mexicanas. La travesía le llevó hasta la isla de Cozumel, a la que llamó Santa Cruz, y después bojeó la península del Yucatán y las aguas de Campeche. Tuvo contacto con varios pueblos mayas del señorío de Tabasco que le informaron de la existencia «de un imperio muy poderoso y rico en oro». Navegó hacia el norte y descubrió la ensenada de Veracruz, a cuya lengua de tierra bautizó como San Juan de Ulúa, por haber llegado allí el día de San Juan de 1518. Continuó su singladura hasta el río Panuco, desde donde regresó a Cuba. Por desavenencias con su tío, que le reprochaba no haber fundado ciudad alguna en la costa mexicana, lo que le hubiera dado derechos frente a cualquier reclamación posterior. Grijalva se marchó a Centroamérica y se puso a las órdenes de Pedrarias, el gran enemigo de Velázquez en lucha por dominar las tierras del supuesto gran imperio del interior.

La expedición de Hernán Cortés

Las informaciones dadas por Grijalva a Velázquez confirmaban la existencia de una importante civilización en el interior del Yucatán y por ende aceleraron los preparativos de una nueva expedición, ante el temor de que Pedrarias estuviese ya avanzando desde el interior de Centroamérica. Al frente de dicha expedición, el gobernador puso a un brillante capitán que le había acompañado en la conquista de Cuba: Hernán Cortés. Arquetipo del conquistador inteligente y visionario, hombre culto, buen orador y escritor. Admirado, temido y odiado, su ambición le reportó fama, gloria y dinero, pero también lo llevó a cometer errores, masacres y a no calcular los límites de su poder. Hombre polifacético y poliédrico, evolucionó al hilo de los acontecimientos y pasó de soldado a encomendero, de conquistador a gobernante, de político a empresario y de explorador a tertuliano.

Cortés nació en Medellín (Badajoz) en 1485. De noble linaje, estudió en Salamanca, donde adquirió un excelente conocimiento del latín y de las ciencias jurídicas, como bien prueban sus escritos. En 1504 se traslada a La Española con la expedición de Nicolás de Ovando y tras alguna escaramuza con los indios es nombrado escribano de la villa de Azúa. En 1511 participa en la conquista de Cuba a las órdenes del gobernador Diego de Velázquez, quien lo nombró su secretario y posteriormente alcalde de Santiago de Baracoa. Estando en Cuba se casa con Catalina Suárez Marcaida, joven a la que cortejó por diversión, pero con la que se vio abocado al matrimonio por imposición del propio Velázquez. Como decíamos, en 1518, Velázquez le encarga a Cortés una misión de reconocimiento del Yucatán con la prohibición expresa de fundar ciudades o asentamientos estables. En noviembre de 1518, en Santiago de Cuba empieza a reclutar hombres y barcos. Pero Velázquez sospecha que Cortés ambiciona armar una gran flota con ánimo conquistador, por lo que negó la licencia y suspendió la expedición. Para cuando llegan los emisarios del gobernador a Santiago, Cortés navega hacia La Habana para conseguir más barcos y hombres. Ignorando las órdenes del gobernador, el 18 de febrero de 1519, el extremeño se hace a la mar con once barcos y setecientos hombres.

Navega sin contratiempos hasta la isla de Cozumel, donde rescatará al náufrago Jerónimo de Aguilar, quien le facilitó informaciones cruciales. Prosigue el viaje costeando la península del Yucatán hasta desembarcar en la desembocadura del río Tabasco, el mismo al que Grijalva diera su nombre, donde se produjo el primer enfrentamiento con los indios mayas, que tras darles agua y víveres instaron a los españoles a abandonar aquellas tierras. La llamada batalla de Centla supuso la primera victoria de Cortés sobre los nativos, quienes le rindieron vasallaje y le otorgaron como prueba de respeto a veinte jóvenes esclavas. Una de ellas era Malintzin, Malinche o doña Marina, quien dadas sus excelentes dotes para el aprendizaje del castellano, el dominio que poseía tanto del maya como del nahua, su excelente conocimiento de tribus y tierras y su inteligencia se convirtió en la amante,

traductora y consejera del conquistador. Los mayas de Tabasco le contaron a Cortés la existencia del poderoso Imperio azteca, que dominaba un extenso territorio en el interior.



Cortés ha pasado a la posteridad como uno de los más brillantes conquistadores españoles en América. Supo jugar con habilidad sus bazas frente a los aztecas y obtener una resonante victoria que le otorgó su halo de héroe, pero cometió graves errores como político y administrador de su territorio al tiempo que intuyó la importancia futura de la mar del Sur. ANÓNIMO. *Retrato de Hernán Cortés*. Museo Naval, Madrid.

En un acto más de rebeldía, y tras arribar a la bahía de San Juan de Ulúa, Cortés fundó la Villa Rica de la Veracruz. Y en un acto de perspicacia jurídica hizo que el cabildo de la recién nacida ciudad lo nombrara gobernador y capitán general, desligándose de la jurisdicción de Diego Velázquez. En Veracruz estableció un puesto de retaguardia mientras recibía algunas embajadas del emperador azteca Moctezuma y noticias exactas de cuál era la situación política y social de dicho imperio.

El propagandista de sí mismo

Cortés fue el creador del héroe conquistador a caballo entre la épica medieval y el maquiavelismo renacentista. Sabedor del poder que la escritura y la imprenta tenían en ese momento para difundir noticias e imágenes del Nuevo Mundo, utilizará las letras mejor que nadie para publicitarse. Entre

1519 y 1526 escribió las *Cartas de relación*, un supuesto epistolario al emperador donde narraba sus acciones de conquista y gobierno en México, sus estrategias y, lo que es más importante, todo el andamiaje justificativo de visión y proyecto político. Además, construye el modelo a imitar del héroe renacentista: culto, fiel a su rey, brillante en las acciones de guerra, con vocación fundacional e imperial de un nuevo mundo mestizo, llamado por Dios y por su rey a una misión irrenunciable y fascinado por las tierras y gentes a las que domina. Ese héroe tenía su molde y fragua en el propio Cortés.

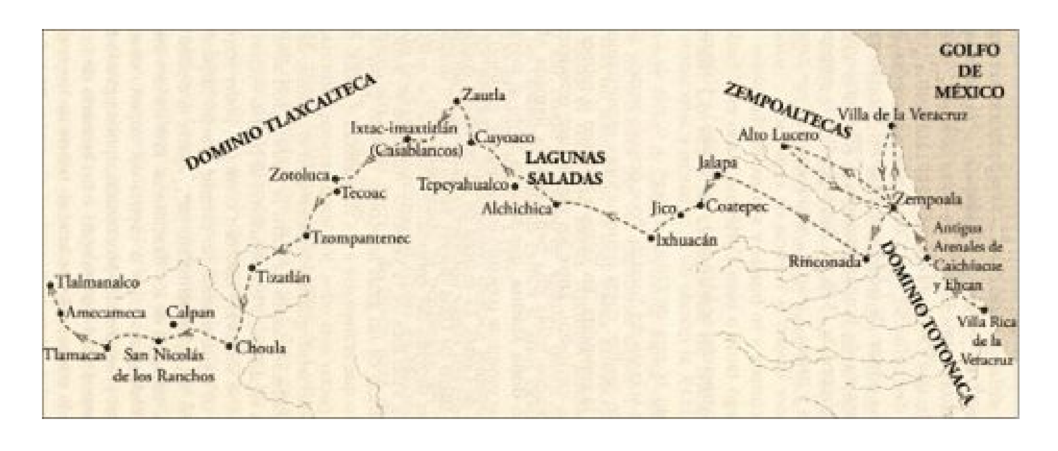
Y de ser ciertas las controvertidas afirmaciones que realiza el historiador y antropólogo francés Christian Duverger[2], incluso el texto fundacional de la novela latinoamericana, en palabras de Carlos Fuentes, *La historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, atribuida siempre a Bernal Díaz del Castillo, sería obra del propio Hernán Cortés. De ser así, el extremeño estaría dando un paso más, la habría escrito pensando en la historia y en la posteridad. Aunque la Corona lo ignorase y alejara de sus conquistas, él dejaba un relato colectivo que apuntaba hacia la eternidad.

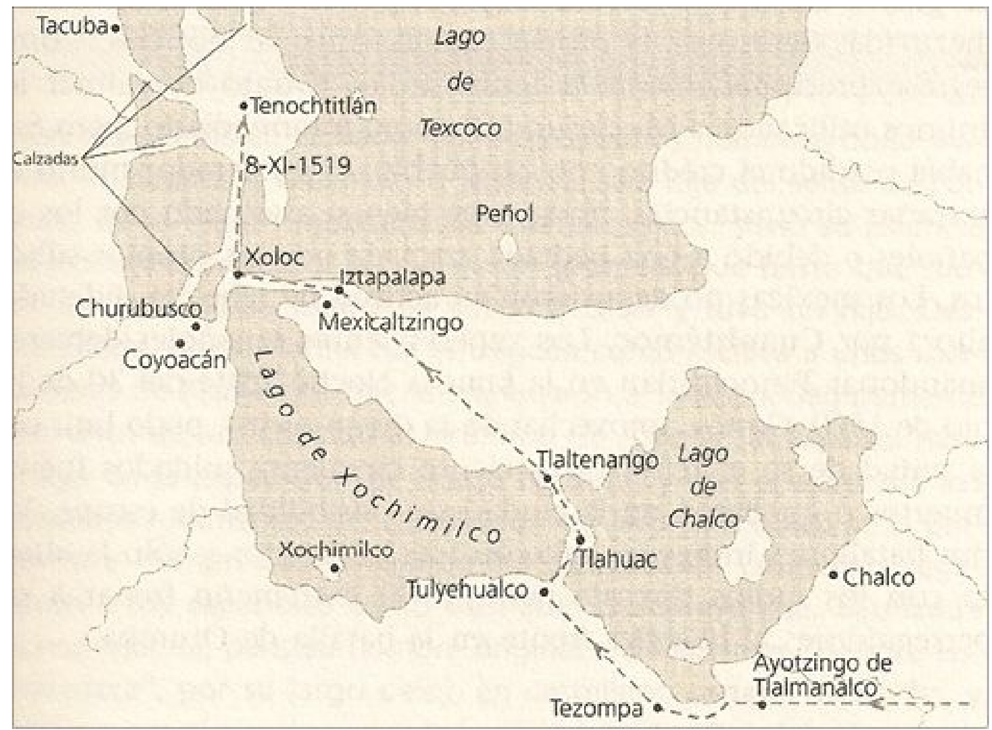
Aliados nativos

La primera gran reflexión de Cortés fue que, en la medida de lo posible, debía sacar partido al descontento de muchos de los pueblos dominados y llegar a acuerdos de colaboración con ellos frente al enemigo imperial. La primera oportunidad se le presentó con los Totonacas, hartos de la dominación imperial y de sus sangrantes tributos. Una treintena de tribus totonacas de los alrededores de Cempoala ofrecieron a Cortés hasta mil trescientos soldados y un pacto de amistad a cambio de que una vez derrotados los aztecas el pueblo totonaca sería libre. Pacto que nunca respetaría el español.

El 16 de agosto de 1519, un ejército formado por cuatrocientos españoles y cerca de dos mil nativos se adentró en busca de la gran capital del Imperio azteca. El primer gran obstáculo con el que tropezó Cortés fue el del fiero pueblo los tlaxcaltecas, quienes, durante varias semanas, hicieron frente a los extranjeros hasta que en la derrota aceptaron pactar y unirse a españoles y totonacas. Los indios tlaxcaltecas también sufrían la dominación azteca y en su derrota sacaron provecho contra el enemigo común.

En Tenochtitlán ya sabían que un importante ejército formado por extranjeros y nativos dominados se dirigía hacia allí. Moctezuma envió a varios emisarios y trató de negociar. Una de las embajadas citó a Cortés en la ciudad santuario de Cholula, la segunda más importante de los aztecas, con cerca de treinta mil habitantes. El español supuso que era una emboscada y ordenó atacar. El 18 de octubre, la ciudad fue arrasada y se estima que murieron más de cinco mil nativos en unas pocas horas. Cortés permaneció allí hasta principios de noviembre, reabasteciendo el ejército y estudiando el mejor modo de enfrentar el encuentro con Moctezuma. Mucho se ha especulado con la terrible matanza de Cholula, que hoy se nos antoja absolutamente gratuita y excesiva, tanto la masacre militar como el incendio al ser abandonada. Es posible que Cortés buscase una acción preventiva, que no quisiese en su avance dejar una ciudad tan importante a sus espaldas, que desease enviar un mensaje claro de su superioridad y de su inequívoca voluntad de dominación. Seguramente todas estas razones impulsaron la acción desmedida.





Recorrido de Hernán Cortés desde el desembarco en Veracruz hasta Tenochtitlán.

El asombro de Tenochtitlán

El 8 de noviembre, Cortés y sus aliados indios contemplaron por primera vez la belleza de la capital azteca. Tenochtitlán se les mostró como la ciudad más grande que habían contemplado. Es posible que aquellos hermosos y grandes edificios construidos sobre un lago albergasen a unas doscientas mil personas. Viendo el enorme recinto del Templo Mayor con sus altas pirámides, la frenética actividad comercial del mercado de Tlatelolco, sus numerosos canales y puentes, los jardines flotantes, en fin, la rebosante e ubicua prosperidad imperial, los españoles comprendieron que estaban ante un formidable y rico Estado.

A la entrada de la ciudad, el emperador Moctezuma II recibió a Cortés como el enviado del dios Quetzalcóatl o un emisario suyo, en la creencia azteca de que un día regresaría por oriente. En los días siguientes, los españoles se hicieron dueños de la ciudad, se apoderaron del gran tesoro de Axayacatl y se sintieron como nobles entre aquellos palacios y templos. Pero con el paso de los días, ante la evidencia de que los extranjeros habían llegado para quedarse, se extendieron la sospecha de la conjura y los rumores de la llegada de batallones nativos al entorno de la ciudad. Se supo que un ejército azteca atacó la pequeña guarnición de Veracruz y poblados totonacas, lo que aprovecharon los españoles para detener a Moctezuma y obligarlo a traspasar su soberanía al rey de España y el mando sobre la ciudad y los ejércitos a Cortés. Con ello se daba un importante golpe de efecto, desmontando el sistema político y religioso de los aztecas y humillando a su emperador, pues como sumo sacerdote del dios de la guerra, Huitzilopochtli, era insoportable verlo encarcelado y sumiso a los extranjeros.

Mientras tanto, Diego Velázquez había organizado un ejército de mil quinientos hombres al mando de Pánfilo de Narváez, con la intención de detener y castigar la rebeldía de Cortés. Narváez ya había desembarcado y el conquistador extremeño tuvo que reorganizar su tropa, dejando a su lugarteniente, Pedro de Alvarado, al mando de Tenochtitlán al tiempo que él regresaba a la costa para hacer frente a la hueste de su antiguo gobernador.



El primer encuentro entre españoles y aztecas estuvo marcado por la creencia nativa del retorno de Quetzalcóatl, lo que causó paralización y sorpresa inicial, que Cortés supo aprovechar para adueñarse de Tenochtitlán sin batallar. ANÓNIMO. *Encuentro de Cortés y Moctezuma*. Government Art Museum, Reino Unido.

Pedro de Alvarado contaba con ciento veinte soldados en clara inferioridad y dentro de una ciudad en la que se sentían cercados. Los nervios y el miedo les hicieron cometer diversas torpezas que acabaron enemistándolos con la nobleza nativa. El día que se celebraba la gran fiesta del mes *Toxcatl*, Alvarado temió una sublevación, De forma preventiva y ejemplarizante, mandó detener y asesinar a varios sacerdotes y príncipes de la casa real. La escasa hueste hispana fue atacada y Cortés debió regresar precipitadamente a Tenochtitlán. Trató de alcanzar un pacto, negoció con Moctezuma II, pero ante su pueblo ya no era más que un dios caído y su muerte en extrañas circunstancias –¿asesinado por los españoles o apedreado por sus propios súbditos?– no hizo más que exacerbar los ánimos. Los mexicas habían encontrado un nuevo líder que los incitaba a la rebelión: Cuauhtémoc.

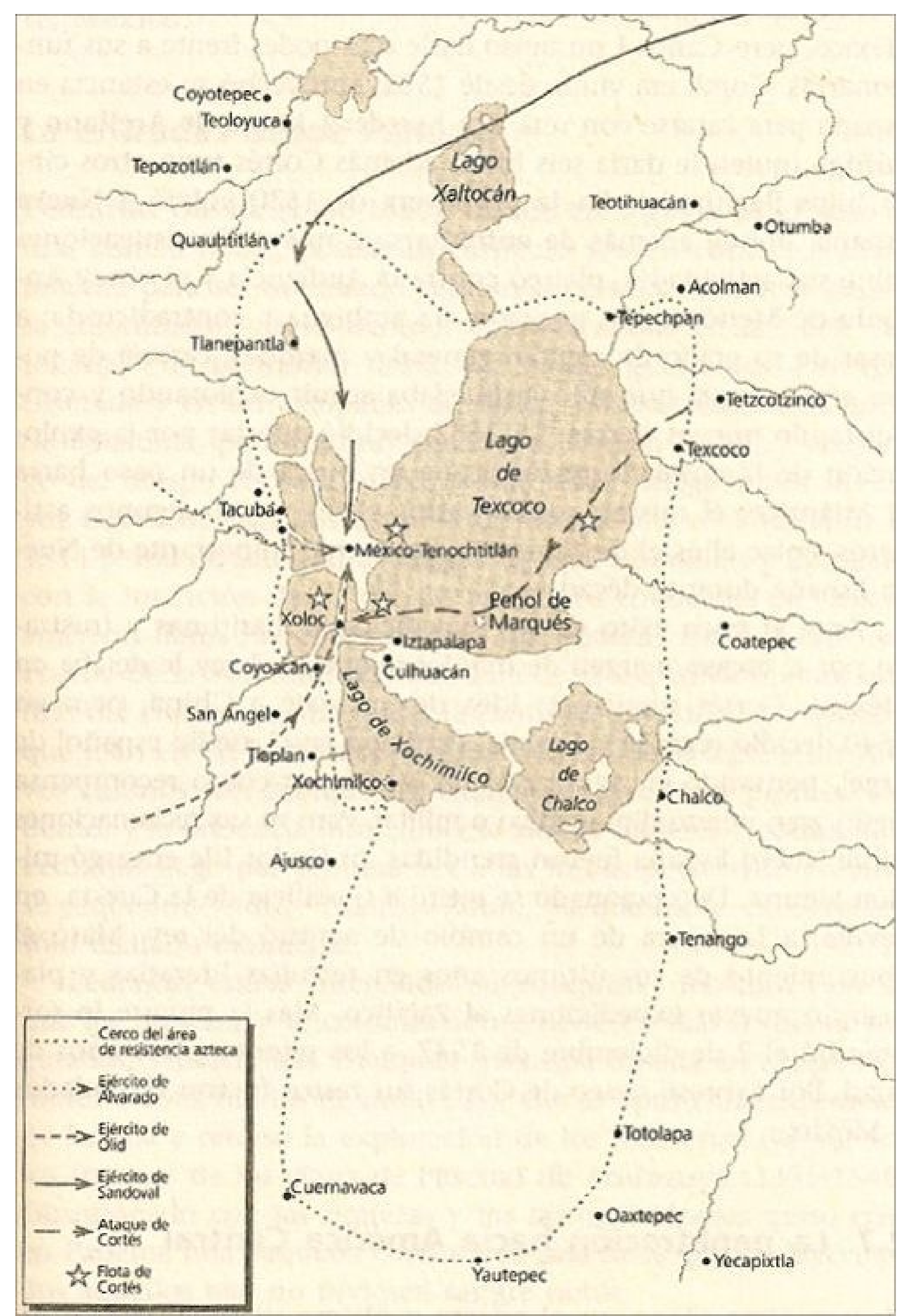
Los españoles abandonaron Tenochtitlán en la llamada Noche Triste del 30 de junio de 1520, dejando tras de sí a ciento cincuenta compañeros muertos o atrapados. Algunos batallones indígenas persiguieron a Cortés y sólo la intervención de sus aliados tlaxcaltecas les salvó la vida al hacerlos frente en la batalla de Otumba.

La conquista definitiva

Cortés había realizado una jugada maestra al enfrentarse a Pánfilo de Narváez: no sólo lo derrotó sino que se apropió de su tropa aumentando considerablemente el número de efectivos de su ejército. Durante más de un año preparó el asalto definitivo a Tenochtitlán. Trabó pactos con los pueblos enemistados con los aztecas. A los ya socios, como los tlaxcaltecas y cempoaleses, se unieron los importantes contingentes de Ixtlilxóchitl de Texcoco. Por su parte, Cuauhtémoc también organizó una dura resistencia. Convertido en líder indiscutible de los mexicas, firmó la llamada Triple Alianza con los ejércitos de Coanacoch, la escisión fiel de Texcoco, y los de Tetlepanquétzal.

A finales de mayo de 1520, Cortés desplegó sus efectivos alrededor de la ciudad cercándola y cerrando sus suministros. Los españoles contaban con artillería de campaña, dos centenares de arcabuceros, seiscientos cincuenta soldados de a pie, más de un centenar de caballeros, miles de indígenas que actuaban como intendencia e infantería y una flota de trece bergantines, fundamentales para el colapso de una ciudad lacustre que dependía de sus canales.

El asedio comenzó con el corte del acueducto de Chapultepec, que llevaba agua potable a los sitiados y el bloqueo de las entradas y salidas. Durante cuarenta días sólo se registraron pequeñas escaramuzas violentas. Tenochtitlán aguantaba, pero el hambre, la sed y una epidemia de viruela dejada por los españoles agotaron a la asediada población.



Asedio y toma de Tenochtitlán.

El 13 de agosto de 1521, la capital del gran imperio mesoamericano claudicó y los españoles y sus aliados indígenas la tomaron a sangre y fuego.

La caída de un imperio, que en extensión y población superaba con creces a España por la simple acción de un millar de extranjeros, no puede explicarse sin resaltar algunos factores internos que jugaron un papel determinante. La dominación azteca, basada en el uso frecuente de la violencia y las fuertes cargas tributarias, creó un rechazo en los pueblos sojuzgados que facilitó las alianzas con Cortés y el derrumbe interno. En menor medida influyeron el carácter fatalista y escatológico del sistema político-religioso azteca y la estructura piramidal, que primero paralizó y

luego retrasó la reacción nativa. También contribuyeron factores externos como la superioridad militar española, el uso de armas de fuego y la caballería, el apoyo de miles de indios y, por supuesto, la epidemia de viruela que terminó por debilitar las defensas mexicas.

La invención de México

Cortés, destructor y usurpador de todo un imperio, fue a la vez el inventor y creador de Nuevo Mundo. Para el historiador mexicano Juan Miralles, autor de la más completa biografía sobre Cortés[3], no hay dudas de que el México moderno echa sus raíces y no podría ser explicado sin la aventura cortesiana y su deseo de crear en aquellas tierras algo similar a su España natal. No reprodujo, inventó México soñando con su España natal. Arruinó una de las ciudades más bellas y grandes de América, y sobre aquellos escombros edificó un nuevo orbe, español y azteca, europeo y americano, algo absolutamente original e insólito. Fue el surgimiento, la invención de México y el origen de la sociedad mexicana actual.

En su intento de recrear España sobre raíces aztecas contó con la necesaria –a veces voluntaria, otras impuesta– colaboración y con el acuerdo de los dirigentes nativos, los cuales fueron piedra angular del nuevo espacio político y social naciente.

El historiador Duverger incide en su reciente biografía en el aspecto mestizo del proyecto mexicano de Cortés[4], quien habría quedado seducido por la civilización azteca y deseaba crear un mundo con lo mejor de lo náhuatl y lo europeo.

Estas visiones revisionistas –constructivista, seminal y mestiza– sorprenden e irritan con la imagen falsa creada tras la Revolución mexicana que reprodujo un Cortés unidimensional de conquistador traidor, genocida y aniquilador del mundo nativo.

Conjuras y traiciones

Asegurado el territorio y el vasallaje indígena, Cortés comenzó a organizar la administración de la denominada Nueva España y a explorar sus tierras colindantes. Carlos I lo nombró gobernador y capitán general, y como hiciera en las islas antillanas, envió funcionarios reales para que supervisasen la acción de gobierno. A finales de 1522 llegaron a México el tesorero Alonso Estrada, el contador Rodrigo de Albornoz, el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmíndez Chirino. Eran la avanzadilla del cuerpo burocrático castellano que poco a poco se iría adueñando de las Indias.

En realidad Cortés hizo y deshizo a su antojo hasta 1525, cuando fueron nombrados Beltrán de Guzmán, como gobernador de las tierras de Panuco, y, meses más tarde, Nuño de Guzmán, como presidente de la Audiencia. El 12 de marzo de 1524 Cortés incursionó en la región de las Hibueras en busca del estrecho que comunicase los dos océanos y de un fabuloso tesoro del que hablaban los mexicas. La expedición fue un desastre y un grave error. Será el inicio de su derrumbe político. Por entonces se había producido la traición de su lugarteniente Cristóbal de Olid (1488-1524) y algunos capitanes andaban inquietos por el control mayor que ejercían los funcionarios reales. Esta tensión será siempre una constante durante toda la conquista. Los hombres que efectivamente han luchado y ganado el territorio asisten al recorte de sus prerrogativas frente a funcionarios y leguleyos llegados desde la Península y nombrados por la voluntad real.

En España comenzaron a tomar forma algunas acusaciones contra Cortés. Desde su rebeldía de Diego Velázquez hasta la tortura y ahorcamiento de Cuauhtémoc. Como medida preventiva, en México, el presidente de la Audiencia, Nuño de Guzmán, le quitó las atribuciones de gobernador y asumió él las funciones de gobierno. A Cortés no le quedaba otra opción que regresar a España para defenderse y obtener el favor del emperador. En marzo de 1528 se embarcó hacia la Península.

Recibido como un héroe, Carlos I lo nombró marqués del Valle de Oaxaca, le concedieron una inmensa encomienda y una buena renta, y nombramiento de capitán general (luego revocado), pero se negó a habilitarlo como gobernador. Lo más que pudo obtener fue permiso para explorar la costa pacífica y la promesa de gobernación en las tierras que hallara.

Antes de regresar a México, Cortés se casó con Juana de Arellano y Zúñiga, rica heredera y madre de seis de sus once hijos.

En la primavera de 1530, Cortés se hallaba en una compleja y extraña situación en los dominios que había conquistado. Carecía de poder efectivo excepto en las tierras de su marquesado y se le volvieron a abrir procesos.

La mirada hacia el Pacífico

Ya que no podía desempeñarse como quería en el interior de México, Cortés puso la mirada en el océano Pacífico y apostó por la exploración de la costa norte mexicana. Él mismo costeó varios viajes y creó algunos astilleros, entre ellos el de Tehuantepec, el más importante de Nueva España durante décadas. El medellinense soñaba con la alcanzar China y las Molucas, descubrir un nuevo imperio o encontrar un paso hacia el Atlántico.

La primera flotilla exploratoria, comandada por su primo Diego Hurtado de Mendoza en 1532, bojeó el norte de la costa de Jalisco, pero naufragaron en algún lugar al norte de las islas Marías. En octubre de 1533 otras dos naves fueron enviadas a explorar las aguas de la Baja California, pero el motín en una de ellas, los continuos saqueos y violaciones cometidos en los poblados indios que encontraron y la negación de auxilio y continuas trabas de Nuño de Guzmán, gobernador de Nueva Galicia, arruinaron la expedición.

En 1535, con tres navíos y trescientos hombres, intentó llegar a las Molucas con ánimo de establecer una vía comercial entre las islas de la Especería y México, pero no pudo pasar de las aguas de la Baja California.

Poco después envió con Hernando Grijalva dos navíos con destino a Perú con la intención de ayudar a su primo Pizarro y establecer una ruta comercial entre los dos grandes focos de colonización española.

La última expedición cortesiana se hizo a la mar en julio de 1539. Desde Acapulco, nueve barcos al mando de Francisco de Ulloa se adentraron por el golfo de California, entonces conocido como mar Bermeja. Al llegar a su extremo norte avistaron la desembocadura del río Colorado y tomaron posesión de aquellas tierras. Confirmada la peninsularidad de California, salieron a mar abierto, donde el barco de Ulloa se perdió para siempre.

Tras el fracaso de sus exploraciones pacíficas y frustrado por el escaso margen de maniobra que el virrey Mendoza le dejaba en México, Cortés decidió regresar a España en 1540. Famoso y rico, reconocido socialmente, pretendió un puesto diplomático o una embajada a China. Estancado su juicio de residencia, tampoco avanzaban sus reclamaciones sobre Nueva España. Para agradar al emperador se alistó en el ejército que asedió Argel, pero Carlos I, más preocupado por sus guerras en Europa y en el Mediterráneo, lo ignoró. Decepcionado por el ninguneo, se retiró a Castilleja de la Cuesta, en Sevilla, donde dejó pasar el tiempo entre tertulias literarias y sueños de nuevas expediciones al Pacífico. Al presentir la muerte, pidió que lo trasladasen a Nueva España, pero falleció en Castilleja el 2 de diciembre de 1547. Años después, sus restos fueron trasladados a México.

La penetración hacia América Central

Hemos visto cómo, en el cuarto y último viaje (1502), el almirante bojeó las costas centroamericanas de Honduras, que seis años más tarde explorarían Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón. En 1510, Diego de Nicuesa navegó por aguas de Costa Rica, y la costa de Panamá fue visitada por Fernández de Enciso y Núñez de Balboa, entre otros, antes de que el extremeño se internase en el istmo y descubriera el mar del Sur. Será a partir de la expedición de Pedrarias Dávila (1515), gobernador de Castilla de Oro (Veragua-Panamá), cuando se inicie la colonización definitiva de América Central. Las dos principales rutas de penetración serán, desde el sur, el eje de las Antillas-Panamá; y desde el norte, México.

Pedrarias Dávila desde Panamá

Pedrarias Dávila (1440-1531), nacido en Segovia en el seno de una familia noble, poseía un currículo y unos contactos inmejorables para ser nombrado capitán general de la mayor empresa colonizadora de su tiempo: se había criado en la Corte castellana, era un militar destacado en las guerras de Portugal, Granada y en las campañas de África, estaba casado con Isabel de Bobadilla, persona muy cercana a la reina Isabel, y era amigo del obispo Fonseca, máxima autoridad delegada por los Reyes Católicos para los asuntos de Indias. Así, el 1 de abril de 1514 partía de Sanlúcar al mando de dos mil hombres y veintidós navíos con la intención de poblar los territorios conocidos de Centroamérica, llamados entonces por sus riquezas Castilla de Oro. Prueba de la voluntad colonizadora de la expedición eran, además del enorme contingente, la cantidad de animales y semillas que iban en las bodegas de los barcos, el apoyo legal a los nuevos colonos con franquicias, exenciones fiscales y promesas de tierras, y la presencia inusualmente alta de mujeres y nobles. Con Pedrarias llegó por primera vez a las Indias por escrito el famoso requerimiento de Palacios Rubio, ya que hasta entonces era sólo recitado oralmente.

Pedrarias buscaba territorios seguros donde se pudiesen explotar minas o tierras fértiles y en los que la colonización estuviese más o menos asegurada. Poco amigo de aventuras y riesgos, no quería desviar los escasos recursos humanos en expediciones que entendía como problemas. Se opuso a la expedición de Balboa y retrasó la exploración de los territorios del sur tras los fracasos de los viajes de Pascual de Andagoya (1495-1548). Obsesionado con las riquezas y los fastos, Pedrarias quiso crear en Panamá una pequeña élite social de la que excluyó a todos aquellos que no tuviesen sangre noble. En el fondo añoraba su vida en Castilla, cerca del poder, donde tras sus acciones de guerra tenía siempre una corte a la que regresar.

Cruel y despiadado con los nativos, a los que guerreó sin piedad, asentó el poder colonial en Panamá, Nicaragua y Honduras, y sobre todo aseguró comunicación terrestre entre los dos océanos. Como a muchos otros, su ambición lo llevó a enfrentarse con varios compatriotas.

Gil González Dávila (?-1526), conquistador castellano, muy amigo del prelado Rodríguez de Fonseca, realizó diversos viajes entre España y América para mantener informado a Fonseca del desarrollo de la colonización. En 1521, fue nombrado general del mar del Sur, con licencia para explorar la ruta desde Panamá a las islas orientales y con el fin encubierto de controlar a Pedrarias. En 1523 realizó un viaje de exploración por las costas de las actuales Nicaragua y Costa Rica, alcanzando el golfo bautizado por él de *Fonseca*, en honor de su amigo y valido. Dividió la expedición en dos partes, unos buscarían por barco un paso que comunicase los dos océanos, capitaneados por Andrés Niño. El resto seguiría al propio Dávila por tierra. De su incursión obtuvo un buen botín en oro y piedras preciosas que despertó la

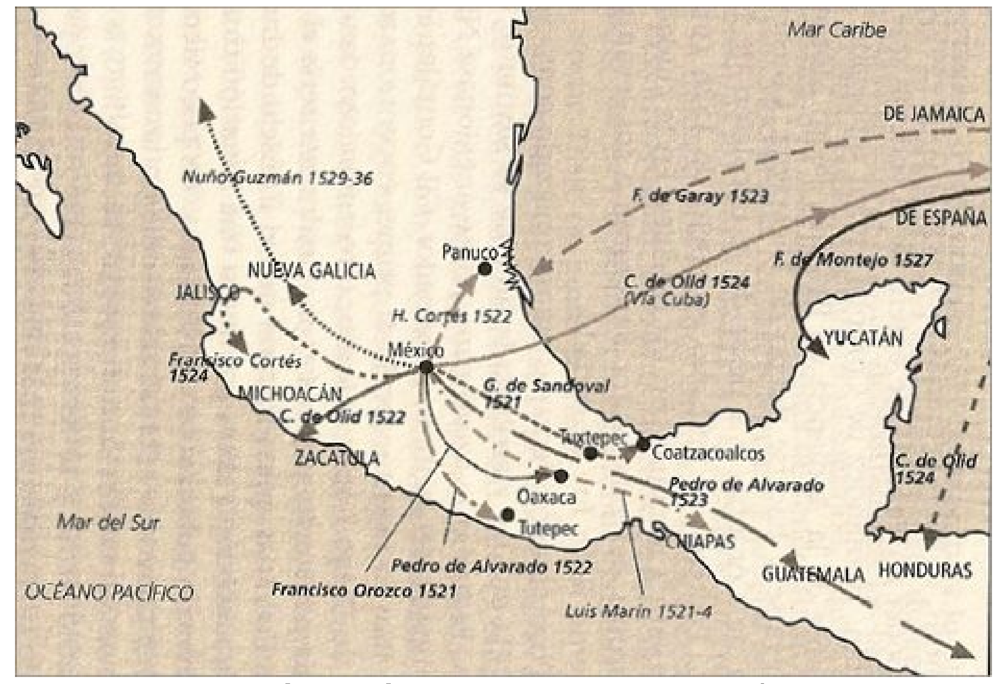
codicia, la envidia y una vieja rivalidad en Pedrarias, quien comisionó a su lugarteniente Francisco Hernández de Córdoba y al capitán Hernando de Soto para que frenasen dichos avances. Hernández de Córdoba y su grupo fundaron la villa de Bruselas (1524), cerca de la actual Puntarenas, primer asentamiento hispano en Costa Rica, Granada, junto al lago de Nicaragua, y León la Vieja. El enfrentamiento inevitable supuso la derrota de Córdoba y Soto, y ambos quedaron prisioneros de González Dávila. Al poco, apareció la hueste de Olid, capitán de Cortés, que reclamaba el mismo territorio.

La penetración desde México

Con la intención de ampliar sus dominios en Nueva España y ante las noticias de la exitosa expedición de Gil González, Cortés encargó a su maestre de campo, Cristóbal de Olid, una relevante expedición hacia el sur. En enero de 1524, Olid partió desde Veracruz con varios barcos hacia La Habana con el fin de reclutar más hombres y armas. Pero en Cuba, traicionando a su jefe, se entrevistó con el gobernador Diego Velázquez, para dejar al margen a Cortés y repartirse las tierras y tesoros hallados. Enterado Cortés del pacto y la traición, envió a su primo Francisco de las Casas a detener a Olid. De nuevo las ambiciones desmedidas enfrentaban a los conquistadores sobre el terreno. Olid derrotó a sus dos enemigos y los apresó, mas las deserciones y las promesas de colaboración de Gil González y de De las Casas hicieron que Olid conociese también el amargo regusto de la traición.

Enjuiciado y ejecutado Olid, Gil González fue a México para reclamar a Cortés los derechos sobre su gobernación. Al no ser atendidas sus pretensiones, embarcó hacia España. Tras los informes preceptivos, el Consejo de Indias destituyó a Pedrarias y nombró a Gil González gobernador de Nicaragua. En 1526, estando en Ávila reclutando hombres y dinero, González murió sin poder asumir el cargo.

Entre tanto, el propio Hernán Cortés encabezó una expedición hacia Honduras y la región de las Hibueras con el triple objetivo de ajusticiar al traidor Olid, buscar un fabuloso tesoro del que hablaban los indios y encontrar un posible paso interoceánico. Expedición fracasada en sus tres objetivos: al llegar a San Gil de Buena Vista, supo del ajusticiamiento del traidor; el tesoro era una conseja sin fundamento; y, aunque exploró el golfo Dulce de Honduras, el estrecho soñado se hallaba a miles de millas de ahí. Y mientras, en México, los funcionarios reales le mermaban su poder.



Principales expediciones terrestres por Centroamérica.



Disputas por Nicaragua

A pesar de haber sido depuesto en 1526, el hábil Pedrarias, que seguía controlando los resortes del poder en Panamá, se enteró de la traición que planeaba su capitán, Hernández de Córdoba, quien espoleado por el representante de la Audiencia de Panamá, Pedro Moreno, pretendía sublevarse y hacerse dueño de Nicaragua. Consumada la traición de Córdoba, y a pesar de la oposición de Hernando de Soto, Pedrarias se embarcó en enero de 1526 con un ejército dispuesto a terminar con los rebeldes. En la ciudad de Granada, las tropas del exgobernador derrotaron a los levantados y el subalterno felón fue ajusticiado.

Poco después, arribaba la flota de Pedro de los Ríos, nuevo gobernador de Castilla de Oro, a quien Pedrarias azuzó para que se anexionase Nicaragua ante la ausencia del legítimo gobernador, Gil González Dávila, y, aunque Ríos lo intentó, reculó al primer encontronazo con las tropas de Diego López Salcedo, otro ambicioso conquistador que había penetrado en Nicaragua. Finalmente sería el viejo y retorcido Pedrarias quien lograría que el Consejo de Indias legitimase su ambición y diera por buena una situación casi *de facto*: fue nombrado gobernador de Nicaragua. En poco tiempo se consolidó la presencia colonial, se extendieron las zonas de cultivo con nuevas variedades hortofrutícolas, se introdujo la ganadería, se repartieron tierras y se reconoció la región hasta topar con la gente de Guatemala. Por contra, Pedrarias y la hueste española dejaron un reguero de sangre y muerte allí por donde pasaron.

Las conquistas de Pedro de Alvarado

Pedro de Alvarado, uno de los más destacados capitanes de Cortés en la conquista de México. Había nacido en 1586 en Badajoz, hijo de un caballero de la Orden de Santiago que sólo poseía linaje. Como muchos hidalgos empobrecidos, tuvo que salir de su tierra para ganarse la vida siendo apenas un adolescente. En 1510 embarcó hacia La Española en el séquito de Diego Colón y participó en la conquista de Cuba. Hombre de imponente aspecto físico, brabucón y exhibicionista, tras recibir una capitanía y una encomienda, le gustaba pasearse con la capa de Santiago de su padre por las islas antillanas.

En 1518, se unió a la expedición de Juan de Grijalva al mando de una carabela. Saqueó algunos poblados indios y fue el primero en regresar a Cuba repleto de tesoros.

Por su experiencia y fama, Cortés lo hizo uno de sus capitanes de mayor confianza durante la conquista de México. Destacó siempre por su valentía y coraje, y también por su excesiva ambición y carácter sin escrúpulos. Fue uno de los artífices de las victorias en las batallas de Tabasco, Centla y Cholula. De los tlaxcaltecas recibió como regalo a la hija de uno de sus caciques principales, a quien bautizó como Luisa y convirtió en su amante. Luisa de Tlaxcala le daría dos hijos.

Quedará siempre en la historia más negra por su torpeza durante la fiesta india de *Toxcatl*, cuando Cortés había ido a batallar contra las tropas de Pánfilo de Nárvaez y él quedó al mando de los españoles en Tenochtitlán. Mientras los indios conmemoraban una efeméride de su calendario, Alvarado, alegando una supuesta conjura, perpetró la conocida matanza del Templo Mayor, masacre que trajo la rebelión mexica y obligó a los españoles a huir en la Noche Triste del 30 de junio de 1520.

Al mando de uno de los batallones más activos, regresó para la toma y destrucción de Tenochtitlán, lo que le reportó una de las mejores encomiendas de la Nueva España. Pero Alvarado no había cruzado el océano para encomendar indios ni vivir como rico hacendado. Deseaba su propia gobernación, por lo que solicitó a Cortés permiso para adentrarse en los territorios del sur.

El 6 de diciembre de 1523, partió hacia la región Soconusco, acompañado de su hermano Gonzalo, con un poderoso ejército de ciento sesenta jinetes, trescientos infantes y miles de indios culúas y tlaxcaltecas. Al adentrarse en territorio maya-quiché, encontraron los primeros pueblos resistentes. Aislados, ayudados por la orografía selvática y siempre hostiles con los extranjeros, recibieron con violencia a la hueste de Alvarado. Al frente del legendario guerrero Tecum-Umán los quichés del entorno de Utatlán formaron una alianza militar para expulsar a los intrusos. Los españoles infligieron una severa derrota a los quiché, que devino en carnicería y asesinato de los jefes principales.

La «hermosa» derrota de Tecum-Umán

Tecum-Umán era un cacique y guerrero quiché, jefe supremo del ejército agrupado en la capital de su reino, Utatlán, de donde salió a hacer frente a la hueste conquistadora de Pedro de Alvarado. El encuentro se produjo en Xelanhu, conocido en las crónicas hispanas como la batalla de El Pinar, a principios de marzo de 1524. Alvarado mató a Tecum-Umán y su ejército huyó despavorido ante la carnicería de los españoles. Luego, el conquistador entró en Utatlán y apresó a todos los caciques y principales quichés y los quemó públicamente el 7 de marzo.

Las crónicas indias cuentan la batalla de forma bella y fantástica:

Y luego el capitán Tecum-Umán alzó el vuelo, que venía hecho águila, lleno de plumas que nacían de sí mismo, no eran postizas. Traía alas que también nacían de su cuerpo y traía tres coronas puestas, una era de oro, otra de perlas y otra de diamantes y esmeraldas. El cual capitán Tecum venía de intento de matar al Adelantado, que venía a caballo, y le dio al caballo por darle al Adelantado y le quitó la cabeza con una lanza. No era la lanza de hierro sino de espejuelos […].

Y como vio que no había muerto el Adelantado sino el caballo tornó a alzar el vuelo para arriba, para desde allí venir a matar al Adelantado. Entonces el Adelantado lo aguardó con su lanza y lo atravesó por medio a este capitán Tecum.

Luego acudieron dos perros, que no tenían pelo ninguno, eran pelones. Cogieron estos perros a dicho indio para hacerle pedazos. Y como vio el Adelantado que era muy galán este indio y que traía estas tres coronas de oro, plata, diamantes y esmeraldas y de perlas, llegó a defenderlo de los perros, y lo estuvo mirando muy despacio.

Crónicas indígenas de Guatemala

Tras la victoria militar, impuso a dos hijos de los jefes recién asesinados como caciques, pero los obligó a reconocer el vasallaje de la Corona española y su superior autoridad.

El territorio cakchiquel también se le mostró hostil. Varias avanzadillas que trataron de contactar con los indios no regresaron. Pero al igual que ocurriera en la guerra contra los aztecas, Alvarado aprovechó las luchas intestinas y los odios ancestrales de las tribus de Atitlán para dominarlos. Los señores de Tunatiuh e Iximché ofrecieron su colaboración a cambio de someter a sus viejos enemigos, los pueblos de Zutujiles y los de Panatacat. Consumado el dominio en territorio maya, alcanzaron la costa pacífica y el señorío de Cuzcatlán, ya en territorio salvadoreño. Cansados de guerrear y de un hábitat tropical ponzoñoso, detuvieron el avance y regresaron a la región cakchiquel, donde el 25 de julio de 1524 fundaron Santiago de los Caballeros de Guatemala. Allí asentó su base de operaciones y esperó a que pasara la época de las lluvias para proseguir. Confiado en el apoyo de los mayas Tunatiuh e Iximché, dejó marchar a parte de su hueste y a centenares de indios mexicas que le servían de intendencia.

Aplacadas las lluvias, Gonzalo Alvarado regresó a Cuzcatlán para fundar la villa

de San Salvador, mientras Pedro se internaba en la selva Lacandona, sin mucho éxito. A principios de 1526, Alvarado decidió viajar a España para obtener el nombramiento de gobernador de las tierras conquistadas, dejando al frente de ellas a su hermano Gonzalo.

Caos en Guatemala

En el proceloso mundo de la Corte y de la burocracia castellana las cosas podían resultar tan complejas como en la selva Lacandona. Aunque obtuvo del emperador el título de gobernador y capitán general de la provincia de Guatemala, cuya jurisdicción abarcaba Chiapas, Guatemala y El Salvador, debió sufrir un juicio de residencia y diversos pleitos antes de iniciar los preparativos de regreso. Incluso al llegar a México en 1529 fue encarcelado y procesado.

Durante su ausencia, en Guatemala se había destruido parte de su acción colonizadora. Los pueblos mayas aliados se habían sublevado ante la fuerte presión tributaria y las persistentes vejaciones de los conquistadores. Tampoco contribuía mucho el desorden en la vecina gobernación de Honduras, donde tras la repentina muerte del gobernador Salcedo los colonos rechazaban al provisional Andrés de Cereceda. Este había alargado su interinato al morir el nuevo gobernador Diego de Albítez nada más arribar a Honduras.

La situación llegó a ser surrealista. Colonos hondureños, que se negaban a cumplir la orden de Cereceda de desalojar la ciudad de Trujillo, ofrecieron sus tierras a Alvarado, pero por entonces el gobernador de Guatemala, atraído por las fascinantes noticias del Imperio inca, emprendió una alocada aventura de ida y vuelta a Perú (1534-1535). Pretendía sacar partido del botín de los incas pero se topó con Almagro, que lo detuvo. Finalmente, Alvarado logró un buen negocio, vendió a precio de oro su tropa –unos seiscientos hombres– y pertrechos –once navíos– a Diego de Almagro y volvió a su gobernación.

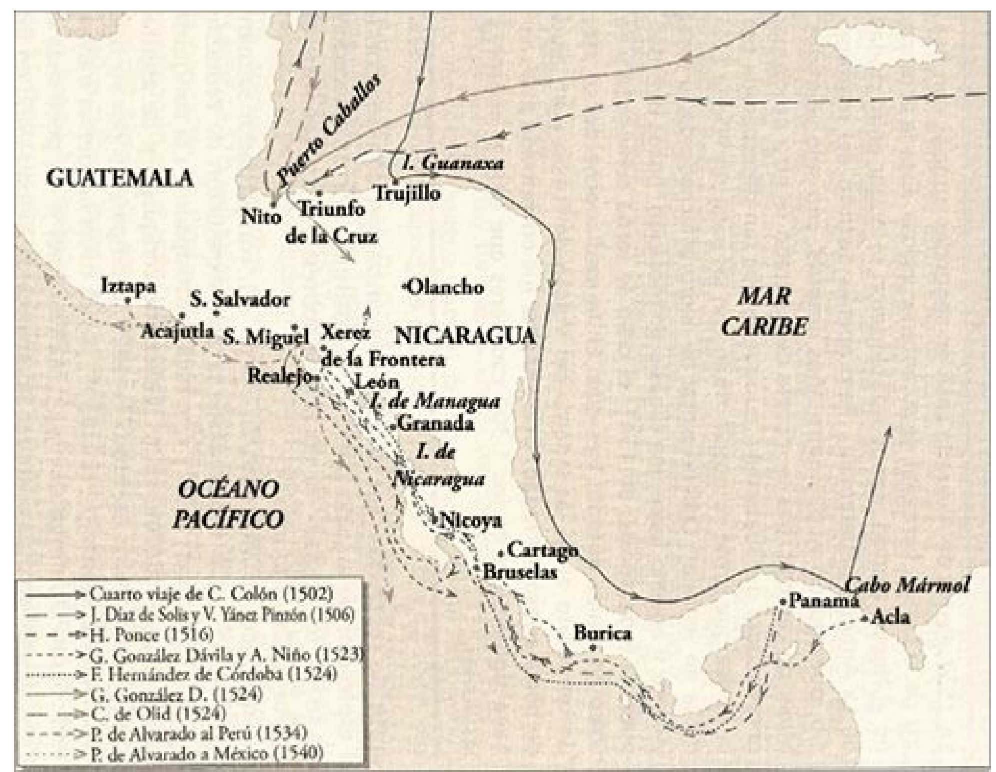
Con el dinero fresco del negocio peruano, Alvarado le compró la gobernación a Cereceda y organizó nuevas incursiones hacia el sur y el oeste, donde fundó las villas de San Pedro de Sula y Gracias a Dios. Pero la burocracia y los leguleyos eran mucho más persistentes y peligrosos que todos los tifones tropicales o que los batallones más fieros de los nativos.

La Audiencia de México comenzó a inmiscuirse en los asuntos de Guatemala y a pleitear contra el conquistador. Puesta en duda su jurisdicción sobre los nuevos territorios anexionados, en 1537 Alvarado debió viajar de nuevo a España para que el emperador y el Consejo de Indias ratificasen los límites de su gobernación. El viaje fue bien aprovechado: logró el respaldo del monarca; obtuvo, además, licencia de exploración de las costas occidentales de México y permiso para llegar a las islas de la Especería; y se casó con su cuñada, Beatriz de la Cueva, ya que su primera mujer, Francisca, no soportó el viaje de 1529 y murió al desembarcar en Veracruz.

En 1539, ya en Guatemala, volvió a chocar con los intereses de Montejo, adelantado del Yucatán. Para evitar una sangría de recursos escasos, pactaron que Honduras quedaría dentro de la gobernación de Guatemala, a cambio de las tierras de Chiapas, que pasarían a formar parte de la jurisdicción de Montejo. Alvarado

necesitaba controlar Honduras, especialmente Puerto Caballos, hoy conocido como Puerto Cortés en la costa occidental, su vía de comunicación directa con México, Cuba y España.

En 1540 realiza algunas pequeñas expediciones, por la costa pacífica centroamericana, mientras preparaba una flota mayor con destino a las islas de la Especería. Pero poco antes de embarcarse, el virrey Antonio de Mendoza le pidió que apoyase militarmente al gobernador de Guadalajara, Cristóbal Oñate, amenazado por la insurrección de los indios palisqueños. Pedro de Alvarado acudió en su auxilio, pero fue arrollado por un caballo de otro soldado español y cayó por un desmonte. Días después, 4 de junio de 1541, moría en Guadalajara, a causa de las graves heridas sufridas.



Principales expediciones de Pedro de Alvarado, y expediciones por el Pacífico y Centroamérica.

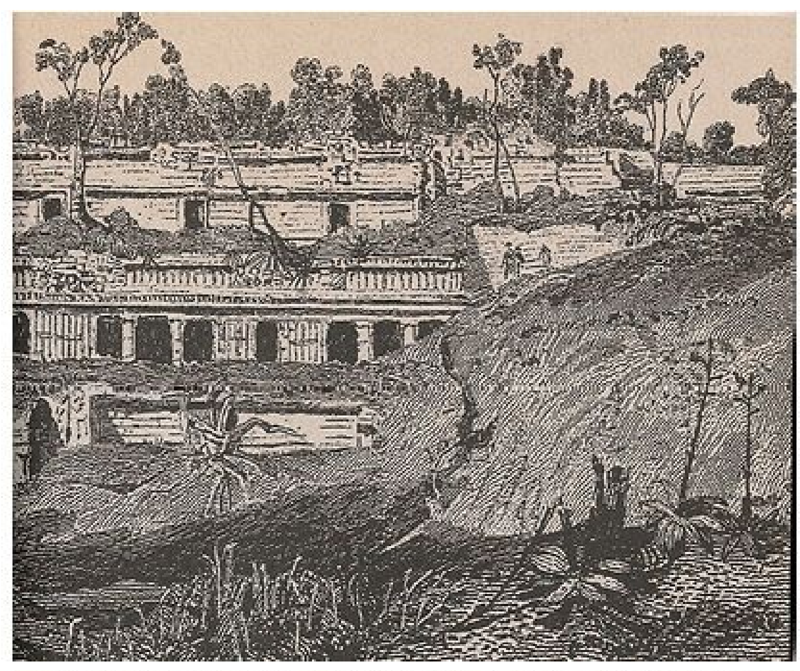
La familia Montejo en Yucatán

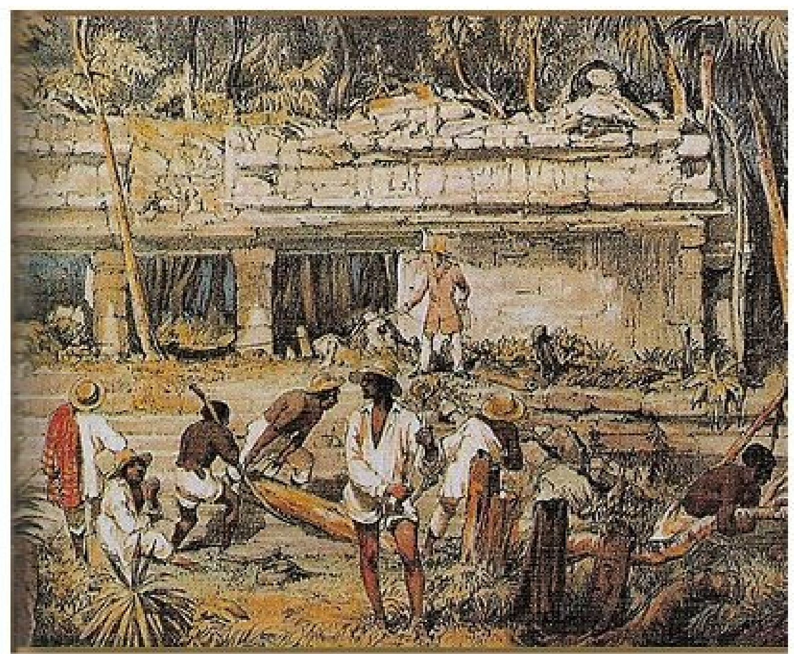
La península del Yucatán, territorio central de la civilización maya, vivió aislada de los hechos de conquista hasta 1527, gracias a su compleja orografía de grandes ríos y densa y húmeda selva que no invitaban a incursionar en su interior. Además, el antiguo esplendor maya era entonces un decadente rosario de tribus y cacicazgos empobrecidos y hostiles, apenas sin organización salvo en los señoríos de Quiché y Cakchiqueles.

La conquista de este inhóspito y culturalmente rico territorio fue tarea de la familia Montejo, cuyo patriarca, Francisco de Montejo, desembarcó en las Indias en 1515 y fue soldado en la conquista de México. En 1526 obtuvo de Carlos I el título de adelantado, gobernador y capitán general del Yucatán. Un año más tarde, armó navíos en Santo Domingo y partió hacia Cozumel. Su lugarteniente era Francisco de Montejo apodado el Mozo, hijo ilegítimo que tuvo en su juventud sevillana. Esta primera campaña fue apenas insignificante y sólo le sirvió para dimensionar las dificultades que le ofrecían sus tierras. Fundó Salamanca de Xelha (1527), en honor de su lugar de nacimiento, pero sería abandonada por lo insalubre de su ubicación. En el interior descubrió las impresionantes ruinas mayas de Chichén Iztá, pero le debieron impresionar poco, pues siguieron abandonadas e ignoradas hasta el siglo XIX. La dureza del terreno y las refriegas continuas con los mayas le aconsejaron regresar a Salamanca de Xelha. Penetró de nuevo hacia el sur sin éxito y mandó un navío a explorar la costa hasta el río Ulúa y Puerto Caballos.

Regresó a México para aprovisionarse y reclutar más hombres, y en 1528, junto a su hijo Francisco «el Mozo» y su sobrino, también Francisco, llegaron a Tabasco con el propósito de pacificar y poblar aquella tierra rebelde. Fundaron la ciudad de Salamanca de Campeche (1531), dejándola como base de abastecimiento e incursionaron hacia el interior. Sin lograr asentar colonos, en un terreno inhóspito y sin ser nunca aceptado por los combativos nativos, Montejo abandonó momentáneamente las exploraciones. En 1537 embarca hacia España y logra que se amplíe su gobernación con las tierras de Honduras.

Regresa al Yucatán y debe guerrear con los tabasqueños que han vuelto a levantarse. En 1537, es nombrado gobernador de Honduras, donde chocará con Alvarado. Mientras solucionan las demarcaciones ambos conquistadores, Francisco «el Mozo» vuelve a enfrentarse a indios de Tabasco antes de iniciar diversas campañas. En el norte de la península enfrentará a los indios Chakan, y tras derrotarlos fundó Mérida de Yucatán (1542). En dirección noreste avanzará su primo Francisco, fundador de Valladolid de Chauaca. Mientras, los capitanes Pacheco, padre e hijo, dominarán la región de Chetumal





Ruinas Mayas de Chichén Itzá, según dibujos de Stephens y Catherwood. El complejo de Chichén Itzá fue descubierto por Francisco de Montejo, el Mozo, pero sus edificios en ruinas fueron ignorados y no se recuperaron hasta el siglo XIX, cuando el escritor y diplomático estadunidense John Lloyd y el arquitecto y dibujante Frederick Catherwood realizaron diversas exploraciones y publicaciones sobre la cultura maya.

La península yucateca siempre se mantuvo en una situación inestable, nunca sometida, con continuas revueltas, sobre la que los españoles ejercieron un control efectivo sólo en los centros urbanos fundados y en las vías de comunicación.

Francisco de Montejo tuvo que regresar a España en 1553 para dar cuentas en un juicio de residencia que no llegó a celebrarse, ya que el conquistador murió en su Salamanca natal al poco de desembarcar.

Costa Rica

No se sabe muy bien si el nombre de Costa Rica proviene de la deducción que se hizo a partir del relato de Colón, cuando en septiembre de 1502 quedó maravillado por la abundancia de oro que mostraban los indígenas y la belleza del litoral, o por la castellanización que hicieron los españoles del término *Cotaquerrique* con el que los nativos denominaban a su tierra. Venga el nombre de donde venga, primeramente se denominó Veragua, y aunque fue explorada ya desde el tercer viaje colombino y, posteriormente, desde 1515 por Hernán Ponce de León, Gil González Dávila y Andrés Niño, no sería hasta 1537, tras la creación de la Audiencia de Panamá, cuando los españoles comenzasen a interesarse por este territorio.

Los primeros intentos colonizadores de Hernández de Córdoba, quien llegó a fundar en la desembocadura del río Grande la ciudad de Bruselas en 1524, o de Felipe Gutiérrez en 1534 fueron fracasados y abandonados.

En 1540, Hernán Sánchez de Badajoz obtuvo de la Audiencia una capitulación para conquistar y poblar el territorio hacia el noroeste de la bahía del Almirante, en la actual Costa Rica. Con el dinero obtenido tras su participación en la conquista del Imperio inca, pertrechó navíos y desde la costa occidental de Panamá exploró las Bocas del Toro y, junto a la desembocadura del río Taire, fundó en 1540 Badajoz y, un poco más al norte, el fuerte de Marbella y San Marcos. Sus exploraciones soliviantaron a Rodrigo de Contreras (1502-1558), gobernador de Nicaragua, que las interpretó como injerencia en su territorio y mandó apresarlo y remitirlo a España para que fuese enjuiciado.

El Consejo de Indias quitó la razón a ambos y concedió capitulación para conquista y asentamiento del territorio costarricense, que en adelante se denominó Nuevo Cartago y Costa Rica, al madrileño Diego Gutiérrez, quien consolidó las fundaciones hispanas de Badajoz, San Marcos, Santiago y San Francisco, al tiempo que se internaba más y más en el territorio costarricense. Gutiérrez murió en una escaramuza con los indios dejando la zona bastante desguarnecida y al albur de los indios durante algunos años.

El sustituto del madrileño fue Juan de Caballón (?-1565), un conquistador nacido en Castillo de Garcimuñoz (Cuenca) en el seno de una familia humilde, lo que no le impidió licenciarse en leyes. Desempeñó varios cargos relacionados con la administración de justicia en Centroamérica hasta que, en 1560, siendo alcalde mayor de Nicaragua, fue nombrado por la Audiencia de los Confines (Guatemala) adelantado de Costa Rica. Al carecer de patrimonio propio, debió asociarse con el clérigo jesuita Juan de Estrada Rávago; a cambio de dinero para sufragar la expedición de conquista, el fraile recibió el título de vicario general de Costa Rica. Para mejor dominar el país, ambos jefes se dividieron el territorio: el licenciado se internó por la vertiente del Pacífico y el vicario hizo lo propio por la cara atlántica. El

clérigo, poco habituado a las acciones de conquista, abandonó a los primeros reveses y regresó a la tranquilidad de su parroquia nicaragüense. Por el contrario, Caballón penetró desde el Pacífico en la complicada región de Veragua, fundando las ciudades de Villa Rica de los Reyes o Puerto Landecho y Castillo de Garcimuñoz. A pesar de sus avances, al finalizar el año 1561, prefirió abandonar y entregar el territorio y el cargo de adelantado a Estrada Rávago, mientras él optaba por el cargo de fiscal de la Audiencia de los Confines.

Tras la renuncia de Caballón y el absentismo del padre Rávago, la Audiencia de Guatemala comisionó al salmantino Juan Vázquez de Coronado para que prosiguiera la conquista de Costa Rica. Su primera medida fue auxiliar a los españoles que se habían quedado en las villas y fortines fundados por su antecesor. La situación de los colonos era compleja al ser una zona aislada del resto, sin riquezas, con una orografía exuberante que no facilitaba ni los asentamientos urbanos ni las vías de comunicación y con poblaciones indígenas belicosas que nunca aceptaron de buen grado su control.

En 1563, Vázquez de Coronado determinó trasladarse a Nicaragua para obtener más refuerzos. Allí se unió a la hueste del conquistador Pereyra, quien andaba explorando otras regiones de Nicaragua, y juntos atravesaron la cordillera, dominaron a los indios cotos y se adueñaron de la región de Talamanca. En 1564 fundó la ciudad de Cartago, que pobló con los antiguos habitantes de Garcimuñoz. Para consolidar jurídicamente sus conquistas, Coronado se trasladó a España. Tras entrevistarse con Felipe II, obtuvo el título de adelantado de Nuevo Cartago y Costa Rica y licencia para proseguir sus expediciones. Antes de regresar a su gobernación, pasó por Salamanca y otras ciudades castellanas, reclutando artesanos, campesinos y nobles como futuros colonos. Desgraciadamente, la nave en la que viajaba rumbo a Costa Rica naufragó en octubre de 1565.

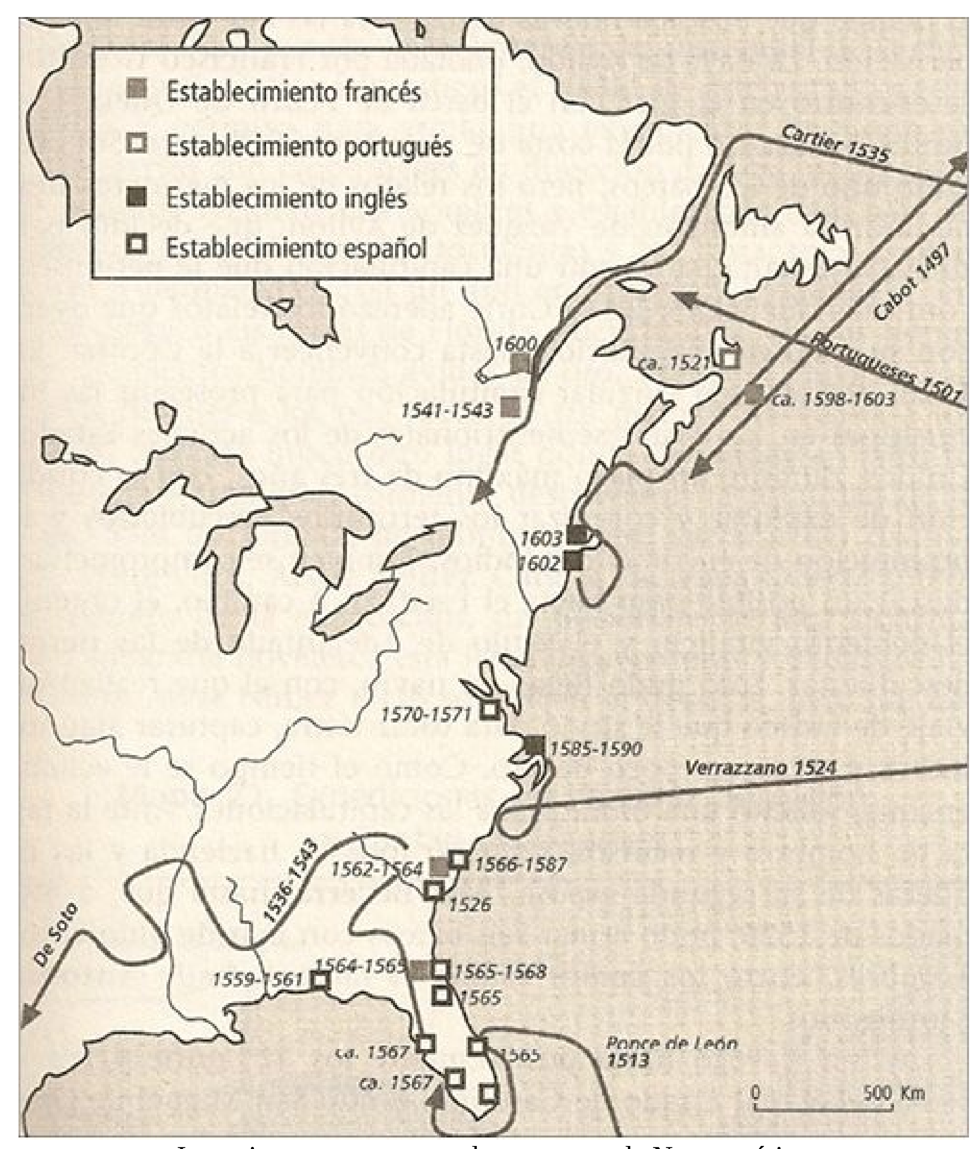
En 1566, tras la desaparición de Coronado, fue nombrado gobernador el noble Perafán de la Ribera (?-1572). Además de fundar las ciudades de Aranjuez (1566) y Nombre de Jesús (1571), su labor más destacada fue el censo de indígenas de la región, unos trece mil, y la repartición de encomiendas entre sus lugartenientes y soldados. La peculiaridad de estas encomiendas era que los indios debían pagar tributos a sus encomenderos. También durante su mandato consiguió que los nativos dejasen de asediar Cartago y trasladó esta ciudad al llano llamado de La Sabana. En 1572, cansado y enfermo, se retiró a Guatemala. Su mayor logró había sido consolidar la conquista de un territorio siempre rebelde y difícil para los españoles. El nuevo gobernador, Alonso Anguciana de Gamboa, asentó nuevos colonos en las ciudades existentes y reforzó el comercio por el Pacífico con la fundación, en 1574, del puerto de La Caldera.

A modo de conclusión y resumen, podríamos afirmar que sólo cuando el virreinato de Nueva España crea la Audiencia de Panamá y la de Guatemala, y se consolidan las gobernaciones de Nicaragua, Honduras y Yucatán, a finales de la década de 1530 se consolida definitivamente el control hispano de Centroamérica,

aunque sólo habiten en ese extenso territorio menos de dos mil españoles y existan grandes áreas sin explorar. A partir de este momento, Centroamérica será base logística y paso obligado de mercancías y personas entre el sur y el norte del continente y de ambos hemisferios con la península ibérica.

Las exploraciones por América del Norte

Al margen de los posibles arribos a las costas de Terranova de los vikingos o de los pescadores vascos, ya vimos (en el capítulo 1) que es Juan Caboto (también llamado Cabot o Gabotto) el europeo al que le cabe el honor de haber descubierto las actuales costas de Estados Unidos y Canadá en una expedición fletada por la Corona inglesa. Franceses e ingleses siguieron buscando durante tiempo un estrecho o paso norte interoceánico que les permitiese, burlando la presencia española en el Caribe, trazar su propia ruta hacia las islas de la Especería. Sin embargo, por falta de recursos y tras varios fracasos la empresa quedó frustrada. Por su parte, los españoles, a medida que se iban asentando en el Caribe y en sus contornos terrestres, fueron emprendiendo el reconocimiento del Atlántico Norte. Como en otras muchas ocasiones, sería una leyenda, una historia imposible, la que impulsaría nuevas expediciones.



Incursiones europeas por la costa este de Norteamérica

Exploraciones marítimas por el Atlántico Norte

Juan Ponce de León y Figueroa había ganado fama y dinero durante la conquista de Puerto Rico, por lo que no le costó mucho convencer a Rodríguez Fonseca y Diego Colón para que le concediesen licencia para explorar la península de La Florida. El motivo de dicha expedición era la descabellada conseja de un indio que aseguraba la existencia de un manantial cuyas aguas tenían el poder de otorgar la juventud eterna. En marzo de 1513, puso proa hacia la isla de Bimini, situada al norte de Cuba y nunca antes explorada. En su viaje, Ponce de León exploró las islas Bermudas y llegó a la península de La Florida, bautiza así por ser descubierta durante la Pascua Florida. Bordeó los numerosos cayos pero apenas pudo explorar la tierra, pues siempre fue recibido de forma violenta por los nativos. Las promisorias aguas debieron esperar, y Ponce regresó a La Española. Quiso armar una nueva expedición, pero los engranajes burocráticos y las diversas disputas políticas caribeñas retrasaron el proyecto. En 1521, con licencia de exploración y título de adelantado y justicia mayor de La Florida, abasteció una flota colonizadora, más con la intención de asentarse en la península que la de buscar las aguas de la perenne juventud. El destino engañoso se le cruzó en forma de indios semiolas que lo hirieron gravemente. Aunque lograron trasladarlo a La Habana, murió días después.

Lucas Vázquez de Ayllón, colono y explorador afincado desde hacía años en el Caribe, había sido comisionado por la Audiencia de Santo Domingo para mediar entre el gobernador Diego Velázquez, Pánfilo de Narváez y Hernán Cortés, pero salió escaldado de su embajada ya que Narváez lo apresó y lo remitió a Santo Domingo «so pena de muerte». El terrible viaje de vuelta no le impidió seguir organizando expediciones, y así, a finales de 1520, se asoció con Diego Caballero y fletaron una carabela para explorar las aguas al norte de Cuba. Pretendía rescatar indios y venderlos como esclavos al tiempo que buscaba nuevas tierras para las que pedir una gobernación. La nave de Ayllón, pilotada por Francisco Gordillo, se encontró en el mar con el barco de Pedro de Queixos, y juntos navegaron por la costa de la región de Chicora. Sólo regresó uno de los barcos, pero los relatos de los marineros de Queixos despertaron la ambición de Vázquez de Ayllón, que decidió partir hacia España para pedir licencia de exploración. En la Corte aderezó los relatos que oyera con su pródiga imaginación hasta convencer a la Corona. En 1523, obtuvo una singular capitulación para proseguir las incursiones en las costas septentrionales de los actuales Estados Unidos, durante un plazo máximo de tres años, con la condición de explotar y colonizar los territorios descubiertos y la prohibición de encomendar indios. También se comprometía a buscar un posible paso hacia el Pacífico. A cambio, él obtenía el gobierno vitalicio y el título de adelantado de las tierras descubiertas. Sólo pudo fletar un navío, con el que realizó un viaje de tanteo que le sirvió para tocar tierra, capturar algunos indios y robar un poco de oro. Como el

tiempo se le echaba encima, solicitó una moratoria a las capitulaciones. Ante la falta de hombres y recursos, empeñó toda su hacienda y las riquezas de su segunda esposa, Ana Becerra, hasta que, a mediados de 1526, pudo armar seis barcos con más de quinientos hombres, entre los cuales estaba el famoso fraile Antonio Montesinos.

Ayllón navegó hasta los 32º norte y, en la costa del actual Estado de Carolina, fundó San Miguel de Guadalupe en unas tierras pantanosas e insalubres, cuyos habitantes apenas soportaron la invernada. El propio Vázquez de Ayllón falleció de frío el 18 de octubre de 1526. La ciudad fue abandonada y los ciento cincuenta supervivientes decidieron regresar a Cuba y Santo Domingo.

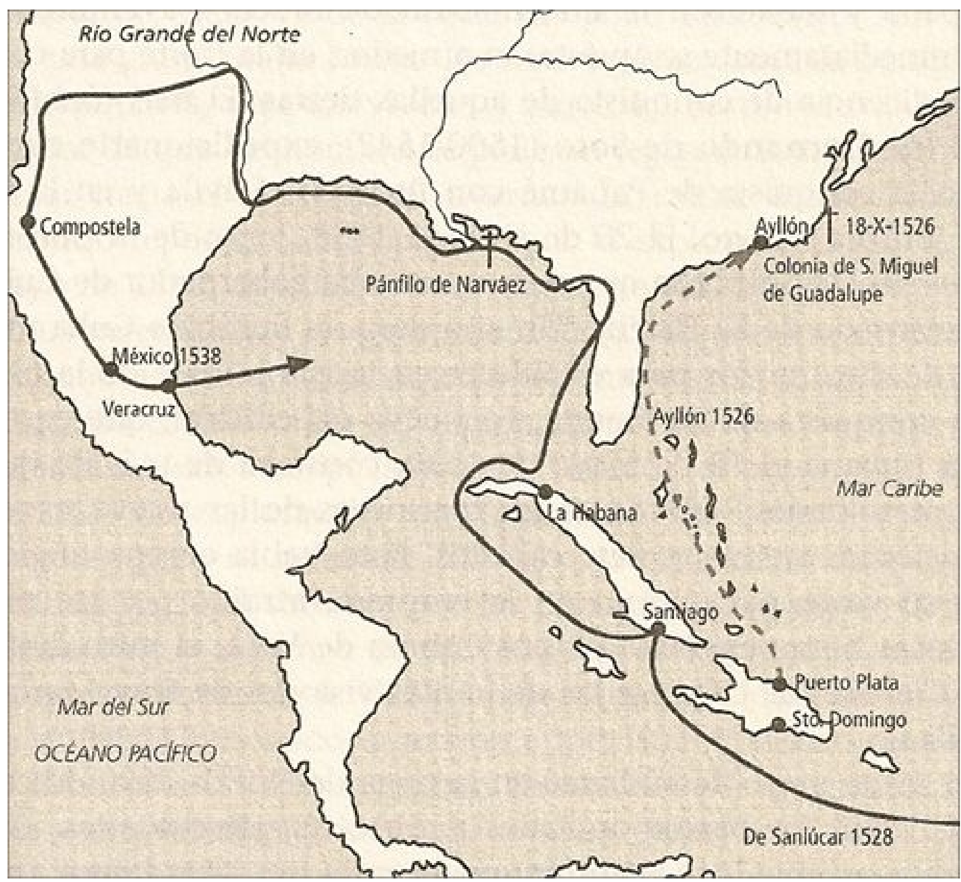
Pánfilo de Narváez y el naufragio en La Florida

El descalabro y la humillación de Pánfilo de Narváez en México tuvieron continuación con su expedición a La Florida en 1527. Un año antes había viajado a España para pleitear frente a Cortés y conseguir del Consejo de Indias permiso para conquistar la península de La Florida y resarcirse con ello de su desastre mexicano. Obtenido el permiso, empleó todo su patrimonio, y el todavía más extenso de su mujer, para armar cinco naves. En junio de 1527, salió desde Sanlúcar con el propósito de hacer escala en Cuba para reclutar más hombres y pertrechos, pero azotado por las tormentas y los huracanes terminó varado en Trinidad durante casi un año. En abril de 1528 desembarcó con trescientos hombres para adentrarse en las tierras de Florida, mientras los barcos recorrían la costa oeste peninsular. No halló nada de valor y sí muchos pueblos indios dispersos y belicosos, por lo que volvió a embarcar a su hueste en busca de mejores tierras. Durante la navegación, una gran tormenta hundió la flota. Apenas un puñado de hombres logró salvarse del naufragio.



Cabeza de Vaca fue uno de los personajes más curiosos y sorprendentes de los que recorrieron América. Veedor de flota, náufrago, caminante perdido y encontrado seis años después, fue nombrado gobernador, volvió a

naufragar, recorrió miles de kilómetros entre Brasil y Argentina para acceder a su cargo, de donde fue depuesto y enviado preso a España. Escultura de Cabeza de Vaca en su ciudad natal. Jerez de la Frontera, Cádiz. Fotografía de José María González Ochoa.



Expediciones de Vázquez de Ayllón y Pánfilo de Narváez

Naufragios

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, nacido en Jerez de la Frontera, hijo de un noble militar destacado en la conquista de las Canarias, era el veedor de la expedición de Pánfilo de Narváez a La Florida. Tras el naufragio fue recogido por los indios masianas, que lo hicieron su huésped forzoso durante seis años. Pudo contactar con Dorantes y Estebanico, otros dos marinos supervivientes, y juntos escaparon hacia el interior de los Estados Unidos. Recorrieron unos diez mil kilómetros por las costas de Luisiana hasta la pequeña villa de San Miguel de Culiacán, en México. Su homérico viaje lo narró en el libro *Naufragios*, de importante valor literario y etnográfico por las descripciones de comunidades y paisajes nativos. Tanto el libro como las historias relatadas por él y sus compañeros a su regreso fomentaron nuevas expediciones al norte de México en busca de un nuevo El Dorado en forma de fabulosas ciudades de oro.

Cíbola y las Siete Ciudades

De la odisea de Cabeza de Vaca y sus acompañantes se propagaron por México numerosos relatos de los pueblos nativos que habían conocido, todos recurrentes en la existencia de una rica región donde abundaban las perlas y el oro, y que la situaban

de forma indeterminada al norte del llamado Mar de Cortés. A su regreso, Cabeza de Vaca fue recibido por el virrey Antonio de Mendoza, quien quedó seducido con su relatoría y comenzó a pergeñar nuevas exploraciones en busca del anunciado rico territorio septentrional. De hecho, el virrey intentó durante el invierno de 1537 convencer al sevillano para que aceptara dirigir una expedición que se adentrase por el norte del virreinato en busca de aquella región fabulosa.

Desde aquel momento, los relatos de Cabeza de Vaca y del negro Estebanico, junto con los relatos fantasiosos de otros viajeros que veremos más adelante, comenzaron a crear el mito de la existencia de un territorio excepcionalmente rico, que fue asimilado a la leyenda medieval de las Siete Ciudades. La leyenda medieval, de origen luso, nace con la entrada de los árabes en la península ibérica, cuando siete obispos partieron desde Oporto y se establecieron en una isla o tierra al occidente del mar, fundando cada uno una ciudad. La historia fue creciendo y llegó a tener hasta una versión española que cambiaba a los obispos portugueses por siete obispos de Mérida. El mito no desapareció nunca, tanto que en el siglo XV hubo varios proyectos para ir a descubrir la isla y sus siete ciudades.

La leyenda peninsular convergió en América con otra de tradición oral de los indios mexicas, que narraba el origen de las siete tribus de los nahuas, el conocido como mito de Chicomoztoc, según el cual las tribus que poblaron los valles centrales mexicanos partieron de siete cuevas o ciudades del norte. La leyenda europea y el mito nahua se fusionaron y esto explicaría, por un lado, las constantes noticias dadas por los nativos del norte de México sobre la existencia de siete ciudades y, por otro, la relación establecida por los españoles con las legendarias ciudades episcopales.

Hernando de Soto y la búsqueda de lo inexistente

La confusa mezcla de historias medievales con los relatos de Cabeza de Vaca y de otros españoles que se adentraron por el norte alentó la creación de un nuevo mito, un El Dorado en tierras mexicanas que se expandió en España desatando la imaginación y alentando a nuevos aventureros. El que mejor y más rápido supo moverse en los procelosos vericuetos de la Corte y del Consejo de Indias fue Hernando de Soto, quien contaba a su favor con un sobresaliente expediente de conquistador curtido en Panamá, Nicaragua y Perú y avalaba un buen patrimonio obtenido en las conquistas de dichos territorios y en la trata de esclavos. Así, el 20 de abril de 1538, logró de la Corona una capitulación por la que se lo nombraba gobernador de Cuba y adelantado de La Florida. Un año después establecía en su isla la base de aprovisionamiento donde abastecer navíos con el objetivo de adentrarse en el interior de La Florida. El 18 de mayo de 1539 partió de La Habana con una impresionante hueste de seiscientos hombres y doscientos treinta y siete caballos.

Desembarcó en la costa de Florida dejando los barcos anclados y un retén de soldados para cubrir la retaguardia y apoyar la intendencia si fuera necesario con

algún nuevo viaje a Cuba. Al adentrarse por el territorio en el que ya fracasara Pánfilo de Narváez hallaron, por suerte, a Juan Ortiz, antiguo soldado de Narváez, que había sido prisionero de los indios durante once años. Ortiz fue de gran utilidad como baqueano e intérprete. A pesar del excelente guía, la marcha por el interior de los actuales territorios sureños de Estados Unidos se convirtió en una pesadilla. El territorio pantanoso dificultaba la marcha y fomentaba la eclosión de epidemias devastadoras. Además, los indios tenían mal recuerdo de la llegada de otros extranjeros y siempre mostraron su lado más hostil. Soto tampoco supo pactar o llegar a acuerdos con los jefes locales, respondiendo siempre con la aniquilación de pueblos o el asesinato de los caciques y líderes nativos.



Retrato de época de Hernando de Soto. Conquistador casi ubicuo, valiente, temido y querido, excesivo y sanguinario en ocasiones, estuvo en Centroamérica, Perú y La Florida, donde encontró la muerte buscando un Dorado inexistente. Su expedición fue grandiosa por los hallazgos geográficos y la cantidad de territorio que se iluminó de América del Norte, pero un desastre por el alto coste de vidas humanas que supuso.

La expedición alcanzó en unos meses los montes Apalaches, donde decidieron hacer invernada y reponer fuerzas. Desde allí mandó llamar a los soldados que estaban acantonados en los barcos y que los navíos regresasen a Cuba para buscar más hombres y provisiones. En marzo de 1540, reanudaron la exploración alentados por las positivas noticias que les dieron algunas tribus sobre las cercanas tierras de la reina Cofitachequi, a la que suponían rica en oro y perlas. Penetraron en los actuales territorios de Georgia y Carolina del Sur, y encontraron a Cofitachequi –cerca de la ciudad actual de Columbia–, quien les recibió amistosamente pero sin grandes riquezas, pues el oro que le atribuían no era sino cobre de minas cercanas. Después cruzaron parte de Carolina del Norte, atravesaron Tennessee y descendieron hacia la costa sur por Alabama. En noviembre, los supervivientes llegaron a la ciudad de Mobile, entre los ríos Alabama y Tombigbee, cerca ya de la costa del golfo de México, donde se toparon con los indios choctaw y la fortificada ciudad de Mauvila (o de Mabila). Durante días los españoles asediaron Mauvila hasta que rindieron sus defensas y entraron a sangre y fuego. La ciudad fue incendiada y los choctaw masacrados. Aquella batalla significó también para los supuestos ganadores el principio del fin. La expedición se vio mermada por las bajas de la refriega, se perdieron numeroso equipo y provisiones y el reguero de sangre dejado por Soto y su hueste se transformó en una mayor hostilidad nativa y en un continuo acoso guerrillero. A todo ello se unió el extravío continuo del rumbo y la desmoralización total de la hueste, convencida ya de no encontrar ninguna gran ciudad ni fabulosos tesoros.

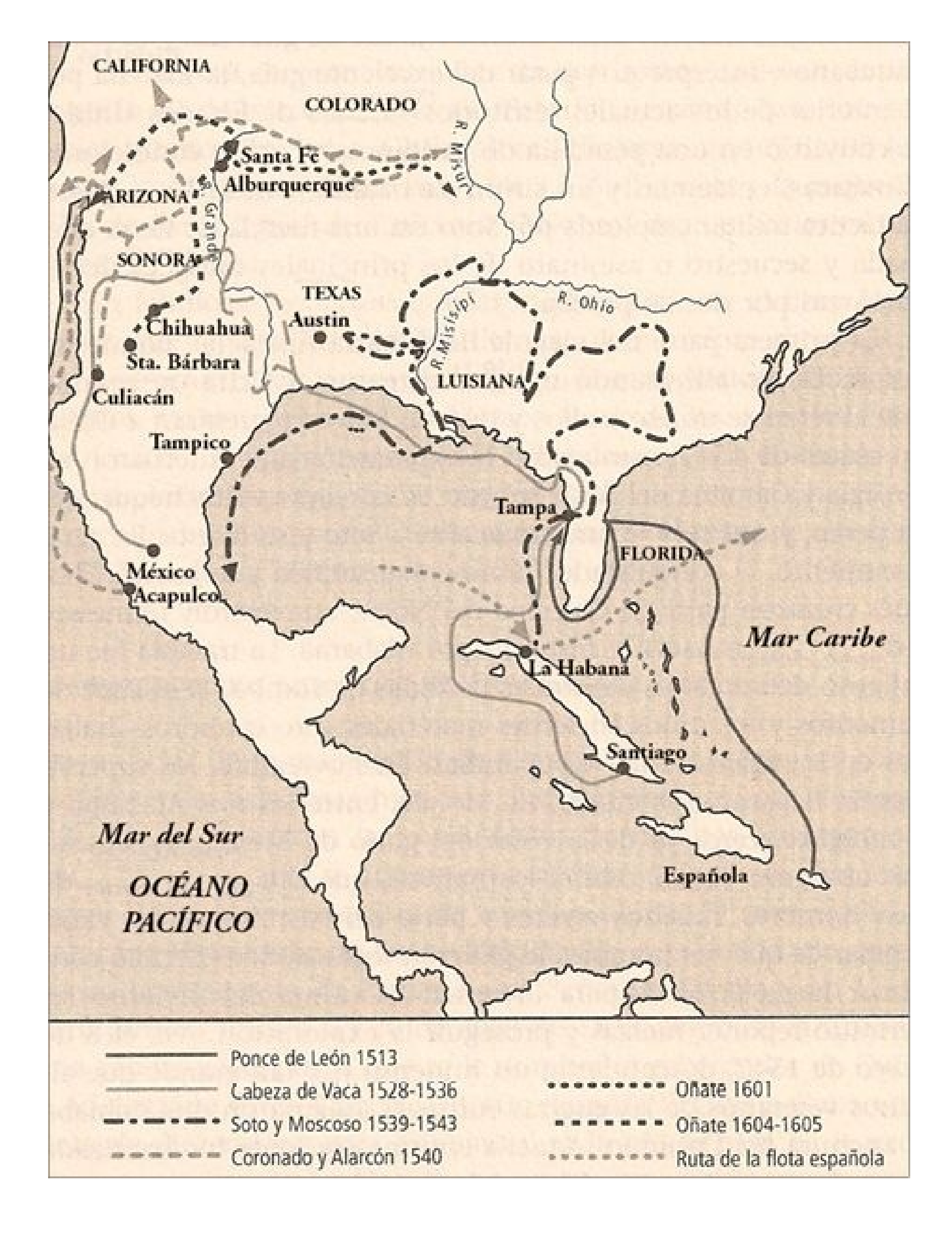
Solamente Hernando de Soto seguía convencido de que más allá, al norte, había tierras fabulosas. El invierno los obligó a buscar refugio y acampar unos meses para descansar y abastecerse. Con la primavera continuaron hacia el norte hasta encontrar, el 8 de mayo de 1541, un inmenso río, que los nativos llamaban *Meatt-Massipí* (Misisipí) y que los españoles bautizaron como *Río Grande* o *Río del Espíritu Santo*. Mientras se construían balsas para cruzar la enorme corriente de agua, Soto envió patrullas de exploración que regresaron sin haber encontrado nada reseñable. Cruzado el río, los españoles siguieron rumbo suroeste por las llanuras de Arkansas, hasta que el nuevo invierno les sorprendió. Casi paralelamente y a menos de un centenar de kilómetros se encontraban los hombres de Vázquez de Coronado que, desde México, andaban buscando la misma e inexistente ciudad de Cíbola.

Para entonces sólo quedaban vivos menos de trescientos hombres agotados y hambrientos y dos caballos. Soto decidió cambiar el rumbo, invernar en Utianque, y buscar alguna salida de aquel infierno. La llegada de la primavera les puso en camino hacia el sur y en abril de 1542 alcanzaron de nuevo el curso del Misisipí.

Intentando vadear el río, Soto se sintió afiebrado e intuyó la muerte, que le alcanzó el 21 de mayo de 1542. Su lugarteniente, Luis Moscoso, quedó al mando de la expedición con el cargo de gobernador interino de La Florida. Su primera decisión fue esconder el cadáver de Soto durante tres días para mantener la creencia entre los

indios de que todavía vivía, pues le tenían gran respeto. Luego, al no verlo y desatarse las murmuraciones, Moscoso lo mandó enterrar, pero, temiendo que los indios ultrajasen el cadáver, lo desenterró y lo escondió en el hueco de un árbol que echó al río Misisipí, la mejor tumba para su descubridor. Tras ello, Moscoso reunió a sus capitanes y decidieron volver a tierras ya colonizadas.

Intentaron ir a México por tierra, pero les fue imposible cruzar el río Trinidad. Acampados durante un tiempo en Aminoya, construyeron unas pequeñas naves, gracias a la ciencia de un genovés que entendía de barcos, que les permitieron bajar por la corriente del río hasta el mar. Intentaron navegar hasta Cuba, pero los vientos contrarios los empujaban hacia la costa. Cerca de cincuenta días les costó llegar a la bahía de Tampa, donde pudieron desembarcar y recibir ayuda. Moscoso y sus capitanes fueron recibidos por el virrey Antonio de Mendoza como héroes. Héroes derrotados y arruinados. Habían concluido una fabulosa gesta expedicionaria, habían descubierto un enorme territorio e iluminado una gran porción de la geografía norteamericana, pero a un coste elevadísimo de vidas humanas nativas y sin nada a cambio.



Itinerario seguido por la expedición de Hernando de Soto y Luis Moscoso, y las principales expediciones por América del Norte.

La conquista definitiva de La Florida

Cuando en 1562 comenzaron en Francia las guerras de religión, un grupo de hugonotes capitaneados por Jean Ribault buscó refugio en las tierras americanas y se asentó en la costa de Florida. Dos años después, Ribault preparó desde Inglaterra una nueva expedición, algunos de cuyos barcos se toparon en aguas caribeñas con dos pequeños navíos españoles a los que asaltaron y cuyos marineros supervivientes fueron arrojados al mar, maniatados. Asentada, pues, la colonia hugonote en La Florida, y contando con apoyo inglés, perpetraron actos de piratería con el firme propósito de hacerse fuertes y atacar Cuba. Esas noticias fueron recibidas con inquietud en España, donde el rey Felipe II nombró al prestigioso marino Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574) adelantado de la Florida con la misión de expulsar de allí a los franceses y hacer valer los derechos de los españoles sobre aquel territorio.

La potente armada del almirante don Pedro –casi mil soldados, ciento diecisiete colonos y cuatro clérigos– zarpó de Cádiz en 1565. A ella debía unirse la flota de su sobrino Pedro Menéndez Marqués y la de Esteban de las Alas que había partido antes desde Santander, Avilés y Gijón. Un temporal impidió el agrupamiento de toda la armada, retrasando la travesía. Así, cuando el almirante arribó el primero a las costas de Puerto Rico, partió hacia La Florida sin esperar al resto. En un abrigo natural, establecieron el primer asentamiento que nombraron San Agustín en honor del santo del día, 28 de agosto. La ciudad, con el tiempo, se convertiría en enclave estratégico para defender las costas de los ataques piratas. El 8 de septiembre, reunidos ya todos los galeones de la armada, Avilés encontró a los franceses y les conminó a abandonar aquellas tierras. Los hugonotes galos respondieron con chanzas, mas por la noche huyeron a refugiarse en el fortín de la Carolina. Pocos días después, el fuerte fue asaltado y todos los hombres mayores de quince años pasados a cuchillo. Setenta franceses murieron y otros sesenta lograron huir, quedando así asegurado el territorio. Faltaba ahora acabar con la flota francesa en retirada. Varios navíos fueron localizados en el mar y Avilés les ofreció la rendición, pero al no contestar abrió fuego hundiendo algunas de las naves. Otros barcos enemigos que lograron huir naufragaron. Los supervivientes, entre ellos el propio Jean Ribault, fueron ajusticiados en venganza por lo que el francés hiciera años antes a los marinos españoles. Una vez dominada La Florida, Avilés volvió a España en busca de reposo y hombres para poblar definitivamente el territorio. Esta ausencia del adelantado fue aprovechada por los franceses, al mando del corsario Dominic Gourges, para atacar el fuerte de San Mateo, matando a todos sus habitantes. En 1568 regresó Avilés a San Agustín con más barcos y más colonos para asegurar definitivamente la presencia española. Nombrado gobernador de Cuba, en 1570 se trasladó a La Habana, siendo su

mayor preocupación el mantener alejados de aquellas costas a los piratas.

Exploraciones terrestres desde Nueva España

Una vez completado el dominio de los territorios más densamente poblados y ricos del Imperio azteca –la meseta central y las franjas costeras–, los españoles comenzarán a explorar sus límites y a adentrase por los extensos territorios del norte. Los primeros objetivos fueron las tierras de los indios tarascos y zapotecas, abundantes en plata, y las regiones de Michoacán Jalisco y Oaxaca. Después se conquistó Nueva Galicia, el actual Estado de Jalisco, y, en 1535, se fundó la ciudad de Compostela, frontera norte de la colonización española. Con la aparición de Cabeza de Vaca y sus compañeros supervivientes de la flota de Narváez y las engañosas historias que contaron, unidas a otras mentiras alucinadas de exploradores como el fraile Marcos Niza y su fusión con la ya contada leyenda medieval de las *Ciudades de los siete Obispos* o Cíbola, se pusieron en marcha nuevas expediciones más allá de los límites septentrionales conocidos hasta entonces.

Marcos Niza, el franciscano alucinado

Entre 1537 y 1538 hay recogidas varias entradas al noroeste de Durango, que fracasaron por lo inhóspito del terreno. Entre las más seguras la de los sacerdotes franciscanos fray Juan de la Ascensión y fray Pedro Nadal, que en enero de 1538 caminaron en dirección noroeste y alcanzaron las tierras del sur de Arizona hasta detenerse frente a un río muy profundo y ancho que no pudieron cruzar (río Grande).

En 1539, otro fraile franciscano, fray Marcos Niza, penetró por esos territorios provocando a su regreso una inusitada excitación y propalando fascinantes noticias. Fray Marcos era un singular religioso que había sido capellán de la hueste de Pedro de Alvarado en su aventura perulera. De regreso a México, movido por su afán misionero y su vena exploratoria, logró que el virrey Mendoza lo facultase para buscar las Siete Ciudades con las que tanto se especulaba. Acompañado por el superviviente Estebanico inició su marcha desde San Miguel de Culiacán. Tras varios meses de camino y exploración en dirección noreste, el franciscano no halló nada reseñable, excepto la muerte de su compañero Estebanico –devorado por los indios tras una emboscada– y numerosos pueblos indígenas. Algunos de estos nativos le contaron al fraile historias de una ciudad enorme y fabulosa llamada Cíbola en la que se concentraban grandes riquezas, la primera de las Siete Ciudades maravillosas. Estos relatos orales fueron la única prueba que pudo aportar a su regreso sobre el fabuloso territorio del norte del que ya hablara Cabeza de Vaca.

El fraile escribió la *Relación del descubrimiento de las Siete Ciudades*, que ya desde el mismo título llama al engaño, pues no descubrió nada. En su relato insiste en la veracidad de lo que dicen los indígenas y así decide contárselo al virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza.

Fray Marcos y sus especulaciones aumentaron el interés y la imaginación del virrey, quien en los meses previos al regreso del franciscano andaba ya en preparativos de una expedición mucho más ambiciosa, cuyo mando había sido encomendado a Francisco Vázquez de Coronado, gobernador de Nueva Galicia. Así, cuando en septiembre de 1539 el virrey Mendoza y el gobernador Vázquez de Coronado estaban reunidos en la ciudad de Compostela organizando la futura marcha, mandaron llamar a fray Marcos, quien, bajo juramento, certificó que eran ciertas las noticias de la existencia de una rica ciudad llamada Cíbola, a la que todos los indios hacían referencia. El franciscano no podía aportar más pruebas que la palabra de los nativos. A pesar de ello, la expedición de Coronado se aceleró y se decidió que el fraile les sirviera de guía. El informe de Niza impresionó y se dio por cierto, simplemente porque venía de un religioso con cierta reputación, y porque el virrey y el gobernador necesitaban creerlo para justificar sus preparativos, soñando ya con un nuevo Tenochtitlán. Además temían que Hernando de Soto, que estaba ya en territorio norteamericano, se les adelantase en los descubrimientos.

Aunque parezca increíble, las consejas de Cabeza de Vaca, la locura de un fraile y la ambición de un virrey lograron armar una nueva expedición que terminaría alimentando un mito descabellado, pero que impulsaría algunas de las misiones más espectaculares e inverosímiles de los españoles en América.

La expedición de Vázquez de Coronado

En febrero de 1540, el virrey Antonio de Mendoza reunió a la hueste de Vázquez de Coronado en la ciudad de Compostela, capital de Nueva Galicia, unos doscientos veinticinco hombres con sus respectivas monturas y setenta y dos infantes. Además llevaban consigo unos ochocientos indios porteadores y centenares de ovejas y cerdos. Por delante ya había partido una pequeña escolta militar con unos cuantos religiosos y baqueanos.

En dirección norte, por la franja de tierra que hay entre la Sierra Madre Occidental y el Mar de Cortés, Coronado condujo a sus hombres hasta San Miguel de Culiacán, donde acampó y descansó unos días, entrado ya el mes de mayo. En San Miguel estableció un campo base y desde allí partieron las diversas incursiones en busca de las Siete Ciudades de Cíbola. Casi a la par, el 9 de mayo, partieron dos navíos desde el puerto de Navidad, el *San Pedro* y la *Santa Catalina*, al mando del capitán Hernando de Alarcón. Los barcos debían dirigirse hacia el norte por el llamado Mar de Cortés (golfo de California) para dar apoyo y avituallar a los expedicionarios terrestres. A la altura de Culiacán se les unió un tercer navío, el *San Gabriel*.

Siempre en dirección norte, durante el año 1540 cruzaron el actual estado mexicano de Sonora, franqueando los ríos Sinaola, Yaqui y el cauce seco del río Mayo. Finalmente, y cuando el ánimo de la tropa estaba muy decaído por lo difícil y

desabrido de las tierras vistas, alcanzaron la cañada del río Sonora y sus fértiles campos. Poco después llegaron al río Bermejo, pero nada era como les había contado el fraile Niza. El poblado más grande era Hawikuh, en el que entraron el 7 de julio, una aldea con pequeñas casas de adobe, habitadas por belicosos indios zuñis. Desde aquí, Coronado envió expediciones exploratorias en diversas direcciones, una de ellas, la capitaneada por García López de Cárdenas, llegó hasta el impresionante escenario del cañón del Colorado, a cuyo río nombraron como Tizón, ya que los indios de la zona para calentarse llevaban en sus manos tizones.

Otro de los grupos expedicionarios fue el comandado por Hernando Alvarado, que llegó al río Grande y al apacible valle de Tiguex, en la zona del actual Alburquerque, luego cruzaron el río Pecos y alcanzaron las aldeas de Bernalillo y Taos, y fueron de los primeros europeos en maravillarse al ver las enormes manadas de bisontes americanos. Durante esta exploración, un cautivo indígena, apodado *el turco*, que iba entre el grupo de guías, empezó a esparcir rumores sobre la existencia de una nueva y maravillosa ciudad llamada Quivira. La pretensión del indio era llevar a los españoles hacia su tierra natal, mas las consejas del turco dispararon la imaginación de los exploradores, y Alvarado decidió regresar a Tiguex para contar aquello a Coronado.

Meses después, los diversos grupos expedicionarios se volvieron a reunir y juntos prosiguieron hasta la ciudad de Acoma, y desde allí se adentraron en el valle de Tiguex, ya explorado por Alvarado. Como el invierno se les echó encima decidieron acampar unos meses cerca de la actual ciudad de Santa Fe, junto al río Bravo, en los predios llamados Alcanfor. A finales de diciembre de 1540, los españoles, hambrientos y enfermos por el frío y las malas condiciones de vida, saquearon algunos pueblos y tribus, lo que provocó un enfrentamiento culminado con una dura e intensa batalla. Tras la victoria de los españoles, a los más del centenar de indios hechos prisioneros se los quemó.

Mientras esto sucedía por tierra, Alarcón con sus barcos recorrió todo el golfo de California y constató que por el norte no había paso hacia el Pacífico. A finales de agosto entró en el río Colorado, al que llamó Nuestra Señora del Buen Guía. Remontó el Colorado hasta su confluencia con el río Gila, y se internó unos kilómetros, ya en tierras californianas, para encontrarse con los expedicionarios terrestres. Al no tener noticia alguna, dejó unas cartas enterradas y señaladas con una cruz, que posteriormente encontraría el soldado Melchor Díaz, a quien Coronado había mandado en busca de Alarcón.

Con la llegada de la primavera reanudaron su campaña. Coronado penetró por el cañón de Palo Duro (Texas), creyendo que había minas de oro, y dejó allí parte del grueso de su hueste, el resto fue dividida en diversos grupos a los que mandó explorar en varias direcciones.

El actual estado de Arizona fue recorrido de este a oeste por diversas avanzadillas, alcanzando algunas el centro de Nuevo México y otras, Utah. Por la

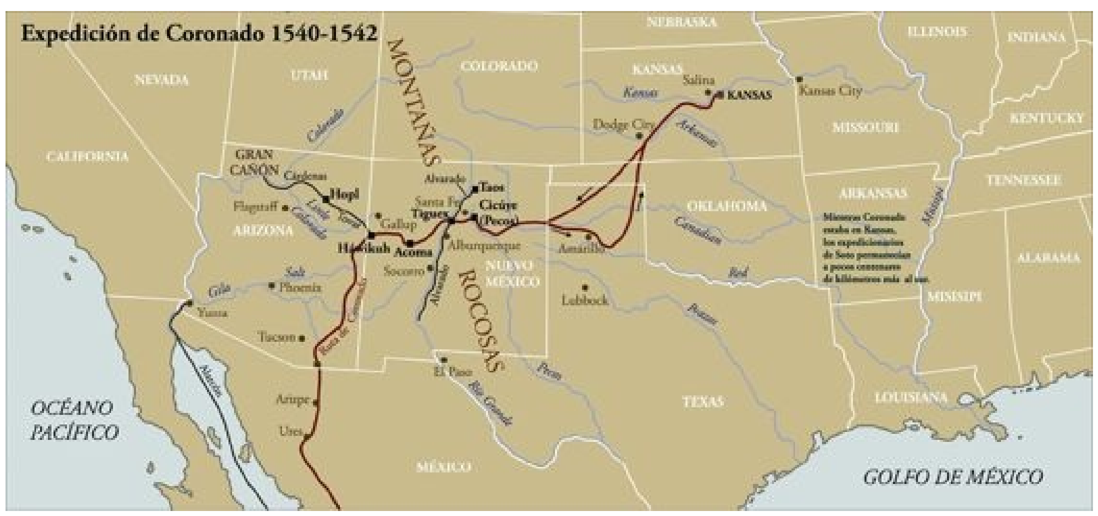
parte oeste, exploraron la zona más oriental de California. El propio Vázquez de Coronado, al frente de un importante batallón, incursionó en Nuevo México de oeste a este, llegando al noroeste de Kansas, unos kilómetros por encima del río Arkansas, luego prosiguió entre las Montañas Rocosas y el Misisipi hasta alcanzar el sur de Nebraska.

El invierno de 1542 lo volvieron a pasar acampados en Tiguex. Allí, Vázquez de Coronado sufrió una grave caída de caballo que lo dejó maltrecho física y mentalmente. Aquello fue el detonante que determinó el regreso a México.

Desde el punto de vista humano y económico la expedición fue un absoluto fracaso. No hallaron nada parecido a lo relatado por sus antecesores, ninguna ciudad de oro, ningún rico imperio. Sólo enormes desiertos, praderas, ríos e inhóspitas montañas. Míseros poblados de indios o rancheríos, muchas tribus nómadas y poco más. Regresaron menos de un centenar de soldados, y el gobernador Vázquez de Coronado volvió herido, sin autoridad y muy desprestigiado. Al poco tiempo de su vuelta, en 1544, el virrey Mendoza lo destituyó como gobernador de Nueva Galicia. Coronado se retiró con su familia a la Ciudad de México, donde murió el 22 de septiembre de 1554.

Sin embargo, desde el punto de vista geográfico la exploración fue formidable. Se descubrieron enormes territorios, se incursionó hasta el corazón de los actuales Estados Unidos y se recopiló interesantísima información topográfica, biológica y etnográfica de un territorio que se desconocía completamente. Se calcula que los españoles recorrieron unos seis mil kilómetros por territorio norteamericano y abrieron rutas que serían determinantes para la posterior colonización hispana del suroeste de los Estados Unidos. Entre los hitos más destacados, los españoles llegaron hasta el Gran Cañón del Colorado y quedaron impresionados por las enormes manadas de bisontes en las praderas de Arizona y Texas. Se determinó por primera vez la divisoria continental de las aguas de los ríos que van al Atlántico o al Pacífico, lo que los norteamericanos denominan «Great divide». Y muy probablemente la arqueología termine demostrando que Bernalillo fue la primera ciudad fundada por los españoles en Estados Unidos, veinticinco años antes que San Agustín, en Florida, la considerada primera ciudad hispana.

También quedó el mito o la leyenda de Quivira, a la que los españoles seguirían buscando en expediciones posteriores. Quivira se supone que estaba más al norte del río Arkansas, dentro ya del estado de Kansas. Algunos la equiparan a la actual Wichita, o a la más modesta Lindsborg. La realidad siguió siendo tozuda, y la Quivira que hallaron los españoles era una zona de pueblos pequeños sin riqueza alguna. A pesar de ello, durante décadas las expediciones que se adentraron por el norte de Nueva España siguieron estando motivadas por la búsqueda de Quivira, como remedo de las Siete Ciudades de Cíbola, o por la no menos inasible y escondida fuente de la eterna juventud.



Recorrido seguido por la expedición de Vázquez de Coronado

El último intento de Juan de Oñate

Los fracasos de las expediciones de Soto y Coronado, y, sobre todo, el descubrimiento de las grandes minas de Zacatecas (1546) y Guanajuato (1548) harán olvidar las posibles riquezas existentes más allá del río Grande y centrarán los esfuerzos en la explotación y el dominio del altiplano del norte. La siguiente expedición relevante que se adentrará en los actuales Estados Unidos será la de los conquistadores Pardo y Boyado, quienes, entre 1566 y 1567, exploraron Georgia, Carolina y Alabama casi al mismo tiempo que Sánchez Chamuscado, que comandaba otro grupo de españoles por Texas y Nuevo México. Y antes de finalizar el siglo, Juan de Oñate (1550-1630?), un criollo nacido en Minas de Panuco (México), volverá a sentirse atraído por el mito de la ciudad de Quivira. En 1598, Oñate obtuvo de la Corona permiso para explorar y conquistar aquellas tierras en las que sólo los franciscanos se habían adentrado para evangelizarlas pacíficamente. En abril de ese año, con cuatrocientos hombres –muchos de ellos indios tlaxcaltecas–, doce franciscanos y numerosas cabezas de ganado, Oñate se internó por Nuevo México, atravesando la región de El Paso y remontando el río Grande. No hubo problemas con los indios hasta la llegada a Acoma, donde sus habitantes atacaron a los españoles y estos respondieron con una carnicería, convirtiendo en esclavos a todos los supervivientes. Tras dejar colonos en las tierras de Nuevo México, Oñate continuó adentrándose hasta los llanos del actual estado de Kansas sin hallar nada más que polvorientos y míseros poblados indios. A su regreso, en 1600, los colonos habían abandonado sus tierras ante la rigurosidad del clima y los ataques de los indios. Sin desfallecer, volvió a intentarlo y, cuando en 1604 la situación estuvo asegurada, organizó una nueva expedición en busca de la inexistente Quivira. Recorrió Arizona y llegó hasta la desembocadura del río Colorado, pero, al igual que le pasó a Coronado, conoció la frustración por no hallar el mito. Nombrado gobernador y adelantado de Nuevo México, fundó varias villas, una de las cuales sería la futura Santa Fe. En 1608, cansado y sin apoyos del virrey, abandonó su cargo.



Pizarro y la conquista del Imperio inca

La exploración de la costa sur del Pacífico había sido el gran sueño inconcluso de Balboa. Él había creído las historias que le contaran los indios sobre la existencia de un rico imperio meridional. Aunque el gobernador de Panamá, Pedrarias, nunca confió en dichas informaciones, en 1521 autorizó a que su capitán, Pascual Andagoya, explorase tierras y costas al sur de su gobernación. Andagoya fletó varios barcos con los que reconoció las costas pacíficas de Colombia y fundó la ciudad de San Juan. En estos viajes escuchó historias contadas por los nativos que hablaban de unas tierras más al sur, ricas, dominadas por un poderoso señor y nombradas siempre como Piru o Biru, sonido nativo que castellanizado dio origen a Perú. Como cualquier historia veraz o no, en América se extendió entre los colonos y aventureros de Panamá. Estos rumores, bien aderezados, se fueron expandiendo por todo el territorio. En 1523, Andagoya, enfermo y sin mucho apoyo, abandonó sus exploraciones, pero había dejado sembrada la semilla de un rumor, que esta vez sí tenía un sustento real.

Una «joint venture» en Panamá

Panamá en aquellos momentos era un hervidero de rumores y cuentos que alimentaban las ansias de exploradores y colonos varados en aquellas tierras pero con ambiciones mayores que las de comerciar o rentabilizar una encomienda. Entre estos españoles anhelantes estaba el trujillano Francisco Pizarro, un bastardo extremeño que siendo un mozalbete salió de España y había ganado reputación de conquistador eficaz y corajudo. Aunque contaba casi cincuenta años, su experiencia en diversas exploraciones y como lugarteniente de Balboa y sus más o menos prósperos negocios en Centroamérica no le habían saciado su sed de aventura ni empeño conquistador.

Desde que viera el mar Pacífico, junto a Balboa, el extremeño soñaba con una gran expedición hacia el sur, y así se lo contó a su socio y amigo Diego de Almagro. Almagro, un tipo ajustado al perfil del conquistador –excelente baquiano, curtido en cientos de batallas, buen organizador, valiente, ambicioso y sin prejuicios–, pronto se entusiasmó con los planes expedicionarios. Mas todo el dinero de Pizarro y Almagro no era suficiente, así que solicitaron ayuda financiera al conocido como el Cura Loco, Hernando de Luque, maestrescuela de la catedral, amigo del gobernador y de Gaspar de Espinosa, un hacendado con extensa fortuna, a quien convencieron para que aportase el dinero restante.

Los tres socios se repartieron los papeles de la aventura según su talento y carácter. Francisco Pizarro asumió el mando de la expedición, a él se debía la iniciativa y era el capitán más respetado y experimentado de Panamá. Diego de Almagro se encargó del reclutamiento de hombres para futuros refuerzos, de las comunicaciones entre Panamá y los adelantados y de atender todas las necesidades materiales que fuesen surgiendo durante el viaje. Al clérigo Luque le correspondería negociar los asuntos monetarios con Espinosa y engrasar la maquinaria burocrática y legal de la empresa, asegurándose la protección y apoyo de Pedrarias y del Consejo de Indias.

El 14 de noviembre de 1524 Pizarro partió con ciento doce hombres, a los que debía seguir Almagro poco después con una nave cargada de más hombres y pertrechos. Nada salió bien. Este primer viaje duró cerca de dos años, y de su calamitoso deambular dan cuenta la muerte de más de ciento treinta soldados, los nombres de Puerto Quemado y Puerto Hambre que quedaron en la costa pacífica colombiana y la figura de los dos capitanes que regresaron a Panamá maltrechos, Pizarro con siete heridas y Almagro tuerto, y ambos arruinados.

Pero aquel desastre no hizo sino fortalecer sus convicciones y sus vínculos empresariales. Tras unos meses de descanso en Panamá, los tres socios se juramentaron en el llamado Pacto de Panamá y crearon la Compañía de Levante (1526). Esta fue el prototipo de empresa privada en la América hispana de las primeras décadas. Sus tres objetivos principales eran: extender los dominios de la

Corona; buscar la unión de ambos océanos; y alcanzar la riqueza material. Cada socio tenía bien repartidas sus funciones: Almagro y Pizarro asumieron el grueso de la responsabilidad directa. Luque, gracias a sus buenas relaciones con el poder y sus amistades con ricos hacendados y eclesiásticos, se encargó de obtener los fondos. El dinero no sólo se obtuvo de Gaspar Espinosa –quien aportó una buena cantidad–, hubo bastantes colonos, encomenderos y comerciantes a los que se convenció, e invirtieron parte de sus ahorros en esta empresa de «sociedad anónima», esperando obtener un porcentaje de los beneficios, como cualquier pequeño o mediano accionista actual.



Francisco Pizarro es un personaje que la leyenda negra desdibujó. Fue un conquistador paciente y pertinaz, con luces y sombras. Aunque no tuvo la brillantez de Cortés en sus acciones de conquista, fue el español que más territorio americano incorporó a la monarquía de los Austrias. No supo o no pudo mantener con vida al Inca Atahualpa ni tampoco frenar las luchas intestinas entre los españoles, que terminaron costándole la vida. Retrato anónimo de Francisco Pizarro. Archivo General de Indias, Sevilla.

Con el Pacto de Panamá y la constitución de la Compañía de Levante quedaba concertada la conquista de un imperio del que, hasta esa fecha, sólo se conocían rumores o leyendas poco creíbles.

Un nuevo intento

A finales de junio de 1526, dos navíos y ciento sesenta hombres navegaron por la misma ruta del anterior viaje. Al llegar al río San Juan hicieron el primer desembarco. Allí, algunos exploradores encontraron un poblado indio que atacaron y del que obtuvieron más de quince mil pesos en oro. El botín levantó los ánimos y permitió a Pizarro tomar una dura decisión: Almagro, con un navío, regresaría a Panamá en busca de refuerzos; el piloto Bartolomé Ruiz y los hombres estrictamente necesarios para la navegación del otro barco reconocerían la costa hacia el sur, mientras él permanecería con setenta soldados en los pantanales del río San Juan. De nuevo llegaron las jornadas de hambre y aguaceros sin fin.

Almagro, en Panamá, se encontró con un nuevo gobernador, Pedro de los Ríos, que se opuso a facilitarle más hombres y permisos, y sólo concedió licencia para que un barco fuese en socorro de los abandonados en la costa. Cuando los hallaron refugiados en la isla del Gallo, Pizarro se negó a regresar. Tras su famosa y escueta arenga, trazó la «línea de la fama» y se quedó aislado con los llamados Trece de la Fama.

Siete meses más tarde fueron recogidos en otra isla cercana, Gorgona, por Bartolomé Ruiz. Pizarro sólo accedió a volver si antes exploraban las costas cercanas, pues había comprobado que esas eran ya tierras del reino del Piru. Desembarcaron en Tumbes y se vieron sorprendidos por grandes y complejas construcciones militares y religiosas. No necesitaron adentrarse más. Pizarro comprendió que aquel era el territorio que estaba buscando y que aquella ciudad era el preludio de una rica y sorprendente civilización.

La isla del Gallo y los Trece de la Fama

Tras un sangriento encuentro con los indios en el puerto de Atacames, Pizarro se refugió en una isla cercana, a la que por su silueta bautizaron como isla del Gallo. Allí pasaron cinco meses hasta que los encontró el barco de socorro enviado por el gobernador De los Ríos. Y fue entonces cuando Pizarro se negó a regresar a Panamá.

Cuentan las crónicas que el trujillano –desencajado el rostro, con «barba de Cristo bizantino», todo huesos y piel y poseído de furor jupiterino– desenvainó la espada, avanzó hacia la tropa, trazó una línea sobre la arena de la playa de oriente a poniente y venciendo su laconismo de iletrado, con la voz grave que imponía el momento, lanzó una de las más famosas arengas de la historia: «Esta es la parte de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra, la del gusto; por esta se va a Panamá a ser pobres; por aquella se ha de ir al Perú a ser ricos; escoja el que fuere buen castellano la que más bien le estuviere».

De los ochenta hombres sólo trece cruzaron la raya. Sus nombres quedaron para la historia: Nicolás de Ribera, tesorero de la expedición; Pedro de Candia, el Griego; Cristóbal de Peralta; Antón de Carrión; Domingo de Soraluce; Francisco de Cuéllar; Juan de la Torre; Pedro de Halcón; García de Jarén;

Alonso de Briceño; Alonso de Molina; Gonzalo Martín de Trujillo; y Martín de Paz. También traspasó la línea de los valientes el piloto Bartolomé Ruiz, pero Pizarro le pidió que regresase a Panamá, pues allí sería más útil para la posterior expedición que debería armar Almagro. Algunas crónicas hablan de que junto a los trece permanecieron en la isla un mulato fiel a Pizarro y los tres indios tallanes traídos por Ruiz.

Viaje a España

Ante la negativa y cortedad de vista del gobernador de Panamá y convencidos los socios de la Compañía de Levante de que estaban en la antesala de un imperio, decidieron viajar a España para negociar directamente con el monarca Carlos I. A finales de abril de 1529, Pizarro logró entrevistarse con el emperador. La fama de soldado afortunado y corajudo, los relatos que ya circulaban de su odisea en la isla del Gallo, el recuerdo exitoso de lo logrado por Cortés y lo poco que arriesgaba la Corona facilitaron que unos meses después se firmasen las Capitulaciones de Toledo (26 de julio de 1529), por las que se concedía permiso para «que podáis continuar el dicho descubrimiento, conquista y población de la dicha tierra y provincia del Pirú» y se nombraba a Pizarro adelantado mayor de Perú. Esa misma fama y el permiso del emperador le permitieron viajar a su Trujillo natal y reclutar a un buen montón de voluntarios para la empresa perulera.

Mucho se ha hablado de la generosidad de las capitulaciones con el trujillano, germen envenenado de las futuras envidias y disputas con su socio Almagro. No hay duda de la preeminencia de Pizarro en la distribución de honores y cargos. Otra cosa es pensar que ello obedeciese a la deslealtad y ambición de quien negoció el contrato. Las Capitulaciones de Toledo reconocen la existencia de la sociedad con Luque y Almagro, y a ambos les otorga cargos y rentas importantes. Es dudoso que fuese el mismo Pizarro quien sugiriese las diferencias de trato, si bien es muy posible que tampoco mostrase disgusto alguno ante la propuesta real.

Por estas desigualdades manifiestas, en Panamá, al reunirse los tres socios, Gaspar de Espinosa debió mediar entre ellos, fundamentalmente por el enojo de Almagro, que se sentía relegado. Las diferencias no llegaron nunca a solventarse pero no impidieron poner en marcha la incursión definitiva hacia el reino andino. Panamá volvía a hervir con el runrún de una nueva expedición a fabulosas tierras. El buen hacer de Espinosa y del clérigo Luque lograron unir a nuevos socios, y atraer a gente como Hernando de Soto, Belalcázar y Ponce de León, capitanes experimentados en la conquista de Nicaragua y que aportaban, además de su experiencia, fortuna y barcos.



Las tres expediciones de Pizarro a Perú

El Perú, al fin

En enero de 1530 Pizarro se hizo a la mar desde Panamá con tres bergantines dispuesto a cumplir su sueño. Pero el tercer intento de alcanzar la costa peruana estuvo a punto de volver a fracasar por unas persistentes y devastadoras lluvias. Sólo la llegada de los refuerzos capitaneados por Hernando de Soto permitieron alcanzar la ciudad de Tumbez. Será aquí cuando Pizarro descubra la verdadera dimensión y complejidad del territorio en el que va a adentrarse. Dimensión y complejidad no sólo geográfica, los españoles, estando en Tumbez, conocerán que pisan un enorme imperio en el que se libra una guerra fratricida entre los dos aspirantes al trono, el elegido Huaskar y el aspirante Atahualpa.

Guerra y descomposición en el incanato

La realidad es que en la víspera de la llegada de los españoles, el incanato o Tahuantinsuyo estaba dividido en dos centros políticos con intereses encontrados. Uno establecido en Cuzco, capital legendaria de los incas, y otro en Tomebamba, al norte, y en cada uno una legión de cortesanos, religiosos, militares y nobles que apostaban por diferentes candidatos al trono, cuando en 1527 murió el emperador Huayna Capac. El heredero designado era Huaskar, representante de los intereses cuzqueños, lo que no fue aceptado por su hermano Atahualpa y sus seguidores del norte. Abiertas las hostilidades, la guerra desangró al imperio y sacó a la luz todas sus debilidades.

A la llegada de los españoles, Atahualpa había logrado derrotar y encarcelar a su hermano y era el soberano del más vasto imperio de América, pero a pesar de su formidable poder, el amplísimo territorio que dominaba, las riquezas que atesoraba y lo avanzado de su civilización, los cimientos del Estado estaban carcomidos y su sociedad exhausta. Por ello, la caída del Tahuantinsuyo será rápida y dejará a los incas desconcertados y paralizados ante la llegada de los nuevos señores extranjeros. La crisis profunda que vivirán durante décadas los pueblos andinos obedece tanto a la conquista española y su transformación colonizadora como a la descomposición interna que ya afectaba a los pilares fundamentales de la organización político-social inca.

Pizarro aguarda en Tumbez refuerzos, descansa y sobre todo va haciéndose cada vez una idea más precisa de la situación del país. Conoce que el nuevo Inca es Atahualpa, que ha vencido a su hermano Huaskar, pero que no ha podido cerrar las cicatrices por las que todavía sangra el Tahuantinsuyo. Aprendidas las lecciones de la conquista de los aztecas, sabe que debe aprovechar las debilidades internas y el descontento de pueblos y tribus sometidas, dominar al emperador y adueñarse de la capital y de sus tesoros lo antes posible.

Pero los refuerzos de Almagro no llegan y Pizarro sabe que debe actuar rápido y de forma directa. Deja en Tumbez un pequeño retén a la espera de su socio y marcha, con ciento dos infantes, sesenta y dos jinetes, un capellán y unos pocos indios guías, hacia el sur, hacia la sierra cajamarquina donde sabe que se ha concentrado Atahualpa

con un poderoso ejército.

Pizarro avanza con prudencia pero sin pausa. Intercambia embajadas con el Inca, quien ya sabe del inminente encuentro con los europeos y acantona tropas, hasta cerca de cuarenta mil hombres en las inmediaciones de Cajamarca. Ambos jefes se esperan, guardan formas ceremoniosas pero se preparan para la lucha. Ninguno piensa aceptar la sumisión. Pizarro tiene claro que ofrecerá al Inca un pacto si acepta su autoridad y la soberanía del rey de España. Atahualpa no duda que la amplísima superioridad numérica de su ejército le permitirá dominar a los extranjeros. No sabemos muy bien cómo afectó a los incas la creencia en la vieja profecía que anunciaba el regreso de Viracocha, su gran dios creador del mundo, que desapareció por occidente y que un día volvería por el mismo lugar por el que partió. Algunos dicen que Atahualpa inicialmente creyó que los barbudos españoles eran parte del séquito de Viracocha que regresaba, otros que aquello lo tomó como un signo más venturoso que afianzaba su victoria. Sea como fuere, en vísperas del encuentro en Cajamarca, ambos sabían que ninguno era un dios, y ambos confiaban en derrotar al otro.

Derrumbe en Cajamarca

El 15 de noviembre de 1532, Pizarro y sus hombres entraron en la ciudad de Cajamarca, rodeada por un ejército que podría variar entre treinta mil y cincuenta mil hombres, según diversas estimaciones. Los españoles toman algunos edificios del centro y se distribuyen en posiciones de combate. Hernando Pizarro y Hernando de Soto mantuvieron una primera entrevista en los reales del Inca.

Al día siguiente intercambiaron nuevos mensajes, y al caer el día el ejército inca empezó cercar la ciudad mientras la comitiva real, como en un desfile de la victoria, iniciaba su descenso hacia la plaza de Cajamarca. Pizarro desplegó a su hueste conforme al plan decidido la noche anterior. La caballería dividida en tres grupos de quince o veinte hombres al mando de sus tres capitanes principales, Hernando de Soto, Sebastián de Belalcázar y su hermano Hernando. Escondidos en los galpones de la plaza debían esperar a que el Inca y su séquito entrasen en ella y actuar después de la primera acción de la infantería, mandada por el propio Pizarro. Un grupo de infantes debía defender las tres calles que salían de la plaza para impedir la huida del soberano. Otro grupo defendería el fortín de la artillería. El resto de los hombres, al mando de Juan Pizarro, acompañaría a los jinetes en su ataque. Pero la misión más difícil se la reservaba para sí el trujillano. Con veinticuatro hombres escondidos en el oratorio debía apresar por sorpresa al Inca nada más iniciarse la refriega. Por último, y desde la fortaleza, Pedro de Candia, con los falconetes y los arcabuceros, debía sembrar el terror e impedir la entrada en la ciudad de nuevos refuerzos. Todos tenían que permanecer escondidos, a excepción del cura Valverde y el intérprete Felipillo, encargados de recibir en la plaza a Atahualpa. A la señal convenida –un tiro de arcabuz y el grito de «Santiago y cierra España»– se iniciaría el combate según lo dispuesto.

La batalla de Cajamarca apenas duró media hora –treinta minutos tardaron en conseguir que se desplomara el imperio más grande de América–, pero la sangrienta persecución de la caballería alcanzó hasta que se cerró la noche y empezó a llover. Entonces, Pizarro, a toque de trompeta y disparo de arcabuz, ordenó reunir a toda la tropa en la plaza.

La detención del Inca fue rápida ante la alucinada parálisis de su ejército, sorprendido por arcabuces, caballos y espadas. Tomada la cabeza imperial, la autoridad era asumida por el nuevo jefe victorioso. El nuevo imperio pasa a formar parte de la monarquía española. Pizarro se convierte en el gobernador del incanato y, al igual que hiciera Cortés, utilizará la estructura administrativa y fiscal andina para organizar la colonización hispana.

Un fabuloso rescate

Como bien señaló el historiador peruano Porras Barrenechea, Atahualpa pronto descubrió el valor esencial de la economía europea y lo que buscaban los españoles: oro. Pensando que aquello podía ser el salvoconducto de su libertad, lo que le permitiría ganar tiempo y reorganizar su ejército, le propuso un pacto.

El Inca habló a Pizarro de su enorme imperio, de las ciudades deslumbrantes de oro y riquezas como Chincha o Quito y los templos de Pachacámac y, sobre todo, le habló de la capital, Cuzco, en donde las paredes del Templo del Sol eran de oro, y le aseguró que si le concedía la libertad y le permitía volver a Quito le daría todo el oro que quisiera. Levantó el brazo y ofreció llenar la habitación donde estaba preso hasta la altura de su mano de oro, y el resto de plata. Pizarro aceptó el trato con la condición de que el oro y la plata estuviesen en Cajamarca antes de cuarenta días.

La verdad es que cada uno tenía otras intenciones ocultas. Pizarro jamás podría dejar marchar a Atahualpa, y menos a Quito, donde estaba la mayor parte de su ejército y de sus partidarios. El extremeño necesitaba tiempo para esperar a los refuerzos de Almagro, y mantener con vida al prisionero le permitía manejar varias opciones políticas: el Inca aún tenía poder sobre numerosos curacas, su ejército y sus generales eran todavía temibles, pero no le atacarían mientras lo mantuviese vivo; la prisión le otorgaba también afectos sobre sus enemigos y partidarios de Huaskar.

Por su parte, Atahualpa se aseguraba con aquel trato cierto tiempo de tranquilidad y la posibilidad de enviar órdenes a sus generales para organizar un contraataque y su liberación.

Durante siete meses se prolongó el cautiverio de Atahualpa. Mientras se recogía el botín, los españoles no fueron apenas molestados, pero se sentían cercados y siempre con el temor de un contraataque nativo. Y en ese tiempo llegó Almagro con más hombres y provisiones que estimularon nuevas campañas.

Se repartió el botín (millón y medio de pesos en plata y oro una vez fundidos) y se decidió proseguir hacia Cuzco, la capital de imperio, pero antes estaba por resolver el tema del Inca.

Durante los meses de junio y julio los rumores de ataques, concentraciones de tropas o cercos incas crearon un ambiente obsesivo y temeroso. Los hombres de Almagro fueron los principales propagadores de oscuras noticias sin fundamento, cuya consecuencia trágica fue la creciente animadversión entre la hueste española hacia el Inca. El adelantado y los oficiales reales presionaron a Pizarro para que se enjuiciase a Atahualpa, acusándolo, entre cosas, de estar organizando secretamente la sublevación indígena.

Un atribulado Pizarro accedió a que se crease un tribunal que examinase las distintas acusaciones. Durante el juicio, para el tribunal quedaron probados hechos delictivos como: que había mandado asesinar a su hermano Huaskar (fratricidio), a

quien usurpó el trono del Tahuantinsuyo (usurpación); que aniquiló tribus y enemigos (tiranía); que practicaba la poligamia y se acostaba con sus hermanas (adulterio e incesto); que renunció a la fe católica y era adorador del Sol (herejía); y que había engañado repetidamente a los españoles con falsas paces buscando la venganza (conspiración). La condena era la hoguera.

Los generales de Atahualpa

Calcuchímac (?-1533): general del ejército del Inca de Atahualpa, participó activamente en la guerra civil contra Huaskar. Cuando el Inca fue capturado por Pizarro, huyó a Jauja, donde logró reorganizar parte del ejército imperial. Durante meses esperó que Atahualpa le diese la orden de rescatarlo o atacar. Finalmente, Hernando Pizarro consiguió capturarlo con una añagaza y someterlo a tortura.

Una vez asesinado Atahualpa y elegido Inca Túpac Huallpa, Calcuchímac recuperó sus galones, pero recelaba de su nuevo señor, pues era hermano de su antiguo enemigo Huaskar y servía a los intereses de los españoles. Reacio a colaborar con los extranjeros, fue acusado de envenenar a Huallpa, por lo que se le enjuició. Dos días antes de entrar los españoles en Cuzco, Calcuchímac fue quemado por traidor y hereje, ya que no quiso aceptar el bautismo ni renegar de sus dioses.

Rumiñahui: nacido cerca de Quito, fue uno de los más brillantes militares de Atahualpa. Tras la guerra civil quedó al frente del **Chinchaysuyo**. A la llegada de los españoles, se le encargó que junto a seis mil hombres cortase la posible retirada de estos en la parte sur de la ciudad. Sin embargo, rehusó el combate y marchó a su feudo quiteño para reorganizar un contraataque o, como han apuntado algunos historiadores, hacerse dueño de la región. Poseía el ejército más poderoso de todos los generales nativos, y si hubiese atacado a los españoles en Cajamarca hubiese podido derrotarlos y liberar al Inca. Siempre permanecerá esa sombra de duda sobre él.

Lo cierto es que en Quito fue dueño y señor, actuando como soberano, pero también que en sus dominios norteños ofreció una dura y tenaz resistencia a los españoles durante año y medio. Finalmente, en julio de 1535 fue apresado y sometido a terribles torturas antes de ser ajusticiado públicamente.

Quiz Quiz (Quisquis o Quizquiz): fue el artífice de la toma de Cuzco y de la eliminación de toda la oposición en dicha ciudad, empezando por los familiares de Huaskar, durante la guerra civil. Cuando llegaron los españoles, él estaba al mando de un importante ejército acantonado en la ciudad. Aunque intentó reorganizar la resistencia nativa, tuvo muchas dudas y sufrió cierta paralización y desconcierto.

Ante la llegada de la hueste de Pizarro a Cuzco dejó parte de sus efectivos en la ciudad y partió hacia Jauja con la intención de formar nuevos batallones y atacar la retaguardia extranjera. Pero en Jauja los indios huancas se aliaron a los españoles y desbarataron sus planes. Así las cosas, Quiz Quiz se sintió presionado por sus oficiales, en su mayoría quiteños cansados de la guerra y de estar tanto tiempo alejados de casa, por lo que decidió regresar a Ecuador y unirse a las tropas de Rumiñahui. Aun antes de llegar a Quito, el ejército de Quiz Quiz sufrió una derrota en un encuentro con soldados españoles que desmoralizó a sus hombres, que le aconsejaron la rendición. El general se negó y sus oficiales se amotinaron, lo ejecutaron y licenciaron a la tropa.

Cuzco, la capital imperial

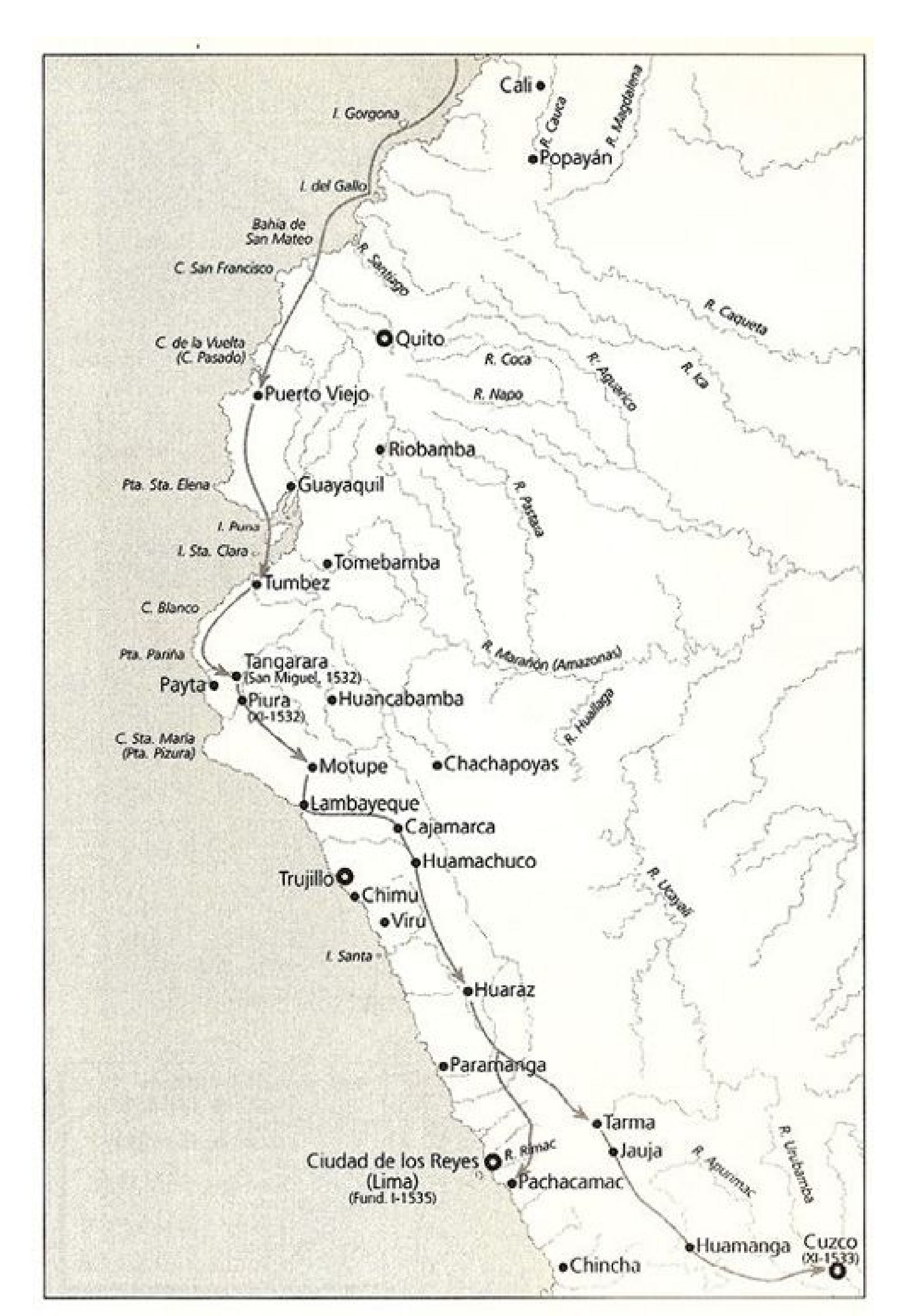
Ejecutado el Inca, para mantener la estructura política y calmar la inquietud de los indios, Pizarro reúne a un consejo de notables y les propone la elección de un nuevo Inca: Tupac Huallpa (Toparca o Tupaliba), hijo del anterior. Huallpa morirá semanas después en Jauja. Había enfermado durante el avance de los españoles hacia Cuzco.

En la capital, los ejércitos incas se habían organizado al mando del general Quiz Quiz para ofrecer una dura resistencia y acabar con los españoles. Pero la realidad es que, salvo algunas refriegas en los alrededores, la ciudad se entregó casi sin lucha. Quiz Quiz optó por incendiar los depósitos, esconder los tesoros y abandonar la ciudad antes de combatir.

El 15 de noviembre de 1533, los españoles entraron en la capital del más fabuloso y extenso imperio jamás creado en América. La ciudad y sus alrededores, con sus singulares y ciclópeas construcciones de piedra, su infinidad de templos llenos de oro y joyas y sus fabulosos palacios maravillaron a los españoles, que jamás habían visto una urbe tan rica y bella. El reparto del botín ascendió a más de cuatro mil pesos para cada uno de los cuatrocientos ochenta expedicionarios.

Al día siguiente de la toma de Cuzco, Pizarro reunió a los caciques y nobles principales de diversas provincias, y en un simulacro de consulta eligieron a Manco Inca Yupanqui, hermano de Huaskar y legítimo heredero del Tahuantinsuyo, como nuevo Inca. Desde la llegada de los españoles al Perú, Manco se había ofrecido a colaborar con ellos, ya que en él latían ánimos de venganza contra la dominación quiteña de su hermanastro Atahualpa.

Una vez dominada la capital, el 23 de marzo de 1534 se hizo la solemne fundación de Cuzco como ciudad española, se nombró el cabildo con los dos alcaldes ordinarios, Beltrán de Castro y Pedro de Candia, y los ocho regidores a la manera de España. El antiguo palacio de Viracocha fue entregado al cura Valverde con la orden de erigir allí el templo dedicado a Nuestra Señora de la Concepción, vieja devoción del trujillano. Y tras la fundación española de Cuzco, tuvo lugar el reconocimiento efectivo de Francisco Pizarro como gobernador, adelantado, aguacil mayor y capitán general de Nueva Castilla. Inmediatamente después se repartieron tierras entre los españoles y se dictaron ordenanzas de todo tipo.



Marcha de conquista de Pizarro por el interior del Perú (1531-1533).

Desde Cuzco, Pizarro envió diversas expediciones de exploración y conquista a los territorios del Tahuantinsuyo todavía no controlados o desconocidos.

Tahuantinsuyo

«Tahuantinsuyo» era la palabra quechua que se utilizaba para definir el territorio imperial. Compuesta por *Tawantin Suyu*, significa «las cuatro regiones o suyus» en las que habían dividido sus tierras:

- **Chinchaysuyo**, región de los chinchas, territorio del norte;
- **Antisuyo**, región del este u oriente;
- **Collasuyo**, región de los collas, territorio del sur;
- **Contisuyo**, región de occidente.

A pesar de esta división, tradicionalmente mantuvo un sistema muy centralizado, dominado por la familia real. El Tahuantinsuyo, en su máxima expansión, abarcó desde el río Ancasmayo, en el sur de Colombia, hasta las riberas del río Maule en el centro de Chile, y desde la costa pacífica hasta la ceja de selva amazónica. A la llegada de los españoles, el imperio tenía una población estimada en más de doce millones de almas. El idioma común era el quechua.

La conquista del norte de Perú

Sebastián de Belalcázar, nacido en la ciudad cordobesa de Belalcázar en 1480, ciudad de la que toma el nombre ya que se cree que su verdadero apellido era Moyano, puede que llegase a las Indias antes de 1515, cuando ya se documenta su participación en la gran expedición de Pedrarias Dávila. Sus buenos oficios en las exploraciones por el Darién le valieron el título de capitán y cierta fama que le permitieron unirse a Hernández de Córdoba en la conquista de Nicaragua (1524). Ya hemos visto cómo en 1530, al oír las noticias sobre Perú, decide armar un barco y unirse al proyecto de la *Compañía de Levante* a cambio de alguna capitanía y territorio. Estuvo con Pizarro en la toma de Cajamarca y recibió por sus servicios a finales de 1533 el cargo de teniente de gobernador de Piura. Se le encomendó la tarea de cubrir la retaguardia a los españoles en Perú y hacer frente al foco de resistencia inca liderado por Rumiñahui. Sin hacer mucho caso de las órdenes de Pizarro, que no tenía intención de expandir la conquista hacia el norte sin asentar antes los territorios centrales del antiguo incanato, Belalcázar se apoderó de la antigua capital norteña, Tomebamba, y decidió proseguir la conquista de territorios hasta que colisionara con la resistencia nativa. Pero con quien topó fue con su compatriota Pedro de Alvarado.

Las noticias de la riqueza de los incas habían llegado ya a Centroamérica y desde allí algunos conquistadores y hacendados estaban ya preparando expediciones. Uno de estos ávidos capitanes fue Alvarado, gobernador de Nicaragua, que ambicionaba apoderarse del norte de Perú. Al saber de los planes expansionistas de Belalcázar y de la llegada del intruso Alvarado, Diego de Almagro partió a la carrera para frenar aquellos desmanes. Ninguno tenía interés en un enfrentamiento armado, así que negociaron en beneficio de todos. Alvarado hizo un buen negocio vendiendo su hueste a Almagro y regresó a Nicaragua. Belalcázar fue confirmado como gobernador con licencia para proseguir explorando la región norte a cambio de acabar con la resistencia de Rumiñahui y con la fragmentaria oposición de numerosas tribus ecuatorianas, siempre autónomas del poder inca. Si al principio actúo con cierta moderación, después fue cruel con los resistentes, y dejó hacer a su sanguinario lugarteniente, Juan de Ampudia, quien, obsesionado por la búsqueda de un tesoro escondido de Atahualpa, destruyó poblados enteros, profanó sepulturas y torturó a numerosos caciques.



La conquista de Quito y el norte del Perú (1534-1536)

Belalcázar se sentía atraído por las historias contadas por los indios que aseguraban la existencia de otro rico reino más al norte. La leyenda de El Dorado se expandía y el cordobés tenía prisa por hacerla realidad, pues sabía que otros capitanes estaban ya armando expediciones. Por ello, aseguró una salida al mar que le permitiese mantener el contacto marítimo tanto con Perú como con Panamá, y fundó la ciudad de Guayaquil, junto a la desembocadura del río Guaylas, en lo que era un excelente y resguardado fondeadero de naves.

Al tiempo que buscaba el reino del oro, en su afán por dominar lo ya conquistado, Belalcázar fundó las ciudades de Popayán, Cali y Neiva, y, en 1539, alcanzó la meseta de Bogotá, la tierra de los indios chibchas. Para su sorpresa, en los llanos bogotinos coincidió con la llegada de otras dos huestes conquistadoras, las tropas de Jiménez de Quesada y Nicolás Federmann. La resolución del conflicto que se presentaba y el definitivo dominio hispano en Colombia se relatarán en el capítulo

veinte.

La búsqueda de una nueva capital

Pizarro, una vez hispanizada la ciudad de Cuzco, partió hacia Jauja, donde estableció la capital de su gobernación provisionalmente. No le convencía la ubicación de Cuzco por estar lejos de la costa y ser un lugar de orografía compleja, lo que dificultaba las comunicaciones y el dominio efectivo del entorno. Pizarro sabía que la situación de los españoles era precaria y dependían de los envíos de hombres y provisiones que llegaban por mar. Ante cualquier eventualidad no podía perder la salida directa y rápida al Pacífico. Pronto comprendió que Jauja presentaba los mismos inconvenientes, demasiado fría, demasiada altura y demasiado lejos del mar.

Pizarro determinó buscar un emplazamiento en la costa donde fundar una nueva capital, base de la definitiva colonización hispana de Perú. Se detuvo un tiempo en Pachacámac, el gran templo adivinatorio de los incas, que había sido descubierto y saqueado por su hermano Hernando. Aquel lugar se convirtió en el primer poblado español en la costa central de Perú. Al estar en línea recta entre el mar y Jauja, facilitaba las comunicaciones entre Panamá y el interior del país. Mas al trujillano no terminaba de gustarle aquel árido puerto. Quería un sitio que permitiese las comunicaciones fluidas entre Panamá, rodeado a su vez de tierra fértil y con agua. Entre diversas posibilidades, a Pizarro le gustó un hermoso valle, a unos treinta y cinco kilómetros al norte de Pachacámac, por su tranquilidad campesina y floreciente vergel a las orillas de un río llamado Rimac. El lugar era un oasis cercano a un gran ancón en mitad del desierto costero. Había sido descubierto por unos soldados enviados por el gobernador el 6 de enero de 1535. En honor a esa fecha, día de los Reyes Magos, la ciudad de Lima fue bautizada –el 18 de enero– con el nombre de la Ciudad de los Reyes.

Esta ciudad tenía numerosas ventajas que rápidamente la convirtieron en el corazón político y administrativo de Perú. Estaba situada en el centro geográfico de la costa y a escasos diez kilómetros se hallaba el puerto natural de El Callao. Ello permitía la conexión marítima con Panamá y controlar la llegada de otras armadas, peligro inquietante como había demostrado Pedro de Alvarado. A pesar de las nieblas y la garúa, el clima era mucho más benigno que el de la fría Jauja; y el valle y el río Rimac aseguraban agua y alimentos a sus ciudadanos. En definitiva, con Lima y su puerto se abría una vía de comunicación entre el Viejo y el Nuevo Mundo, y una puerta hacia Asia, rompiéndose el atávico aislamiento del mundo andino e incorporándose Perú al mundo occidental.



Estatua de Francisco Pizarro en la plaza de su Trujillo natal. Fotografía de José María González Ochoa.

La Lima nativa

El sustrato nativo de Lima estaba en el caserío de Limatambo y Maranga, regido por el anciano Curaca Taulichusco, señor principal de la zona, vasallo del Inca Huayna Capac. Aunque Taulichusco llegó a recibir a Pizarro, no ejercía el gobierno efectivo y el curacazgo estaba en manos de su hijo Guachinamo.

La extensión del cacicazgo de Lima era pequeña. No alcanzaba a Carabayllo ni a Surco, que tenían jefes propios, ni al santuario de Pachacámac. Controlaba el pequeño valle del tramo final del río Rimac hasta el puerto de mar de Maranga, llamado por los nativos Piti-piti, antecesor del Callao. Por el norte, llegaba hasta donde el camino del Inca entra en el valle de Chillón; y por el sur hasta Armendáriz. Por el interior, abarcaría no más de los míseros caseríos de Late, Puruchuco, Pariache y Guamchiguaylas, que ascienden a la sierra. Pero como bien señaló Porras Barrenechea, su pequeña alma quechua de Limatambo fue imborrable y pervivió en el nombre frente a la barroca y navideña denominación española Ciudad de los Reyes.

Primeras disensiones graves

El larvado enfrentamiento entre Almagro y Pizarro, desde las Capitulaciones de Toledo de 1529, quedó aparentemente sofocado durante la conquista, pero se avivó en cuanto comenzó la reorganización política y social de las tierras dominadas. El problema surgió con la jurisdicción sobre Cuzco, que reclamaba para sí Almagro y a la que Pizarro no quería renunciar. El cabildo de Cuzco apoyaba a Pizarro, pero Almagro, espoleado por su soldadesca, pedía para sí la máxima autoridad. En medio, Hernando de Soto trataba de mediar sin mucho éxito. Durante varios días ambas partes se prepararon para la lucha. Y la guerra hubiese estallado de no ser por la presencia de Francisco Pizarro en la ciudad.

Los dos socios se reunieron en la pequeña iglesia de Cuzco y mantuvieron una larga entrevista sellada con un abrazo. Una comisión establecería los límites de la jurisdicción de cada uno. En realidad, la comisión retrasó el enfrentamiento, pues sólo fue capaz de redactar un documento vago e indefinido que dejaba las cosas como estaban. Lo que evitó la guerra fue el compromiso entre caballeros aceptado por los dos socios: Almagro se comprometió a situar su gobernación a partir de ciento treinta leguas al sur de Cuzco, y Pizarro, por su parte, entregaba doscientos mil castellanos de oro para la próxima expedición de su socio a Chile, y el compromiso de partir su territorio si Almagro no encontraba un lugar adecuado para fundar y poblar.

Todo pareció calmarse con la marcha de Almagro a Chile. Pero la tranquilidad duró poco en la antigua capital inca. Los excesos de los terratenientes españoles fueron creando un clima de rebelión entre muchos curacas indígenas. Los nativos eran tratados como esclavos, los jefes de las tribus menospreciados y sometidos a una brutal carga de impuestos y las mujeres indias eran tomadas o violadas sin consideración alguna. El Inca Manco Capac se sentía un títere al servicio de los intereses hispanos. Vivía como un preso en jaula de oro, sin poder ejercer su voluntad. Al final, Manco decidió alzarse e iniciar una rebelión, aprovechando que la ciudad estaba desguarnecida tras la salida de los expedicionarios almagristas. Primero, con una añagaza, consiguió salir de Cuzco: le dijo a Hernando Pizarro que si le permitía salir de Cuzco le traería un fabuloso tesoro que su padre había enterrado. Reunió a los principales curacas de la región y en pocos días reunió un formidable ejército que ponía sitio a Cuzco al inicio de la Pascua de 1536. Los indios tomaron la fortaleza de Sacsayhuamán y desde allí lanzaron diversos ataques dejando media ciudad arrasada por el fuego y las piedras.

Un año duró el asedio. La indecisión del Inca Manco había ido retrasando la batalla definitiva, y el tiempo fue jugando a favor de los defensores. Al acudir a la lucha muchos indios habían abandonado sus cultivos, y con el pasar de los meses las provisiones se terminaron. Al no haber podido sembrar, no había reservas ni nuevas cosechas que recoger. A ello se unió una fuerte sequía que provocó una tremenda

hambruna en gran parte del país. Los indios empezaron a desertar, regresando a sus poblados para atender a sus familias famélicas.

Al tiempo, alertada por varios emisarios, la hueste de Almagro regresaba de Chile para romper el cerco nativo. Ante esta situación, Manco Inca Yupanqui lanzó un ataque desesperado que terminó con la pérdida de sus posiciones en Sacsayhuamán. Diezmado por las deserciones y la derrota, el Inca huyó a las montañas de Vilcabamba, donde reorganizó un pequeño ejército guerrillero que durante décadas causaría quebraderos de cabeza a las autoridades españolas.

El reino inca de Vilcabamba

Poco tiempo después de terminar con el asedio de Cuzco moriría Manco, y en su lugar los nativos rebeldes eligieron como Inca a Túpac Amaru, quien creó el reino de Vilcabamba, una especie de estado neoinca que se fortaleció por las luchas intestinas de los españoles y la compleja orografía del terreno. Túpac Amaru fue el último Inca. Jamás aceptó la soberanía española ni se avino a compromiso alguno con la autoridad hispana. Durante una década hostigó a colonos y soldados con la táctica guerrillera de ataques cortos e intensos. En 1571, el virrey Francisco de Toledo lo capturó tras muchos años de emboscadas y resistencia. Condenado a muerte, su cuerpo fue cruelmente descuartizado en la plaza Mayor de Cuzco y su familia asesinada.

Las guerras fratricidas españolas

El regreso de Almagro no supuso la pacificación de Perú, más bien al contrario. Defraudado por el fracaso de su expedición chilena, presionado por su arruinada hueste y mal asesorado por sus lugartenientes, Almagro decidió apoderarse de Cuzco, encarceló a Hernando Pizarro, creó su propia gobernación y nombró Inca a Paullú, familiar de Manco. Con este acto de rebeldía se iniciaban las llamadas guerras civiles peruanas que terminarían con el poder y con la vida de los principales actores de la conquista del Perú.

A pesar de los intentos negociadores del tercer socio de la empresa perulera, Gaspar de Espinosa, el enfrentamiento entre los dos bandos fue inevitable. El 6 de abril de 1538, en la llanura de Las Salinas, a una legua de Cuzco, se enfrentaron los dos ejércitos de españoles. Almagro, postrado en una litera, contempló desde una colina cercana cómo sus partidarios eran diezmados por los batallones pizarristas, más numerosos, mejor organizados y con armamento más moderno y eficaz. La batalla duró apenas dos horas, pero el saqueo de la ciudad se prolongó hasta la madrugada.

Almagro fue apresado y se le abrió un proceso judicial. Francisco Pizarro se lavó las manos y dejó hacer a su hermano Hernando. Fue sentenciado a garrote. El 8 de julio de 1538, Diego de Almagro redactó sus últimas voluntades dejando como heredero de su gobernación y posesiones a su hijo Diego de Almagro «el Mozo», mestizo de dieciocho años tenido con una criada indígena. A continuación fue agarrotado en prisión y decapitado, y su cabeza expuesta en la plaza mayor de Cuzco. En la iglesia de la Virgen de la Merced los frailes mercedarios le dieron sepultura de limosna.

Llegaron escasos tres años de calma en los que el gobernador extendió la colonización hispana por todo Perú e hizo de Lima paradigma de urbanización y organización municipal en América. Pero en la aparente tranquilidad limeña, el bando derrotado, dirigido por Almagro el Mozo, estuvo siempre buscando la ocasión para acabar con Pizarro.

El domingo 26 de junio de 1541, un grupo de veinte almagristas irrumpió en la casa del gobernador a la hora del almuerzo. Pizarro y sus acompañantes fueron asesinados. La consecuencia fue una nueva guerra civil entre españoles en Perú. Un año después, la rebelión almagrista –en realidad un pequeño foco resistente en el valle del Yucay– fue aplastada. El joven Almagro corrió la misma suerte que su padre y fue decapitado públicamente en Cuzco.

Casi al tiempo que se producía la ejecución, en España se dictaban las Leyes Nuevas, un compendio legislativo que recortaba los privilegios de los primeros conquistadores, acababa con la encomienda y trataba de mejorar la situación de los nativos. La creación de leyes en España nunca fue un gran obstáculo para que se

aplicasen con determinación en América. Las autoridades tenían capacidad de maniobra para obviarlas, incluso muchas de estas leyes poseían cláusulas secretas o de gran discrecionalidad para su aplicación en las Indias. El problema surge en Perú cuando el virrey Blasco Núñez de Vela se empeñó en hacerlas cumplir en su totalidad y encontró el rechazo de los encomenderos y conquistadores que no deseaban perder privilegio alguno. Era la emergencia del viejo enfrentamiento, siempre repetido, entre quienes ganaban y dominaban efectivamente las tierras y los burócratas y funcionarios reales que llegaban *a posteriori* a organizar y administrar el territorio.

Gonzalo Pizarro, el hermano menor de Francisco y heredero de su legado en Perú, agavilló a los españoles contrarios a las Leyes Nuevas y se declaró en rebeldía. En Cuzco, una asamblea de representantes lo nombró administrador general de Perú y capitán general, la Audiencia de Lima lo apoyó y renegaron del virrey, contra quien se dictó orden de arresto. Tras una refriega armada ente tropas virreinales y pizarristas en Anaquito, cerca de Quito, Blasco Núñez de Vela fue apresado y decapitado. El virreinato estalló en armas y la división entre los españoles alcanzó también a Centroamérica.

El magnicidio del virrey y la guerra civil atribularon sobremanera al emperador Carlos I. Suspendió momentáneamente la aplicación en Perú de las Leyes Nuevas y mandó al sacerdote Pedro de la Gasca con poderes de virrey para acabar con la sublevación. Tras ganarse la confianza de algunos importantes capitanes en Panamá, y al ver que ninguna de sus embajadas tenía éxito negociador, optó por la vía de la fuerza. La Gasca, al frente de un considerable ejército de más de dos mil soldados, derrotó a la hueste de Gonzalo Pizarro en la batalla de Xaquixahuana, el 9 de abril de 1542. Dos días después, Gonzalo fue ejecutado en Cuzco.

Restaurado el poder virreinal y deshecho el ejército pizarrista, La Gasca regresó a España, dejando en Lima al nuevo virrey Antonio de Mendoza, noble curtido en funciones de gobierno en el virreinato de México.

El epígono de esta resistencia de los conquistadores a la imposición del poder de la monarquía y los legisladores peninsulares se dio entre 1553 y 1554, con el levantamiento protagonizado por Hernández de Girón contra la Audiencia de Lima. Los rebeldes de Girón llegaron a derrotar a las tropas realistas en la batalla de Villacuri. Finalmente los encomenderos díscolos fueron reducidos tras la derrota militar de Pucará y la detención y ejecución de Hernández de Girón en Lima, el 7 de diciembre de 1554.

La difícil conquista de Chile

Tras las disputas surgidas con Pizarro sobre dónde debían situarse los límites de la gobernación de Diego de Almagro y si Cuzco caía o no dentro de su jurisdicción, el adelantado Almagro y sus tropas decidieron partir hacia Chile pensando encontrar allí un nuevo y fabuloso imperio que le hiciera olvidar las riquezas de Perú. Las diferencias entre Almagro y Pizarro quedaron suspendidas, pero las cicatrices del conflicto se abrirían más a su regreso, pues el sueño de un reino con botines como el de Cajamarca se convertirá en una pesadilla de montañas infranqueables y desiertos inhóspitos. Chile será siempre una tierra hostil para los españoles, tanto por su complicada orografía como por el coraje indómito de sus nativos.

El primer intento de Diego de Almagro

Almagro reunió un formidable ejército expedicionario que partió desde Cuzco en septiembre de 1535. Con el apoyo de un millar de indios, la hueste española se dividió en tres grupos de infantes, mientras una flotilla comandada por Ruy Díaz los esperaría en un lugar de la costa chilena cercano a Copiapó para abastecerlos y apoyarlos en lo que fuera preciso. Guiados por nativos incas y siguiendo calzadas ya trazadas atravesaron la actual Bolivia y el valle de Jujuy hasta alcanzar la región argentina de Salta. El viaje había sido largo pero sin grandes incidentes, aunque tenían ante sí la enorme cordillera de los Andes. Coincidiendo con la primavera austral, el deshielo impidió cruzar los grandes ríos y barrancos andinos al tiempo que eran hostigados por los nativos calchaquíes, siempre reacios a la intromisión en sus tierras. Fueron meses de demoras interminables y de deserciones de indios porteadores, extenuados y maltratados. En marzo de 1536, enfrentaron el murallón andino. Los vientos helados, las alturas por encima de los cuatro mil metros y la pesada carga provocaron la muerte de centenares de indios que no soportaron las condiciones extremas de la montaña y su pesada carga. Finalmente dejaron atrás los Andes y pudieron alcanzar el fértil valle de Huasco, y días después recibir el socorro de los navíos de Ruy Díaz. Se enviaron diversos piquetes exploratorios hacia el sur, pero todos regresaron con la indeleble huella de la decepción. Alcanzaron el río Nuble, pero sólo encontraron desiertos calcinados y algún promisorio valle en el que habitaban tribus belicosas y desorganizadas sin oro ni riquezas.

Almagro supo que no había ningún nuevo imperio para él. Sabedor de su fracaso, volvió a Cuzco para, al menos, intentar recuperar para sí la antigua capital inca y luchar por su propia gobernación.

Pedro de Valdivia y su constante batallar

Militar curtido en los campos de Italia, Valdivia era uno de los fieles capitanes del gobernador Pizarro, su brazo ejecutor en la guerra contra Almagro y artífice de la victoria en la batalla de Las Salinas (1538). Hombre enriquecido gracias al reparto de tierras y a la explotación de una mina de plata en Porco (Bolivia), ambicionaba una gobernación, por lo que en 1539 solicitó a Pizarro licencia para conquistar las tierras que no pudo domeñar Almagro. Pizarro, que le tenía aprecio, intentó disuadirlo con las poderosas razones del fracaso de Almagro: una orografía imposible que mezclaba el desierto más seco del mundo con la altísima y helada cordillera y unos espesos bosques que servían de refugio a las tribus más hostiles y belicosas que los españoles encontraron en América. Además existían problemas de jurisdicción, pues el calagurritano Pedro Sancho de Hoz tenía capitulaciones del emperador para explorar y conquistar las tierras australes.

Nada pudo con el deseo de Valdivia. Pactó con Sancho de Hoz un reparto de las cargas y beneficios en la empresa chilena y en enero de 1540 partió por tierra con una exigua tropa de apenas una docena de españoles, a la que durante el trayecto se le unirían capitanes fracasados, antiguos soldados que llevaban mal la vida de campesinos y colonos ambiciosos, junto a un millar de indios porteadores.

Evitaron el peligroso cruce de la cordillera caminando junto a la costa, aunque suponía atravesar extensos arenales costeros. Al llegar a Tarapacá, a las puertas del desierto de Atacama, decidió esperar los refuerzos de su socio Sancho de Hoz, quien por mar debía llevar víveres y más hombres. Pero Sancho había optado por la traición y no apareció. Atraídos por la aventura, fueron reuniéndose junto al desierto nuevos grupos de hombres deseosos de probar fortuna, antiguos compañeros de Valdivia y experimentados conquistadores como Jerónimo de Alderete, Francisco de Villagrá, Juan Jufré y Johan Bohon, entre otros, llegando a juntarse centenar y medio de españoles. Atravesado con gran demora el desierto de Atacama, y salvado el primer intento de asesinato de Valdivia por parte de su antiguo socio Sancho de Hoz, llegaron, por fin, a una tierra más amable: el valle de Copiapó, bautizado con el nombre de valle de la Posesión. A partir de aquí Valdivia soñó ya su gobernación, que bautizó como Nueva Extremadura.

Santiago y la conexión con Perú

Hostigados siempre por los nativos, que nunca se avinieron a pactar o colaborar con los españoles, alcanzaron el fértil y promisorio valle de Mapocho, donde el 24 de febrero de 1541 Valdivia fundó la primera ciudad hispana en Chile, Santiago de la Nueva Extremadura, donde tras elegir cabildo se lo ratificó como gobernador.

La pequeña aldea de Santiago quedó constituida como capital y base logística de la conquista y administración de Chile. Santiago estaba cerca del mar y permitía la comunicación rápida con Lima, sin cuya conexión sería imposible dominar aquel complejo territorio. La construcción de un bergantín que facilitase esta unión fue vital, y sin él los españoles avecindados en Chile hubiesen perecido.

A medida que los conquistadores se fueron asentando, los nativos comprendieron que la dominación de sus territorios no sería tan laxa como la de los incas y que tenía voluntad de permanecer y de expandirse. Por ello el cacique Michimalongo mantuvo en jaque a los moradores de Santiago, llegando a arrasar la ciudad durante la noche del 10 al 11 de septiembre de 1541. Por su parte, Sancho de Hoz volvió a conspirar por intermedio de sus secuaces. La respuesta a la revuelta india y a la sedición interna fue la misma: un ataque sangriento que sirviese de escarmiento a los indios y el ahorcamiento de los sediciosos.



Retrato de Pedro de Valdivia, por Federico de Madrazo. Municipalidad de Santiago de Chile. Conquistador extremeño de Chile y soldado destacado en las guerras civiles peruanas, tuvo una vida militar, política y personal muy intensa y agitada y un destino trágico como correspondía a su forma de vivir y actuar.

Gracias a la conexión marítima pudo Valdivia solicitar refuerzos a Lima que le permitieron reconstruir Santiago y a mediados de 1543 fundar la ciudad de La Serena, en el valle de Coquimbo, y al invierno siguiente, con la llegada del navío de Juan Bautista Pastene, se exploró la costa sur hasta la isla de Chiloé.

Pero la conquista no avanzaba. Según se internaban hacia el sur más rechazo recibían de los indios, y las fundaciones urbanas se veían sometidas a un continuo acoso guerrillero. En 1546 la dominación española se había atascado en la frontera natural del río Bio-Bio y, para complicar más las cosas, en Perú había triunfado la sedición de Gonzalo Pizarro. Enterado del nombramiento de Pedro de la Gasca como nuevo virrey interino de Perú, y sabedor Valdivia de que su destino seguía unido a Lima, decidió partir hacia el norte. Pero además de su fidelidad y su espada a la Gasca debía ofrecerle algo más, así que, la noche antes de partir, reunió en una gran fiesta a todos aquellos españoles que deseaban regresar a Lima. Embarcadas sus riquezas y pertrechos, mientras disfrutaban de la cena, Valdivia embarcó con un grupo reducido de capitanes y zarpó hacia el norte dejando a la mayoría de españoles en Chile.

Valdivia contribuyó a la derrota de Gonzalo Pizarro en la batalla de

Xaquixahuana (1548) y La Gasca lo recompensó ratificándolo en los cargos de gobernador y capitán general de Chile. Como riguroso clérigo y buen administrador real, La Gasca mandó enjuiciar al conquistador por robo, si bien la Audiencia justificó su acción una vez que la deuda fue saldada.

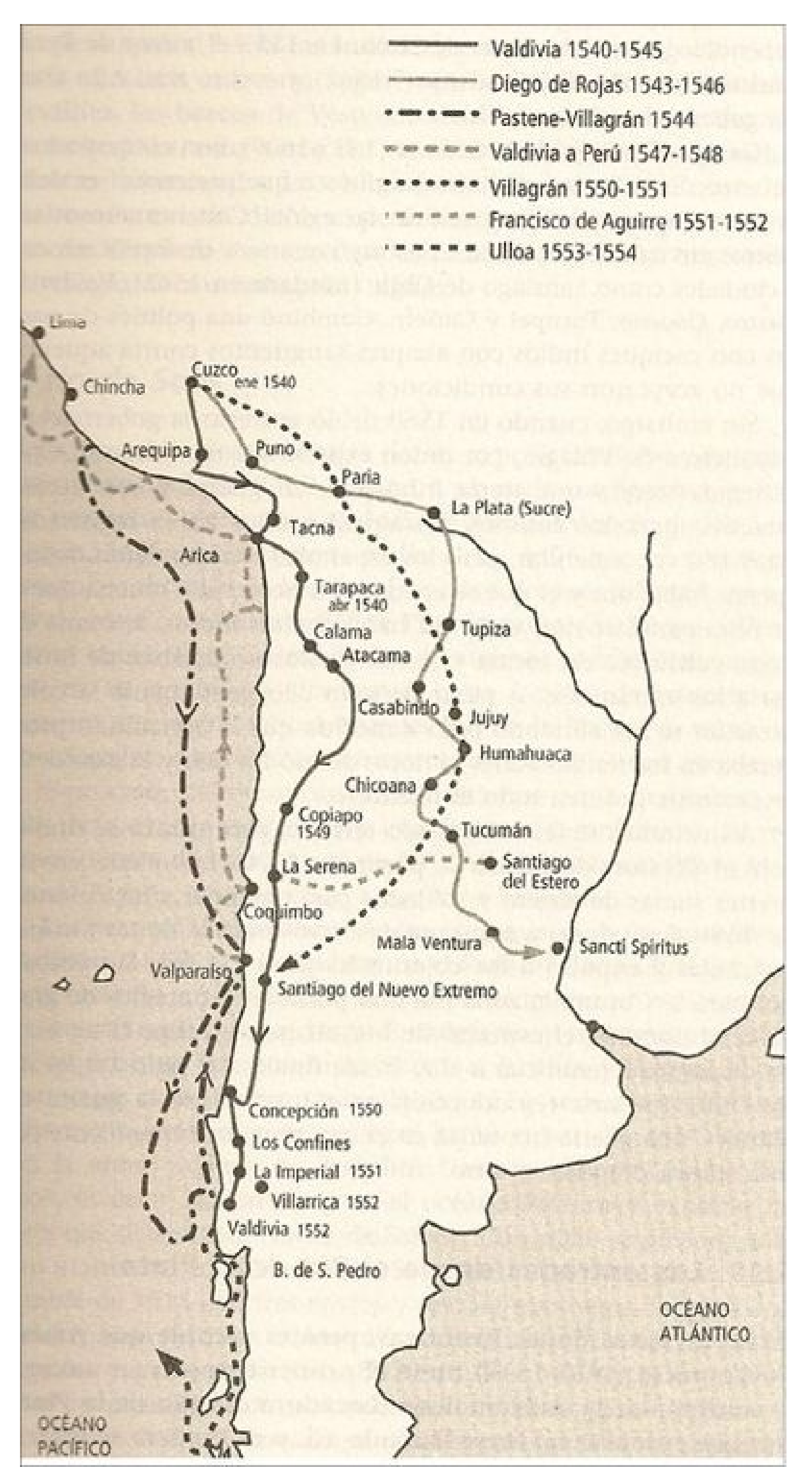
Rebelión mapuche y vacío de poder

De nuevo en Santiago siguió ejerciendo sus funciones de gobernador intentando por un lado asentar la población de las ciudades ya fundadas y por otro extender sus dominios hacia el sur. Envió una expedición marítima de reconocimiento al mando de Francisco de Ulloa, y desde comienzo del año 1550 cruzó el río Bio-Bio y se internó en territorio mapuche, fundando las ciudades Concepción, La Imperial, Valdivia, Villarica y Los Confines. Nunca dieron los mapuches una tregua durante estos años. En 1553 el propio Valdivia los combatió y mandó levantar diversos fortines para asegurar el territorio y las comunicaciones: Arauco, Tucapel y Purén.

A finales de 1553, los distintos pueblos mapuches fueron liderados por el cacique Lautaro y estallaron en una rebelión sin precedentes que arrasó y asedió los bastiones más sureños de los españoles. En Tucapel, el día de Navidad, el propio Valdivia encontró la muerte al enfrentarse a uno de los batallones de Lautaro.

La muerte de Valdivia y la rebelión mapuche sumió a Chile en un vertiginoso caos. Valdivia dejó escrito en su testamento que deseaba que su sucesor fuese su lugarteniente Francisco de Aguirre, pero en esos momentos se hallaba ausente al otro lado de la cordillera. A su vez, el lugarteniente de Valdivia, Jerónimo de Alderete, que en aquellos momentos se hallaba en España, fue nombrado su sucesor. En tales circunstancias, y ante cierta sensación de pánico y vacío de poder, los cabildos designaron a Francisco de Villagrá gobernador interino, mas Aguirre cruzó los Andes y recabó el apoyo de las ciudades del norte para que se cumpliese la voluntad del testamento de Valdivia. Villagrá no aceptó entregar el mando y se hizo fuerte en el sur. Mientras, en España, Alderete armaba varios navíos para ir a tomar posesión de su gobernación, y en Lima, el virrey, tenía planes para su hijo.

En Chile parecía repetirse la tragedia peruana: estaba a punto de estallar entre las luchas intestinas y la rebelión de los araucanos. Y a la confusión de poder se unía el desbarajuste militar con escasos recursos muy diseminados.



Expediciones en Chile bajo las órdenes de Valdivia

El tercer intento de García Hurtado de Mendoza

No se equivocaba Valdivia al pensar que la suerte de Chile dependía de las decisiones de Lima: en 1557 el virrey de Perú, Andrés Hurtado de Mendoza (?-1561), nombró a su hijo García gobernador de la región.

García Hurtado de Mendoza (1535-1609), con el apoyo inequívoco de su padre, realizó un esfuerzo que pretendía ser definitivo para conquistar y pacificar la región. Con un importante contingente enviado desde Lima, construyó una serie de fortificaciones y ciudades en latitudes meridionales hasta entonces no alcanzadas como Castro, Osorno, Tucapel y Cañete y reformó Santiago y Valdivia. Combinó una política de pactos con caciques indios con ataques sangrientos contra aquellos que no aceptaron sus condiciones.

Sin embargo, cuando en 1560 debió entregar la gobernación a Francisco de Villagrá, por orden expresa del rey Felipe II, Chile seguía siendo una tierra inhóspita, en guerra y con escaso atractivo para los colonos. En aquellos años había registradas unas ciento treinta encomiendas, pero los españoles estaban defraudados: apenas había oro y el que se encontraba necesitaba mucha mano de obra para la batea, cada vez había menos indios, la franja de tierra cultivable era escasa y los araucanos no dejaban de hostigarlos. A pesar de todo ello, lentamente la colonización se fue abriendo paso a medida que la agricultura prosperó en los fértiles valles al norte del río Bio-Bio y la ganadería cuajó por casi todo el territorio.

A los indios se les fue ganado terreno, pero nunca se rindieron. Se lograron pactos y colaboraciones aunque siempre existió en ellos el espíritu de rebeldía. A partir de 1570, hubo que enviar fuertes sumas de dinero y soldados para defender a los colonos. En 1589, una revuelta araucana destruyó muchos de los fortines españoles y expulsó a los colonos hasta el Bio-Bio. Sin embargo, para la Corona, la zona era una posición estratégica de gran valor al dominar el estrecho de Magallanes, y Felipe II no estaba dispuesto a renunciar a ella. Desde finales del siglo XVI, el sur de Chile fue una reproducción en miniatura de la guerra de Flandes, una guerra fronteriza en la que ningún contendiente podría nunca dominar al otro.

Las entradas desde el Río de la Plata

Existen ciertas dudas históricas, pero es factible que Américo Vespucio (1451-1512) fuese el primer europeo en navegar y contemplar la enorme desembocadura del Río de la Plata, aunque entonces no fuese llamado así, y ni siquiera se supiera que era el estuario de un río. Es posible que el navegante italiano participara en una expedición portuguesa, al mando de Gonzalo Coelho entre 1501-1502, cuya finalidad era asegurar los recientes descubrimientos lusos en Brasil y la búsqueda de un paso austral hacia las Indias Orientales. La navegación duraría dieciséis meses y, según opina el historiador Roberto Levillier, los barcos de Vespucio debieron de alcanzar los 50º de latitud sur, muy cerca del estrecho de Magallanes, pero los vientos huracanados los obligarían a girar rumbo al norte. Si realmente existió dicha expedición, pudiera ser que las naves de Vespucio entraran en el estuario del Plata buscando el refugio de sus tranquilas aguas. A día de hoy son conjeturas.

El río de Solís

Sí hay pruebas documentales de las expediciones del lebrijano Juan Díaz de Solís (1450-1516), afamado navegante que había sido piloto de la Casa da India de Portugal y socio de los hermanos Pinzón en la travesía realizada en 1507 por las costas de Veragua y el golfo de México. Dos años después, efectuó un segundo viaje con Vicente Yáñez Pinzón por el Caribe y se adentraron hacia el sur costeando Brasil; algunos historiadores creen que en su singladura alcanzaron hasta los 40º de latitud sur, pero sin ver la desembocadura del Río de la Plata. Por motivos no aclarados, a su vuelta tuvo ciertas divergencias con Pinzón y se le procesó, siendo encarcelado hasta que pudo demostrar su inocencia, tras lo cual obtuvo una fuerte indemnización. Su reconocimiento social aumentó en 1512 al ser nombrado piloto mayor de España, sustituyendo a Américo Vespucio.

Los avances diplomáticos de los portugueses (bula *Paraecelsae devotionis*, 1513), sus conquistas en el Pacífico (las Molucas) y sus exploraciones en la costa brasileña preocuparon al rey Fernando, quien temía que los lusos descubrieran y tomasen posesión del estrecho sur que comunicaba con el Pacífico y del que se tenían vagas noticias. Por todo ello, en 1514, se le concedieron a Solís capitulaciones para navegar hacia el sur del continente, con la orden expresa de descubrir «las espaldas de Castilla de Oro», es decir, buscar un paso al océano Pacífico y explorar la costa que descubriera Núñez de Balboa. Con sigilo se preparó una importante expedición secreta. Solís partió de Sanlúcar el 8 de octubre de 1515 con tres navíos y sesenta marineros. Su plan era recorrer toda la costa atlántica suramericana hasta encontrar el estrecho y pasar al Pacífico. El 20 de enero de 1516, las naves se adentraban en una profunda abertura de la costa, confiados en haber hallado el deseado paso interoceánico. Pronto supieron que entraban en el estuario de un río, bautizado como río Solís o mar Dulce, más tarde, definitivamente, nombrado como Río de la Plata, ya que era la vía fluvial de penetración hacia la famosa Sierra de la Plata. En febrero arribaron a las costas uruguayas hasta alcanzar el río Paraná. El lugar donde desembarcaron, llamado Puerto de la Candelaria, sería el mismo sitio elegido en 1724 para fundar la ciudad de Montevideo. La expedición continuó explorando la ribera norte del río a sabiendas de que aquel no era el paso hacia el otro océano. En uno de los desembarcos, los indios atacaron a Solís y a sus acompañantes, a los que dieron muerte. Los dos navíos restantes, ante la muerte del capitán, decidieron regresar a España. Una de las embarcaciones naufragó poco después frente a las costas de Brasil, salvándose algunos marineros, entre ellos el portugués Alejo García (?-1525), cuyas peripecias –cruzó los ríos Paraná y Paraguay, atravesó el Chaco y llegó hasta los Andes– provocarían no pocas especulaciones.

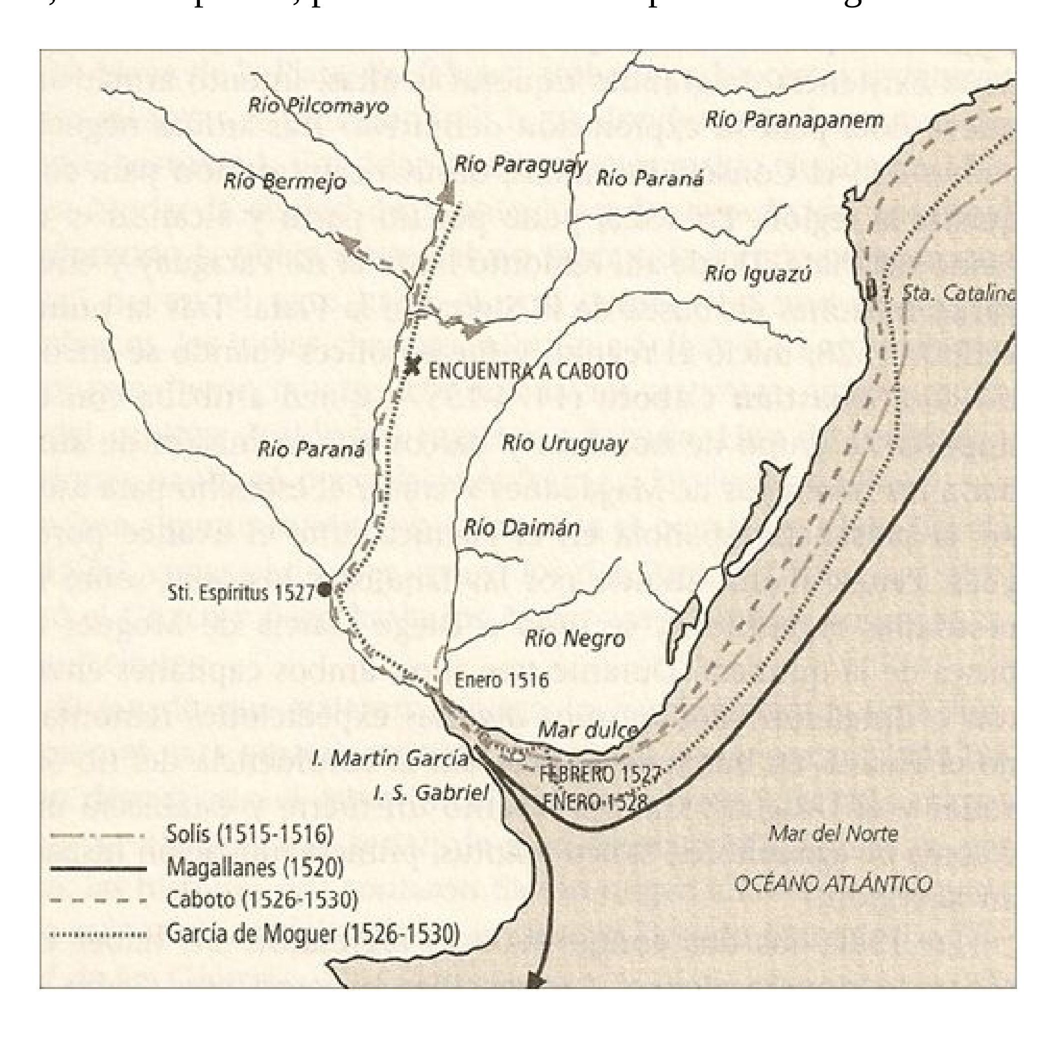
El legado que trajeron consigo los supervivientes sería fundamental para posteriores singladuras a la zona: por un lado, habían descubierto el estuario del Río

de la Plata y trazado mapas y cartas náuticas que serían de gran ayuda a Magallanes, y, por otro, las historias que contaron dieron origen a la famosa leyenda que más tarde cristalizaría en un nuevo Dorado llamado la Ciudad de los Césares.

Hacia 1518 se puede concluir que toda la fachada atlántica del continente americano estaba casi explorada. El Caribe era un segundo *mare nostrum* para los españoles y ya se había reconocido toda la costa desde Honduras hasta el Orinoco. El navegante genovés al servicio de la Corona inglesa, Juan Caboto, había recorrido las costas entre Florida y Terranova en su expedición de 1497 y, por su parte, Juan Ponce de León había bojeado La Florida en 1512. Los portugueses, gracias a Álvares Cabral y Vespucio, probablemente entre 1500 y 1502, ya habían reconocido las costas brasileñas y la expedición de Solís descubrió la desembocadura del Río de la Plata y parte de la costa argentina. El problema seguía siendo encontrar el paso que conectara los dos océanos y permitiese a los españoles alcanzar desde poniente las islas de la Especería. Mientras ello se lograba, se siguió explorando aquella enorme brecha meridional del continente: el fabuloso río de Solís.

El Río de la Plata y los mitos

La siguiente expedición al estuario la capitaneó Diego García de Moguer, marinero de amplia experiencia en las aguas australes, pues había estado en uno de los barcos de Díaz de Solís y fue de los pocos supervivientes de la vuelta al mundo de Magallanes-Elcano. Impresionado por las tierras que conociera con Solís y convencido de la existencia de grandes riquezas ocultas, intentó armar una nueva flota para su exploración definitiva. Tras arduas negociaciones con el Consejo de Indias, obtuvo licencia y en 1526 alcanzó el estuario del Plata. Desde allí remontó hasta el río Paraguay y envió varias misiones en busca de la Sierra de la Plata. Tras la primavera de 1528, inició el regreso y fue entonces cuando se encontró con Sebastián Caboto (1474-1557), quien arribaba con un importante grupo de hombres y barcos con la intención de cruzar el estrecho, socorrer a los náufragos de las expediciones de Magallanes y Loaysa y asentar la presencia española en el Pacífico ante el avance portugués. Pero Caboto, atraído por las fabulosas historias sobre las quimeras de la Ciudad de los Césares, prefirió permanecer junto a Moguer en las aguas rioplatenses. Durante tres años, ambos capitanes enviaron o dirigieron ellos mismos diversas expediciones remontando el Paraná en busca de tesoros. En la confluencia del río Salvador y el Uruguay, Caboto levantó un fuerte y estableció una colonia de agricultores, Sancti Spiritus, primera fundación hispana en la región.



En 1530, los dos conquistadores regresaron sin haber encontrado riqueza alguna. Las rencillas hicieron que García de Moguer denunciase a Caboto por inmiscuirse en su jurisdicción, a lo que se le unió otro juicio de la Corona por no cumplir su misión.

Concluía así la etapa de descubrimiento y exploración del estuario del Plata; a partir de entonces se efectuará la colonización y el establecimiento definitivo de los españoles. La tardía irrupción hispana en la zona se explica por la atención preferencial hacia otras regiones más ricas y productivas –Caribe, México y Perú–. La zona del Plata fue explorada casi accidentalmente como consecuencia de la pugna hispanolusa por el control de la ruta hacia las islas de la Especería y la búsqueda del paso sur interoceánico.

El mito de la Ciudad de los Césares o Trapalanda: historia y leyendas de Francisco César y Alejo García

Francisco César era uno de los capitanes de la expedición de Sebastián Caboto al Río de la Plata en 1526. Al llegar al estuario del río, los españoles quedaron deslumbrados por las historias que contaba un tal Melchor Ramírez, náufrago de la expedición de Solís. A César se le encomendaron varias expediciones en busca de la mítica Sierra de la Plata, donde se creía que había fabulosas minas. Como la información venía por los comentarios de los indios –aumentado por la ambición y los sueños de los españoles–, es posible que los nativos se refiriesen o bien a las minas de Potosí y Porco, conocidas ya por los incas pero no explotadas, o a la extraordinaria riqueza de la ciudad de Cuzco. No es de extrañar esta conexión entre territorios geográficamente tan lejanos. Por un lado, los indios del estuario sabían de la existencia del Imperio inca al norte y conocían la comunicación fluvial entre la desembocadura del Plata y el río Pilcomayo, cuyas fuentes brotan cerca de Potosí. Sea como fuere, en 1528, Francisco César, con catorce hombres, buscó infructuosamente dichas minas durante más de tres meses, llegó hasta Charcas y regresó al Plata. A su vuelta, entregó a Caboto un pormenorizado relato de sus aventuras bien aderezado con imaginación e ilusiones. El texto se perdió, pero quedó el mito de lo inexistente: la Ciudad de los Césares –nombre dado en honor del autor–, una inmensa y rica ciudad llena de tesoros, también nombrada como Trapalanda, que en el relato de César se aseguraba que existía en algún lugar cercano a Charcas.

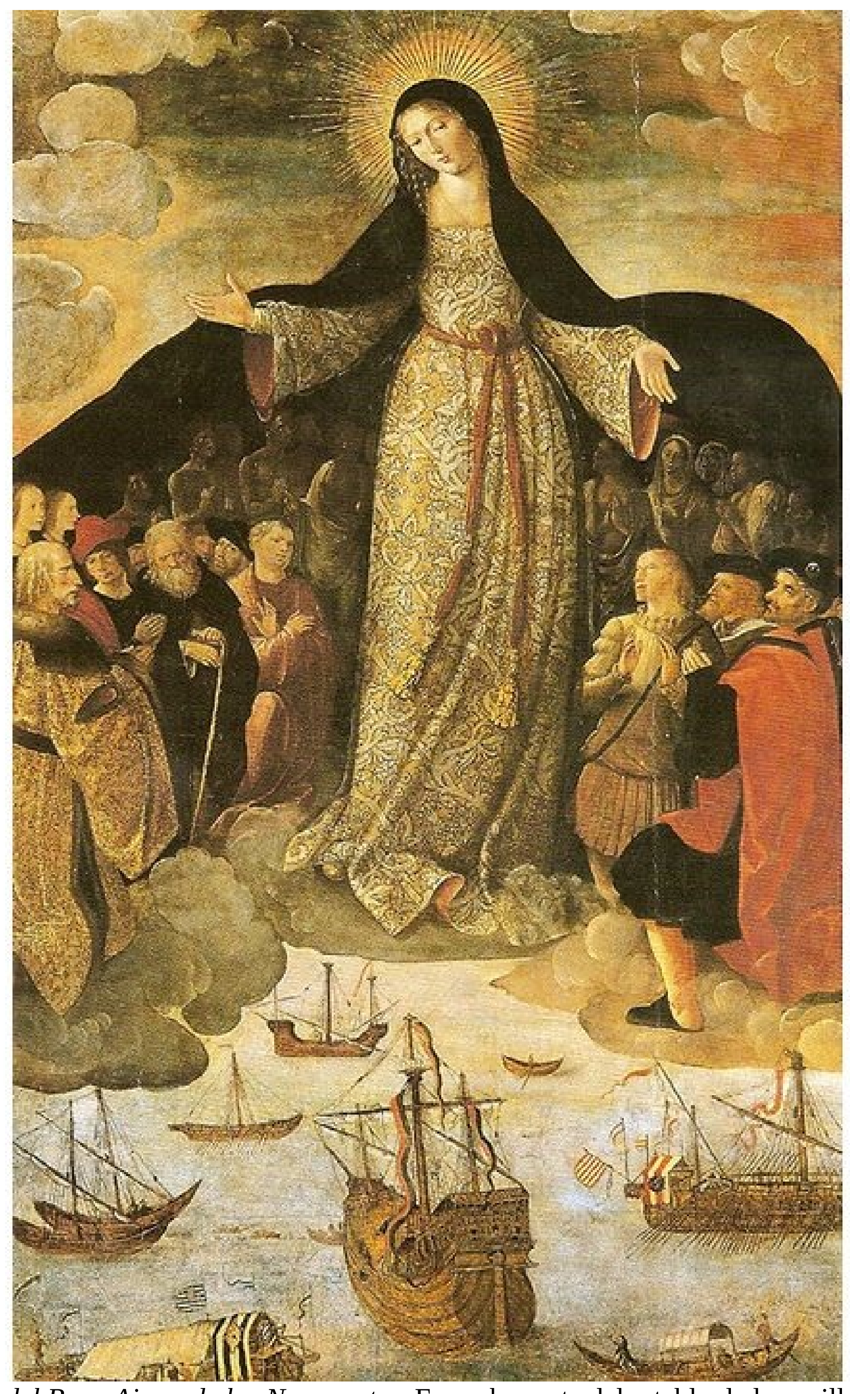
La anterior historia se unió, o se superpuso, a otra que ya circulaba y cuyo protagonista, Alejo García, poseía una biografía de leyenda. Este era un navegante portugués que había acompañado a Juan Díaz de Solís en la expedición de 1516, en la que descubrieron el estuario del Río de la Plata. En el regreso a España, su barco naufragó frente a Patos (Brasil) y él fue uno de los pocos supervivientes. Durante años convivió con los indios, que le hablaron de un inmenso imperio «allá donde se escondía el sol». En 1524, acompañado de dos mil indios guaraníes, atravesó parte de Brasil, Paraguay y el Chaco, y llegó hasta las serranías peruanas donde encontró varios pueblos incas. Por tanto, Alejo García debe ser considerado tanto el descubridor de Paraguay como el primer europeo en tener contacto directo con el Imperio inca. En las serranías peruanas oyó nuevas historias de fabulosos lugares llenos de riquezas. En el viaje de regreso, la expedición fue atacada por los indios guaycurúes del Chaco. En la batalla murió Alejo García, si bien unos pocos supervivientes lograron llegar a las costas brasileñas donde se hallaban otros españoles. Las historias que contaron pronto se convirtieron en leyendas que atraerían a nuevos conquistadores dando origen a nuevas versiones de El Dorado.

Los relatos de estos náufragos y conquistadores se aderezaron con una parte de fantasía y otra de realidad –como la existencia del Imperio inca, de Cuzco, de Potosí, etc.–, configurándose así un mito

que durante décadas alentó muchísimas exploraciones en un vastísimo territorio que podía abarcar desde las sierras andinas de Bolivia hasta la región austral de la Patagonia o Tierra del Fuego, donde llegó a situarse en ocasiones Trapalanda.

La primera fundación de Buenos Aires

En 1533, ante el avance de los portugueses en el sur de Brasil y sus frecuentes incursiones por el estuario del Plata poniendo en peligro las posesiones españolas, la Corona determinó poner coto a dichas pretensiones. El 21 de mayo de 1534, en Valladolid, el emperador nombró adelantado del Río de la Plata a un noble de su confianza, Pedro de Mendoza y Luján (1487?-1537). La misión de Mendoza consistía en «abrir pasos y caminos hasta el Perú en los límites y descubrimientos de Pizarro y Almagro»; hacer vasallos de la Corona a los naturales de aquellas tierras, «iguales en todo a los españoles»; y fundar al menos tres poblaciones.



Nuestra Señora del Buen Aire o de los Navegantes. Formaba parte del retablo de la capilla de la Casa de la

Contratación, en Sevilla, realizado por Alejo Fernández Alcázar. Esta imagen solía ser una de las representaciones marianas comunes en los barcos españoles, y muy posiblemente de ella venga el nombre de la ciudad de Buenos Aires.

La expedición, compuesta por once barcos y ochocientas personas, salió de la rada de Sanlúcar el 24 de agosto de 1535. Tras recalar en Canarias para aprovisionarse de víveres, se unieron a la expedición tres barcos y cuatrocientas cincuenta personas más. El almirante de la armada era el hermano del adelantado, Diego de Mendoza, y como maese de campo o general de Estado Mayor iba Juan de Osorio (1510?-1536), personaje de ilustre nobleza y méritos militares, a quien Pedro de Mendoza tomó encono aun antes de embarcarse y al que terminaría mandando asesinar.

Cuando penetraron en el estuario del Plata, Pedro de Mendoza ordenó a su hermano que se adelantara para determinar el punto más ventajoso para fondear la armada y asentar una villa. Así, en el lugar denominado Riachuelo de los Navíos –un pequeño abrigo natural para los barcos, con agua potable– decidieron desembarcar. El campamento inicial pronto quedó constituido como la ciudad de Santa María de los Buenos Aires (enero de 1536). El asiento de los colonos no fue fácil, pues los indios de los alrededores, hostigados por los nuevos intrusos, realizaron varios ataques. Pasaron casi dos años hasta que los nativos pudieron ser alejados.

Tras la fundación de Buenos Aires, el adelantado Mendoza, sintiéndose cada vez más enfermo, fue delegando el poder entre sus hombres de confianza. Dejó a Francisco Ruiz Galán al frente de la ciudad de Buenos Aires. A Juan de Ayolas (1510-1538) lo nombró su lugarteniente delegado y le dio cuatrocientos hombres para que remontase el río Paraná siguiendo la ruta de Caboto hasta encontrar el paso a Perú y, por supuesto, la Sierra de la Plata; además debía fundar un fuerte o cuartel como asiento para recibir posibles refuerzos. Para entonces, 1537, sus padecimientos lo obligaban a estar postrado la mayor parte del tiempo en un camastro, con lo que determinó regresar a España para curarse. Sin embargo, moriría poco después de pasar las Canarias.

La exploración de Juan de Ayolas

Cumpliendo las órdenes del adelantado Pedro de Mendoza, Juan de Ayolas remontó los ríos Paraná y Paraguay en tres pequeños bergantines. Durante la travesía fundó los fuertes de Corpus Christi, Buena Esperanza y Candelaria; en este último quedó como alcalde Domingo Martínez de Irala (1509-1556) y a su cuidado los tres navíos y una guarnición de refuerzo. Ayolas tenía orden de regresar a los cuatro meses de su partida, pero en su afán de pionero y espoleado por encontrar la Sierra de la Plata continuó su búsqueda ayudado por los indios del cacique Lambaré, que tras ser derrotados se convirtieron en aliados porteadores y guías de la exploración.

Por esas fechas, abril de 1537, el gobernador Pedro de Mendoza había regresado a España, y se habían desencadenado con violencia las rivalidades entre sus lugartenientes por la asunción del poder. Ayolas había sido nombrado sustituto del gobernador, pero en Buenos Aires, al no tener noticias suyas en dos años, se le creyó muerto. Irala abandonó el fuerte de la Candelaria y en los tres bergantines trasladó a Asunción la tropa que le dejara Ayolas.

Ajeno a las luchas intestinas, Juan de Ayolas prosiguió explorando la región del Chaco, llegando hasta Charcas y las estribaciones andinas. Tomó contacto con numerosas tribus que veían por primera vez a europeos, y con varias de ellas estableció relaciones comerciales pacíficas. Fue por tanto el primer explorador del interior de Paraguay y Paraná, y el primero en alcanzar desde el estuario del Plata las montañas andinas de Perú. De regreso a Candelaria, sufrió un ataque indígena, por lo que intentó buscar refugio en el fuerte y apoyo en las tropas de Irala, pero este hacía tiempo que lo había abandonado. En el combate perecieron todos, excepto el soldado Rodrigo de Cepeda y Ahumada, hermano de Santa Teresa de Jesús, quien pudo llegar a Buenos Aires a dar cuenta de lo ocurrido.

Martínez de Irala y el abandono de Buenos Aires

En 1538, la situación en el estuario del Plata se había tornado caótica y amenazaba con convertirse en una disputa fratricida: el adelantado Pedro de Mendoza había regresado a España (había muerto, pero nadie lo sabía en Buenos Aires); su lugarteniente Ayolas estaba desaparecido; en la ciudad de Buenos Aires gobernaba por designación de Mendoza el capitán Ruiz Galán; y Martínez de Irala, quien legalmente sólo era el capitán del fuerte Candelaria, se había hecho con el poder en Asunción tras librarse de su alcalde legal, Juan de Salazar.

Todos estos personajes ambicionaban el cargo de gobernador. En mitad de esta confusión arribó a Buenos Aires el veedor Alonso de Cabrera, funcionario real. Cuando finalmente en el estuario se confirmó la muerte de Pedro de Mendoza, el veedor nombró a Irala gobernador interino hasta que regresase Ayolas. Se hacía con el poder un personaje ambicioso y cruel, obsesionado con la idea de encontrar un nuevo imperio tan rico como el de los incas o los aztecas, para lo cual organizó diversas exploraciones hacia el Chaco y el Alto Perú. Nunca mostró compasión alguna hacia los nativos, y allí por donde pasó dejó un reguero de sangre y destrucción. Tampoco fue piadoso con quienes interfirieron en sus ansias de poder o ambición. A su regreso del Chaco, no dudó en despoblar e incendiar la ciudad de Buenos Aires para quitar poder a su rival, Ruiz Galán, y asegurarse así la gobernación en Asunción, ya que esta villa, al estar más aislada y remota del mar, dificultaba las intrusiones desde la Península.

A partir de entonces sería Asunción la matriz colonizadora de la región, desde donde saldrían las principales expediciones hacia el Chaco en busca de la Sierra de la Plata y, hacia el norte y este, remontando los ríos Paraguay y Paraná.

En 1540, al confirmarse la muerte de Ayolas, Irala se quedó como única autoridad en la región. Sin embargo, a España habían llegado noticias de sus desmanes y tampoco había gustado el despoblamiento de la villa de Buenos Aires, así que en 1542 la Corona nombró a Alvar Núñez Cabeza de Vaca adelantado del Río de la Plata.

La segunda odisea de Cabeza de Vaca

A finales de 1540, Cabeza de Vaca zarpó de Cádiz con una importante flota para organizar y colonizar definitivamente la provincia del Plata. Los vientos y las tormentas hicieron que los barcos tuvieran que refugiarse al sur de Brasil, así que Alvar Núñez decidió dividir el grupo en dos: una expedición terrestre con el grueso de los colonos y el ganado dirigida por él mismo, y otra marítima con los bastimentos más pesados. Las excelentes dotes de baqueano de Cabeza de Vaca lograron lo que parecía casi imposible, atravesar el territorio guaraní –al tiempo que era el primer europeo en contemplar las maravillosas cataratas de Iguazú– y llegar a Asunción en 1542 con muy pocas pérdidas de hombres y

ganado. Había abierto una nueva vía de comunicación que pronto iba a tener su importancia. Con Alvar también llegó la base de la futura y fabulosa cabaña ganadera de los países del Plata.

Los planes del nuevo gobernador chocaron con los de Irala y sus partidarios, pues pretendía suspender las expediciones hacia la Sierra de la Plata y concentrar los esfuerzos en colonizar y asentar Asunción y repoblar Buenos Aires para asegurar las comunicaciones con España.

Mas a un carácter como el de Irala le costaba aceptar un cambio en sus designios, así que, con la ayuda del veedor Cabrera y de otros capitanes, organizó una conjura contra Cabeza de Vaca: el 24 de abril de 1544, el gobernador fue apresado y encerrado en un calabozo; al tiempo envió varios informes al Consejo de Indias desacreditando a Cabeza de Vaca y solicitando que se abriese juicio contra él. Tras un año de encierro, el gobernador fue obligado a embarcarse hacia España, donde tuvo que soportar un juicio durante ocho años. Mientras todo esto ocurría, Irala continuó con sus exploraciones. Sabiendo que ya no había más imperios, confiaba en encontrar la mítica Ciudad de los Césares o la Sierra de la Plata. Para ello organizó un gran grupo al mando de un excelente baquiano, Nuflo Chaves, el mejor conocedor de la región del Chaco, y, junto a él, Felipe Cáceres, un personaje nacido para la intriga y la traición.

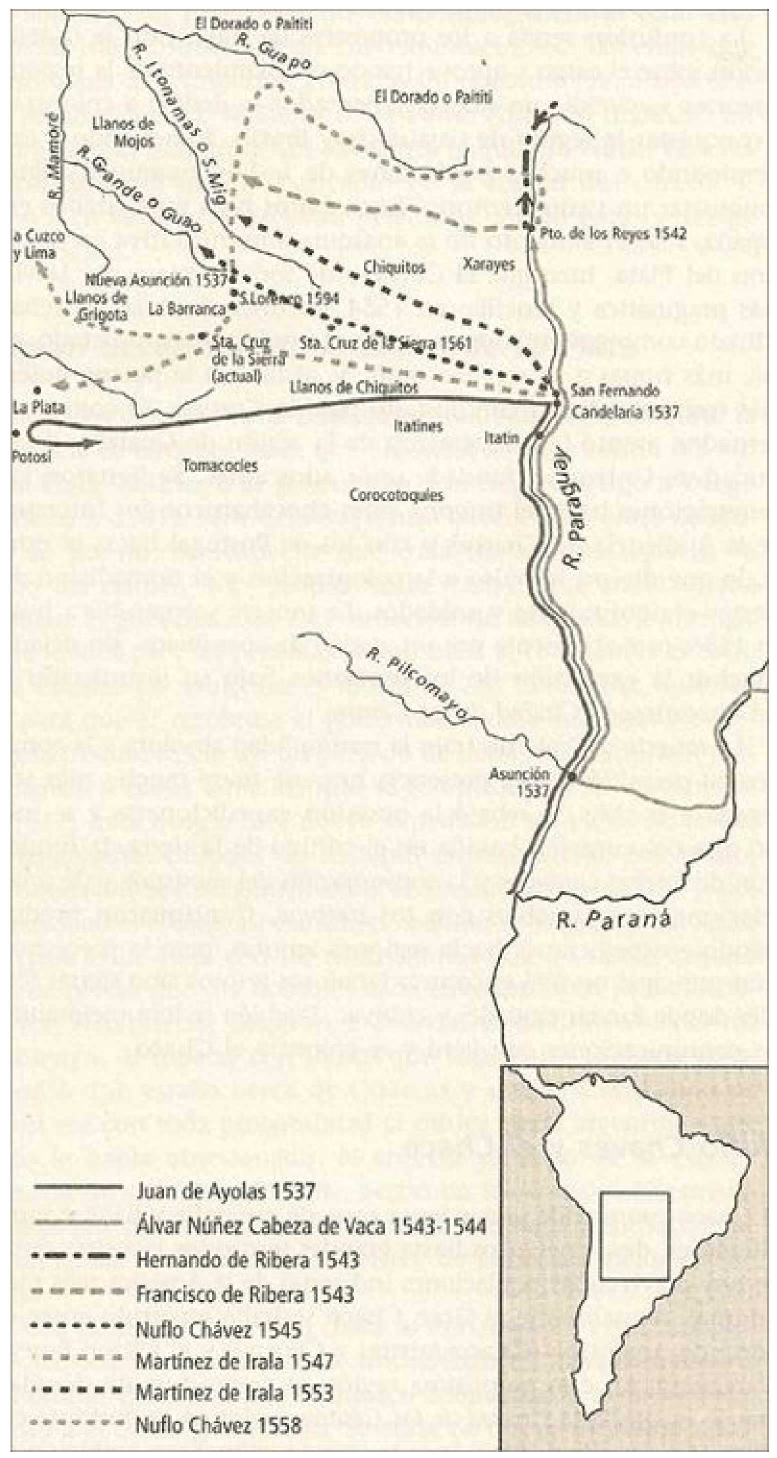
La gran decepción de la Sierra de la Plata

Cuando los desafueros de Irala llegaron a conocerse en Perú, la Audiencia de Charcas, de la que dependía la gobernación del Río de la Plata, destituyó al gobernador y entregó el cargo a Diego Centeno. Pero este murió envenenado antes de asumir su puesto. Se sospecha que la mano de Irala no anduvo lejos del crimen, o el propio Nuflo Chaves que ambicionaba también la gobernación. Esta situación de confusión e intrigas era la idónea para un personaje como Irala: aprovechando el caos, hizo estallar en Asunción el motín de los Comuneros, que sirvió para que él recobrase el poder haciéndose nombrar teniente de gobernador. Inició así un período de gobierno despótico, persiguiendo a todos aquellos que se le opusieron. En noviembre de 1547, Irala dirigió una nueva expedición en busca de la sierra legendaria. Después de semanas de navegación por el río, abandonaron los bergantines en el fuerte San Fernando y penetraron en el Chaco. Las durísimas marchas bajo el sol y sin agua, la crueldad de Irala con las tribus indias que les salían al paso y el desprecio por sus hombres caracterizaron unas jornadas terribles. Finalmente llegaron a Bolivia, al nacimiento del río Pilcomayo. Al toparse con indios que hablaban castellano, comprendió que estaba cerca de Charcas y que el Cerro Rico de Potosí era con toda probabilidad la mítica sierra argentífera que tanto le había obsesionado. El enorme esfuerzo de la expedición acabó en frustración. La Sierra de la Plata era el la rica montaña de Potosí, ya explotada, y estaba en territorio bajo jurisdicción de la Audiencia de Charcas y del virrey de Lima. Lo mejor era regresar.

A su llegada a Asunción, Irala se encontró con que sus propios partidarios, hartos de sus arbitrariedades, habían matado a su hombre de confianza, Francisco de Mendoza, y lo habían depuesto a él como gobernador. Se abría de nuevo un tiempo proceloso en la región en la que se mezclaron diversas conjuras políticas con el anuncio de tres nuevos gobernadores nombrados en España y que nunca llegaron: Juan de Sanabria, su hijo Diego de Sanabria y Alanís de Paz.

La confusión servía a los propósitos de Irala. Con la indefinición sobre el cargo y aprovechando el aislamiento de la región, mientras se decidía un nuevo gobernador, se dedicó a colonizar y conquistar la región de Guairá (hoy Brasil). Sometiendo y exterminando a muchas poblaciones de indios guaraníes, logró dominar un vasto territorio. Estos éxitos bien publicitados en España, más el aumento de la anarquía administrativa en la región del Plata, propiciaron que el Consejo de Indias optase por la vía más pragmática y sencilla: en 1554 Martínez de Irala fue rehabilitado como gobernador, pues era el caudillo más respetado, el que más tropas a su servicio tenía y, al fin y a la postre, quien más territorios había conquistado para la Corona. Ya como gobernador, asentó la colonización de la región de Guairá y de la ciudad de Ontiveros, fundada unos años antes. Se frenaron las penetraciones hacia el interior, pues chocaban con los intereses de la Audiencia de Charcas y con los de Portugal

hacia el norte, lo que dio un impulso a la colonización y el nomadismo de ciertos conquistadores y soldados. La muerte sorprendió a Irala en 1556, probablemente por un ataque de apendicitis, sin dejarle concluir la expansión de los territorios bajo su jurisdicción y sin encontrar la Ciudad de los Césares.



Expediciones terrestres iniciadas desde el interior del Río de la Plata

La muerte de Irala no trajo la tranquilidad absoluta a la zona, pero sí permitió que la presencia hispana fuese mucho más sosegada y estable. Se rebajó la obsesión expedicionaria y se inició una colonización basada en el cultivo de la tierra, la fundación de nuevas ciudades y la consumación del mestizaje y de unas relaciones más amables con los nativos. Continuaron produciéndose expediciones hacia

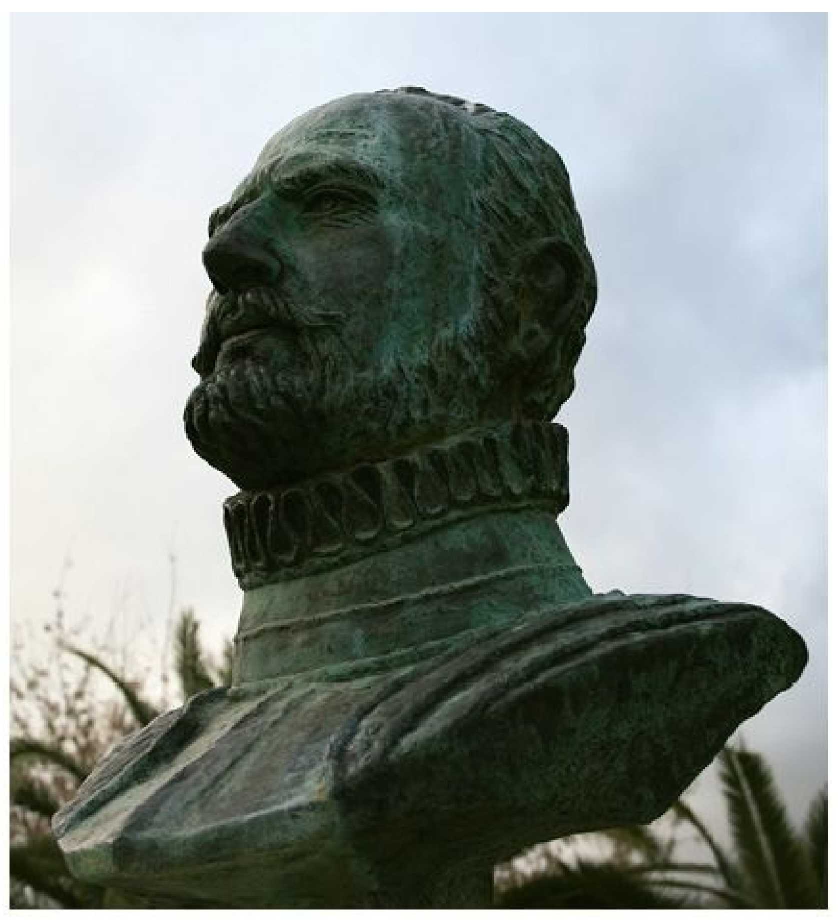
regiones ignotas, pero la preocupación principal no será encontrar fabulosos tesoros sino tierras fértiles donde fundar ciudades y cultivar. También se irán mejorando las comunicaciones con Perú y se colonizará el Chaco.

Nuflo Chaves y el Chaco

El Chaco comprende una extensa zona de geografía y hábitat muy diferentes, desde desiertos hasta grandes territorios lacustres donde hoy perviven las poblaciones indígenas de la América más meridional. Actualmente el Gran Chaco se halla repartido entre el norte de Argentina (Chaco Austral y Central) y el Chaco Boreal (Paraguay). En esta amplísima región se creyó durante décadas que se escondía la Ciudad de los Césares o alguna importante civilización. En ella penetró Irala buscando colmar sus ambiciones, pero sólo obtuvo fracasos y desastres. Su situación entre Asunción y Charcas era clave para mantener las comunicaciones entre Perú y el estuario del Plata, así que, a pesar de los fracasos anteriores, tras la muerte de Irala se insistirá en el dominio de la zona.

El gran explorador del Chaco fue Nuflo Chaves. Nacido en la extremeña ciudad de Santa Cruz de la Sierra, acompañó a su vecino Pizarro durante la conquista de Perú, destacando pronto por su espíritu aventurero y su gran capacidad para dirigir expediciones. Andarín incansable, formidable baqueano, fue quien más veces atravesó el Chaco y más viajes hizo entre Lima y el estuario del Plata. Realizó diversas misiones exploratorias a la zona de Charcas y Alto Perú (hoy Bolivia). Luego regresó a España, pero, en 1542, se unió a la expedición de Núñez Cabeza de Vaca al Paraguay, convirtiéndose en el más prolífico descubridor de los amplísimos territorios que van desde la desembocadura del Río de la Plata hasta los Andes peruanos. En 1546, exploró el río Pilcomayo y, al año siguiente, acompañó a Martínez de Irala en su travesía por el Chaco y el cruce de los Andes hasta Perú. En 1551, descendió gran parte del curso del Río de la Plata. Sus numerosos viajes lo convirtieron en el mejor conocedor de la región chaqueña; además entabló buenas relaciones con numerosos pueblos indios que por primera vez tenían contacto con extranjeros. Fundó la ciudad de Nueva Asunción (1559) y Santa Cruz de la Sierra (1561). Como muchos conquistadores, sostuvo varios litigios por sus supuestos derechos sobre algunos territorios. En especial tuvo problemas con los gobernadores del Alto Perú, que veían como una amenaza sus continuos viajes exploratorios. En 1560, tropezó con la expedición de Alonso Manso, con poderes del virrey de Perú para colonizar el Chaco. Ambos litigaron ante la Audiencia de Charcas, que resolvió nombrar gobernador de la zona a García Hurtado de Mendoza, hijo del virrey de Perú, y a Chaves su teniente. Cuando Chaves le enseñó su nombramiento a Manso, este no lo aceptó, por lo que fue apresado y remitido a Charcas por orden de Chaves. En 1564, al ser nombrado García Hurtado nuevo gobernador de Chile, la Audiencia dictó una resolución aceptada por ambos: las regiones de Moxos y Chuiquitos serían para Nuflo Chaves; el Chaco boliviano y argentino, para Manso. Es muy posible que Chaves también estuviese detrás de la muerte de Diego Centeno, ya que ambicionaba el cargo de gobernador del Río de la Plata. Las ciudades que fundó y las vías de

exploración y comunicación por él abiertas serían definitivas para la colonización de la región y para asegurar las comunicaciones entre la capital del virreinato y su vertiente atlántica. Nuflo Chaves murió en 1568 en una emboscada tendida por unos indios en el Chaco, durante el transcurso de uno de sus numerosos viajes entre Santa Cruz y Asunción.



Busto de Nuflo Chaves en su ciudad natal de Santa Cruz de la Sierra (Cáceres). Excelente baquiano, explorador de raza, seguramente fue uno de los españoles que más kilómetros atesoró en sus piernas y, sin duda, el gran explorador de la región del Chaco y todas las tierras entre Asunción y su querida Santa Cruz de la Sierra. Fotografía de José María González Ochoa.

Otra vez, Buenos Aires

Las intrigas políticas siguieron y el cuarto adelantado del Río de la Plata, Juan Ortiz de Zárate, debió de sufrir un peregrinaje entre Lima, Charcas, Madrid y Asunción que retrasó siete años la efectividad de su nombramiento: en 1568 fue nombrado gobernador por la Audiencia de Lima, en 1570 fue confirmado por la Corona en Madrid y no arribó a Asunción hasta 1575. En su ausencia, serían Felipe Cáceres y Juan de Garay los auténticos dueños de la región. Zárate murió al año de llegar dejando un complicadísimo testamento imposible de cumplir. Ante el vacío de poder, los cabildos y, sobre todo, Juan de Garay asumieron el mando.

Como hemos visto, durante todo el siglo XVI el estuario del Plata fue el escenario de numerosas intrigas y luchas civiles por hacerse con el poder. La región estaba demasiado lejos de todos los centros de poder de los que dependía: la Corona, en España; el virrey, en Lima; y la Audiencia, en Charcas. Como además no existían en su territorio importantes minas ni riquezas, el control de la región no fue prioritario, a pesar de los numerosos esfuerzos que se hicieron, entre otros, la segunda fundación de Buenos Aires.

Con el tiempo, la zona fue el lugar ideal para el contrabando de la plata extraída y vendida ilegalmente de Potosí y de productos que iban y venían entre el virreinato del Perú y España, así como entre las dos vertientes oceánicas de América sin el control de las autoridades.

Juan de Garay y la refundación de Buenos Aires

Dada la importancia y la necesidad de contar con un puerto que permitiese la rápida salida al océano y facilitase las comunicaciones con la Península, en 1578 se le encomendó a Juan de Garay la repoblación de Buenos Aires, ciudad desierta tras el abandono impuesto por la codicia política de Martínez de Irala. Garay era uno de los más destacados y ambiciosos conquistadores de la región, hombre de confianza de los virreyes de Perú, fundador de la ciudad argentina de Santa Fe y capitán de una disciplinada y leal hueste. En 1580, organizó dos grupos expedicionarios, uno de ellos llevaba consigo gran cantidad de ganado, decidido a buscar el mejor emplazamiento para repoblar la primera ciudad creada en el estuario del Plata casi cincuenta años atrás. El 29 de mayo de 1580, Garay encontró el enclave ideal para refundar Buenos Aires en un promontorio un poco más al norte del lugar escogido por Pedro de Mendoza. Bautizó la ciudad con el nombre de Santísima Trinidad y puerto de Buenos Aires. Designado gobernador del Río de la Plata, trazó el plan urbanístico del municipio, realizó el reparto de encomiendas e inició las obras para acondicionar el puerto. Garay, en suma, puso las bases para el posterior gran desarrollo comercial y humano de la ciudad.

La colonización de las tierras argentinas de Tucumán y Cuyo

Las actuales provincias argentinas de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, Córdoba y La Rioja –unos 700 000 km^2– fueron conquistadas mayormente desde Perú, pero rápidamente fueron reclamadas y asignadas a la gobernación de Chile. Aunque tuvieron su propio gobernador –se llamó gobernación del Tucumán–, este dependía del de Chile. Lima reivindicó sus derechos y, desde 1562, la región dependería del virrey en lo político y de la Audiencia de Charcas en lo judicial. Sin embargo, la realidad geográfica y comercial se impondría y la zona acabaría uniéndose a la gobernación del Río de la Plata. En consecuencia, la conquista y colonización del territorio estuvo llena de intrigas y reyertas por su control político, y a ello se unió la belicosidad de sus moradores naturales, especialmente los calchaquíes, que nunca aceptaron a los intrusos españoles, mostrando siempre que tuvieron ocasión su indomable espíritu de resistencia.

El descubrimiento del Tucumán

Tras el fin de las luchas entre pizarristas y almagristas en 1543, el oidor Vaca de Castro pretendió extender los dominios de su gobernación con la doble intención de alejar y mantener activos a algunos de los más inquietos conquistadores, por lo que organizó diversas expediciones descubridoras. Una de ellas fue la encomendada a Diego de Rojas (?-1544), quien en 1539 había dirigido una fracasada campaña de exploración en la región de Charcas (Bolivia). En mayo de 1543, Rojas partió desde Cuzco junto a sus dos lugartenientes y socios, Felipe Gutiérrez (?-1546) y Nicolás de Heredia, al frente de doscientos hombres y cuarenta caballos. Su objetivo primordial era la exploración y conquista de los territorios entre el sur de Charcas y el estuario del Río de la Plata, junto a la poco secreta pretensión de encontrar la Ciudad de los Césares, que se suponía en algún lugar entre el sur de la actual Bolivia y el norte del estuario del Plata.

Después de atravesar la gran meseta de Charcas, entraron apenas en la provincia de Jujuy y, tras atravesar los Andes, alcanzaron los fértiles valles de Salta y la región de Tucumán (todo ello en la actual Argentina). Durante la travesía tuvieron que enfrentarse con los ataques de diversas tribus indígenas, el soroche o mal de altura de los Andes, la escasez de agua y víveres, las enfermedades y los bruscos y continuos cambios de temperatura. Las luchas con los indios o las informaciones erróneas les hicieron dar grandes rodeos o volver sobre sus pasos, recorriendo kilómetros inútiles. En enero de 1544, en uno de los muchos enfrentamientos con los nativos, una flecha envenenada acabó con la vida de Diego de Rojas. El mando de la expedición fue asumido por el joven y ambicioso capitán Francisco de Mendoza (?-1546).

El grupo continuó la incursión hacia el sur, descendiendo por las orillas del río Paraná hasta llegar al abandonado fuerte Sancti Spiritus o Torre Caboto. Desde allí, Mendoza quiso continuar hasta la ciudad de Asunción, pero las dificultades orográficas y el hartazgo de la tropa recomendaron el regreso. La vuelta hacia Perú, sin grandes botines y con nuevas calamidades, aumentó la sensación de fracaso y frustración de la hueste hasta provocar un amotinamiento que acabó con la vida de Francisco de Mendoza. Tras elegir a Nicolás de Heredia como nuevo jefe, se reinició el camino a Lima, donde llegaron en el invierno de 1546.

La injerencia chilena

A partir de ese momento, se inició la colonización del vasto territorio entre el sur de Bolivia, la parte nororiental de la cordillera chilena y el estuario del Plata. La empresa fue inicialmente encargada a Juan Núñez del Prado, un capitán desertor de la filas de Gonzalo de Pizarro, al que La Gasca premió con el mando de una expedición colonizadora al Tucumán.

Núñez del Prado partió en 1549 con una tropa de setenta hombres y se adentró en los llanos cenagosos y salados donde le habían asignado la colonización. Allí fundó una villa que originalmente se llamó Barco –en honor de su ciudad natal– pero que tras varios cambios de sitio quedó bautizada como Santiago del Estero, y que se considera la ciudad más antigua de Argentina (si olvidamos la primera fundación de Buenos Aires). Poco después, inició las exploraciones de la región, adentrándose hasta el desierto de Atacama, fuera de su ámbito. En 1551, aparecieron por la zona tropas de Francisco de Villagrá que regresaban de Perú tras ser reclutadas para la conquista de Chile. La presencia de Núñez no gustó nada a Villagrá, que rápidamente informó al gobernador Pedro de Valdivia, pues estimaba que ese territorio estaba dentro de la jurisdicción de Chile. Después de varias cartas a La Gasca para aclarar la situación, Valdivia determinó que Villagrá tomase posesión de Tucumán. Tras algunas escaramuzas militares y el enfrentamiento personal entre los dos capitanes, Núñez del Prado, dada su inferioridad de tropas, se avino a negociar: aceptó la jurisdicción de Valdivia y este lo reconoció como gobernador de Tucumán bajo su mando. Sin embargo, en noviembre de 1552, Núñez del Prado tuvo que dejar el gobierno en manos de Francisco de Aguirre, hombre más cercano a Valdivia, ya que el gobernador de Chile no terminaba de fiarse de él.

De carácter explosivo y desmedido, Aguirre pecó por exceso en todo lo que hizo (se casó con su prima hermana, tuvo cinco hijos legítimos y superó el medio centenar de ilegítimos). Para mantenerlo activo y despertar de nuevo sus ambiciones, Valdivia le encargó controlar la región transandina de Tucumán y ampliar los territorios colonizados por Núñez del Prado. Siendo gobernador de Tucumán, fundó la ciudad argentina de Santiago del Estero (1553) y San Miguel de Tucumán –en realidad modificó levemente la ubicación de la antigua villa de Barco fundada por Núñez del Prado– y meses después, al morir Valdivia, se atrevió a solicitar al rey la gobernación independiente de Tucumán y La Serena. Su reclamación se basaba en el testamento de Valdivia, que dejaba estipulado que en su ausencia tomase el mando Alderete y en ausencia de este, Aguirre. La petición no fue considerada y en 1557 llegaba a La Serena García Hurtado de Mendoza, nuevo gobernador de Chile, quien mandó arrestarlo y recluirlo en una prisión limeña.

En 1558, Juan Pérez de Zorita fue nombrado gobernador de la región (1516-1584?) que él denominó Nueva Inglaterra, en honor de la reina inglesa María I,

esposa de Felipe II. Inició la conquista del territorio sometiendo a los indios diaguitas, a los juríes, a los catamarqueños y a los sonogates, tras lo cual fundó tres ciudades en los valles calchaquíes: Londres, por ser la capital de Inglaterra; Cañete, en honor del marquesado del virrey de Perú; y Córdoba, por ser su ciudad natal.

El virrey recupera el control

En 1560, dado el amplio territorio que ocupaba la gobernación de Tucumán y habida cuenta de los méritos logrados por Pérez de Zorita, el nuevo virrey de Perú, Diego López de Zúñiga (?-1564), decidió separar Nueva Inglaterra de la gobernación de Chile y mantener a Zorita en el cargo. Meses después, algunos excesos de poder soliviantaron a los vecinos de Londres, que buscaron apoyo en Francisco de Villagrá, gobernador de Chile, quien deseaba recuperar esa zona. Zorita, como militar desairado, represalió con saña a los cabecillas de la sedición, provocando nuevos disturbios. La situación se tornó incontrolable y Villagrá tuvo la excusa perfecta para enviar a su lugarteniente, Gregorio Castañeda, con la orden de apresar al gobernador. Expulsado de Nueva Inglaterra, de nuevo bajo poder de la gobernación de Chile, Zorita marchó a Lima y allí intentó sin éxito litigar para recuperar sus derechos.

La situación de los colonos tucumanos se deterioró. Sin dirección política ni militar, quedaron al albur de las tribus indígenas que arrasaron las tres ciudades hispanas. Ante el caos reapareció la figura de Francisco de Aguirre, quien desde que fuera relevado por Hurtado de Mendoza exigió siempre sus derechos sobre la región. Así, el virrey López de Zúñiga, para tratar de acabar con los problemas, encomendó a Aguirre la gobernación de Nueva Inglaterra-Tucumán. Lo que en principio era una solución transitoria quedó sellada por Real Cédula de 1563 en la que se ratificaba a Aguirre, haciendo depender su gobernación de Lima y alejando el territorio definitivamente de Chile.

Aguirre pretendía expandir la colonización hacia el sur y fundar otra ciudad que facilitase el comercio con el Río de la Plata, lo que no gustaba mucho en Lima. Aunque no pudo realizar su idea, logró refundar las villas españolas, mas su carácter bravucón, los excesos de poder y su negra boca presta siempre a exabruptos y herejías acabarían provocando la sedición de sus hombres. En 1566, lleno de grillos, se lo remitió a la Audiencia de Charcas, que lo condenó a dos años de prisión. Liberado un año después, su lengua blasfema lo llevó a sufrir otro proceso inquisitorial y cinco años más de cárcel.

El continuador de la obra de Aguirre fue Jerónimo Luis de Cabrera, nombrado gobernador de Tucumán en 1571. Estos años de cierto abandono de la zona y el permanente estado de rebelión de los indios calchaquíes incitaron al virrey Toledo a reforzar la presencia hispana en la ruta entre Charcas y el Río de la Plata. A Cabrera le encomendó la fundación de una ciudad en el valle de Salta, tal y como soñó Aguirre. Pero Cabrera, como otros tantos conquistadores, tenía sus propios sueños e intentó buscar una salida al mar para su gobernación. Tras mandar una expedición hacia al este y alcanzar el Río de la Plata con un centenar de soldados-colonos, el 6 de julio de 1573 fundó la ciudad de Córdoba para dar consistencia a su proyecto. Organizado el cabildo, continuó hacia el río Paraná, donde construyó el fuerte San

Luis de Córdoba. En su avance hacia el estuario del Plata chocó con los intereses de Juan de Garay, pero ambos capitanes decidieron dirimir sus problemas en el Consejo de Indias, por lo que Cabrera regresó a Córdoba. En la ciudad se encontró con que había sido remplazado por Gonzalo de Abreu. El virrey de Toledo había ordenado su sustitución y arresto por desobedecer sus órdenes. Abreu, que ambicionaba la gobernación, se prestó encantado a la tarea de enjuiciarlo y ajusticiarlo. Además, se hizo con el cargo a pesar de que ya había sido nombrado nuevo gobernador Hernando de Lerma. Este debió ajusticiar a Abreu y controlar a sus partidarios antes de cumplir la orden virreinal de fundar una ciudad en el valle de Salta, a la que con toda su vanidad bautizó Lerma (1582), pero a la que todos llamaron Salta. Dos años después, sería sustituido por el prestigioso militar riojano Juan Ramírez de Velasco (1535-1595).

Pacificación de Tucumán y conquista de La Rioja

Juan Ramírez de Velasco era un noble militar que había batallado en casi todos los frentes europeos abiertos por la monarquía hispana y que alcanzó el grado de general de mar y tierra. Como general de la Armada de Indias hizo cuatro viajes atlánticos custodiando las flotas. En 1584, fue designado gobernador de Tucumán por el rey Felipe, en la confianza de que su prestigio y experiencia militar acabasen con los continuos levantamientos de indios y la corrupción de los anteriores administradores. Partió de España el 30 de noviembre de ese mismo año, y doce meses después llegó a Sucre (Bolivia). Hasta junio de 1586 no pudo tomar posesión efectiva de su cargo en Santiago del Estero. Su carácter afable y su autoridad militar le ganaron la simpatía de una población harta de corruptos e intrigas de gobierno. En 1589, hizo frente a la rebelión de los indios calchaquíes comandados por Silpitode, a quien apresó y con quien firmó un tratado de paz que dejó pacificada durante varios años la región. El 20 de mayo de 1591, Juan Ramírez fundó la ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, hoy La Rioja, capital de la misma región argentina. También ordenó la fundación de las ciudades de San Salvador de Jujuy y Madrid de las Juntas, ambas en 1592, esta última hoy desaparecida. En marzo de 1593 fue nombrado gobernador del Río de la Plata, por lo que no pudo concluir su excelente labor colonizadora.

Quedaban así puestas las bases para que los siguientes gobernadores del siglo XVI –Fernando de Zárate y Pedro Mercado Peñalosa– asentaran el dominio hispano frente a los siempre irredentos calchaquíes y poco a poco se colonizasen nuevas tierras, mirando siempre más hacia el Río de la Plata que hacia Perú.

La región de Cuyo

Cuyo es el nombre dado a las actuales provincias argentinas de Mendoza, San Juan y San Luis, ambicionadas desde siempre por los conquistadores de Chile desde la época de Valdivia. Fue el propio Pedro de Valdivia quien en 1553 encomendó a Francisco de Rivero su exploración, que nunca llegó a realizar. Seis años después, el gobernador García Hurtado de Mendoza ordenó a Pedro de Mesa que cruzara la cordillera para anexionar a Chile los territorios del otro lado e iniciar el comercio y el intercambio de ganado con los indios huarpes. Pero la incertidumbre de la empresa provocó el rechazo de Mesa. Un año después, será el valiente capitán riojano Pedro Ruiz del Castillo quien inicie la colonización del territorio. Eran tierras complicadas de dominar por su extensión y por los pocos hombres que tenía Ruiz del Castillo para realizar la misión encomendada, pero el experimentado militar, junto a cincuenta curtidos soldados de varias guerras y mil quinientos indios, cruzó los Andes y se asentó en los fértiles y amplios valles del otro lado. No sin dificultades pudo dominar la región y, el 2 de marzo de 1561, fundó la ciudad de Mendoza en el rico valle de La Rioja.



Estatua de Pedro Ruiz del Castillo en Logroño. Nacido en el pueblecito de Villalba de Rioja, este buen militar fue

el colonizador de la región de Cuyo y fundador de la ciudad de Mendoza. En la estatua puede observarse que lleva en la mano el acta fundacional de la ciudad (1561).
Fotografía de Federico Soldevilla.

Tras la sustitución del gobernador García Hurtado por Francisco Villagrán, sería Juan Jufré de Montesa el encargado de asentar definitivamente la ciudad de Mendoza y de fundar San Juan (1562). Lentamente, a causa de los pocos hombres disponibles en Chile, pero sin pausa, se fue ocupando el área de Cuyo y levantando nuevas ciudades como San Luis (1569), hasta que llegó a convertirse en uno de los once corregimientos dependientes de la gobernación de Chile, a su vez vicaría del virreinato de Perú. Se puede afirmar que, así como Tucumán necesitó una conquista militar y un combate casi permanente con las tribus nativas, la región de Cuyo se colonizó de forma pacífica y sin apenas luchas con sus habitantes originarios, que establecieron buenas relaciones de vecindad y comercio y terminaron mezclándose con la población europea.

El control del estrecho de Magallanes y las exploraciones en la Patagonia y la Tierra del Fuego

Apenas regresó Elcano en 1522, la Corona quiso consolidar los descubrimientos de Magallanes y la ruta hacia las Indias Orientales, el gran sueño de Colón. Carlos I esperaba así incluir nuevas posesiones a su imperio e iniciar el comercio de especies a gran escala. Para ello, incluso se estipuló que el puerto de A Coruña tuviese el monopolio del tráfico especiero, tal y como Sevilla poseía el del comercio con las Indias Occidentales.

La expedición de los tres ilustres marinos: Elcano, Loaysa y Urdaneta

Rápidamente se aprestó una gran flota que debía seguir la ruta de Magallanes-Elcano, iniciar la conquista de nuevas tierras en el Pacífico y fijar la ruta española hacia las islas de la Especería. La nueva expedición estaba al mando del capitán general fray García Jofre de Loaysa (?-1526), quien pidió expresamente que fuera Elcano su piloto mayor y guía.

El 24 de julio de 1525, desde A Coruña partían las siete naves rumbo al estrecho de Magallanes. Junto a Elcano iba un joven cosmógrafo llamado Andrés Urdaneta (1505?-1568), formado a la sombra del guipuzcoano y que pasaría a la historia como uno de los más hábiles navegantes españoles, a la altura de su maestro. La flota sufrió diversos avatares, se perdieron varios barcos, murió Loaysa y asumió el mando el propio Elcano, quien también fallecería poco después de volver a cruzar el estrecho. Alonso de Salazar asumió el mando de la flota y condujo las maltrechas naves supervivientes hasta las islas Marianas (4 de septiembre). Salazar también padeció enfermedades, se produjeron varios motines y, al llegar a las Molucas, debieron enfrentarse a los hostiles portugueses que no aceptaban la presencia española en sus aguas. Finalmente Urdaneta se hizo cargo de lo que quedaba de la expedición y logró, de nuevo, circunnavegar la Tierra y arribar a la Península. A pesar del desastre, había quedado definitivamente fijado el paso sur interoceánico.

Ya hemos visto anteriormente como en 1526 Carlos I encomendó al navegante de origen genovés, naturalizado veneciano, Sebastián Caboto una expedición en la que debía auxiliar a los náufragos de las flotas de Magallanes y Loaysa que habían quedado diseminados en las tierras del estrecho y en las islas del Pacífico, al tiempo que manifestaba la presencia española frente al avance portugués en aquella zona. Sin embargo, los barcos de Caboto alcanzaron el estuario del Plata y allí permanecieron durante tres años, más preocupados por buscar la mítica Ciudad de los Césares que de socorrer a los náufragos o de buscar el estrecho. Caboto regresó a España en 1530 sin haber encontrado tesoro alguno. Fue enjuiciado por no cumplir su misión y pasó algún tiempo en la cárcel hasta que fue indultado. Vivió tres años en Sevilla vendiendo mapas y cartas de navegación, mientras sus relatos difundían el mito de la Ciudad de los Césares.

La expedición de Simón de Alcazaba y la difusión de las leyendas

En 1529, Carlos I firmó una capitulación con el marino portugués Simón de Alcazaba Sotomayor (?-1535) para explorar y poblar las tierras de la Patagonia chilena y del estrecho de Magallanes. El portugués, que aseguraba haber acompañado a su padre en una travesía hasta China, estaba obsesionado con el estrecho y pasó años intrigando en la Corte para obtener la licencia y los apoyos necesarios para realizar su sueño. Finalmente, en septiembre de 1534, partió de Sanlúcar con dos navíos y doscientos cincuenta hombres. El viaje fue un calvario desde el principio. No pudieron hacer aguada en las Canarias y hasta río Gallegos (Argentina) no encontraron donde repostar. Al cruzar el estrecho, el mal tiempo en el Pacífico los obligó a refugiarse en un ancón repleto de lobos de mar, nombrado desde entonces Puerto Lobos, en el sur de Chile, donde se refugiaron desde enero a marzo de 1535. En Puerto Lobos, Alcazaba tomó posesión como gobernador del territorio, que llamó Nuevo León, y con doscientos hombres se internó en la región. La falta de agua y la desorientación hicieron que recorrieran centenares de kilómetros sin saber muy bien hacia dónde dirigirse. Extenuados –el propio Alcazaba apenas podía andar– decidieron regresar todos a Puerto Lobos, salvo un grupo al mando de Rodrigo Isla, que prosiguió viaje guiado por una vieja india que aseguraba saber dónde había una gran mina de oro. Después de muchas jornadas entre bosques y estepas heladas, tras cruzar el río Negro y salvar el curso de otro río bautizado como Guadalquivir (probablemente el Chubut), llegaron a las estribaciones andinas sin haber encontrado nada. Frustrados de tanta penalidad sin provecho, Isla ordenó volver a Puerto Lobos. De regreso, algunos oficiales descontentos se amotinaron y mataron a Rodrigo Isla. Sabiéndose fuera de la ley, no les quedaba otro recurso que matar también al gobernador. Este hecho provocó la deserción y la división entre los amotinados. Pero los cabecillas rebeldes esperaron la caída de la noche para sorprender a Alcazaba en su lecho y, tras apuñalarlo, lo arrojaron al mar. Finalizaba así una trágica expedición y comenzaban a extenderse dos mitos o leyendas que seguirían impulsando nuevas exploraciones: la existencia de un El Dorado austral y el halo trágico y sobrenatural del estrecho de Magallanes.

El Pacto de Zaragoza entre España y Portugal (1529)

Tras el éxito del viaje de Magallanes-Elcano y el descubrimiento del deseado estrecho que comunicaba los dos océanos, España tenía acceso directo a las verdaderas islas de la Especería, las Indias Orientales. Para ello se dispuso incluso una Casa de Contratación en La Coruña para establecer el comercio con las «Nuevas Indias». Todo ello alarmó a Portugal, quien pretendía tener derechos exclusivos en la zona. Para solucionar el problema, se convocó una reunión diplomática en Zaragoza. El emperador Carlos I andaba más preocupado por sus aventuras bélicas en Europa que por el

mantenimiento de una ruta que sólo le había proporcionado desastres y fracasos. El pacto alcanzado en Zaragoza estipulaba que España no incursionaría en la zona y a cambio recibiría trescientos cincuenta mil escudos de oro. Como todo acuerdo cerrado sin convicción, nunca terminó de cumplirse.

El obispo y la Ciudad de los Césares

Fracasada la expedición de Alcazaba, asumió el reto de asentar la navegación por la parte más meridional del continente el singular y emprendedor obispo de Plasencia, Gutierre de Vargas Carvajal (1523-1559), aconsejado por su cuñado, el virrey de México, Antonio de Mendoza. Comenzaron los preparativos de las cuatro naos bajo la supervisión de Francisco de Camargo, hermano del obispo, quien debía ser el capitán de la flota, pero pronto se inhibió de la empresa. En noviembre de 1537, el mando de la expedición fue transferido a Francisco de la Ribera. Los barcos salieron de Sevilla en agosto de 1539, y en enero de 1540 alcanzaron la boca del estrecho. Nada más internarse en él, una gran tormenta dispersó las naves e hizo naufragar la nave capitana. Nunca más se supo nada de los ciento cincuenta hombres que viajaban en ella. Su desaparición provocó un reguero de leyendas que durante siglos alimentaron sueños y catástrofes. Se creía que varios marineros, entre ellos Ribera, habían sido salvados por indios patagones que los guiaron a unas riquísimas minas, cerca de donde otros antiguos náufragos como Melchor Ramírez, situaban Trapalanda o la Ciudad de los Césares. De las otras naves conocemos que una, tras intentar socorrer a los supervivientes de la capitana, logró cruzar el estrecho y arribó a Perú, otra regresó a España tras recalar en las Antillas y la cuarta desapareció. Así, la dispersión de la flota y el naufragio del barco de Francisco de la Ribera y su ausencia de noticias sirvieron para alimentar más el mito de El Dorado austral.

Todas estas expediciones evidenciaron la dificultad del paso del estrecho, por lo que el Consejo de Indias se planteó seriamente si era una buena alternativa a la ruta tradicional de atravesar el istmo de Panamá a pie. El cruce del estrecho siempre sería una ardua aventura que impidió trazar la comunicación directa desde España a las Indias Orientales por la vía Atlántico-Pacífico.

Expediciones desde Chile

Por capitulación fechada en Toledo el 24 de enero de 1539, el calagurritano Pedro Sancho de Hoz fue nombrado primer gobernador del estrecho de Magallanes y «de la tierra que está en la otra parte de él», es decir, la Tierra del Fuego. Su compromiso era armar una expedición de conquista a las tierras más meridionales del continente. Ya hemos visto que pronto desistió de la empresa y prefirió unirse a Valdivia reforzando su hueste desde Perú y cómo su falta de lealtad terminó costándole la vida.

Por su parte, Pedro de Valdivia deseó siempre extender su gobernación hasta el mismísimo estrecho. Legalmente se apoyaba en los derechos cedidos por Sancho de Hoz. La primera expedición fue la de Juan Bautista Pastene, quien en septiembre de 1544 realizó una singladura que lo llevó a descubrir la isla de Chiloé y el fértil y rico estuario del río Ainilebo, llamado por los españoles Cruces, donde en 1552 se levantaría la villa de Valdivia, durante décadas la más austral del Imperio español. Además de la importancia de sus descubrimientos, y de haber alcanzado la posición más austral nunca lograda hasta la fecha en la costa chilena, Pastene trazó con gran exactitud varias cartas y derroteros de la zona.

En 1553, Pedro de Valdivia designó a Francisco de Ulloa para dirigir la exploración marítima de las aguas australes chilenas. Asociado a otro gran marino, Juan Fernández (1536?-1604), organizó una flotilla –un bergantín y dos naves pequeñas– para recorrer la costa hasta llegar al estrecho de Magallanes. Navegó el archipiélago de Chonos, y desde allí hasta la península de Taitao donde se refugiaron de los fuertes vientos en Puerto Gallegos. Pero los indios belicosos les impidieron hacer aguada. Reanudada la singladura, atravesaron el angosto de la Concepción y llegaron hasta el golfo de Sarmiento, pero los terribles vientos contrarios y la falta de víveres recomendaron el regreso, impidiendo que llegaran a la embocadura del estrecho. Durante el viaje desembarcaron en el archipiélago de las islas de Chiloé, ya avistado años antes, pero inexplorado hasta entonces.

En 1557, el recién nombrado gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, encomendó a Juan Ladrillero (1505?-1560) –buen cosmógrafo y reputado marino, que vivía como rico hacendado en Perú y que había servido fielmente al virrey Andrés Hurtado de Mendoza, padre del gobernador de Chile– que dirigiera una expedición al estrecho de Magallanes junto al cosmógrafo Francisco Cortés Ojeda, que había participado en el viaje de Ulloa, con el fin de trazar cartas náuticas fiables de aquellas peligrosas aguas, al tiempo que reforzaba la presencia española en la zona.

El 17 de noviembre de 1557, desde el puerto de Valdivia (Chile), zarpó Ladrillero al frente de tres bergantines con la intención de cruzar el estrecho desde el Pacífico al Atlántico. La travesía se vio demorada por varias tormentas que lo obligaron a guarecerse en distintos puertos naturales. Una vez embocado el estrecho, navegó

perdido por diversos canales hasta encontrar el paso y alcanzar el Atlántico. El 9 de agosto de 1558, inició Ladrillero el viaje de regreso que volvería a ser largo y penoso. Con una tripulación exhausta, escasos de víveres y azotados por los vientos y las tormentas, debió invernar durante cinco meses en un lugar conocido como Nuestra Señora de los Remedios. Después de siete interminables meses logró cruzar el estrecho en sentido inverso y llegar al Pacífico. Pero en el océano las cosas tampoco fueron fáciles, pues varias tormentas y un motín estuvieron a punto de acabar con la expedición y con el propio Ladrillero. Finalmente, el 9 de agosto de 1559, arribaron al puerto de Concepción, un año y diez meses después de su partida.

Retirado a su hacienda peruana, Ladrillero escribió la relación del viaje dedicada al rey y titulada *Descripción de la costa del mar océano desde el sur de Valdivia hasta el estrecho de Magallanes inclusive*.

Posteriormente, el gobernador Francisco de Villagrá, sucesor de García Hurtado de Mendoza, envió en 1563 un bergantín dirigido por su hijo y Arias Pardo Maldonado a descubrir las regiones australes y tomar posesión de las mismas. Parece ser que no llegaron mucho más allá del paralelo 41.

Hay constancia de que hasta 1577 tanto los gobernadores de Chile como los virreyes de Perú enviaron algunas pequeñas expediciones a explorar la costa austral y vencer el estrecho, pero o fracasaron o apenas ha quedado memoria de sus descubrimientos. Es pues evidente el desinterés progresivo, casi abandono, que sufrió la navegación y la presencia española en la parte sur del subcontinente, justificada por el excesivo precio en vidas y los continuos naufragios que aquel paso interoceánico causaba a la flota española. Con el tiempo, un halo de misterio y terror se fue apoderando de la zona austral. Ante sucesivos fracasos por cruzarlo, se llegó a creer que el estrecho se había cegado, y no fueron pocos los marineros que especularon con su verdadera existencia.

El intento colonizador de Sarmiento de Gamboa

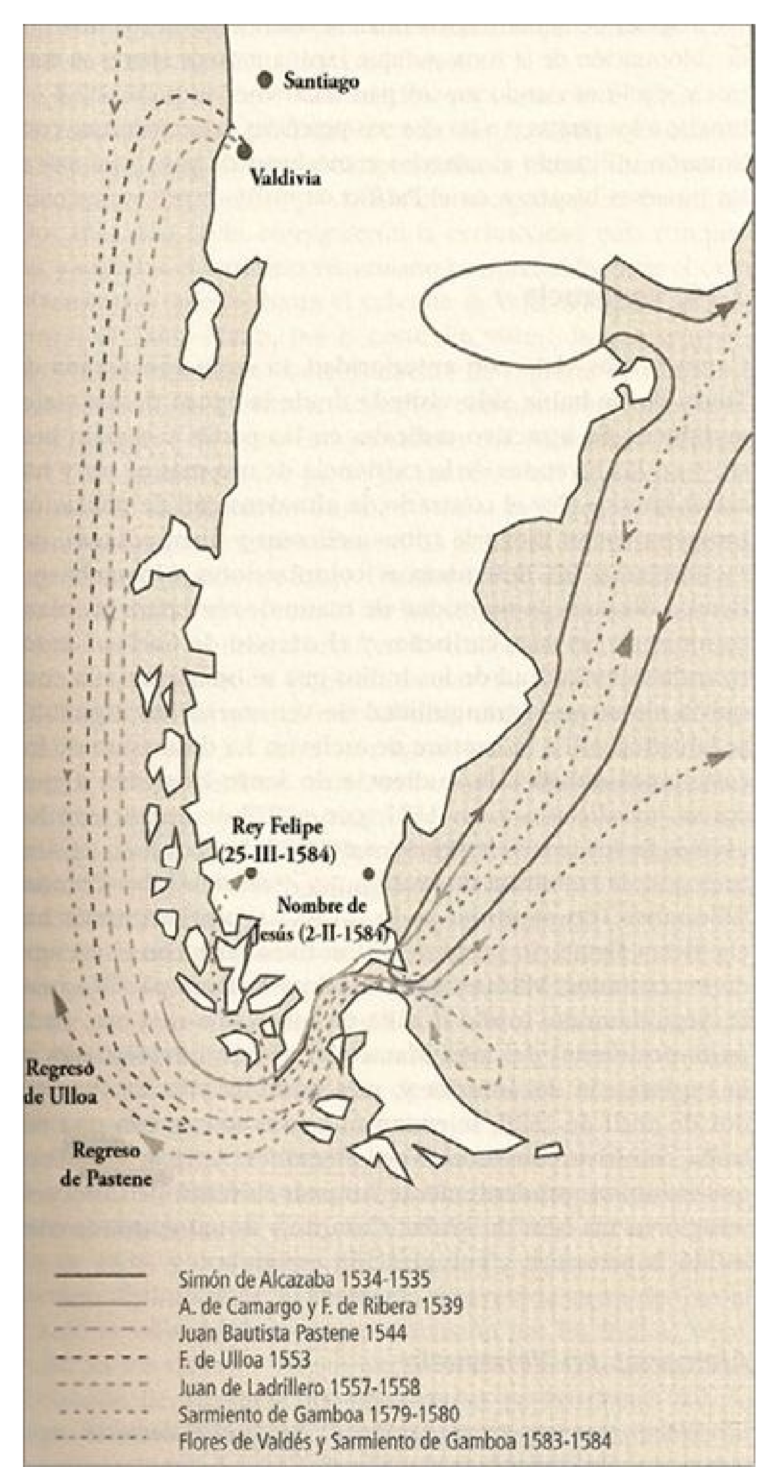
Cuando en 1578 el navegante y corsario inglés Francis Drake (1543-1596) cruzó el estrecho de Magallanes y atacó el tranquilo puerto de Valparaíso (Chile), en la Corte de Madrid y en el virreinato del Perú saltaron todas las alarmas. El virrey Francisco de Toledo recurrió a uno de sus más fieles colaboradores, Pedro Sarmiento de Gamboa (1532?-1592), para que armase una flota y atrapara al inglés. Este persiguió al corsario hasta llegar casi Panamá y, aunque no pudo engrillarlo, evitó que atacase otros puertos del virreinato. El que Drake hubiera cruzado el estrecho de Magallanes y asaltado Valparaíso sin haber sido avistado por los españoles provocó tal conmoción en España que Felipe II apremió a Francisco de Toledo para que armase una flota con el objetivo de vigilar y colonizar las posesiones más australes del Imperio español. Sin dudarlo, el virrey encomendó tal armada a Sarmiento de Gamboa.

Tras ser nombrado gobernador y capitán general del estrecho de Magallanes, Sarmiento de Gamboa partió hacia el sur en octubre de 1579 al frente de dos navíos y doscientos hombres, con el objetivo de buscar los mejores emplazamientos para las futuras fundaciones australes. La travesía no fue fácil tanto por los elementos como por la tensión existente entre el gobernador y su segundo, Diego Flores de Valdés. Tras diversas penalidades, pudo levantar dos pequeños asentamientos en el estrecho, donde dejó varios colonos. Sabiendo que aquello era insuficiente, viró sus barcos hacia el Atlántico y, tras atravesar el estrecho, se dirigió hacia España. En mayo de 1580, hizo escala en Cabo Verde, de allí navegó hasta las Azores y, a mediados de agosto, llegó por fin a la rada de Sanlúcar. En septiembre logró entrevistarse con el rey Felipe, a quien le hizo entrega de un extenso informe y solicitó una gran armada para socorrer a sus colonos y reforzar la presencia española en las zonas australes.

Meses después, el rey atendía sus requerimientos, pero nombraba a Diego Flores de Valdés general de la Armada del Estrecho. Sarmiento, irritado, protestó y escribió una carta al rey que surtió efecto, pues se le dio el cargo de general adjunto de la Armada y gobernador. Se segregaban así aquellas tierras australes de la gobernación de Chile, pasando a denominarse Provincias del Estrecho. El mando y la gobernación de la región recayeron en Sarmiento de Gamboa. En octubre de 1581, salían de España veintitrés naves con más de tres mil hombres. La travesía fue desde su inicio una dura pelea entre Valdés y Gamboa, a la que se unieron diversos problemas como enfermedades y vientos contrarios, que obligaron a la flota a atracar en Río de Janeiro. Allí invernaron, lo que permitió que la marinería recuperara la salud y se repararan los barcos mientras se aguardaba la llegada de la primavera. En noviembre de 1582, pusieron rumbo al sur hasta alcanzar el golfo de Santa Catalina, donde se dividió la escuadra: unas naves se dirigieron hacia el estuario del Plata con seiscientos soldados al mando de Alonso de Sotomayor (1545-1610), para servir

como refuerzos en Chile; y las demás navegaron hacia el sur. Las tormentas, la pérdida de varios barcos y las desavenencias con Valdés aconsejaron a Gamboa el regreso a Río de Janeiro. Una vez en Brasil, las discrepancias entre los dos jefes fueron tales que Valdés, con el grueso de los pertrechos y las armas, decidió regresar a España, amedrentado por la dificultad de la navegación en zonas tan australes y sobrepasado por los acontecimientos.

Sarmiento, pertinaz y fiel a sus colonos abandonados, partió de Río en diciembre de 1583 con tres naos, dos fragatas y un patache. En febrero del año siguiente, al fin, embocaron el temido estrecho, pero los vientos contrarios los obligaron a desembarcar y levantar un pequeño campamento que llamaron Nombre de Jesús, primera fundación hispana en el estrecho. Luego iniciaron una expedición por tierra y tuvieron los primeros contactos con los indios. Tras vagar por tierra y mar durante un año, hizo la segunda fundación urbana, el asentamiento de Rey Felipe (marzo de 1584). Entre ambas ciudades pasó Gamboa el invierno, hasta que la bonanza del mar le permitió partir hacia Brasil con intención de recoger víveres y nuevos colonos. Pese a los repetidos intentos, ningún barco pudo volver de nuevo al estrecho, por lo que en junio de 1586, estando desesperado en Río, decidió regresar a España con la intención de preparar una nueva expedición de socorro. Desgraciadamente, en Las Azores su navío fue asaltado por corsarios ingleses y Gamboa terminó engrillado en una cárcel de Plymouth (Inglaterra). Mas la personalidad de Sarmiento intrigó a la reina británica, quien tras entrevistarse con él le concedió la libertad. Después de varias vicisitudes en Francia, llegó a España en septiembre de 1590. Recibido por el monarca en El Escorial, le entregó un largo memorando de su odisea y pidió auxilio para los colonos abandonados en el estrecho; él mismo se ofreció para capitanear la flota de rescate. Sin embargo, la suerte de aquellos desgraciados estaba echada y sólo uno de los centenares de colonos, Tomé Hernández, lograría sobrevivir. El rey, abrumado por el desastre de la Armada Invencible, no estaba para nuevas aventuras marítimas.



Principales exploraciones australes

Sarmiento de Gamboa, cansado y frustrado, aceptó el cargo de almirante de la escuadra que escoltaba los convoyes de Indias. En 1592, cerca de la costa de Lisboa, moría el brillante marino, protagonista de una de las más ricas biografías forjadas en la aventura de América.

Los colonos olvidados

Gracias a la posterior relación del único superviviente, Tomé Hernández, hemos conocido la odisea agónica de aquellos colonos abandonados en el estrecho. Los escasos pobladores de la ciudad Rey Felipe, tras meses de abandono, se vieron sorprendidos una mañana de agosto de 1584 al ver llegar a los colonos de la otra ciudad del estrecho, Nombre de Jesús, acuciados por el hambre y la desesperación. Además traían la mala noticia de que no podrían socorrerlos en varios meses, pues el barco enviado por Gamboa había sido arrojado del estrecho por los fuertes vientos contrarios.

Los colonos lograron sobrevivir un año, a base de moluscos y algas. Pero ante la ausencia de noticias, los escasos cincuenta supervivientes, bajo el mando de Andrés de Viedma, se embarcaron en dos lanchones tratando de buscar una salida a su crítica situación. Un golpe de mar dividió las dos embarcaciones y treinta y cinco hombres quedaron varados a las órdenes de Tomé Hernández, mientras la otra lancha era empujada a varias millas de distancia. Durante algunos meses estuvieron aislados los dos grupos hasta que el buen tiempo estival permitió el encuentro. Entonces, Tomé y Viedma decidieron que se trasladaran todos a la antigua villa de Nombre de Jesús. Ya en camino, en enero de 1587, vieron aparecer tres navíos embocando el estrecho: eran los bajeles del pirata inglés Thomas Cavendish. Tomé y dos hombres más fueron en embajada hacia los barcos. Los piratas sólo permitieron subir a bordo a Tomé. El resto quedó abandonado a su suerte, pereciendo lentamente de frío y hambre. Antes de salir del estrecho, Cavendish hizo aguada en el puerto de Rey Felipe, que él llamó Puerto del Hambre por su aspecto fantasmal y abandonado, donde permaneció cuatro días negándose a recoger a los catorce supervivientes que todavía permanecían allí.

La prisión de Hernández fue también su salvación, y la de muchos otros españoles en Chile, pues a pesar de estar preso, pudo el español comunicarse con sus compatriotas del sur de Chile y poner en alerta al cabildo de Santiago, evitando así el asalto corsario. Tras pasar un tiempo en varias cárceles británicas, pudo, Tomé, regresar a España.

Venezuela

Como hemos visto con anterioridad, la costa venezolana de Tierra Firme había sido visitada desde la época de los viajes andaluces. Su atractivo radicaba en las perlas y el palo de Brasil, y en las leyendas de la existencia de oro más al sur y hacia el interior. Por el contrario, la alta densidad de población indígena, en su mayoría tribus belicosas y antropófagas, desaconsejaron los desembarcos colonizadores. Sin embargo, tiempo después, la necesidad de mano de obra para las plantaciones de las islas caribeñas y el decreto de Carlos I autorizando la esclavitud de los indios que se opusieran a la conquista alteraron la tranquilidad de Venezuela. Los españoles se lanzaron allí a la captura de esclavos. La desmesura de los castellanos obligó a la Audiencia de Santo Domingo a ejercer su jurisdicción y, en 1527, con el fin de acabar con los excesos de los comerciantes negreros, comisionó a Juan de Ampués para la conquista de las islas perlíferas de Aruba, Curaçao y Bonaire. Tras capitular su jurisdicción, partió Ampués hacia Tierra Firme. Su primera acción fue aliarse con el cacique de los corianos, Marure, para dominar la zona pacíficamente. Seguidamente fundó la villa de Santa Ana de Coro, en la parte occidental del lago Maracaibo, punto estratégico para la exploración del interior y, más tarde, la villa de Pure. El 2 de abril de 1529, se encontró en sus tierras con una extraña comitiva comandada por alemanes. Ante los derechos que exhibían, prudentemente, Ampués se retiró de Coro y se refugió en sus islas de Aruba, Curaçao y Bonaire, donde consolidó la presencia y colonización española.

Alemanes en Venezuela

Los Welser, una importante familia de banqueros alemanes, apoyaron económicamente la elección de Carlos I como emperador y se convirtieron en los principales prestamistas de la Corona española. En pago a sus servicios, el emperador les hizo concesiones importantes, entre ellas, licencias para capturar esclavos y, a partir de 1525, permiso para comerciar con las Indias en igualdad de condiciones que los castellanos.

En 1526 obtuvieron autorización para crear una factoría en La Española con el privilegio de efectuar navegaciones directas a Flandes. Los alemanes se comprometían a reclutar hombres en Alemania y distribuirlos por la isla como capataces en las minas. Dos años más tarde, consiguieron la exclusividad para conquistar y explotar el territorio venezolano comprendido entre el cabo Maracapana, al este, hasta el cabo de la Vela, límite de la provincia de Santa Marta, por el oeste. En virtud de este acuerdo, los Welser explotarán comercialmente las riquezas de la zona y patrocinarán las aventuras de varios conquistadores alemanes.



Retrato de Bartholomäus Welser. Bartholomäus dirigió la sociedad comercial de la familia Welser en Venezuela, tras la concesión hecha por Carlos V a su hermano, el banquero Anton Welser.

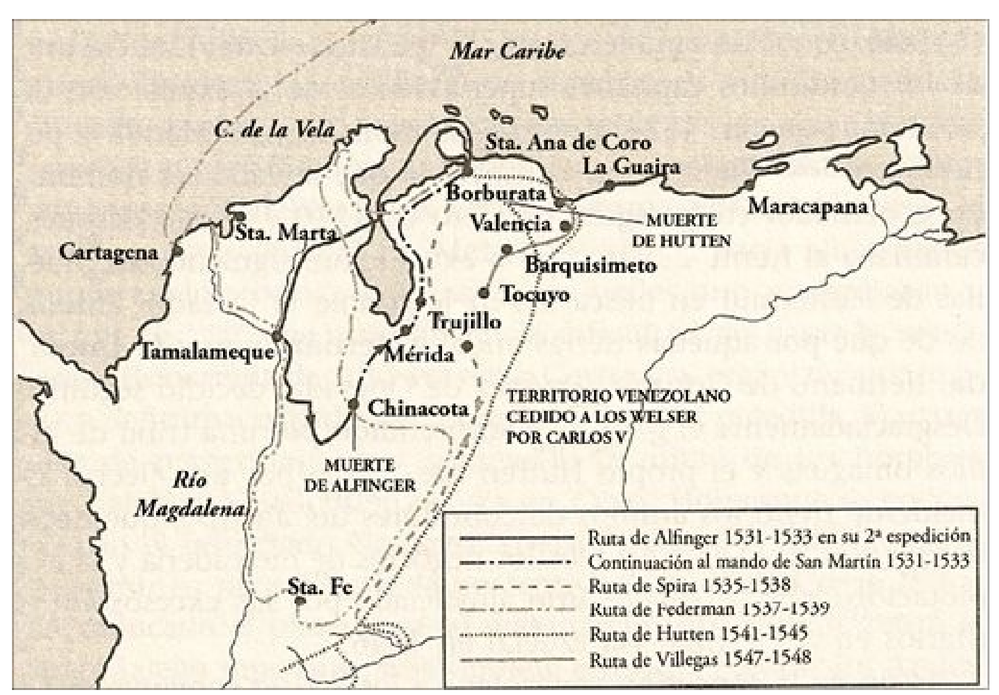
El primero de estos conquistadores fue Ambrosio Alfinger, quien en 1528 partió de Sanlúcar con una expedición de más de cuatrocientos hombres –todos los oficiales

eran alemanes–, aunque su experiencia en las Indias se limitaba a un escaso tiempo pasado en Santo Domingo. Por ello no son de extrañar las risas que provocó su séquito, engalanado para un desfile militar, al desembarcar en la ciudad de Coro. Poco después, en la expedición emprendida con tres barcos en busca de El Dorado, sus emplumados uniformes mostraron su escasa utilidad bajo los continuos aguaceros de la selva. Haciendo frente a las hostilidades de los nativos, siempre belicosos y nada dados a aceptar las intromisiones extranjeras, Alfinger y su hueste llegaron al lago Maracaibo. Ciertas noticias sobre la cercanía del Pacífico impulsaron a Alfinger a explorar la sierra de Perija, al oeste del lago, buscando un paso hacia el océano y extendiendo así su gobernación. Pero se enfrentó con grandes dificultades en su marcha y equivocó el camino hacia el Pacífico, siempre hostigado por los indígenas, las lluvias torrenciales o los vientos helados que diezmaban poco a poco su destacamento. Regresando a Coro, murió en una escaramuza con los indios.

Tras la muerte de Alfinger, los Welser enviaron al capitán alemán Jorge Hohermut, llamado por los españoles Jorge Espira por ser de la ciudad de Spira. Llegó al Nuevo Mundo en 1534 y desde Coro inició una ruta hacia el sur por un camino distinto al de su antecesor. Atravesó la sierra de Carora y bajó al valle del Tocuyo, pero, acosado por los indios, se refugió en los valles de Barquisimeto. Posteriormente alcanzó las montañas de Mérida y decidió invernar en las riberas del río Opia. El curso fluvial se desbordó durante las intensas lluvias invernales y los alemanes debieron huir y refugiarse en zonas más altas, pero habitadas por indios que no aceptaron bien su presencia. En la primavera, el grupo se puso en marcha avanzando lentamente por tierras cenagosas y acosados continuamente por los indios. Ante la espectacular visión de los Andes, Hohermut ordenó bordear la cordillera sin franquearla nunca, viéndose obligado a adentrarse por la salvaje selva de los ríos Orinoco, Casanare y los afluentes norteños del Amazonas. En esa región pantanosa oyó hablar a los nativos de una rica tierra detrás de las montañas, junto al río Meta. Tras enviar hacia allí varios grupos exploratorios –algunos de los cuales nunca regresaron y los que lo hicieron insistían en la dificultad de pasar la cordillera–, Hohermut decidió volver a Coro para organizar una mayor y definitiva expedición. El regreso fue otra pesadilla. Tras tres años de peregrinaje, sólo sobrevivió la mitad de los hombres que habían iniciado el viaje. Ya en Coro, Hohermut se encontró con el licenciado Navarro, enviado por los oidores de Santo Domingo para hacerle la perceptiva residencia. Como le había caducado el plazo para su gobernación, Navarro le retiró el cargo. Luego supo que, si se hubiese atrevido a cruzar los Andes, hubiera llegado a las ricas llanuras de Bogotá, donde estaba el oro de los chibchas. Jorge Hohermut murió en 1540, acuciado por las enfermedades y una fuerte melancolía cuando intentaba organizar una nueva expedición.

Otro de los alemanes destacados en Venezuela fue Nicolás Federmann (1506-1542). Entre 1530 y 1531 había realizado diversas expediciones por el curso alto del Orinoco y las estribaciones andinas, siempre caracterizadas por su avidez de riquezas

y su crueldad con los nativos. Volvió a España y relató sus aventuras en el libro *Viajes a las Indias del Mar Océano*. Regresó a Venezuela en 1534 y actuó como lugarteniente de Hohermut, quien le ordenó explorar la costa entre Coro y el cabo de Vela, pero debió replegarse al topar con los soldados del gobernador de Santa Marta, en zona fuera de la jurisdicción alemana. Desde Coro, encandilado por los cantos de sirenas de El Dorado, inició su búsqueda. En 1537, al mando de una gran expedición, se dirigió por el sudeste hacia los ríos Meta y Apure. Creía que la cordillera Oriental y la Sierra Nevada de Santa Marta eran poco más que unas colinas fáciles de atravesar. Sin embargo, encontró un terreno agreste, unas montañas difíciles de salvar, una naturaleza hostil y numerosas tribus de guerreros nativos. Tras una dramática travesía, logró cruzar Venezuela, parte de Colombia y alcanzar los llanos que conducen a Santa Fe de Bogotá, donde se encontró con las expediciones de Jiménez de Quesada y Belalcázar. Su gesta había sido considerable, pues tras deambular años por las selvas y páramos venezolanos se había aventurado a cruzar la cordillera andina. Sin embargo, su esfuerzo no fue reconocido legalmente y debió abandonar las llanuras de Bogotá sin obtener siquiera la recompensa ansiada de la gobernación de Venezuela.



Exploraciones bajo la gobernación de los Welser

El último comisionado de los Welser fue Felipe Hutten (?-1546), conocido también como Felipe Urre o Utre, destacado capitán superviviente de la expedición de Hohermut que, en 1534, atravesó las montañas de Mérida y penetró por los afluentes del Orinoco, lo que le valió ser nombrado gobernador de la región de Coro en 1540. Un año después, caminaba al frente de una nueva expedición, siguiendo las huellas de Hohermut en busca del inalcanzable El Dorado. Enterado de que por aquellas tierras andaba Hernán Pérez de Quesada, hermano de Gonzalo Jiménez de Quesada, decidió seguirlo. Desgraciadamente el grupo fue sorprendido por una tribu

de indios omaguas y el propio Hutten fue herido por una flecha. El incidente frenó los ánimos descubridores del alemán, que decidió que eran más productivos los negocios de mercadería y la explotación de los indios. Murió ajusticiado por sus excesos autoritarios en El Tocuyo (Venezuela) en 1546.

La concesión venezolana a los Welser concluyó el 13 de abril de 1546, según sentencia dictada por el Consejo de Indias. Fundamentalmente los hombres de los Welser se dedicaron al comercio y explotación de las riquezas de la zona costera y a la exploración del interior del país en busca del ansiado El Dorado, sin preocuparse de la fundación de ciudades, la evangelización de los nativos o el asentamiento de población en las tierras descubiertas.

El asentamiento hispano

El inicio de la etapa de la colonización propiamente dicha, realizada en su totalidad por los españoles, se puede fechar en el año 1545 con la fundación por parte de Juan de Carvajal de la ciudad de Tocuyo, base de las futuras expediciones.

Será la acción del veterano conquistador segoviano, Juan de Villegas, quien consolide e impulse la conquista definitiva de la región. Villegas había sido socio del alemán Hohermut en su penosa expedición de 1535 y posteriormente sirvió al mando de varios gobernadores, hasta que en abril de 1547 organizó su propia expedición. Partiendo desde El Tocuyo, se internó hacia la laguna de Tacarigua y de allí a las costas de Borburata, donde fundó una pequeña villa, arrasada por las aguas meses después. Las intensas lluvias lo hicieron regresar al tiempo que recibía el nombramiento de teniente de gobernador y capitán general de Venezuela en julio de 1547. A pesar de varios intentos de fundación y colonización de la región costera de Borburata, sólo conseguirá fundar una villa estable a partir de 1549, llamada Nuestra Señora de la Concepción.

Continuó el poblamiento de la región promoviendo la actividad ganadera y facilitando la trashumancia de ganado entre la provincia de Tunja y los valles venezolanos. A él se debe el descubrimiento de las minas de oro del valle de Chirgua y la consiguiente fundación de la ciudad de Nueva Segovia de Barquisimeto (1552).

Atraído por las noticias de la existencia de yacimientos de oro cerca de las montañas de Buría, organizó una gran expedición. Hallados los filones, se levantó una primera villa-campamento en un lugar cercano, pero bastante insalubre. El rápido agotamiento de las vetas de oro provocó el abandono del campamento minero. Sin embargo, la zona era fértil y hubo varias familias que decidieron permanecer, levantando una nueva ciudad en un antiguo asentamiento indio junto al río Barquisimeto. Fue la segunda refundación de Nueva Segovia de Barquisimeto o de Buría.

En esta zona minera, así como en la región descubierta por Damián del Barrio donde se levantó la ciudad de Real de Minas, se irán agrupando diversos núcleos de población, bastante inestables y siempre sujetos al azar de los hallazgos mineros y a la presión constante de los indios. La situación aquí no cambiará durante todo el siglo XVI y se caracterizará por el nuevo emplazamiento de las primeras ciudades en lugares más seguros o más cercanos a las vetas de minerales.

El criollo mestizo Francisco Fajardo

Otro esfuerzo singular de exploración y conquista fueron las expediciones realizadas por el criollo mestizo Francisco Fajardo. En 1555, efectuó el primero de sus cuatro viajes por la costa occidental de Venezuela. Al principio, sus intenciones comerciales fueron bien recibidas por los nativos, y sus relaciones no hicieron sino mejorar al conocer estos su origen común. En 1557, realizó la segunda incursión y fundó la ciudad de Rosario (1560), humilde villa sobre la que unos años más tarde se levantaría Caracas. Fajardo siguió sus exploraciones, mientras la codicia de los colonos causó la sublevación de los nativos, que, capitaneados por el cacique Paisana, atacaron la villa y envenenaron sus aguas. Entre las víctimas hispanas estaba doña Isabel, la madre de Fajardo. Enterado de su muerte, el conquistador criollo regresó con ánimo de venganza: arrasó los poblados indígenas, colgó a Paisana y abandonó la zona. Se frustraba así su sueño de gobernar la región donde naciera.

Al año siguiente, volvió a explorar las regiones costeras que van desde la isla Margarita hasta el valle del río Guaire. Parece ser que en este viaje encontró una rica veta de oro en el valle de Maya, y los rumores desataron las ambiciones de los colonos de Tocuyo. Como siempre, un juicio, sin importar mucho el motivo, se convertía en la mejor forma de impedir alguna acción. Alguien abrió un proceso contra Fajardo y el marasmo judicial volvió a frustrar el sueño del mestizo de gobernar su tierra. Fue juzgado, pero no le hallaron culpable de nada. Para entonces la región estaba ya conmocionada por la presencia del loco Lope de Aguirre. Cuando en 1562 Fajardo regresó al valle de los caracas, comprobó que los nativos estaban en pie de guerra. Entonces avisó al gobernador y se ofreció como capitán. Pero su escaramuza militar fracasó y debió retirarse a la isla Margarita. Tras la derrota española, la región de los caracas fue abandonada. No obstante, en 1564 Fajardo ya estaba reuniendo tropas y pertrechos para volver allí. Aquello no gustó al justicia mayor de Cumaná, Alonso Cobos, antiguo conocido del conquistador mestizo, que ambicionaba también apoderarse de la región caraca. Con una carta apelando a su antigua amistad, Cobos invitó a Cumaná a Fajardo, quien incautamente acudió. Allí fue detenido, acusado por Cobos de insurrecto, juzgado apresuradamente y ahorcado. Poco después las tropas del criollo tomarían venganza descuartizando al juez Cobos.

Diego Losada, fundador de Caracas

Ambiciones insatisfechas, luchas intestinas, venganzas personales y enfrentamientos… Estos elementos irán repitiéndose a lo largo de la conquista española en casi todos sus frentes y también condimentarán la vida y las empresas de otro de los grandes conquistadores de la región, Diego de Losada. Este viejo conocedor del país –había servido como capitán de los Welser, en 1552 estaba junto a Juan de Villegas en la fundación de la ciudad de Barquisimeto y por su cuenta había explorado los valles cercanos al monte Silla– chocó inevitablemente con los intereses de Fajardo. En 1565, por orden del gobernador Pedro Ponce de León, inició los preparativos de una nueva expedición, pero en todo un año sólo fue capaz de reclutar ciento cincuenta hombres. Finalmente partió en 1567 hacia la región de Tocuyo, donde fundó la ciudad de Santiago de León de Caracas (1567), hoy capital de Venezuela. Batalló contra los indios de los alrededores a los que castigó de forma cruel, haciendo empalar a los veintitrés caciques de los pueblos rebeldes. Siguió explorando diversas regiones venezolanas y, ante la necesidad de contar con un puerto en la costa, en 1568 fundó la ciudad de Carabella, donde antes estuvo Collado. Poco después, puso las bases para el asentamiento de La Guaira, futuro puerto de la región. Tras ello debió enfrentarse a nuevas insurrecciones indígenas capitaneadas por el cacique Guaicaipuru, al que liquidó sin contemplaciones, y después aplastó los últimos focos rebeldes. De regreso a Caracas, intrigó en peleas políticas para hacerse con la gobernación de la región, pero, tras los repartimientos de tierras al formarse el cabildo de la ciudad, quedó apartado del poder y se retiró a la gran encomienda que poseía en Cubiro.

Con las empresas de Losada quedaba asentado definitivamente el dominio español tanto en la costa como en una gran parte del interior venezolano, y aunque la resistencia indígena no desapareció nunca, se mitigó y quedó reducida a pequeños focos en las regiones interiores más resguardadas por la orografía.

Santiago de León de Caracas

Diego Losada fundó en 1567 la ciudad que hoy conocemos como Caracas, pero su origen hispano hay que buscarlo en una pequeña hacienda ganadera creada por Francisco Fajardo, llamada en un primer momento San Francisco, en su intento de poblar el valle de Los Caracas, y que el conquistador Rodríguez Suárez convierte en Villa de San Francisco.

El villorrio no adquirió la relevancia urbana y terminó siendo abandonado. Sobre aquel primer asentamiento, el 25 de julio de 1567, Diego Losada hizo la fundación formal de Santiago de León de Caracas. Parece ser que el complejo nombre obedecía a varios homenajes: *Santiago*, en honor al patrón de España y efeméride del día de la fundación; *León*, en honor al apellido del gobernador Pedro Ponce de León; y *Caracas*, por los aborígenes que habitaban en el valle.

El Orinoco y la Guayana: locuras, sueños y pesadillas

La penetración en la complicada región de la desembocadura y delta del Orinoco y las tierras adyacentes conocidas como Guayana, un inmenso y tortuoso territorio entre los ríos Orinoco y Apure, se realizó al margen de la conquista de Venezuela. Allí la acción española pronto chocó, no sólo con una naturaleza desbordada e indomable, sino con los intereses políticos y económicos de portugueses, ingleses, franceses y holandeses.

El conquistador Diego de Ordás

El delta del Orinoco y la región de la Guayana fue el hábitat hostil e insalubre en el que muchos expedicionarios creyeron que se hallaba el fabuloso El Dorado. Por aquellas tierras de pantanos, lluvias tropicales, densas selvas y naturaleza inhóspita fracasaron casi todos los intentos de colonización y llevaron a la muerte o a la locura a aquellos que buscaban lo que nunca existió.

La primera gran expedición fue la protagonizada por Diego de Ordás, conquistador de raza que en 1510 había participado en la conquista de Cuba. Luego se unió a Cortés en su expedición a México, donde alcanzó fama de titán por vencer a un ejército de treinta mil indios o ascender el volcán Popocatépetl (5253 metros de altura) y adentrarse «una longitud de dos lanzas» en su cráter para extraer azufre con el que obtener pólvora. Su halo épico le permitió capitular con el rey la conquista de los territorios entre el cabo de Vela y la desembocadura del Amazonas.

El 20 de octubre de 1530, Ordás zarpó de Sanlúcar con dos naos y una carabela y más de quinientos hombres. Al llegar a la desembocadura del Marañón se internó durante unos días, pero tuvo que salir al mar sin poder desembarcar por lo cenagoso de la zona. Tras aprovisionarse en Trinidad, continuó sus exploraciones. En junio de 1531, fundó la villa de San Miguel de Paria. Tuvo algunos problemas con Pedro Ortiz de Matienzo, mercader de perlas que lideró a los habitantes de Cabagua, que reivindicaban su jurisdicción apoyados en viejos derechos de la época de Colón. Para parlamentar con Ortiz envió a su lugarteniente Jerónimo de Ortal. Algunos viejos conquistadores y soldados del lugar le contaron fabulosas historias sobre El Dorado, supuestamente existente en el interior del Orinoco. Comenzó su búsqueda, pero debió ir abandonando en las riberas del río a hombres enfermos y caballos al no poder avanzar. Él, junto a un grupo reducido, penetró hasta la actual ciudad venezolana de Puerto Ayacucho, donde sufrió un ataque de los indios caribes. Regresó por el Orinoco hasta un afluente, el Meta, que intentó ascender, pero tuvo que desistir ante las enormes cataratas de Ature. De vuelta al Orinoco, llegaron a Paria convencidos de que El Dorado era imposible de alcanzar por vía fluvial.

Meses después, cuando trataba de organizar una nueva expedición terrestre cuya base sería Cubagua, se encontró de nuevo con la oposición de Ortiz de Matienzo, quien ordenó encarcelarlo, pues veía con recelos aquella hueste que podía arrebatarle el monopolio de la extracción de perlas. Ordás fue enviado preso a Santo Domingo para que lo juzgara la Audiencia. Luego de ser absuelto, intentó reclutar más hombres para iniciar una nueva aventura, pero Ortiz volvió a interponerse. Ante los problemas de jurisdicción, decidió regresar a España para recabar el apoyo del Consejo de Indias y fletar nuevos barcos. Murió el 22 de julio de 1532 en la travesía hacia la Península; según el cronista fray Pedro de Aguado, Ortiz de Matienzo había ordenado envenenarlo.

Tras la muerte de Ordás, su lugarteniente Jerónimo de Ortal obtuvo licencia de exploración y en 1535 se unió a Alonso de Herrera, otro capitán de Ordás, que lo esperaba con refuerzos en Paria. Juntos decidieron que Ortal navegase hasta Cubagua y que Herrera se internase directamente por el Orinoco. El grupo de Herrera remontó el río hasta alcanzar su afluente, el Meta, pero al intentar enfilar la corriente fueron atacados y Herrera resultó muerto. Los restos de la expedición quedaron al mando de Álvaro Ordás, sobrino de Diego, quien prudentemente decidió regresar. Mientras, Jerónimo Ortal se había topado con múltiples problemas en Cabagua que habían retrasado su embarque. Cuando finalmente logró armar varios navíos y adentrarse por las aguas del Orinoco, se cruzó con la derrotada hueste de Álvaro Ordás. Empecinado, Ortal alcanzó el río Meta por una nueva vía terrestre, pero no pudo adentrarse mucho más. Enfermo y derrotado, abandonó definitivamente la búsqueda de El Dorado.

Durante bastantes años, aquella tierra quedó en el olvido hasta que en 1565 Diego Fernández de Cerpa fue nombrado gobernador de la región de Guayana y Nueva Andalucía, un territorio delimitado por las trescientas leguas que iban desde las Bocas del Dragón hasta la desembocadura del Orinoco. Atraído por el mito de El Dorado, Fernández de Cerpa logró formar una importante expedición que arribó a las costas de la Guayana en 1567. Allí halló unas miserables familias de colonos malviviendo en la villa de Nueva Córdoba que fundase Jácome de Castellón cuarenta años atrás. Estos escasos colonos fueron recogidos y trasladados a la nueva fundación de Cumaná (1568) a orillas del río Manzanares. Desde allí se internaron en los dominios de los indios cumanagotos, donde Cerpa pensaba establecer una base de apoyo para penetrar hacia el sur siguiendo el cauce del Orinoco. Esa base será Ciudad de los Caballeros. Durante los primeros meses, Cerpa logró mantener alejados a los indios y levantar las primeras edificaciones de la Ciudad de los Caballeros, pero su crueldad con los nativos le terminó pasando factura. Cuando estaba a punto de iniciar la penetración hacia el sur, los indios cumanagotos y chacapotas se aliaron para alejar a los españoles, logrando que los habitantes de la ciudad huyeran y se refugiasen en Cumaná. Cerpa intentó hacerles frente, pero fue muerto en la batalla del Carrizal (1569). Su principal legado será Cumaná, el único centro estable de colonización española en tan complicada región. La supervivencia de sus habitantes no será fácil, pues a su aislamiento se unirá la constante amenaza de los indios cumanagotos, siempre hostiles a la presencia extranjera.

El Dorado

No hay nada más potente que la mezcla de la palabra y la imaginación humana. Un día, un indio chibcha relata a los españoles la fábula sobre un cacique señor de las tierras del lago Guatavita

(Colombia), quien para castigar el engaño de su mujer la sometió a tales crueldades y vejaciones que prefirió suicidarse junto a su hija ahogándose en el lago. La leyenda tenía su parte moral, en la que el cacique, arrepentido, para ahogar su culpa y obtener el perdón de sus dioses, debía hacer anualmente importantes ofrendas de oro, por lo que una vez al año se sumergía en sus aguas revestido de oro y piedras preciosas. Esta historia, con sus variaciones y aditamentos, le fue contada a Sebastián de Belalcázar en 1536 en el norte de Perú y circuló después por toda la región de los chibchas y el Orinoco surgiendo el mito de El Dorado. Lo que en un momento tuvo un origen claro en torno a las tierras del lago Guatavita (Colombia) se expandió y cada conquistador o expedicionario la fue imaginando en su jurisdicción o tierras que exploraba. Desde el sur de Perú hasta la desembocadura del Orinoco, desde el Pacífico hasta el Atlántico, los europeos creyeron la existencia de El Dorado en todas y cada una de sus versiones. Y todo aquel que pudo arrastró consigo cientos y cientos de hombres y recursos para buscar lo imposible.

Berrio y la pérdida de El Dorado

La desmesura protagonizada por Antonio de la Hoz Berrio (1520-1597) ha inspirado novelas[1] y sirve para ilustrar el desatino y la locura que provocó el mito de El Dorado. Berrio, personaje sin lustre, en el ocaso de su vida, con sesenta años ya cumplidos, heredó de su mujer unos antiguos derechos pertenecientes a Jiménez de Quesada y se obsesionó con lo inefable.

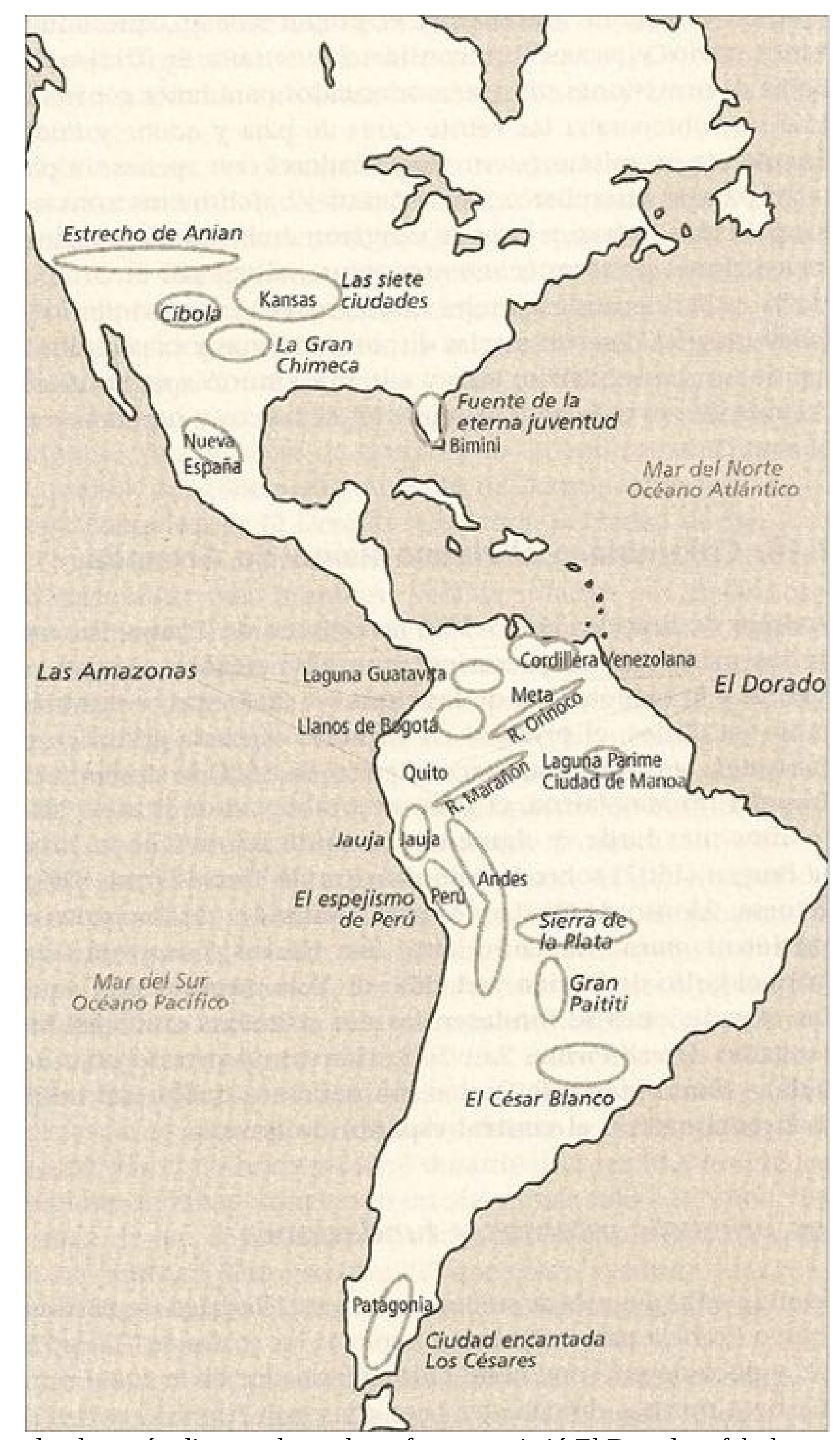
Berrio organizó tres expediciones, y una cuarta en la que no participó directamente. La primera, en 1580, se prolongó diecisiete meses y sólo le sirvió para entrar en contacto con algunas tribus del Orinoco. En la segunda, anduvo dos años engañado por los indios buscando minas y tesoros que sólo existían en la imaginación de narradores y buscadores. La tercera, iniciada en 1590, fue su gran viaje. Berrio, con ciento veinte hombres, descendió el Orinoco; la mitad de ellos iban en canoas y la otra mitad por tierra con doscientos caballos. Un año emplearon en encontrar un paso por las montañas entre pérdidas de caminos y demoras continuas por los aguaceros y crecidas del río. La peste, las deserciones, los ataques nativos y el hambre diezmaron a la hueste. Terminaron matando a los caballos tanto para evitar la vuelta atrás como para aplacar la hambruna. Tras dieciocho meses de deambular sin destino, exhaustos y enfermos, Berrio decidió abandonar el cauce y salir a mar abierto, para lo que necesitó ayuda de un viejo jefe indio, pues andaba perdido en las intrincadas bocas del Orinoco. Sólo habían sobrevivido cincuenta hombres.

Si en un mundo racional las noticias del fracasado viaje y las enormes penalidades sufridas hubiesen servido de antídoto para renunciar a nuevas empresas en la zona, en la Nueva Granada finisecular del XVI las noticias del desastre cobraron un halo de hazaña mítica, reforzado por el episodio de la matanza de los caballos. Pero uno sólo cree lo que quiere creer y Domingo de Vera, un rico español afincado en Caracas, en 1592, reclutó tres docenas de soldados y se presentó en Margarita ofreciendo sus servicios a Berrio. La locura de los dos puso en marcha una nueva expedición. El viejo conquistador nombró a Domingo de Vera maestre de campo y le ordenó tomar Trinidad, en nombre del gobernador Antonio de Berrio, como base de la futura conquista de El Dorado. Allí fundó la ciudad de San José de Oruña, primer asentamiento colonial estable en la isla. Mientras reclutaban más hombres, Vera se internó por el Orinoco con treinta y cinco soldados. Regresó un mes más tarde con diez hombres menos, un buen botín de oro y la seguridad de haber llegado a las puertas de El Dorado. Se desató la locura. La cantidad de oro que trajo Vera se fue multiplicando a medida que el rumor pasaba de boca en boca. Berrio escribió al rey Felipe II contándole la nueva. Y hasta en Inglaterra varios nobles marinos pugnaban por conseguir patente de corso de la reina para arrebatar el oro a los españoles.

Mas la realidad se tornó impertinente. El gobernador de Cumaná reclamó su jurisdicción sobre Trinidad. El gobernador de Caracas se negó a dar más hombres a

Berrio y envió él mismo su propia expedición. Entonces, el británico Walter Raleigh, un corsario con linaje, en 1594 destruyó la ciudad de San José, apresó a Berrio y se internó por el Orinoco convencido de llevar a su graciosa majestad el más fabuloso botín jamás robado. Tras una semana de viaje sólo halló una vieja mina de oro de los indios y varias tribus con cuyos caciques entabló amistad. Entonces decidió que como aventura para contar en Inglaterra ya era bastante, soltó a Berrio y enfiló sus barcos hacia Europa.

La historia del corsario inglés acrecentó la locura. El anciano Berrio adquirió estatus de héroe, y en España Domingo de Vera logró arrancarle al propio Felipe II setenta mil ducados para una nueva expedición. En Sevilla también se vivió el destino del Caribe y una treintena de barcos con más de mil quinientos hombres partió hacia Trinidad. El convoy sufrió frente a Cádiz el ataque del propio pirata Raleigh, algunos barcos fueron hundidos y la flota tuvo que demorarse varias semanas. En Trinidad, Puerto España era un humilde puerto que no permitía el desembarco de cientos de hombres, no había donde alojarlos ni con qué alimentarlos. Las huestes españolas arrasaron poblados indios, a medida que penetraban en los pantanales y selvas interiores. Y los nativos los hostigaron hasta diezmarlos. El sueño se tornó pesadilla y medio millar de españoles murieron en emboscadas y luchas con los nativos. La naturaleza agreste hizo el resto. Berrio, loco y enfermo, murió apenas un año después de ver toda aquella multitud de barcos y hombres frente a su casa.



Lugares donde según diversas leyendas o fuentes existió El Dorado o fabulosos tesoros.

Colombia o el Nuevo Reino de Granada

Rodrigo de Bastidas (1475-1527), sevillano de Triana, fue uno de los primeros «empresarios» que hizo negocio con el comercio y la explotación de las riquezas caribeñas, y también, como ya vimos, el primero en explorar la costa atlántica de Venezuela y Colombia, descubriendo en 1500 la desembocadura del río Magdalena, el golfo de Urabá y el de Darién. Nueve años más tarde, y siguiendo las indicaciones de la Junta de Burgos (1507) sobre la colonización de Tierra Firme, Diego de Nicuesa, Alonso de Ojeda y Martín Fernández de Enciso se repartieron para su conquista las tierras comprendidas entre el golfo de Darién y el cabo de Vela. Aunque con aquellas expediciones se fundasen las dos primeras ciudades hispanas en Tierra Firme, San Sebastián (muy pronto abandonada) y Santa María de Darién, no podemos hablar del inicio de la conquista o el control español de la zona.

Los primeros intentos y fundaciones

Veintiún años después de su descubrimiento, Rodrigo de Bastidas obtuvo licencia para colonizar y explorar las costas de Tierra Firme, y poco después fue nombrado gobernador de la zona. Aunque tuvo muchas dificultades para conseguir hombres y barcos –en aquellos años México resultaba mucho más atractivo–, en 1524 pudo fletar un navío y trasladar a un grupo de colonos. A pesar de la escasez de hombres, su vena comercial y aventurera le permitió establecer diversos pactos de paz y comercio con las tribus nativas y fundar la ciudad de Santa Marta (Colombia, 1524), luego abandonada. Quizá afligido por el remordimiento de su pasado esclavista, prohibió la esclavitud de los indios en su gobernación, lo que unido a la negativa a repartir el botín y a una epidemia de disentería provocó un levantamiento entre sus hombres que lo dejó malherido y lo obligó a regresar a Santo Domingo, aunque moriría en el mar.

Tras la muerte de Rodrigo de Bastidas, fue nombrado teniente de gobernador Pedro de Heredia, conquistador que dejaría su huella en la región, pero de quien hablaremos más adelante, pues su mandato fue efímero y transitorio hasta la llegada del gobernador definitivo, García de Lerma, quien arribó en 1529. Su jurisdicción comprendía desde el río Magdalena hasta el lago Maracaibo. Lerma traía serias intenciones colonizadoras y, al poco de llegar, organizó una expedición al Tairona y repartió encomiendas entre sus hombres. También fue el primero en introducir la fe cristiana trayendo consigo a una veintena de misioneros, entre ellos el futuro arzobispo de Lima, Jerónimo de Loaysa. Combatió sin mucho éxito a los indios hondas y taironas, y organizó varias expediciones siguiendo los márgenes del río Magdalena y en las desembocaduras de los ríos César y San Jorge.

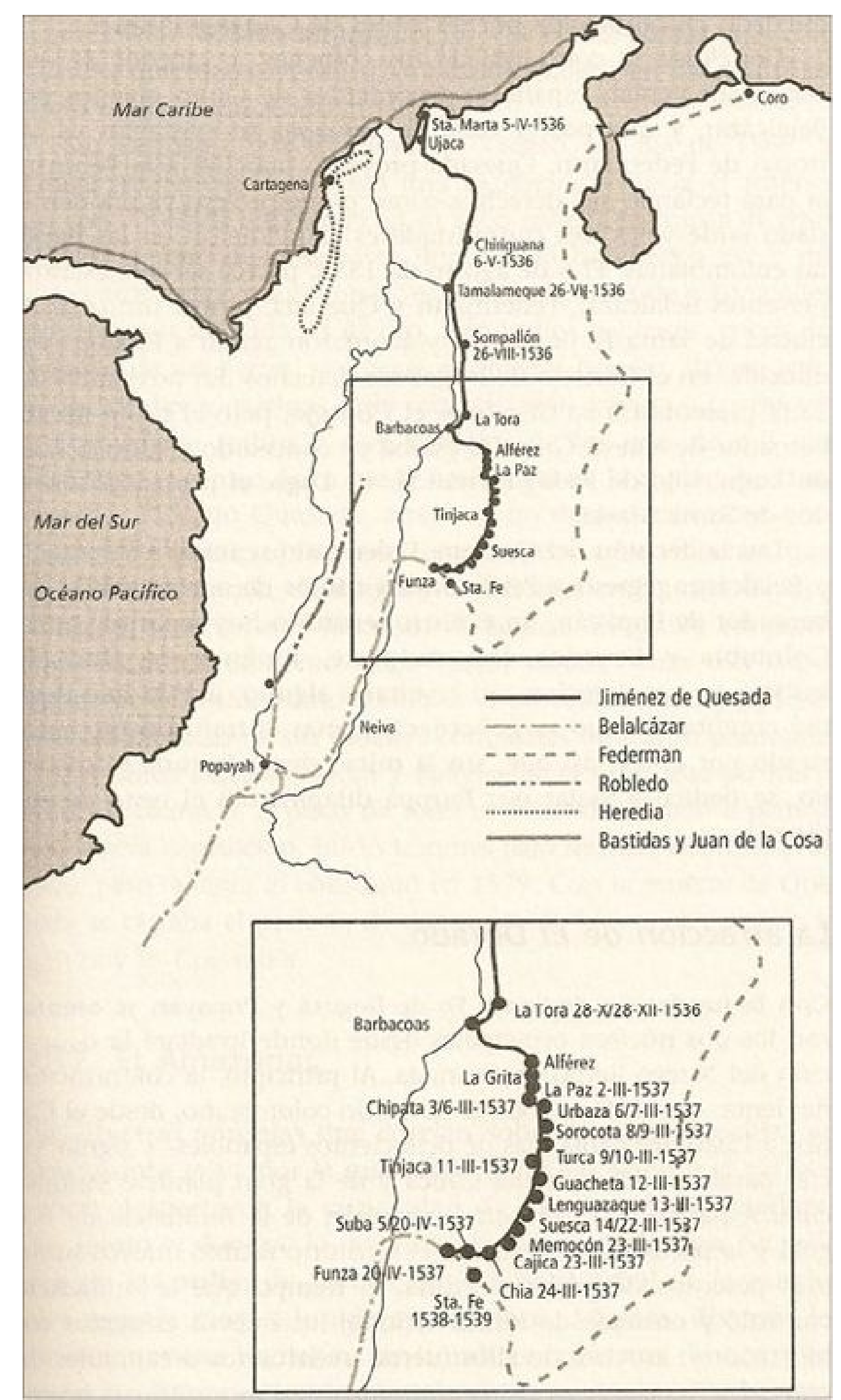
Desgraciadamente, como era habitual, García de Lerma desperdició energías y dinero en numerosos litigios con sus compatriotas que ambicionaban los territorios adyacentes, entre ellos el ya mencionado Pedro de Heredia, quien en 1532 había obtenido una capitulación para conquistar y gobernar las tierras entre el río Magdalena y el golfo de Urabá. Heredia fundó Cartagena de Indias (1533) en donde entonces estaba el poblado nativo de Calamari. Recorrió las tierras de Urabá y Cenú (Sinú), en Colombia, y fundó las ciudades de Mompós y Maritue. En enero de 1534 y en abril de 1535, Heredia realizó dos expediciones al interior de la región que le reportaron un fabuloso tesoro a base de saquear las *huacas* o tumbas de los indios. En 1536, debió afrontar su primer juicio de residencia como gobernador, acusado de maltrato de indios, estafa de los quintos reales y castigo sin razón a la tropa. Se embarcó hacia España para dar cuenta al Consejo de Indias y defenderse. Tres años después, fue absuelto y regresó para ocupar su gobernación. Llevó a cabo diversas incursiones exploratorias hacia las minas de la región de Antioquía, donde terminó enfrentándose a la hueste de Belalcázar, que ascendía desde Perú. Sometido a un

nuevo juicio, su gobernación quedó limitada a Cartagena.

Al tiempo que Pedro de Heredia fundaba Cartagena de Indias y exploraba la región oriental de Colombia, el canario Pedro Fernández de Lugo era nombrado gobernador y capitán general de la provincia de Santa Marta con el compromiso de explorar y colonizar aquellas tierras. Partió hacia su gobernación a finales de 1534 con una armada de mil quinientos hombres, aunque para conseguirla debió vender toda su hacienda. Entre sus capitanes se hallaba Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien, en 1535, poco antes de morir, le encargó la colonización del río Magdalena y los territorios adyacentes. Sería por tanto el cordobés Jiménez de Quesada al que le correspondería la gloria de conquistar e iniciar la administración del extenso territorio interior de Colombia donde florecía la civilización chibcha, el tercer gran imperio americano.

La conquista definitiva: Gonzalo Jiménez de Quesada

En abril de 1535, con el cargo de teniente de gobernador, Jiménez de Quesada inició los preparativos de una enorme expedición que debía buscar las fuentes del río Magdalena y colonizar la zona. Para tamaña empresa le acompañaban más de seiscientos hombres repartidos en cinco bergantines y una carabela. La calamitosa travesía reveló el genio militar y las dotes de mando del conquistador, gracias a los cuales logró mantener unidos a unos expedicionarios desmoralizados y con poca fe en alcanzar los llanos de Bogotá, la tierra de los indios chibchas. Cuando llegó ante las inmensas llanuras colombianas, convencido de que los chibchas podían ser una cultura tan rica como la azteca o la inca, se internó por la meseta, a pesar de la oposición de su diezmada tropa (sólo quedaban ciento setenta hombres). Lo que en un principio pareció que iba ser una fácil dominación terminó en un reguero de batallas y enfrentamientos con los nativos que se resistían a entregar sus numerosos tesoros y mujeres a los extraños. Casi dos años costó someter a todas las tribus de la meseta. Durante este tiempo, Quesada fue hostigado por el más poderoso de los reyes de la zona, el *zipa* Tisquesura, dominador de las dos quintas partes de la actual Colombia, dueño de ricas minas de esmeraldas cerca de Somondoco y poseedor de un fabuloso y mítico tesoro. Otro rico cacique era Zipa, de la región de Tunja, cuya conquista fue más sencilla por el temor de los indios a los caballos. El viejo y gordo cacique se sometió, tras ofrecer una breve resistencia a base de emboscadas y rápidos ataques. Zipa entregó a los españoles un enorme botín, que debió ser acarreado por ochenta indios.



Conquistas y fundaciones en el Nuevo Reino de Granada

Jiménez de Quesada había completado una gran hazaña: en menos de tres años y con una tropa exigua y mal preparada había logrado dominar a la tercera civilización en importancia de América, la chibcha. Sin embargo, su consideración histórica ha quedado ensombrecida por las gestas de Cortés y Pizarro.

Concluida la conquista de los chibchas, y sabedor de que por el sur venían españoles procedentes de Quito guiados por Belalcázar, y que por el valle de Sumapaz se avistaban ya las tropas de Federmann, Quesada proyectó marchar a la Península para reclamar sus derechos como pionero. Pero ya era demasiado tarde y los tres conquistadores coincidieron en las llanuras colombianas. El 6 de agosto de

1538, parece ser que estando presentes Belalcázar, Federmann y Quesada, juntos fundaron la ciudad de Santa Fe de Bogotá y acordaron acudir a España para dilucidar en el Consejo de Indias sus derechos. En noviembre de 1539 presentaron su caso ante el Consejo, pero el título de gobernador de Nueva Granada estaba ya concedido a Alonso Luis de Lugo, hijo de Pedro Fernández de Lugo, el primer gobernador de Santa Marta.

Tras la decisión del Consejo, Federmann se retiró a Venezuela y Belalcázar regresó a Perú con los títulos de adelantado y gobernador de Popayán, un extenso territorio hoy repartido entre Colombia y Ecuador. Por su parte, Jiménez de Quesada insistió en sus derechos sin resultado alguno, por lo que decidió comprar a Lugo su gobernación, mas el trato no fue autorizado por el rey, así que, sin la mitad de su fortuna y frustrado, se dedicó a viajar por Europa dilapidando el resto de sus dineros.

La atracción de El Dorado

Con la fundación de Santa Fe de Bogotá y Popayán se asentaron los dos núcleos principales desde donde irradiar la ocupación del Nuevo Reino de Granada. Al principio la colonización fue lenta –en 1549, en todo el territorio colombiano, desde el Caribe a Pasto, no había más de ochocientos españoles– y siguió los ejes paralelos del valle del Cauca y de la gran planicie santafecina. A partir de 1550, con la creación de la Audiencia de Bogotá y la pacificación peruana, el territorio recibió nuevos hombres deseosos de probar fortuna, al tiempo que la Audiencia controló y encauzó de forma racional los nuevos esfuerzos colonizadores. Muchos de ellos fueron aventureros o capitanes de gran experiencia, pero ociosos atraídos por las continuas leyendas y consejas sobre un Dorado colombiano. Entre ellos estaba Jiménez de Quesada, quien, aburrido de la «tranquila» Europa, en 1551 consiguió del Consejo de Indias el cargo honorífico de mariscal del Nuevo Reino de Granada y regidor perpetuo de Bogotá. En Colombia vio cómo sus sueños, al igual que los de otros muchos, eran paralizados por el presidente de la Audiencia, Andrés Díaz Venero, al prohibir nuevas expediciones, pues consideraba que todos los esfuerzos debían volcarse en ordenar el espacio hasta entonces dominado.

Sin embargo, tras el relevo de Venero, un día de 1559, la nueva Audiencia le encargó una exploración hacia el interior del país. Quesada, espoleado en su viejo anhelo, fue capaz de equipar un ejército de trescientos jinetes, mil infantes a pie y mil quinientos indios porteadores. Serán tres años más de calamidades, sin hombres ni ciudades de oro, sólo indios belicosos, tribus defensoras de sus tierras, pantanos, cordilleras heladas, llanos desérticos, hambre y motines. Sólo sobrevivieron setenta y cuatro soldados, cuatro indios y cien caballos de los más de mil que partieron. En su haber tan sólo la fundación de la ciudad de Santa Águeda.

Quesada había malgastado el enorme botín que robase a los chibchas en una quimera que lo dejó con una deuda de más de doscientos mil pesos de oro. Cansado, se retiró a su hacienda de Suesca, dedicado ya sólo a la escritura, tal como había hecho ya años atrás con la publicación de obras como *Antijovio* o *Sermones*, hoy desaparecidas. Las crónicas de sus muchas conquistas quedaron plasmadas en los libros *Ratos de Suesca* y *Epítome de la Conquista del Nuevo Reino de Granada*. A pesar de todo lo ocurrido, volvió a planear una nueva expedición. Inició trámites para reclutar hombres y dinero, pero la lepra lo consumió en 1579. Con la muerte de Quesada se cerraba el período de conquista de la mayor parte de lo que hoy es Colombia.

El Amazonas

Las diversas consejas que corrían sobre la riqueza oculta en la frondosa selva por la que discurría el río Napo y el río Marañón despertaron la curiosidad de diversos conquistadores en cuanto se dominó lo que quedaba del Imperio inca. Se creía que en las orillas de ambos ríos crecía el árbol de la canela, una especie muy valorada en la época. Además, diversas leyendas nativas hablaban de hombres cubiertos de oro y joyas, y los informes traídos por el primer explorador de la zona, Díaz de Pimienta, alimentaron la creencia de que se hallaban ante las puertas de El Dorado.

La expedición de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana

Cuando en 1540, Gonzalo Pizarro (1513?-1548) se hizo con la gobernación de Quito en sustitución de Belalcázar –que había partido a la conquista de los territorios del norte–, iba con la intención de organizar expediciones para buscar el País de la Canela. Pero, sin duda, también anhelaba hallar el mítico El Dorado del que hablaban los indios y un informe del explorador Francisco Díaz de Pimienta, quien decía tener indicios fiables de que se escondía en el interior de la selva amazónica. Enterado Francisco de Orellana (1511-1546), un rico hacendado curtido en diversas batallas desde México a Cuzco y refundador de la villa de Guayaquil, acudió a Quito y ofreció sus servicios como experimentado conquistador. En 1541, Gonzalo Pizarro y Orellana, con más de doscientos veinte españoles y cuatro mil indios, ambos desde puntos distintos, se dirigieron hacia el interior: Pizarro, por las llanuras andinas y Orellana, por la selva. Se encontraron en Zumaco, a orillas del río Napo, para volver a dividir a sus hombres. Orellana siguió hacia oriente para hallar apenas unos míseros y diseminados árboles de canela en mitad de una selva inhóspita. De nuevo juntos, construyeron un bergantín con intención de remontar el río Coca. Pero la navegación resultó lenta y debido a los pocos víveres debieron regresar al punto de partida. Acampados en Zumaco, Pizarro decidió permanecer con el grueso de la tropa mientras ordenaba a Orellana y a medio centenar de hombres que se embarcasen para buscar más alimentos. Orellana y su grupo descendieron las aguas del río Napo sin encontrar gentes ni manera de aprovisionarse. Afortunadamente alcanzaron el pueblo indígena de Aparia donde saciaron su hambre. Orellana propuso regresar al campamento de Pizarro, pero sus soldados se negaron, alegando que eran demasiadas las penalidades sufridas para regresar sin nada, además consideraban que por la fuerza de las aguas resultaría imposible remontar el río. Orellana se vio envuelto en una disyuntiva terrible, por un lado tenía órdenes de su gobernador de volver con víveres y no deseaba abandonar a tantos hombres, pero por otro sabía que el regreso era casi imposible. Finalmente, la ambición lo venció: mandó construir otro pequeño bergantín y renunció a la autoridad de Pizarro, iniciando una nueva aventura con el deseo expreso de conquistar más tierras en nombre del rey Carlos I.



Busto de Francisco de Orellana junto a su casa natal en Trujillo (Cáceres). Orellana realizó la primera travesía conocida de todo el Amazonas, una aventura colosal que permitió conocer la verdadera dimensión geográfica de América y de la selva amazónica. Hombre valiente y obstinado, perdió un ojo batallando contra los indios y murió al intentar repetir su hazaña fluvial. Fotografía de José María González Ochoa.

Pero durante toda la navegación por el río Napo los indios no dejaron de acosarlos desde las orillas o en pequeñas canoas arrojándoles flechas. Daba igual que fuese la tierra de los omaguas o la de los paguana, el hostigamiento les impedía desembarcar. En junio de 1542, alcanzaron el río Negro; sus fuertes corrientes los arrastraron hasta el propio Amazonas, donde sintieron ya la cercana presencia del mar, aunque un nuevo ataque de indios con flechas envenenadas diezmó a los tripulantes de uno de los barcos. Tras siete meses de navegación fluvial, el 24 de agosto salieron a las aguas del Atlántico, desde donde enfilaron hacia el golfo de Paria hasta que una tormenta separó los dos barcos. El de Orellana quedó en las aguas del golfo, el otro pudo llegar a la isla de Cubagua. Finalmente, el 11 de septiembre ambas embarcaciones se reunieron en Nueva Cádiz, Venezuela.

Concluida su gran odisea –era el primero en atravesar el continente navegando por el Amazonas–, Orellana marchó a España para explicarse ante el Consejo de Indias –pues Pizarro lo acusaba de traidor– y solicitar la gobernación de las tierras por él descubiertas, bautizadas como Nueva Andalucía. El Consejo, sin duda impresionado por su gran hazaña, lo absolvió de los cargos, concediéndole la gobernación pedida. Así, en 1545 salió de Sanlúcar con una importante flota para tomar posesión de su cargo. Tenía intención de hacer el camino inverso: penetrar por la desembocadura del Amazonas y remontar el río. Pero la empresa fracasó, nadie sobrevivió y las riberas salvajes del río se fueron tragando poco a poco a los expedicionarios. Enfermo y perdido, Orellana murió en noviembre de 1546. Fue enterrado junto a las raíces de un árbol, en algún lugar cerca de la actual ciudad de Santarem.

La expedición de Pedro de Ursúa

Veinte años después de la expedición de Orellana, el virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza, espoleado por los continuos rumores de la existencia de El Dorado y el País de la Canela, volvió a interesarse por la conquista de la región fluvial amazónica. Como premio a los servicios prestados en Panamá y Perú, Hurtado de Mendoza autorizó a su capitán Pedro de Ursúa a conquistar la región selvática del río Marañón y buscar el famoso e intangible tesoro. En 1559, Ursúa fue nombrado gobernador de Omagua y El Dorado, e inició los preparativos para recaudar fondos y hombres para su expedición, conocida como la de «los marañones». En la región montañosa y selvática de Motilones organizó un astillero para construir los bergantines y las chatas –barcas de dos cubiertas con un toldillo para refugiarse del sol y la lluvia, ideales para transitar por aguas poco profundas–. Mientras se construían las naves, Ursúa regresó a Lima para proseguir reclutando hombres y recabando dineros. A duras penas logró reunir trescientos soldados, entre ellos hidalgos, capitanes y peligrosos delincuentes, ya que el virrey había ofrecido el indulto a quien se alistase en la expedición. Para terminar de cubrir los gastos, no reparó en robar los dineros de una parroquia cercana, y para lograr indios porteadores, despobló toda la zona de la ciudad de Valladolid. Pocos días antes de partir, se unió al navarro en Motilones la bella viuda Inés de Atienza (1532?-1561), su amante, a quien el conquistador había conocido en Trujillo (Perú).

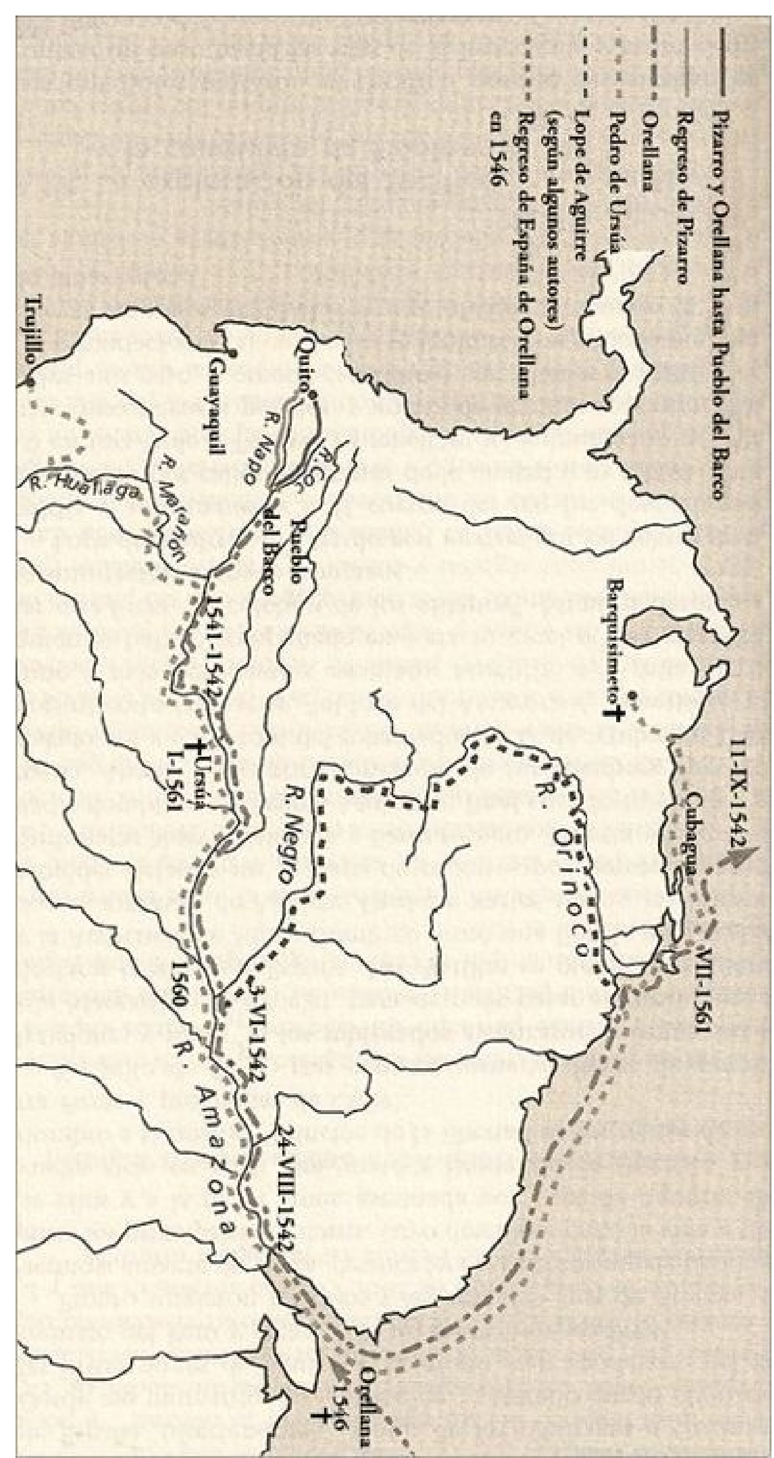
En septiembre de 1560, los primeros bergantines, chatas y canoas comenzaron el descenso del río Huallaga hacia el Amazonas. Tras un mes de agotadora y lenta singladura sin encontrar nada excepto ciénagas, lluvia y selva, pudieron descansar en tierra firme, en la isla de García Arce, donde además establecieron los primeros contactos con los nativos amazónicos. Reanudada la navegación, los indios que servían de guía anunciaban el pronto arribo a Omagua, la región de El Dorado, pero sólo hallaron penalidades. La pérdida de un bergantín, la indolencia de Ursúa y la negativa de este a dejar regresar a los descontentos, castigándolos con grillos y turno de remo, fue creando un clima de sedición alentado por el maquiavélico Lope de Aguirre (1516?-1561).

Ajeno a todo, el gobernador se refugió más y más en su amante Inés. Se mostraba poseído por una especie de melancolía o fiebre que lo llevaban a desentenderse de la dirección de los barcos: el clima tropical, la morbilidad de la selva y el convencimiento de la inutilidad del viaje lo sumieron en un letargo nostálgico. En Navidad, los expedicionarios se detuvieron en el poblado de Machifaro a pasar las fiestas. En la madrugada de Año Nuevo de 1561, aprovechando que Ursúa había mandado un destacamento con sus capitanes más leales a explorar los alrededores, Lope de Aguirre y Hernando de Guzmán lo asesinaron y tomaron el poder de la expedición.



La locura final de Lope de Aguirre

Asesinado Ursúa, el oscuro capitán Hernando de Guzmán fue nombrado jefe de los marañones. Pero será Lope de Aguirre el auténtico cabecilla y protagonista de una aventura tan descabellada como fascinante para su narración, como lo prueba la literatura generada por el personaje. Nacido en Oñate (Guipúzcoa), su historia en las Indias se remonta a 1534, cuando arribó a Cartagena de Indias como soldado. Posteriormente pasó a Perú, donde luchó en las guerras civiles. Involucrado en un turbio asesinato, fue condenado a muerte e indultado. Se enroló para purgar su condena y, cuando Ursúa dio muestras de debilidad, aprovechó su experiencia en la milicia y su fuerte y compleja personalidad para dominar al grupo de españoles desorientados en mitad de la selva amazónica.



Exploraciones por el Amazonas

Aguirre se autoproclamó maestre de campo –cuando su rango no pasaba de sargento– y se declaró en rebeldía ante el rey de España, ofreciéndole el trono de los náufragos a Guzmán. Desde ese momento, la empresa de El Dorado quedó olvidada por una demencia mayor; las pretensiones de Aguirre y su grupo eran apoderarse del virreinato del Perú y crear en él un reino independiente.

Pronto surgieron los celos y las envidias. Inés de Atienza, la hermosa amante de Ursúa, desencadenó una tormenta de pasiones entre los principales capitanes, cuyo desenlace costó la vida a tres de ellos y a la propia Inés, asesinada por Lope de Aguirre. Sin vuelta atrás en su locura, mató a Hernando de Guzmán y se nombró a sí

mismo «príncipe de la libertad de los reinos de Tierra Firme y provincias de Chile».

En julio de 1561, tras penosas jornadas llenas de nuevas traiciones y muertes, los sublevados alcanzaron y saquearon la isla Margarita (Venezuela), para después pasar al continente y declarar la guerra a España. Las Antillas se pusieron en alerta y la Audiencia de Santo Domingo armó una flotilla para acabar con el extravío de Aguirre. Durante varios meses, las huestes rebeldes dejaron un reguero de muertes por donde pasaron: Burburata, Nueva Valencia y Barquisimeto. En esta última ciudad colombiana le llegó a Aguirre su final cuando intentaba tomarla. Abandonado por la mayoría de sus hombres, fue acorralado por los soldados del gobernador. El 27 de octubre de 1561, presintiendo la muerte, «el loco del Amazonas» cometió su último y más degenerado asesinato: acuchilló a su hija Elvira, quien le había acompañado en toda su cruel odisea, para evitar que fuera «el colchón de los villanos». Minutos después, él mismo recibiría dos arcabuzazos.

Lope de Aguirre fue juzgado *post mórtem* por los delitos de rebeldía y amotinamiento. El cuerpo del reo fue descuartizado y exhibido por calles y caminos de la ciudad y su cabeza se llevó en una jaula a Tocuyo. La rebelión del guipuzcoano no tuvo más trascendencia política, y aparte de algunos topónimos dejados a su paso, tampoco contribuyó con nuevos descubrimientos o fundaciones; al contrario, se limitaron las concesiones para nuevas empresas exploratorias y se olvidó el supuesto El Dorado amazónico.

La exploración del Pacífico desde América y la conquista de Filipinas

Los españoles hallaron el Pacífico porque necesitaban encontrar un paso hacia las islas de la Especería, y tanto el descubrimiento del istmo de Panamá como del estrecho de Magallanes significaron hitos decisivos para la proyección española en América. El propio Balboa soñó con «la conquista del gran imperio del sur» nada más ver su océano. Y poco después, Cortés intentó aprovechar las posibilidades de expansión por mar hacia el norte de los territorios mexicanos e incluso alcanzar China. A su vez, el paso interoceánico del sur supuso la dominación de todo el cono suramericano y la presencia permanente de España en las aguas asiáticas.

Las expediciones oceánicas desde Nueva España hacia el norte

Una vez asegurada la conquista del Imperio azteca, vimos en su momento cómo Hernán Cortés promovió, e incluso participó directamente, en varias exploraciones de la costa pacífica mexicana. Su objetivo era encontrar un paso interoceánico por el norte, al igual que lo había logrado Magallanes por el sur.

La primera expedición cortesiana hacia el norte estuvo capitaneada por Diego Hurtado de Mendoza, a quien, en 1526, se le encomendó la exploración de la costa entre Honduras y Panamá con el fin de hallar un paso entre los dos océanos. De nuevo en 1532, Cortés le entregó el mando de una la flota que debía explorar la costa noroeste del Pacífico mexicano en busca de nuevas tierras y, sobre todo, de un paso por el norte hacia el océano Atlántico. Hurtado partió de Acapulco con dos naves, descubrió las islas Marías y llegó hasta la altura del paralelo 27. Desgraciadamente, ambas naves naufragaron y sólo un puñado de supervivientes pudo regresar y contar a Cortés lo sucedido. Para entonces, aquellas costas ya habían sido bautizadas como California, nombre sacado de una novela de caballería de la época.

En 1533, Cortés encargó a Hernando Grijalva y a Diego Becerra que continuasen las exploraciones septentrionales. En su singladura alcanzaron la Baja California, tomándola por una isla. La expedición tuvo bastantes contratiempos, ya que el piloto Fortún Jiménez asesinó al capitán de una de las naves en un intento de motín. Después, el propio Fortún fue muerto por los indios en un desembarco de exploración. A su regreso, la nave de Grijalva fue confiscada por el presidente de la Audiencia de México, Nuño de Guzmán, enemigo de Cortés.

En 1535, ante el poco éxito de sus subalternos, el propio Cortés decidió embarcarse él mismo junto a Andrés de Tapia y navegar hacia el norte. Su exploración amplió los límites conocidos de la Baja California, pero no pudo adentrarse mucho más y debió ser socorrido por su capitán Francisco de Ulloa, quien le trajo de regreso a su residencia de Cuernavaca.

Al año siguiente, sería Francisco de Ulloa el jefe de la última expedición marítima cortesiana. El 8 de julio de 1536, Ulloa partió del puerto de Acapulco con tres barcos y la misión de explorar las aguas de la actual California. Tras varios meses de singladura, las naves llegaron a los 32º norte, el punto más septentrional alcanzado hasta entonces en el Pacífico americano. Después de pasar el golfo de las Perlas, el seno californiano y el mar de Cortés, llegó hasta la desembocadura del río Colorado, que llamó ancón de San Andrés y Mar Bermeja por el color rojizo que le daban las aguas del río. En su tornaviaje entró en la bahía que llamó Puerto de los Lobos, hoy conocida como bahía de Los Ángeles, y constató que California era una península y no una isla, como siguieron representándola en los mapas. Ulloa está considerado como el primer europeo en descubrir la Alta California.

Tras el regreso de Hernán Cortes a España en 1540, se produjo un abandono de

las expediciones por el Pacífico Norte. Sólo el virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, recuperará cierto interés por explorar las aguas californianas. Así, en 1542 comisionó a Juan Rodríguez Cabrillo para que siguiera por mar las rutas ya trazadas en los viajes previos de Hernán Cortés e intentara encontrar el paso norte entre los dos océanos. Cabrillo partió desde Jalisco, pero la navegación se vio entorpecida por los fuertes y fríos vientos contrarios, que impidieron a las naos aprovisionarse de víveres y agua. A pesar de todo, Cabrillo pudo alcanzar el cabo de Galera, pasar la bahía de Santa Cruz y alcanzar la isla de la Posesión, en la Alta California. Allí fondeó sus barcos esperando recuperarse, pues iba ya muy enfermo, lo mismo que parte de la marinería. La muerte le sobrevino pocos días después. Bartolomé Ferrelo asumió entonces el mando y continuó la navegación. Arrastrado por los vientos fríos, alcanzó los 44º, mucho más al norte de la bahía de San Francisco. Urgidos por el frío y la escasez de provisiones, regresaron haciendo escala en varios puntos de la actual costa californiana. A él y a Rodríguez Cabrillo se debe el descubrimiento completo de California y no al pirata Francis Drake, aunque cincuenta años más tarde presumiera de ello, e incluso hoy algunos historiadores anglosajones se lo sigan reconociendo.

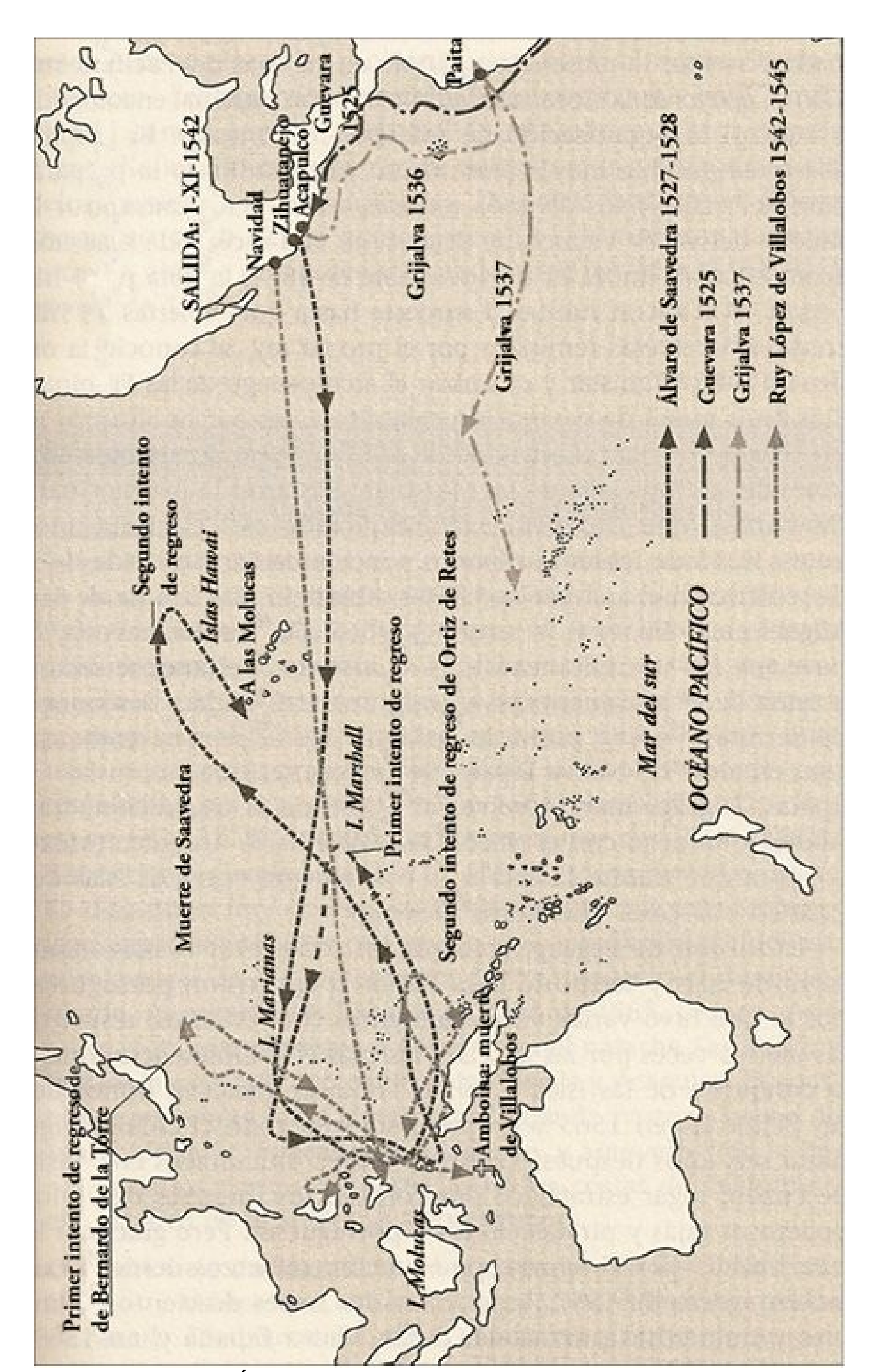
Cuando el virrey Mendoza fue trasladado a Perú, de resultas de los excesivos problemas y escasos frutos que habían dado las misiones marítimas hacia el norte, se abandonó la búsqueda de nuevos territorios y del inexistente estrecho interoceánico. Otro hecho abundaría en el descuido explorador de la zona: la constante presencia de piratas ingleses en el Pacífico hispano. Durante cierto tiempo, se creyó que los británicos habían descubierto secretamente el paso del noroeste, pues no se podía imaginar que alcanzasen los puertos mexicanos atravesando el estrecho de Magallanes. Cuando se confirmó la vulnerabilidad de la zona austral, la política descubridora de la Corona cambiará movilizándose recursos para fortificar y asegurar el paso sur.

Las expediciones oceánicas desde Nueva España hacia el sur

En 1526, Hernán Cortés encomendó a su primo Álvaro de Saavedra Cerón la organización de una expedición marítima que debía ir a descubrir tierras e islas en el Pacífico, buscar las naves de Caboto –de quien no se tenían noticias–, asistir a los náufragos de Jofre de Loaysa, indagar el paradero de los marineros de Magallanes –los hombres del barco *Trinidad* que habían quedado abandonados en Tidore (Filipinas)– y también trazar mapas de todo aquello que encontrase durante la singladura.

Tres navíos y un centenar de hombres partieron el 31 de octubre de 1527. La travesía fue tranquila hasta que el 15 de diciembre una tormenta dejó la flota reducida a la nave capitana, la nao *Florida* de Saavedra, que pudo arribar a las costas de Mindanao dos meses después. Allí encontraron a Sebastián del Puerto, desertor de la expedición de Loaysa, que les dio valiosas informaciones sobre el país y la navegación entre las islas. En Tidore recogieron a otros supervivientes españoles y repararon la nave. Cargados con víveres y agua, iniciaron el regreso a las costas mexicanas, pero las tormentas y la pérdida de rumbo les hicieron volver. El 3 de mayo de 1529, partieron de nuevo de Tidore. Cerca de las islas Hawái murió Saavedra y, aunque la tripulación intentó proseguir hacia México, los vientos contrarios y la escasez de víveres aconsejaron el regreso al archipiélago filipino.

Otra interesante y novelesca expedición fue la protagonizada por Hernando de Grijalva, experimentado navegante del Pacífico Norte a las órdenes de Cortés. Ante la petición de ayuda hecha por Francisco Pizarro desde Perú, Hernán Cortés comisionó a Grijalva para que llevase armas y soldados de socorro a su primo Pizarro y, de paso, le pidió que investigase la posibilidad de trazar una vía comercial entre Acapulco y Lima. En 1536, Grijalva partió con dos barcos hacia Perú, a donde arribó sin contratiempos. Desde El Callao, Grijalva remitió uno de los barcos a México cargado de mercaderías, y con el otro, la nao *Santiago*, se adentró en el Pacífico en busca de nuevas islas. Siguiendo siempre la línea equinoccial, al no encontrar tierra varió de rumbo entre los 13º sur y los 24º norte hasta encontrarse completamente perdido. La falta de víveres y el escorbuto fueron minando a la marinería sin que pudieran hallar un puerto y un lugar donde encontrar víveres. A partir de aquí se ha especulado sobre su derrotero, pero lo más probable es que la nao alcanzase Nueva Guinea y el archipiélago de las Papúas para, finalmente, arribar a una de las islas Malucas. Había sido una singladura sin rumbo de casi un año que sólo aguantaron doce marineros, de los cuales diez fueron muertos por los indios al poco de desembarcar.



Derrotas de los viajes de Álvaro Saavedra, Grijalva y López de Villalobos por el Pacífico

Ruy López de Villalobos, experimentado marino en las flotas de Indias, recibió el encargo del virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, de explorar las rutas marítimas desde México a las islas del Pacífico y su regreso. Con seis pequeños barcos y trescientos setenta hombres, zarpó de Jalisco el día de Todos los Santos de 1542. En su singladura de más de año y medio descubrió y tomó posesión para la Corona de las islas de Revillagigedo, las Corales, las Carolinas Orientales, las Palao y la isla de Mindanao, donde permaneció más de un mes reparando las naves y el ánimo de la marinería. Para el viaje de tornavuelta, López de Villalobos dividió la flota en tres convoyes de dos barcos con el fin de trazar la ruta con los vientos más favorables. Desgraciadamente ningún navío arribó a destino. El convoy de Villalobos

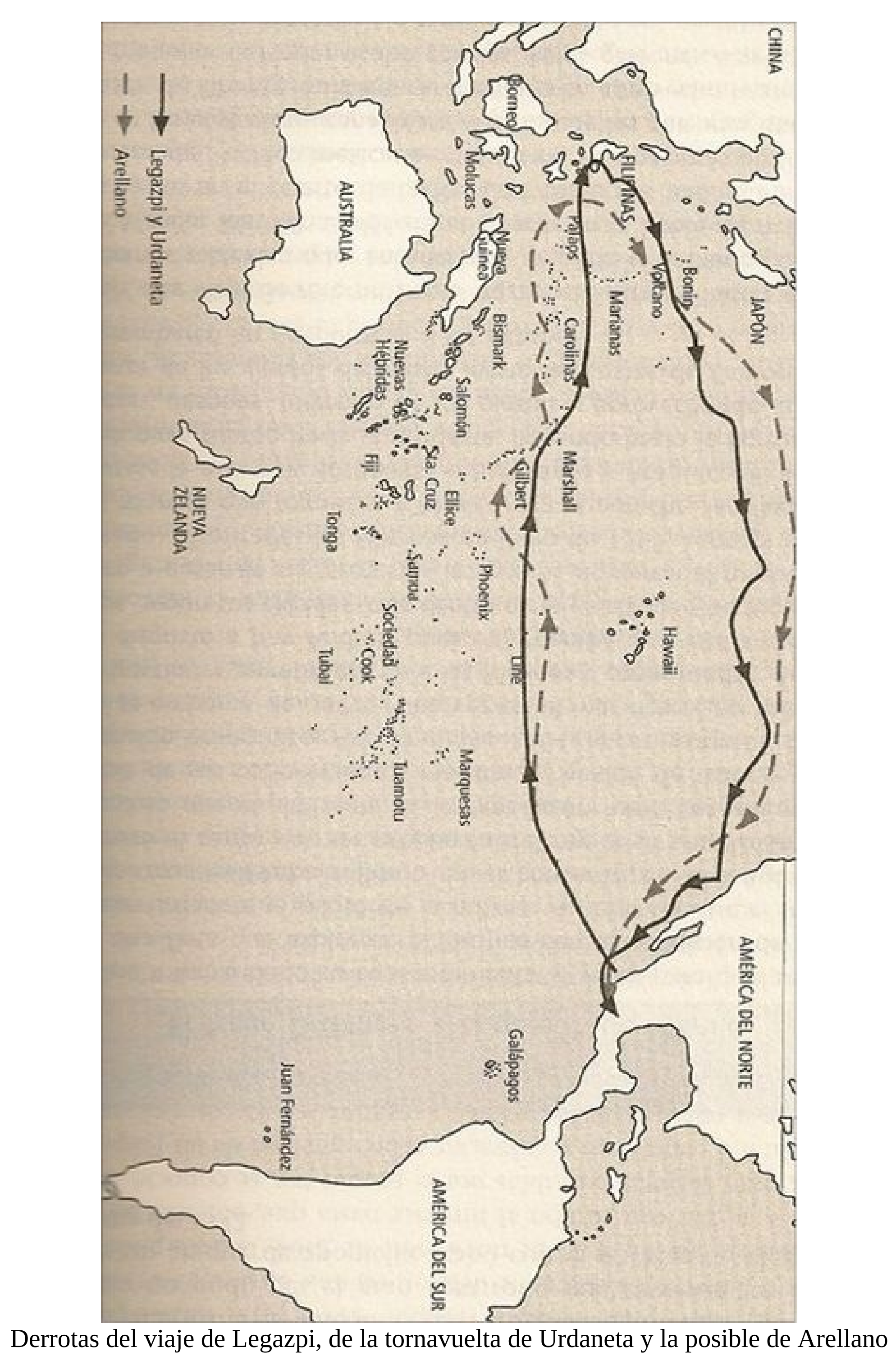
fue empujado por una tormenta hacia las Molucas portuguesas, donde permaneció retenido. Cuando finalmente había negociado con los portugueses la repatriación de sus hombres, durante la Semana Santa de 1546, unas fiebres palúdicas acabaron con su vida. Según cuenta la tradición, murió en los brazos de san Francisco Javier en la isla de Amboina.

La conquista de Filipinas y la definición del viaje de tornavuelta

Como se ha podido comprobar por el relato de las anteriores expediciones, el principal problema en la exploración del Pacífico desde las costas americanas era encontrar la ruta de regreso. Nadie lo había conseguido y sin un camino preciso y seguro de retorno se hacía imposible la presencia hispana en aquel mar. Por contra, los portugueses seguían ampliando sus posesiones y dominando el comercio de las especies. Hasta 1565 los esfuerzos españoles no se vieron recompensados.

El guipuzcoano Miguel López de Legazpi (1502?-1572) sería el elegido para alcanzar e iniciar la conquista del archipiélago filipino. Hijo de una familia noble de Zumárraga, bachiller en leyes, hacia 1527 trabó amistad con el franciscano Juan de Zumárraga que, por aquellos años, se hallaba en el País Vasco siguiendo causa inquisitorial contra varios acusados de brujería. Al año siguiente, volvió a coincidir con el entonces prelado en México. Su amistad con el obispo, ser cuñado del también obispo mexicano Julián Garcés y sus conocimientos jurídicos le permitieron ascender en la administración colonial y convertirse en un rico hacendado. Aunque carecía de experiencia marítima, sentía cierta pasión por el mar y deseaba involucrarse en alguna de las expediciones al Pacífico para poder rentabilizar en México el comercio de las especias. Así, en 1564 el virrey de Nueva España, Luis de Velasco, propuso a Legazpi que liderase la flota que debía asentar la presencia española en las islas del Pacífico frente a los portugueses, si bien las cosas de la mar quedarían a cargo del reputado cosmógrafo Andrés de Urdaneta.

El guipuzcoano empeñó la mayor parte de su patrimonio en la preparación del viaje, y los diversos retrasos –entre otras causas por la muerte del virrey Velasco– lo dejaron en una incómoda situación económica. Al fin, el 21 de noviembre de 1564, la flota pudo hacerse a la mar con rumbo al suroeste hasta que, abiertas las instrucciones secretas remitidas por el propio rey, se conoció la orden de ir a conquistar y colonizar el archipiélago de las Filipinas. Tras unos meses de navegación calamitosa, los barcos alcanzaron las islas de los Barbudos, y desde allí, atravesando algunos atolones del archipiélago de las Marshall, avistaron la isla de Guam (Marianas), que Urdaneta había explorado casi cuarenta años antes. El 13 de febrero arribaron a la isla de Samar, desde donde recorrieron el archipiélago filipino hasta fundar la villa de San Miguel en Cebú, el 8 de mayo de 1565. Durante la travesía, la nave *San Lucas*, capitaneada por Alonso de Arellano, se separó a causa de una tormenta, iniciando una arriesgada y desconocida derrota que a la postre le llevaría a ser la primera embarcación en alcanzar Nueva España desde Oriente. Una vez en las Filipinas, Legazpi mandó volver al piloto de la expedición, fray Andrés de Urdaneta, con el galeón *San Pablo* hacia Acapulco (México) para que trazase la ruta más conveniente entre las islas del Pacífico y la costa oriental de México.



Derrotas del viaje de Legazpi, de la tornavuelta de Urdaneta y la posible de Arellano

El momentáneo interés por las costas californianas

Al quedar instaurada la ruta de regreso del galeón de Manila y comprobarse con las expediciones de los piratas ingleses Drake (1578) y Cavendish (1587) que aquellas costas podían ser refugio de corsarios, se recuperó el interés por explorar y dominar el noroeste pacífico. Por tanto, a finales del siglo XVI y principios del XVII se armarán nuevas flotas hacia las Californias con el fin de seguir buscando el anhelado paso interoceánico septentrional, asegurar el regreso del galeón de Manila con nuevos puertos de refugio y abastecimiento y evitar el asentamiento de naves o colonias extranjeras.

Será el virrey de México, Lorenzo Suárez de Mendoza, el primer impulsor de estos viajes al encargar en 1582 a Francisco Gali la exploración de las costas del Pacífico Norte. Algunas fuentes consideran a Gali el descubridor de la bahía de San Francisco, si bien históricamente siempre se le ha atribuido a Gaspar de Pórtola, en 1769, y la hazaña de ser el primero en cruzar la bahía en su goleta a Juan Manuel Ayala, el 5 de agosto de 1775. Tras regresar a México, en 1582, el nuevo virrey, el arzobispo Pedro Moya de Contreras, lo eligió para que trazase la demarcación de la costa californiana y de las islas japonesas. Gali viajó a Manila para iniciar desde allí sus exploraciones, pero la muerte le sorprendió en las Filipinas a principios de 1586. Pedro de Unamuno continuó al frente de la expedición con una nao que zarpó de Macao el 12 de julio de 1586. Un mes más tarde, Unamuno avistaba California, anclando el 17 de octubre en la bahía de Santa Cruz, a la que rebautizó San Lucas. Hostigado por los indios, abandonó la zona. La niebla y los vientos le impidieron trazar cartas fiables.

Sebastián Rodríguez Cermeño fue el marino comisionado en 1596 por el nuevo virrey, Luis de Velasco, para reparar los anteriores fracasos. Su misión consistía en cartografiar lo mejor posible todo el litoral norte pacífico y encontrar un paso interoceánico por el norte de América. Tan ambiciosos objetivos quedaron muy menguados por la realidad, ya que tan sólo pudo alcanzar los 42º norte, donde desembarcaron en una pequeña bahía bautizada como San Francisco. En un *viroco*, una barca auxiliar, incursionaron por un río sin hallar poblados ni minas. De regreso a Nueva España, una tormenta destrozó la nave capitana. El 7 de enero de 1596 llegaron al pueblo mexicano de Chacala.

Los sucesivos fracasos provocaron que la siguiente expedición se preparase minuciosamente, con naves de reducido calado que permitían mayor maniobrabilidad y seguridad en tan complicadas costas. Para dirigirla, el virrey Velasco eligió a un marino experimentado en diversos viajes por el Pacífico: Sebastián Vizcaíno (1548?-1623). En 1596 partió de Acapulco costeando el litoral mexicano hasta adentrarse en el golfo de California, que Vizcaíno llamó de Nueva Andalucía. Sin encontrar un lugar adecuado para fondear y tras ser sorprendido por varias tormentas, regresó a

México. Tres años más tarde organizó una nueva expedición mucho más ambiciosa en hombres y pertrechos. Esta zarpó de Acapulco en mayo de 1599 con tres bergantines y más de doscientos hombres, rumbo al noroeste. Tras adentrarse en el golfo de Nueva Andalucía, siguió la ruta de Rodríguez Cermeño hasta encontrar la bahía de Monterrey, lugar que consideró idóneo para el atraque y refugio del galeón de Manila. En 1603 emprendió otro viaje de reconocimiento de la actual costa oeste americana buscando unas supuestas islas ricas en oro y plata. Los barcos alcanzaron la bahía de San Francisco, conocida entonces como bahía de Los Pinos, donde una fuerte tormenta dividió la flota. Una de las naves ascendió hasta los 40º norte y descubrió el río Santa Inés, antes de regresar a Acapulco. A pesar de su aparente fracaso, las expediciones de Vizcaíno fueron importantes, ya que demarcaron toda la costa de California, encontraron el emplazamiento del futuro puerto de Monterrey y los relatos de los marineros supervivientes del último viaje hicieron creer en la existencia de un paso por el norte que comunicaba los dos océanos, motivo de futuras expediciones.

En los años siguientes a los viajes de Vizcaíno, la acción española en el Pacífico Norte se redujo a las regulares llegadas del galeón de Manila y a las numerosas incursiones aventureras en el seno californiano con el único fin de buscar oro y, sobre todo, perlas. Sólo a finales del siglo XVII se ocupó y controló definitivamente la península de California.

La búsqueda de la Terra Australis desde Perú

En 1567 el virrey interino de Perú y presidente de la Audiencia de Lima, Lope García de Castro, entregó a su sobrino Álvaro de Mendaña de Neira (1541-1595) el mando de una armada que debía buscar la *Terra Australis* (Australia), ese quinto continente imaginario que todos daban por supuesto pero en el que nadie había desembarcado. La expedición –formada por dos barcos, *Los Reyes* y *Todos los Santos*, ciento cincuenta y seis hombres, entre ellos el cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa, y cuatro franciscanos– partió de El Callao el 19 de noviembre de 1567. La travesía estuvo marcada por las desavenencias entre el piloto de la expedición, Hernán Gallego y Sarmiento de Gamboa por la ruta a seguir. Aunque no llegaron a alcanzar la *Terra Australis*, los dos barcos arribaron al archipiélago de las islas Salomón; desde allí, en nueva singladura, recorrieron las islas de Guadalcanal, Malaita y Bauro. Tras seis meses de estancia en las Salomón, se planteó el dilema de poblar o regresar a Perú, decidiéndose Mendaña por esta última opción. De nuevo surgieron discusiones sobre la ruta a seguir en el tornaviaje. Se impusieron las tesis del piloto y las dos naves trazaron una singladura que los llevó a atravesar las islas Marshall hasta llegar al norte de la costa mexicana, en la actual Baja California. Para entonces los dos barcos iban separados a causa de un temporal que los había dispersado. Volvieron a unirse a finales de enero de 1569 en el puerto mexicano de Santiago de Colima, y desde allí navegaron hasta el puerto del Realejo donde repararon las maltrechas naves. Por fin, el 11 de septiembre de 1569, atracaban en El Callao. La expedición no podía considerarse un éxito, pues casi cincuenta personas habían muerto y no se había descubierto el famoso quinto continente. Mas los hallazgos geográficos, las informaciones sobre numerosos pueblos y culturas y las nuevas rutas trazadas en el Pacífico le confirieron gran trascendencia para futuras singladuras.

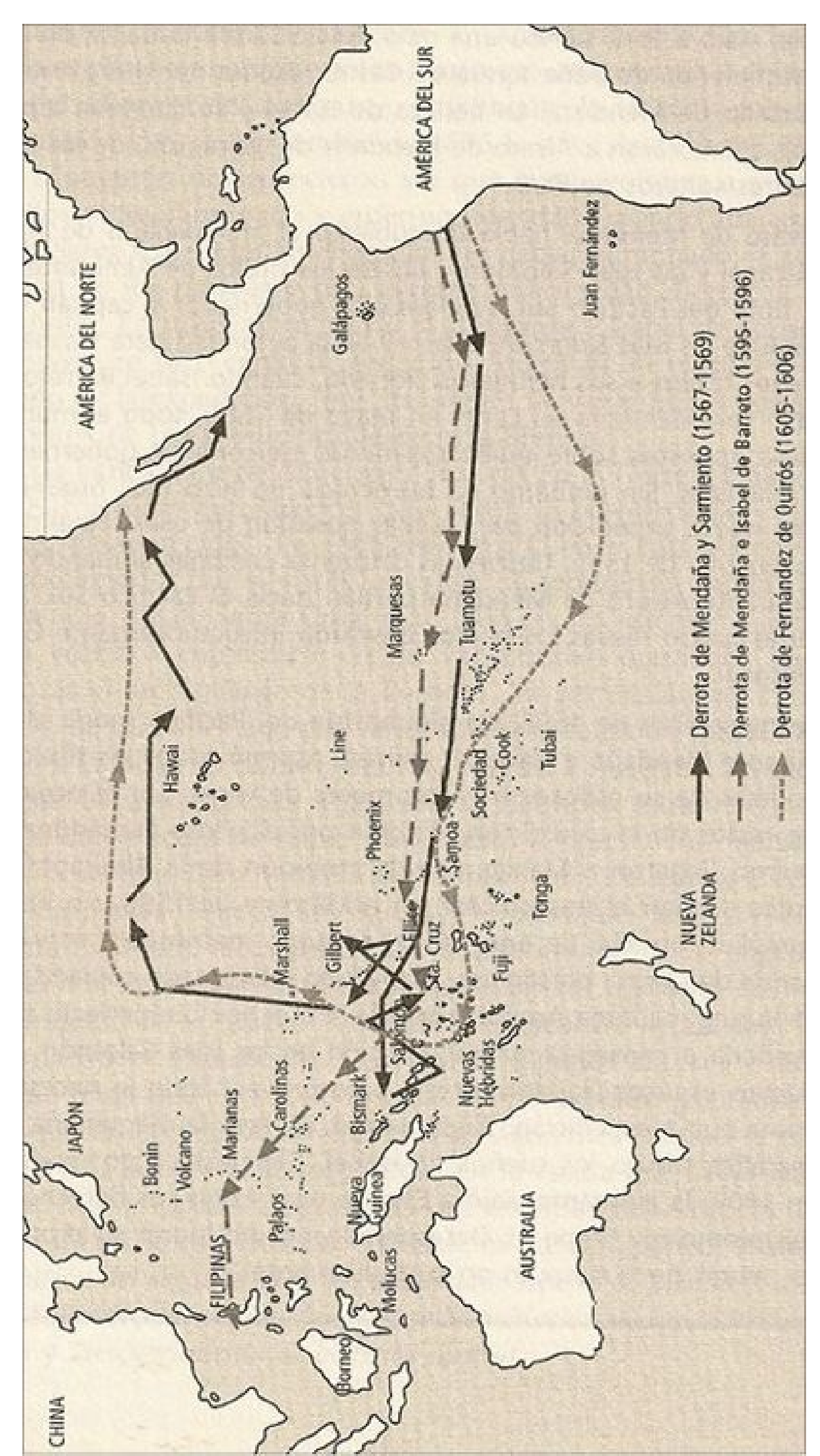
A pesar de que Mendaña contó fabulosas historias de tesoros sobre las islas Salomón, relacionándolas con las riquezas de la bíblica Ofir, lo cierto es que tardó mucho en poder organizar un segundo viaje. Primero debió capitular en España las condiciones del mismo, y hasta 1574 no logró que se lo nombrara adelantado, gobernador y capitán general del archipiélago a cambio de sufragar personalmente la expedición. De vuelta en Perú, Mendaña encontró la total oposición del virrey Francisco de Toledo, con lo que su proyecto quedó varado y él se convirtió en uno de los solteros más preciados de la aristocracia limeña. En mayo de 1586, se casó con Isabel de Barreto (?-1610), una dama con carácter, que a la postre sería la primera y única mujer en ser almiranta, gobernadora y capitana general. Con la llegada del nuevo virrey, García Hurtado de Mendoza, el proyecto fue recuperado y en 1595 Mendaña obtuvo licencia para que la flota partiese hacia las Salomón.

Terra Australis Ignota

La *Terra Australis* fue un *constructor* griego creado por Aristóteles y Erastóstenes quienes consideraban que por la simetría y armonía del mundo debía existir un continente al este. Esta idea fue tomada por el historiador y cartógrafo Ptolomeo en el siglo II d. C., quien situó dicha masa continental al sur del océano Índico. Como Ptolomeo fue fuente principal de todas las exploraciones renacentistas, dicha *Terra Australis* se convirtió en casi una obsesión para todos los marinos que se adentraron en las aguas del Pacífico.

Magallanes la buscó y hasta creyó que la isla grande de Tierra del Fuego era parte del quinto continente. Pedro Fernández de Quirós la buscó hasta tres veces y en 1606 tomó posesión de la isla de Vanuatu, a la que llamó Australia del Espíritu Santo, jugando con el nombre de la *Terra Australis* y la casa de su monarca. Pero sin duda, el primer europeo en avistar la enorme masa de tierra que quedaría nombrada como Australia fue el piloto Luis Báez de Torre, cuando en 1606 pasó por el estrecho que lleva su nombre, el canal que separa el cabo australiano de York con la costa sur de Papúa Nueva-Guinea.

La nueva armada zarpó de El Callao el 9 de abril de 1595 con casi cuatrocientas personas repartidas en dos naves, la *San Jerónimo* y la *Santa Isabel*. Como el propósito de Mendaña era colonizar y tomar posesión de las islas por él descubiertas, acompañaban a la marinería unos cien colonos, entre ellos varias decenas de mujeres y niños. También cabe destacar la presencia de dos tripulantes muy interesantes y claves en las futuras exploraciones del Pacífico: la ya nombrada Isabel de Barreto y el piloto portugués Pedro Fernández de Quiroz (1560?-1615). En este nuevo viaje, lo primero que descubrieron fueron las islas de las Marquesas de Mendoza, nombradas así en honor de la mujer del virrey cuya intercesión había sido clave para la licencia de la flota. Tras cristianizar las islas, continuaron en busca de las Salomón, pero las cosas empezaron a torcerse. Aunque fueron avistando un reguero de islas –las San Bernardino, la Solitaria, las Ellice, la Santa Cruz y la Graciosa–, las Salomón no aparecían y los marineros empezaban a desconfiar del piloto y del almirante. Finalmente, la tragedia sobrevino cuando el 8 de septiembre de 1595 la nave *Santa Isabel* y sus ciento ochenta y dos tripulantes desaparecieron sin que jamás volviera a saberse de ellos. Apesadumbrado y enfermo, Mendaña mandó atracar en la isla Santa Cruz. Mas las desgracias no habían terminado: la agresividad de los nativos y una extraña enfermedad diezmaron a los españoles. En noviembre de 1595, en alguna isla del Pacífico, moría el almirante Mendaña e Isabel de Barreto asumió todos los títulos y poderes de su esposo, siendo la primera mujer, y también la única, que llegó a ser almiranta de la flota del Pacífico Sur, gobernadora y capitana general.



La búsqueda de la *Terra Australis*

Tras seis meses de vagar por el océano, los restos de la expedición, dirigida por el piloto Fernández de Quiroz, llegaron a Manila. Mas la ambición de la almiranta no podía aceptar el fracaso. Así, en noviembre de 1596, sin haber cumplido un año de luto, Isabel contrajo matrimonio con Fernando de Castro, prestigioso, rico y bien relacionado comandante de la ruta marítima Acapulco-Manila. Era el hombre perfecto para ayudarla a conseguir su gobernación en las islas Salomón. Los nuevos esposos viajaron a Lima para proveer todo lo necesario a una nueva expedición. Sin embargo, en Perú, la maquinaria burocrática trituró los sueños de Isabel. Dispuesta a no rendirse, en 1609, la almiranta viajó a España para exigir sus derechos al

mismísimo rey Felipe III. Desesperada por no lograr su propósito, murió poco después en su Galicia natal.

Por su parte, tras varios años de esfuerzos e intrigas en la Corte, Fernández de Quiroz logró autorización para seguir la búsqueda del continente «desaparecido». En 1605 regresó a Lima y, con tres navíos proporcionados por el virrey, el conde de Monterrey, intentó dirigirse a la isla de Santa Cruz, pero falló en sus cálculos y la travesía volvió a convertirse en un vagabundeo dramático hasta alcanzar el archipiélago de la Pomotú. Su pretensión era continuar y, de no haber sido por varios intentos de motín que lo obligaron a cambiar el rumbo, hubiese llegado a Australia. En realidad sus barcos arribaron a las Nuevas Hébridas, aunque Quiroz estaba convencido de haber descubierto el nuevo continente y llamó a las islas *Terra Australis del Espíritu Santo*. De regreso a Perú, una tempestad dispersó sus barcos y el portugués llegó a Nueva España (México). Acusado de ser el responsable de la tragedia, volvió a la Península, pero nadie quiso oír sus informes del descubrimiento de un nuevo continente ni encontró ayuda para fletar otra expedición. Malvivió de algunos ahorros y de la caridad hasta que en 1614 consiguió del rey permiso para regresar a lo que él llamaba Australia. Al año siguiente, cuando se dirigía a Perú, la muerte le sorprendió en la escala que debía realizar en Nueva España. Dejó escrita una extensa obra entre la que destacan los libros *Relación*, de carácter autobiográfico, *Historia o Relación del segundo viaje del adelantado Álvaro de Mendaña a las islas Salomón*, *Memorial al rey sobre la población de las tierras australes* y *Descubrimiento de la tierra austral*.

La «conquista espiritual» de las Indias

La Iglesia jugó desde el primer momento un papel primordial en el Nuevo Mundo. Al igual que la Reconquista, la acción española en las Indias tenía una mezcla de empresa laica y objetivo religioso. Su herencia, llena de luces y sombras, sigue marcando la historia de todo el subcontinente. No debemos olvidar que los dos motivos dominantes que impulsaron la conquista fueron el enriquecimiento y la «fundación y dilatación de la universal Iglesia y culto divino», en palabras de Las Casas. Todo aquel que quiera entender la conquista española habrá de tener siempre presente este doble espíritu, que a menudo se presentaba por igual en una misma persona. La sed de oro y el ansia de extender la fe cristiana fueron el aliento de casi toda acción en el Nuevo Mundo.

Papado vs. monarquía

Los Reyes Católicos se valieron de la bula de Inocencio IV de 1468, que les permitía proponer a los obispos y conceder beneficios (*regio patronato*), para hacer lo mismo en América. En 1501, además, la Corona obtuvo del papa el derecho a recaudar en provecho propio los diezmos eclesiásticos exigidos a los indígenas o españoles residentes en los nuevos territorios; en la práctica, les permitía organizar la recaudación y distribución de dichos diezmos. Posteriormente, en 1508, una nueva bula de Julio II venía a ratificar y aumentar la de Inocencio IV, estableciendo el patronato universal en América; o, lo que es igual, el derecho real a presentar al papa los candidatos a todas las catedrales, colegiatas y dignidades eclesiásticas. En 1518, León X otorgó más poderes a la monarquía española: el derecho a establecer y modificar los límites de las diócesis americanas, a la vez que ratificaba el derecho de patronato real, por el cual el rey tenía potestad para elegir a los futuros obispos y arzobispos.

Quedaba claro que ni siquiera Roma podía estar por encima del rey, aun tratándose de la organización y administración de la Iglesia. Así que los enfrentamientos entre el papado y la Corona castellana fueron frecuentes. Ya en 1504, las fuertes protestas de Fernando el Católico obligan a Julio II a anular su decisión de crear tres diócesis en América, reconociendo que había violado el derecho del patronato real. No será hasta seis años después cuando el rey Fernando cree las diócesis de Santo Domingo, Concepción de la Vega y Puerto Rico. Y en 1537, la bula de Paulo III *Sublimus Dei* (1537) –reconociendo a los nativos derecho a su libertad, a disponer de sus posesiones y el derecho a abrazar la fe de forma pacífica– causó malestar en Carlos I, tanto que dos años después el emperador obligó al papa a revocarla.

Primeros eclesiásticos en América

En 1493, en el segundo viaje de Colón, arribaron a tierras americanas los primeros eclesiásticos: cuatro franciscanos, tres mercedarios, un ermitaño de san Jerónimo, tres o cuatro clérigos y fray Bernardo Boyl, enviado pontificio. Debido a las disensiones con Cristóbal Colón, Boyl se vio obligado a regresar a Europa. Este hecho tan prematuro es revelador del enfrentamiento entre el poder civil y el religioso, que marcará el devenir de la Iglesia en el Nuevo Mundo. También señala claramente que la primacía fue siempre del estamento civil.

Por su parte, parece confirmado que los primeros cristianos nativos fueron dieciséis o diecisiete miembros de la familia del cacique Guanaoboconel, en el norte de Santo Domingo, bautizados el 21 de septiembre de 1496.

Desde 1508 todas las expediciones irán siempre acompañadas de un número

indeterminado de religiosos, cuyo objetivo será la evangelización de las poblaciones nativas. En 1515, por exigencia del cardenal Cisneros, la costumbre se convierte en ley: todas las expediciones a las Indias deberán llevar misioneros. En un primer momento, Juan Rodríguez de Fonseca, obispo y miembro del Consejo Real, será el encargado de definir los obispados y las jurisdicciones, de elegir a los sacerdotes y determinar las parroquias. A partir de 1524, todo lo referente a la organización de la Iglesia americana será coordinado por el Consejo de Indias. Así, la política eclesiástica pasó a ser un aspecto primordial de la política colonial.



Sacerdote español bautizando a un indígena, según dibujo de Huamán Poma de Ayala.

A la Iglesia de América se le asignaron dos tareas fundamentales y complementarias: la evangelización y europeización de los indios al tiempo que afirmaban la lealtad a la Corona de los nuevos cristianos. Cualquier resistencia por parte de la Iglesia al cumplimiento de esta doble función se consideraba un problema político y como tal era tratado.

El emperador se resistió a la creación de obispados americanos autónomos; estos dependían del arzobispo de Sevilla. Sólo en 1547 admitió Carlos I lo que la lejanía

geográfica imponía: la creación de los tres primeros arzobispados en el Nuevo Mundo, con sedes en Santo Domingo, México y Lima. En 1565, se creó el de Santa Fe de Bogotá.

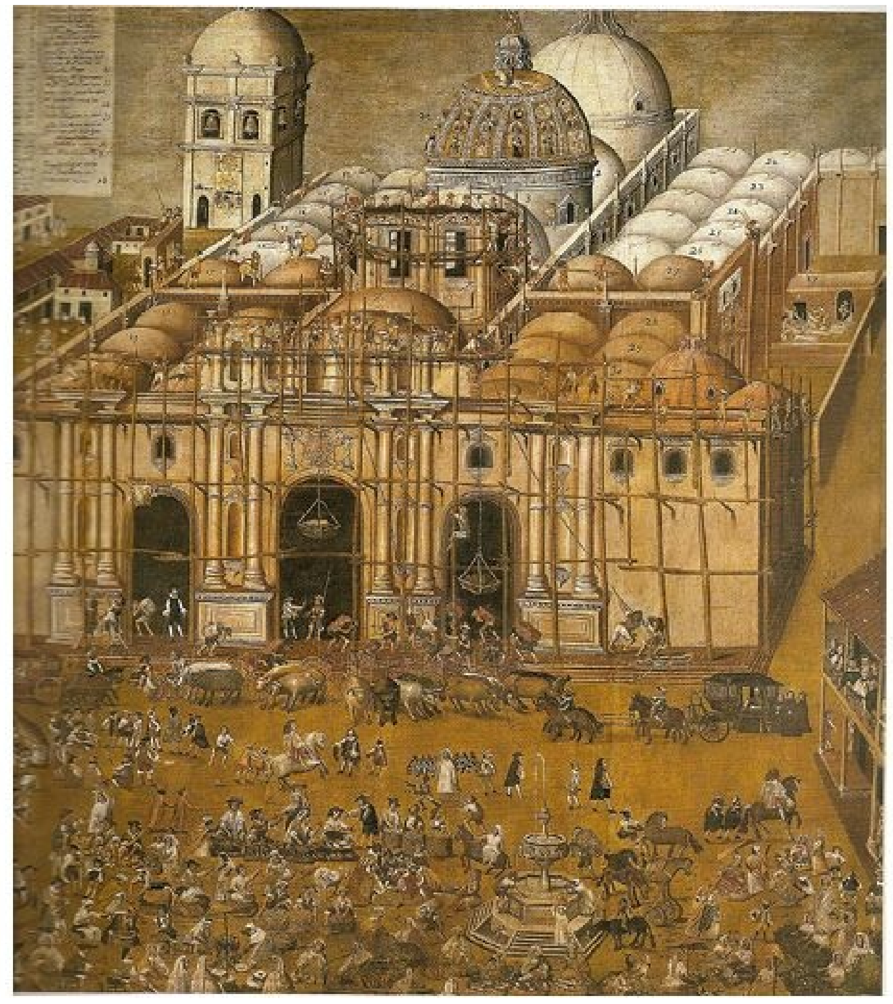
Felipe II también chocó con el papado por la organización eclesial de las Indias. El monarca hizo varios intentos para obtener de Roma un patriarca para la Iglesia de América, pero nunca lo logró. Los papas temían el exceso de independencia y el poder real. Por contra, Felipe II jamás aceptó en los territorios de ultramar visitas de nuncios o de visitadores apostólicos ni permitió que las congregaciones romanas con vocación misionera pudieran desarrollar su labor en el Nuevo Mundo. Más aún, cuando en 1568 el rey convoca la Junta Magna para considerar los problemas del clero en América, deja bien claro que la Santa Sede elegirá a los obispos tras la propuesta hecha por el rey. Además, los elegidos debían jurar fidelidad a la Corona; así, los eclesiásticos se convertían en funcionarios reales, y en la práctica tenían asignadas funciones como tales: recaudar algunos impuestos, impartir justicia y, en ocasiones, eran virreyes o gobernadores.

También fueron comunes los roces *in situ* entre el poder civil y el religioso. Por ejemplo, en Perú, tras las guerras civiles en las que los eclesiásticos tomaron partido claramente según sus propios intereses personales, el virrey Francisco de Toledo retiró a los obispos el derecho a nombrar párrocos y se lo atribuyó a sí mismo. Toledo contó con el apoyo inequívoco de Felipe II.

Tampoco las órdenes religiosas se pudieron escabullir de la vigilancia real. Era el monarca quien autorizaba a las órdenes a misionar en las Indias. Mediante el Consejo de Indias se habilitaba a la Real Hacienda para el pago de la mitad de los gastos del traslado de los religiosos. Luego, los priores de cada congregación debían comunicar al virrey, a la Audiencia o al gobernador de la provincia a la que iban a ir los misioneros, y esperar al informe que dichas autoridades elevaban al Consejo de Indias, que negaba o accedía a las licencias. Durante el reinado de Felipe II se calcula que viajaron a América unos ciento diez religiosos al año. Excepcionalmente, en 1572 se embarcaron unos trescientos treinta y cinco franciscanos y doscientos quince dominicos.

Todo lo anterior suponía una soterrada lucha entre los religiosos regulares y los seculares, especialmente a la hora de elegir obispos. Por asumir el mayor esfuerzo misionero, y en la mayoría de los casos realizado sin desmanes ni afán de lucro, ciento ocho religiosos regulares fueron nombrados obispos (de ciento setenta y un nombramientos) durante el siglo XVI. La rivalidad también se trasladó a la provisión de parroquias indígenas, dominadas en su mayoría por miembros de órdenes religiosas. Ello a pesar de las disposiciones dictadas en 1565 en aplicación de los decretos del Concilio de Trento, que manifestaban una clara preferencia por los seculares. El Consejo de Indias, conocedor de la realidad americana, supo retrasar la aplicación de dichas normas y dejar el peso de la evangelización a los religiosos regulares, mucho más cercanos a los nativos.

Existían claras disposiciones que prohibían a los religiosos dedicarse a otras tareas no relacionadas con la educación o evangelización de los indígenas. Sin embargo, algunos de ellos desarrollaron actividades económicas muy lucrativas, como la explotación de haciendas o minas. En bastantes casos, su comportamiento estuvo lejos de lo que predicaban, y, para ser justos, estas desviaciones se dieron más entre los seculares y entre aquellos de los estamentos más altos de la jerarquía eclesial.



El cuadro muestra la realidad local, en la que se aprecia que los maestros canteros eran españoles o criollos; los cargadores, peones o albañiles eran nativos. La intensa actividad y concentración humana de los alrededores sitúa a la catedral y su construcción como foco de atracción económica, política y social de la ciudad. RAMÍREZ MONTUFAR, Antonio. *Construcción de la catedral de Guatemala*. Galería La Granja, México D. F.

Si el poder civil ejerció una estrecha vigilancia sobre la actividad misionera, no debemos olvidar que todo estaba dentro del complejo engranaje de los contrapesos de poder. Los clérigos seculares controlaban a las órdenes religiosas, las cuales, en muchos casos, tenían a miembros suyos como obispos o arzobispos, todos ellos controlados por los virreyes, auditores o gobernadores, quienes a su vez rendían cuentas al Consejo de Indias, algunos de cuyos miembros eran religiosos regulares o seculares.



Obispos, parroquias y cofradías

Siguiendo las líneas marcadas por el Concilio de Trento (1545-1563), el obispo fue la pieza clave de la vida de las diócesis. El clero secular y regular, a través de la parroquia o la doctrina, quedaba sometido a su autoridad. El obispo desempañaba la función sacramental y judicial de la Iglesia, además de ser el responsable de la enseñanza evangélica, de la legislación sinodal y de la formación de los seminaristas. También estaba encargado de ejecutar las leyes que emanaban del poder civil, el Consejo de Indias, el virrey y la Audiencia. En su mayoría fueron hombres de sólida formación, preocupados por conocer de la realidad americana. No es de extrañar que bastantes de ellos se convirtieran en defensores de los indios.

A nivel local, la parroquia era la célula básica de la vida católica. Los misioneros, en su mayoría miembros de órdenes religiosas, crearon parroquias rurales o «doctrinas» para la evangelización de los nativos, mientras el clero secular se dedicaba a atender a los españoles. Estos últimos eran los moral e intelectualmente menos aptos; generalmente despreciaban a los indios y su preocupación principal se centraba en las rentas de sus tierras y las intrigas políticas.

Generalmente los misioneros mandaban construir a los indios los templos cristianos allí donde estaban los lugares sagrados autóctonos, dando con ello una continuidad religiosa al paraje y manteniendo una identidad colectiva ancestral. Asimismo, era frecuente que los nobles indios bautizados desempeñasen cargos relevantes en la administración religiosa local, aunque casi nunca alcanzasen los hábitos sacerdotales. Existía un funcionario denominado fiscal de doctrina, cargo casi siempre desempeñado por algún cacique indio que actuaba como intermediario entre el pueblo y el sacerdote católico. Este fiscal se encargaba de muchos de los negocios materiales de la parroquia y de evitar idolatrías y comportamientos ajenos a la doctrina: amancebamientos, borracheras, adulterios, etcétera.



Las visitas pastorales eran frecuentes en las diócesis más pequeñas y accesibles, permitían el control de la evangelización y de los sacerdotes diocesanos, así como de las obras de las órdenes religiosas, que más fácilmente escapaban de la influencia obispal. OBISPO MARTÍNEZ COMPAÑÓN. *Obispo en visita pastoral*. Dibujo tomado de la obra Trujillo del Perú (s. XVIII).

Otra institución religiosa de temprano arraigo y gran éxito en el Nuevo Mundo fue la cofradía. Se extendió rápidamente en Perú, y un poco más tarde en México, y siempre antes en las zonas rurales que en las urbanas. La cofradía permitía combinar en muchos casos la devoción personal con cierto «nacionalismo» local o regional y los intereses de facciones sociales o económicas.

En zonas como las de cultura maya, las cofradías se desarrollaron como un ámbito de participación colectiva para los indígenas y los santos patronos se transformaban en señas identificativas para los numerosos pueblos mayas diseminados por el Yucatán. Por ello, este tipo de organización religiosa sirvió, sobre todo en las áreas rurales, para dar cabida a las aspiraciones rituales y de culto de los indios, provocando sincretismos religiosos que han perdurado hasta hoy.

En el campo, los curas se servían de las cofradías para incentivar la religiosidad y la devoción al santoral cristiano, aunque siempre las vigilaban con cierto recelo, pues temían la adoración encubierta a ídolos nativos. Por su parte, a los indios, la cofradía les daba cohesión social y señas de identidad, tan necesarias en su mundo disgregado y confuso desde la llegada de los españoles.

En las ciudades proliferaron también las cofradías de artesanos, organizadas en torno a gremios u oficios. Además de su carácter artesano o laboral poseían una función asistencialista y de solidaridad entre sus miembros. En urbes como Lima, Quito, la Habana o México era frecuente que las cofradías de oficios vinieran definidas por la etnia de sus componentes, así había cofradías de españoles, de indios,

de negros y de mulatos.

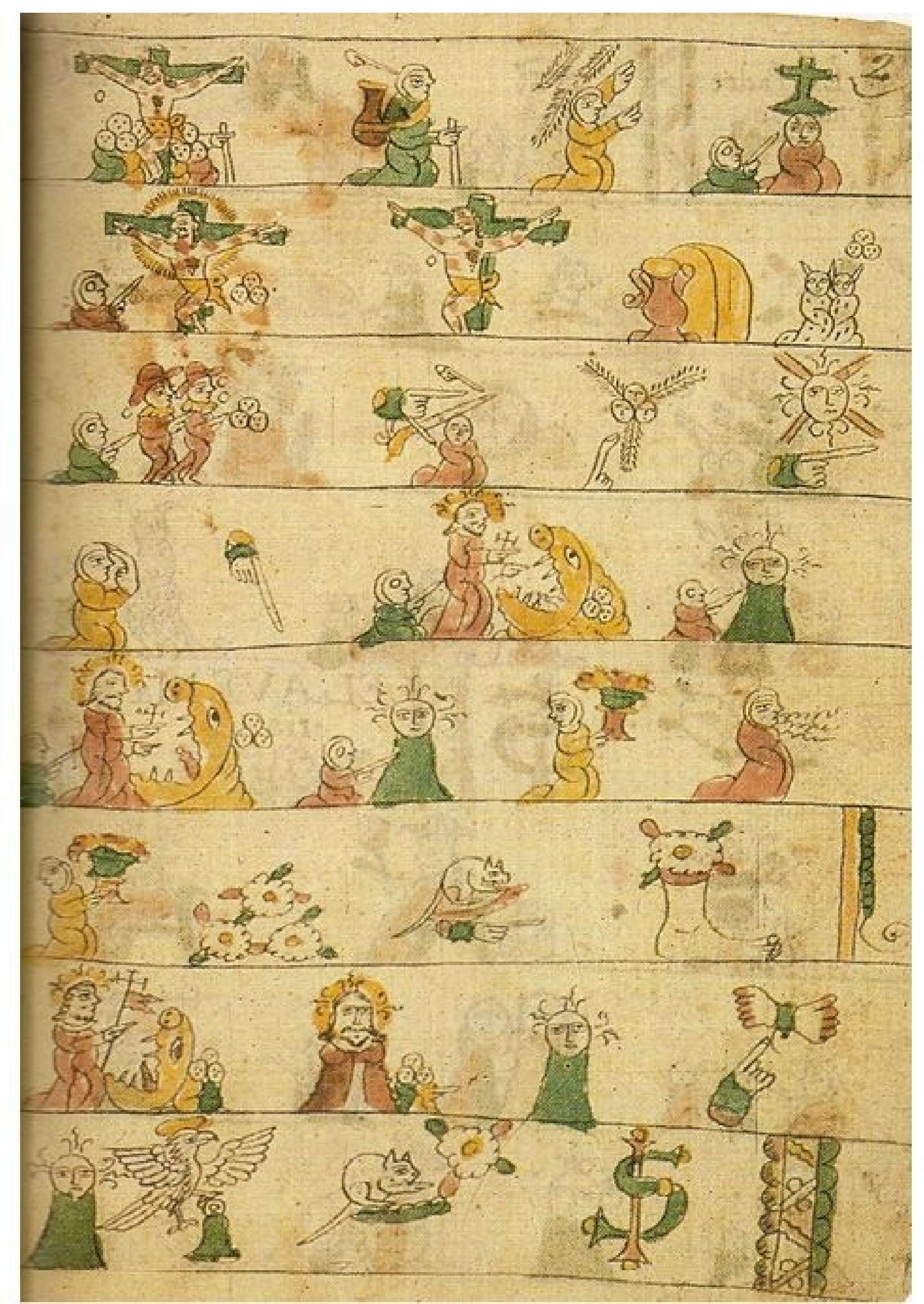
A pesar de las necesidades de clero local, la Iglesia americana siempre contó con una mayoritaria presencia blanca. Tanto los frailes misioneros como los prelados diocesanos mantuvieron una posición negativa acerca de la aptitud de los indios para el sacerdocio. Su etnocentrismo y los magros resultados iniciales en los colegios para la aristocracia nativa apoyaron esta creencia. Los mestizos, en su mayoría ilegítimos, estaban excluidos de la ordenación sacerdotal. En 1576, el papa Gregorio XIII otorgó una dispensa a los candidatos mestizos ante la necesidad de contar con sacerdotes que hablasen lenguas nativas. En la práctica, la exclusión persistió hasta casi la mitad del siglo XVIII. Con frecuencia, los escasos sacerdotes mestizos o indígenas constituían un clero marginado, relegado a remotas parroquias rurales con pocas perspectivas de promoción.

Las órdenes religiosas

Los conquistadores y primeros colonos no tenían entre sus prioridades la evangelización. Aunque la presencia religiosa se dio desde el segundo viaje de Colón, su número no se correspondía con la ingente tarea de propagar la fe católica en el nuevo continente. Las Leyes de Burgos (1512) establecieron que los propios encomenderos debían evangelizar a sus indios y formar catequistas indígenas siempre y cuando superasen el medio centenar de almas a su cargo. Muy pocos cumplieron esta parte de la encomienda, convirtiéndose algunos en los más acérrimos enemigos de la evangelización y los misioneros. Así las cosas, desde el principio fueron las órdenes regulares las que asumieron la propagación de la fe y la formación de los futuros catequistas.

Los franciscanos

Su presencia en América se confirma en los primeros momentos del descubrimiento, quizá debido a la influencia del cardenal Cisneros. En el segundo viaje de Colón (1493) hay ya cuatro franciscanos, otros cinco acompañan a la expedición de Bobadilla (1500) y trece estaban en la flota de Nicolás de Ovando (1502). En 1505 se creó la primera provincia franciscana en América y en 1520 tres franciscanos flamencos bautizaron a indios en México, uno de ellos, Pedro de Gante, familiar directo de Carlos I, (1480-1572) quien junto a Jacobo de la Testera ideó uno de los primeros catecismos jeroglíficos, adaptado a los pictogramas del alfabeto azteca.



Los catecismos con pictogramas fueron una herramienta pedagógica fundamental de evangelización en los primeros años, donde ni los nativos ni los misioneros podían comunicarse oralmente con fluidez. Detalle del catecismo con pictogramas atribuido a Bernardino de Sahagún (entre 1529-1564). Biblioteca Nacional de París.

Hernán Cortés fue entre los conquistadores el más preocupado por la misión evangelizadora. Cuando inicia la penetración por territorio azteca le acompañan el cura secular Juan Díez y el mercedario padre Olmedo, quien bautizó a su famosa amante Malinche. Nada más conquistar Tenochtitlán, Cortés solicita a la Corona más religiosos. En 1524 llegan los Doce Apóstoles, una docena de franciscanos dirigidos por fray Martín de Palencia, entre los cuales destacaría fray Toribio de Benavente, personaje popular muy apreciado por los indios, apodado por ellos Motolinía ("Pobreza").

Este primer grupo, excelentemente formado, inició su misión de forma rigurosa y metódica, prueba del profundo interés y respeto que había despertado en la orden el Nuevo Mundo. En 1519 los franciscanos habían concluido una gran reforma y

América se presentaba como la gran posibilidad de realizar el viejo, pero renovado, sueño revolucionario, en el que una nueva Jerusalén, lejos de todo lo impuro arrastrado por la Iglesia durante quince siglos de historia, podría ser construida por los pobres y para los pobres. En el indio creyeron ver el alma limpia, la tierra abonada para su paraíso de pobreza y verdad espiritual.

Tal y como indican los textos de fray Toribio, los franciscanos optaron por separar a los indios de los españoles «para evitar el mal ejemplo». Esto creó problemas al chocar con los intereses de los encomenderos y funcionarios reales. El aislamiento dio lugar a las reducciones, institución en la que, sin quererlo, los franciscanos crearon un modelo donde armonizar los intereses educativos de los religiosos con los políticos y fiscales de la Corona, facilitando el control, la recaudación y las ventajas sanitarias –aislaba de las epidemias y enfermedades traídas por los españoles–. En la creación de las reducciones no se tuvo nunca en cuenta la opinión de los indios, a pesar de que las disposiciones de 1538 obligaban a contar con su consentimiento.

Los franciscanos, al igual que otros religiosos regulares, hicieron un gran esfuerzo por aprender las lenguas vernáculas. Uno de los Doce Apóstoles, fray Andrés de Olmos, compuso una gramática náhuatl, y durante el siglo XVI hay registradas más de ochocientas obras sobre lenguas nativas. Este celo por comprender y evangelizar a los indios les costó a los franciscanos varios procesos de la Inquisición: a fray Maturino Giberti, una autoridad en lengua tarasca, se le inició proceso en 1559, tras el Concilio de Trento –contrario a las traducciones bíblicas–. Los franciscanos sostuvieron una larga y ardua polémica con el Consejo Supremo de la Inquisición.

Al igual que otras órdenes, consideraron la educación fundamental para extender la fe en la infancia y en especial en los hijos de la nobleza. Con la creación de escuelas, además de rebatir las tesis de algunos colonos y encomenderos que negaban la existencia de capacidad intelectual en los indios, iniciaron un proceso de recuperación del pasado histórico y de normalización de las lenguas indígenas. Entre 1522 y 1525 edificaron las primeras escuelas para nativos, y en 1536 fundaron en México el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco con el apoyo expreso del virrey Antonio de Mendoza y del obispo Juan de Zumárraga. Santa Cruz de Tlatelolco fue durante más de treinta años el centro de formación de los indios nobles y tuvo cierta importancia por ser modelo pionero, aunque su labor obtuvo frutos modestos.

Centrados en México, los franciscanos no acudieron a Perú hasta después de las guerras civiles. El primer convento lo fundan en Quito, y poco después en Lima, Trujillo y Cuzco. En 1553 nace la primera provincia franciscana en el antiguo Imperio inca. Ese mismo año fundan el convento en Bogotá, y en 1555 es nombrado primer obispo de Asunción el franciscano Pedro Fernández de la Torre, figura clave en la creación de las reducciones de Paraguay. Una vez arraigados en Perú, los franciscanos se extendieron a Chile. En la expedición de Valdivia iban varios de ellos. En 1565 ya habían creado allí una nueva provincia franciscana.

En Perú, los franciscanos apostaron por la implantación de reducciones: la mayor

dispersión de los indios y las grandes distancias las hacía más necesarias. La idea era proteger a los indios de los encomenderos y excesos de los españoles, y aunque otorgaban una mejora y seguridad, era a cambio de un mayor control, en ocasiones tan excesivo que provocaba la asfixia económica y social de las comunidades indias.

Los dominicos

En 1508, el prior del convento de San Esteban en Salamanca, en ese momento uno de los centros culturales y espirituales más importantes de Europa, solicitó la autorización para enviar a quince religiosos a La Española. En 1509 les siguieron otros tres más, y dos años después ya había cuarenta frailes, de excelente formación, repartidos por el Caribe. Los dominicos estaban imbuidos del espíritu que la reforma de los conventos había infundido en la orden, caracterizándose por su observancia estricta y rigorismo ético en la obra misional.

Muy pronto iban a chocar con los encomenderos y las autoridades en su defensa de los derechos de la población nativa. Uno de los primeros en arribar al Nuevo Mundo fue fray Antonio Montesinos, autor del célebre sermón del tercer domingo de Adviento de 1511, que despertó las conciencias sobre la acción de los españoles en las Indias. El rey Fernando impuso silencio y el superior de la orden, Loaysa, lo llamó a capítulo. Pero su acción no cayó en saco roto. Montesinos regresó a España e informó a la Junta, presidida por Fonseca, que elaboró las siete proposiciones base de las Leyes de Burgos (1512).

El clamor despertado por los dominicos llegó a paralizar en puerto, en 1514, la mayor expedición hasta entonces fletada con destino a América. El rey Fernando impidió su salida y convocó una junta de teólogos para deliberar sobre la legitimidad de las guerras de conquista. Hasta que no fue redactado el famoso *Requerimiento* (apelación que se hacía a los indios para que aceptasen la sumisión al rey de Castilla) no partió ningún barco hacia el Nuevo Mundo. Aunque en la práctica sirvió de poco, las palabras de Montesinos desataron una viva polémica en España, inaugurando lo que Lewis Hanke denomina «lucha por la justicia en la conquista de América».

Los dominicos pronto se extendieron por las Antillas y el norte de Venezuela, en Cumaná. Aquí, en 1516, llevaron a cabo una experiencia pionera: dos frailes intentaron misionar con la sola compañía del Evangelio, sin ser precedidos de conquista o colonos. La experiencia pareció ser positiva. Tres años después, un nuevo grupo de frailes repitió el intento que terminó con el asesinato de los religiosos a manos de los caciques que ellos mismos habían evangelizado. La orden persistió en la idea, aunque le costase la vida al mismísimo Montesinos. El propio Bartolomé de las Casas insistió en Vera-Paz (Guatemala): enfrentado a los colonos, pidió al gobernador Maldonado y al obispo Marroquín evangelizar la montañosa provincia de Tuzutlán, donde conquistadores y misioneros habían fracasado varias veces. Las Casas prohibió a los españoles, salvo a los religiosos dominicos, la entrada en dichas

tierras e impidió que los indios evangelizados fuesen repartidos entre los colonos. La experiencia pareció ir bien hasta la década de 1550, cuando una revuelta nativa, alentada por los colonos, acabó con el martirio de los frailes.

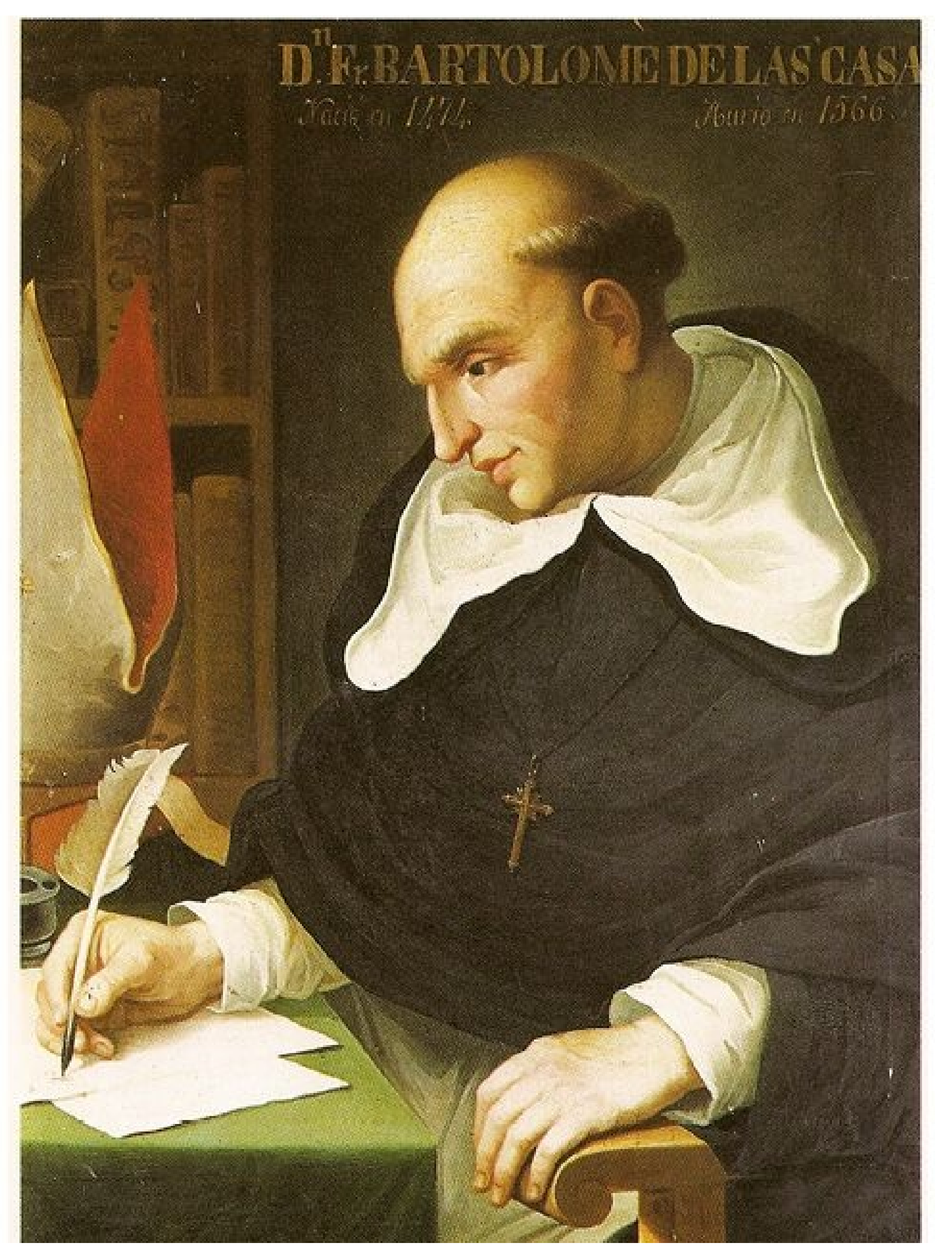
Bartolomé de las Casas

Sevillano, embarcado hacia las Indias junto a su padre en 1502. Colono, encomendero y mercader, sintió la vocación religiosa, se hizo dominico y terminó su formación en Roma, donde se ordenó. Regresó a La Española como presbítero. En 1513 fue el capellán de la hueste conquistadora de Cuba y recibió una encomienda por sus servicios. Apesadumbrado por las atrocidades que cometían algunos españoles con los indios, en 1514 renunció a sus tierras y comenzó su labor evangelizadora y de denuncia.

Escribió informes, cartas, tratados e historia y su apasionada labor atribuló el ánimo del mismísimo emperador Carlos V. Desarrolló un proyecto de evangelización pacífica en la región de Cumaná y, posteriormente, en Chiapas, donde fue obispo. Su insistencia hizo que el rey convocara la famosa junta de teólogos de Valladolid, en 1549, para debatir muchas de las cuestiones planteadas por Bartolomé. Renunció a su obispado y se instaló en España con la intención de lograr del rey y del Consejo de Indias mejoras legislativas a favor de los indios. Fue la figura clave en la lucha por la libertad, dignidad y derechos de los nativos, y sin desearlo dio razones para el nacimiento de la leyenda negra española.

Los dominicos tendieron a fundar grandes monasterios y mantener la comunidad conventual, lo que casaba mal con la dispersión de los frailes en los amplios territorios a misionar. La solución fue crear entre los indios vicariatos de tres o cuatro religiosos.

Aparte de los ensayos y figuras reseñadas, los dominicos acompañarán desde 1526 a los franciscanos en México. En 1530 se crea la primera provincia dominica autónoma en América, cuya sede estaba en Santo Domingo. Pronto se vio ampliada con las de Chiapas y Guatemala. En torno a 1560 fundaron la provincia de Perú, en 1586 la de Nueva Granada y a finales de siglo la de Chile. Con Pizarro fue a Perú un grupo de la orden, siendo el primer obispo de Cuzco el sacerdote dominico Vicente Valverde.



Retrato de fray Bartolomé de las Casas. Museo Colombino de Sevilla.

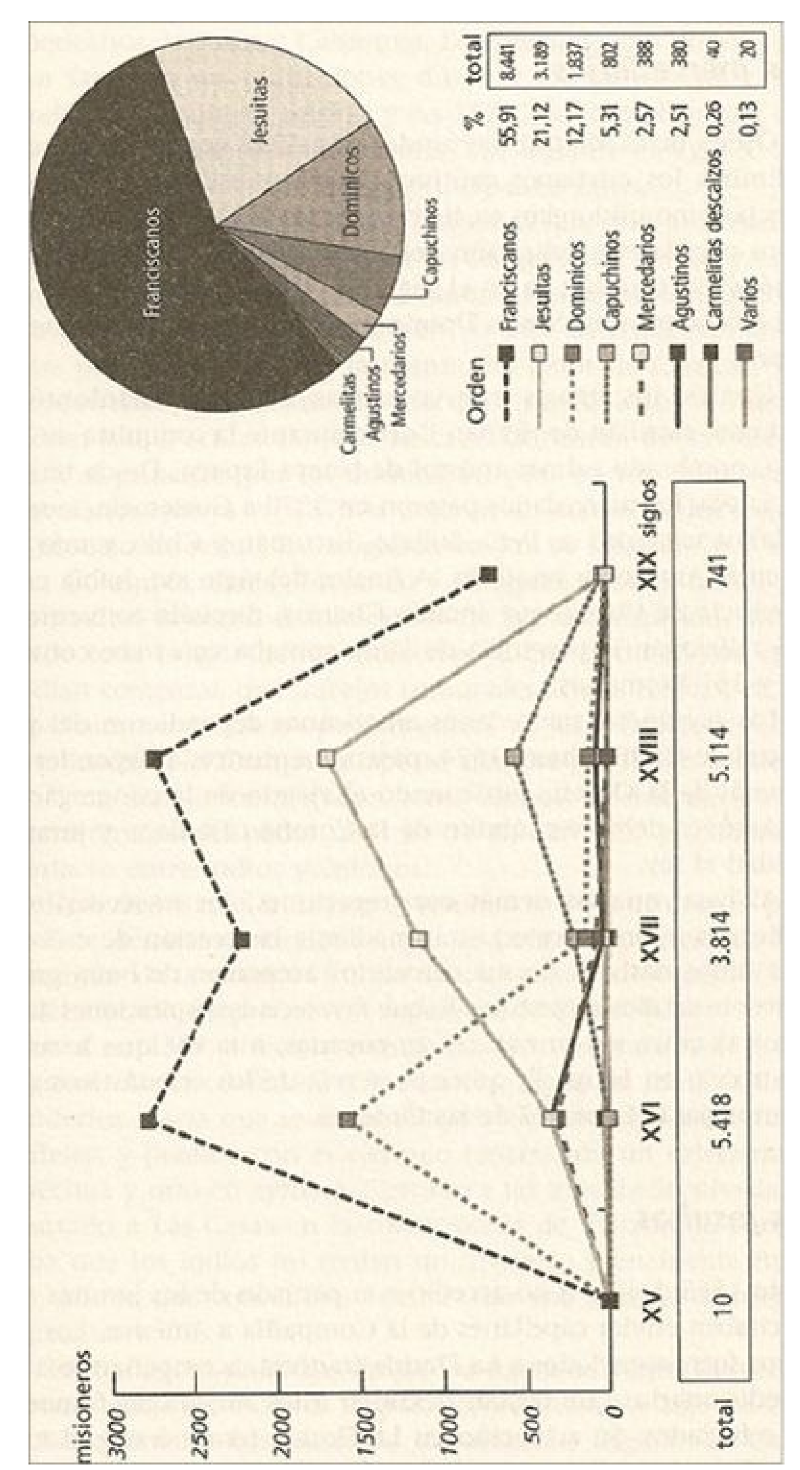
Dominicos destacados en el Nuevo Mundo hubo muchos, pero merece la pena recordar al mártir fray Antonio de Valdivieso, obispo de Nicaragua desde 1543.Amigo de Las Casas, defensor de los nativos, se enfrentó a los encomenderos que se negaban a cumplir las Leyes Nuevas. Fundamentalmente lanzó sus diatribas contra el gobernador Rodrigo de Contreras, el mayor hacendado y encomendero de la región. Abierto juicio contra Contreras, sus dos hijos se tomaron al justicia por su mano y asesinaron al obispo en febrero de 1550.

Otro heredero de la tradición de Montesinos y Las Casas fue el riojano fray Juan Ramírez de Arellano, intelectual destacado en México, siempre en defensa de los nativos, mulatos y negros, nombrado en 1600 obispo de Guatemala. Fue pionero en la defensa y formación de los negros y mulatos.

Los agustinos

Fray Francisco de Nieva, provincial agustino de Castilla, obtuvo en 1533 autorización del Consejo de Indias para mandar misioneros al Nuevo Mundo. Ese mismo año llegaron a México siete frailes. Los agustinos ocuparon las zonas a las que no llegaban franciscanos ni dominicos: el sur del actual México, la parte oriental del estado de Guerrero; el norte, entre los otomíes; y, en el oeste, el territorio tarascó. En 1536 ya tenían en la zona de Ocuituco, Tlapa y Chilapa veintidós parroquias con millares de indios bautizados o en proceso de catequización.

Con la llegada a Lima de doce frailes agustinos en 1551, nace un nuevo foco de actividad religiosa y educativa en la zona andina. Pronto fundaron conventos en Trujillo, Quito y Cuzco. Aunque el convento de Lima nunca fue el más numeroso, fue siempre el motor y cerebro de la labor misional, además de un gran centro cultural y formativo. Desde la antigua capital inca establecieron misiones en el área del lago Titicaca y Charcas.



Misioneros llegados a América durante la época colonial. Fuente: BORGES MORÁN, Pedro. *El envío de misioneros a América durante la época española*. Salamanca, 1977.

La orden agustina se caracterizó por la construcción de grandes conventos fortificados y capillas alrededor de amplios atrios, en numerosas ocasiones acompañados de colegios, donde formaron a millares de nativos y recogieron algunas vocaciones indígenas.

Los mercedarios

La orden de la Merced fue fundada en 1218 con la finalidad de redimir a los cristianos cautivos de los musulmanes. Su experiencia como misioneros en tierras

difíciles los hacía especialmente aptos para la evangelización del Nuevo Mundo. Su presencia en América se constata ya en el segundo viaje de Colón (1493). En 1514 fundaron en Santo Domingo el primer convento mercedario.

Una de sus figuras más conocidas fue fray Bartolomé de Olmedo, capellán de Hernán Cortés durante la conquista de México, nombrado primer apóstol de Nueva España. Desde territorio azteca pasaron, en 1530, a Guatemala, aunque su labor estuvo centrada en Perú, Bolivia, Tucumán y Chile, y más tarde en la amazonia brasileña. A finales del siglo XVI, había en la provincia de Cuzco, que incluía a Charcas, dieciséis conventos y ciento quince religiosos; la provincia de Lima contaba con trece conventos y ciento sesenta y un hermanos.

Las provincias mercedarias americanas dependieron del provincial de Castilla hasta 1574, pasando entonces a depender del general de la orden, aun cuando el vicario de la congregación en América debía ser súbdito de la corona castellana y jurar fidelidad al rey.

Al igual que las demás congregaciones, se dedicaron a formar catequistas mediante la creación de escuelas para niños nativos. En sus conventos aceptaron de buen grado a jóvenes criollos o mestizos, lo que favorecía las aspiraciones autonómicas entre sus provincias americanas, a la vez que levantaban recelo en Felipe II y entre el clero diocesano.

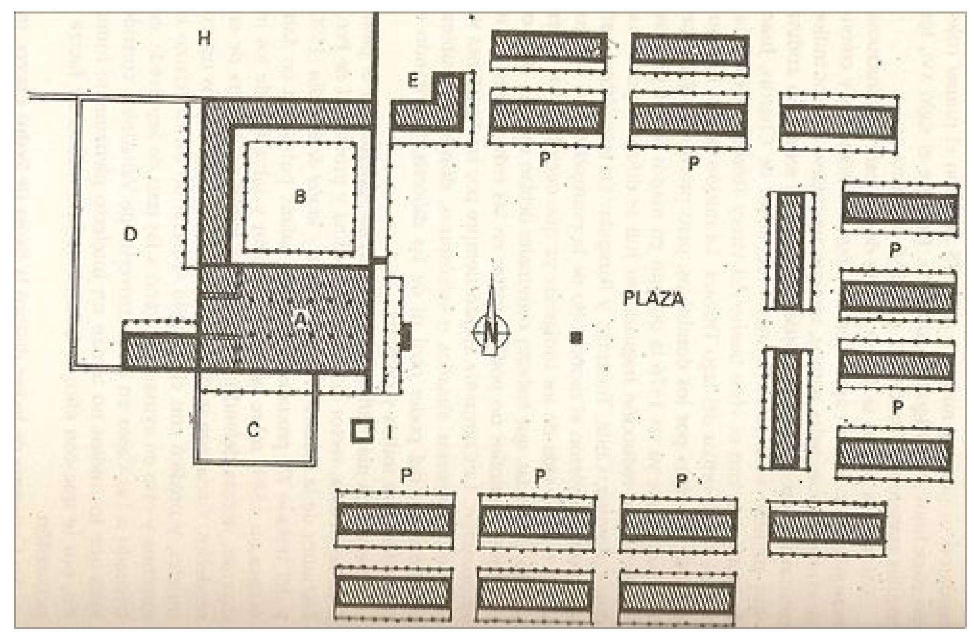
Los jesuitas

Hasta 1565 Felipe II no accedió a la petición de los jesuitas de poder trasladar capellanes de la Compañía a América. En un principio fueron enviados a La Florida francesa, acompañando a los expedicionarios que debían desalojar a los hugonotes franceses allí refugiados. Su actuación en La Florida terminó con el martirio de varios religiosos y el abandono de las misiones.

Tras este desastre inicial, ocho jesuitas marcharon a Lima, donde en 1568 fundan una casa profesa y un colegio. Ese mismo año se establecieron también en Tucumán y cuatro años después ya tenían varias misiones en Nueva España, desde donde se extendieron hacia el norte por los actuales estados norteamericanos de Texas y California. En Paraguay, país donde harían famosas sus reducciones durante los siglos XVII y XVIII, fundaron su primera misión y el primer colegio para los hijos de caciques (Asunción) en 1585. Durante el siglo XVI los jesuitas tuvieron su residencia principal en Lima.

Pronto reconocieron que para una fructuosa evangelización debían aprender las lenguas autóctonas y convivir en las comunidades nativas, aunque avecindarse con los indios contravenía las reglas de la orden. La idea de reducción andina, que primero se forjó en la mente del oidor de Charcas, Juan de Matienzo, con el visto bueno del virrey Toledo, se materializó en Juli, a orillas del lago Titicaca. La misión de Juli, en principio, fue asumida por los dominicos, pero pronto pasó a curas

diocesanos que ya en 1576 la dejaron en manos de los jesuitas. Fue en Juli donde se fraguó el modelo de reducciones que expandieron por Ecuador, Colombia, Chile, Tucumán y Paraguay. En este último país tuvieron el monopolio de la evangelización, controlando toda la vida de los indígenas: los españoles o criollos no podían entrar en las reducciones sin autorización, decidían con quién podían comerciar los indios y qué trabajos comunales debían realizar, etcétera. La Compañía apostó siempre por las «misiones vivas», en territorios alejados o inhóspitos, donde no hubiese interferencias del poder civil ni de las diócesis, evitando siempre el contacto entre indios y colonos.



Misión de San Carlos Borromeo, Paraguay. Esquema de reducción guaraní: A) iglesia; B) colegio; C) cementerio; D) talleres; E) asilo; H) huerta; I) campanario; y P) casas para indios.

Uno de los más influyentes jesuitas en América fue el padre José de Acosta, rector del colegio de Lima y provincial de Perú. Fue autor de la crónica *Historia natural y moral de la India* (1590) y del tratado *De procuranda indorum salute*, publicado en Salamanca en 1589, sobre la evangelización y salvación de los indígenas. Acosta defendió a los indios, según su manera de entenderlos. Creía que se debía adaptar el Evangelio a los nuevos infieles, y predicó con el ejemplo redactando un catecismo en quechua y otro en aimara. Cercano a las tesis de Sepúlveda, enfrentado a Las Casas en la controversia de Valladolid, consideraba que los indios no tenían un intelecto plenamente humano, por lo que con ellos se debía usar una mezcla de fuerza y persuasión.

En Cartagena de Indias destacó la figura de Pedro Claver, misionero entre los esclavos negros, considerado por algunos como el Bartolomé de las Casas de los africanos llegados al Caribe.

La labor de los jesuitas despertó siempre muchos recelos tanto por su defensa de la autonomía eclesial frente al patronato regio como por su manera de actuar en reducciones alejadas al margen de todo control administrativo y vedadas al comercio o explotación colonial. Desde el primer momento, Felipe II instruyó al virrey

Francisco de Toledo para que vigilase el proceder de la orden. Las reducciones guaraníes sufrieron numerosos ataques de colonos y bandidos. Finalmente, en 1767, la Corona española decidió expulsarlos, manifestando, entre otras cosas, su enojo e impotencia para ejercer un eficaz control sobre ellos.

Nadie puede negar el importante papel de la Compañía en América formando técnica y artísticamente a numerosas generaciones de indios y criollos. Merecida fama obtuvieron el colegio técnico de Santa Cruz (México) y el de San Andrés de Quito. Sus catedrales e iglesias, además de constituir algunos de los monumentos más interesantes del período colonial, sirvieron para formar y dar a conocer a numerosos artistas locales. También destacaron por su interesante labor recuperadora del pasado indígena.

Las órdenes femeninas

Las órdenes religiosas femeninas nacieron, en muchos casos, en suelo americano. Todas fueron de vida monástica, contemplativa y sin ánimo misionero. Al fundarse en América, la mayoría tenía bastante personal criollo o mestizo. Desarrollaron una intensa labor educativa entre las hijas del sector criollo, preparando a las muchachas para el matrimonio o la vida religiosa y dándoles una educación básica. En estos conventos también se admitían nativas, pero, al igual que entre los religiosos masculinos, generalmente constituían el nivel más bajo y sus labores no iban más allá de las tareas manuales y menos cualificadas.

El gran esfuerzo misionero se realizó durante el siglo XVI. Posteriormente, la Iglesia se dedicó a vivir de las rentas, con una pastoral rutinaria y conservadora, pensada sobre todo para españoles y criollos acomodados. Muchos eclesiásticos estaban más atentos al proceso de acumulación de patrimonio que a las necesidades espirituales de sus feligreses. Algunos obispados, parroquias y órdenes religiosas acumularon tal nivel de riqueza que se convirtieron en considerables poderes financieros y económicos. La única área específica donde creció la Iglesia fue en la fundación de universidades.

Devoción popular y sincretismo religioso

La religión católica, aunque monoteísta, da una singular importancia al culto de seres sobrenaturales como la Virgen, en sus innumerables advocaciones, los santos, los mártires y los ángeles. La extensísima nómina de seres especiales a los que cabe dirigir la devoción fue estimulada por los frailes y misioneros con la institución del santo patrono, práctica medieval española que en América arraigó muy pronto y permitió unir cualidades atribuidas a los dioses prehispánicos asociados a una función o comunidad específica con su equivalente o similar en el santoral católico. Se produjo así un curioso sincretismo religioso y cultural, muy reconocible en la actualidad, donde se confunden, integran, superponen y homologan fiestas, ritos, ceremonias y dioses ancestrales con la práctica, la doctrina y el imaginario cristiano.



El arraigo de la festividad del Corpus, especialmente en el Perú andino, es un claro fenómeno de mestizaje y sincretismo al identificarse con la celebración incaica del Inti Raymi, en la que se adoraba al sol. La coincidencia temporal y la forma solar de las custodias del Corpus fueron asimiladas y facilitó el culto eucarístico de los indios. En el cuadro también puede apreciarse el amplio muestrario social y las posiciones que cada uno representaba en la escala de la sociedad colonial. ANÓNIMO. *Procesión del corpus en Cuzco*. Palacio Arzobispal de Cuzco.

Algunos ejemplos de este sincretismo:

El culto al joven dios azteca Tezcatlipoca se transforma en el culto a San Juan, el más joven apóstol de Cristo.

La abuela de los dioses aztecas, Toci, se asimila a santa Ana, la abuela de Cristo.

El dios andino del trueno y la guerra, Illapa, se convierte en Santiago, quien según varias leyendas socorre a la hueste española en varias y decisivas batallas.

El Tata Inti (“Sol Padre”) de los incas es relacionado por los indios con el dios padre de los cristianos.

La diosa inca de la fertilidad y la Tierra, Pachamama, todavía hoy en las regiones andinas sigue siendo relacionada con la Virgen María, madre de Cristo y de los

hombres, en especial en su advocación de la Inmaculada Concepción.

Algunas otras advocaciones marianas se identificaron con antiguas diosas relacionadas a fenómenos atmosféricos: la Virgen de los Remedios, con la lluvia y las inundaciones; y la Virgen de Guadalupe, con las sequías.

La fiesta inca del solsticio de verano se convirtió en la Navidad, y la del Inti Rayni en la festividad del Corpus Christi.

Sin duda fue la devoción mariana el culto popular más extendido y profundo, en especial la advocación de la Inmaculada Concepción, misterio que no fue admitido como dogma de la Iglesia hasta el siglo XIX, pero muy defendido por la Corona (Felipe IV intentó que fuera proclamado dogma en el siglo XVII). La orden de los dominicos que no aceptaba el misterio se granjeó la hostilidad e impopularidad de muchas comunidades, en ocasiones alentada por las otras órdenes y la jerarquía eclesial.

Algunas vírgenes tuvieron un papel muy destacado en los procesos evangelizadores, así como, al transcurrir de los siglos, en la formación de identidades regionales. La Virgen de Guadalupe y la de los Remedios en México o la Virgen de Copacabana en los Andes fueron los casos más claros.

Gran importancia tuvo el culto, las procesiones y fiestas del Corpus Christi, promovidas inicialmente por la Corona, por lo que se identificó con la monarquía y los Austrias. La proliferación de cofradías también popularizó la fiesta y el culto al Santísimo Sacramento, cuyas procesiones alcanzaron enorme esplendor a partir del siglo XVII.



El tema guadalupano y la devoción a la Virgen que según la tradición se le apareció al indio Juan Diego es una

clara muestra del mestizaje religioso que terminó imponiéndose en América y que posteriormente será utilizado como símbolo del nacionalismo criollo y seña identitaria nacional de la nueva república mexicana. CORREA, Juan. *Aparición de la Virgen de Guadalupe al indio mexicano Juan Diego*. Museo Nacional de Escultura, Valladolid.

Ya hemos indicado que bastantes miembros del santoral católico fueron asumidos como patronos de ciudades o comunidades específicas. Algunos ejemplos ocurridos ya en el siglo XVI fueron:

- San Benito, patrón de la villa de Potosí
- San Francisco, patrón de Quito
- San Cristóbal, patrón de La Habana
- San Miguel, patrón de Tucumán
- Santiago, entre otras, patrón de Guayaquil y Caracas
- San Felipe, patrón de Montevideo
- San Hipólito, fiesta grande en Ciudad de México por ser el día en que los españoles tomaron la ciudad
- La Virgen del Carmen, patrona de los mestizos peruanos
- Santiago, «Tata Shanty», patrón de Puno y de diversas comunidades nativas del lago Titicaca
- La Inmaculada Concepción, patrona de la Real Universidad de México
- San Marcos, patrón de la Real Universidad de Lima

Fiestas religiosas que debían guardar los indios

Doce fiestas preceptivas según la bula *Altitudo divini consilii* (1537) del papa Paulo III:

- La Circuncisión
- La Epifanía
- El primer día de Pascua de Natividad, de Resurrección y de Pentecostés
- La Ascensión
- El Corpus Christi
- La Natividad de la Virgen
- La Asunción
- La Purificación
- La Anunciación
- San Pedro y San Pablo

Fiestas religiosas que debían guardar los españoles en el virreinato del Perú, además de las señaladas para los indios:

- La Transfiguración

- San Mateo
- San Matías Apóstol
- San Marcos Evangelista (sólo en las ciudades)
- San Felipe y Santiago
- La invención de la Cruz
- San Juan Bautista
- San Lorenzo Mártir
- San Miguel
- San Bartolomé Apóstol
- San Bernabé (sólo en las ciudades)
- Santa Magdalena (sólo en las ciudades)
- Todos los Santos
- San Lucas
- Santiago Apóstol
- Santa Ana (sólo en las ciudades)
- Santo Domingo (sólo en las ciudades)
- La Concepción (sólo en las ciudades)
- San Simón y San Judas
- San Andrés
- Santo Tomás Apóstol
- San Esteban
- La Natividad de Nuestro Señor
- San Juan Evangelista
- Y los dos días siguientes a Pascua

En total, treinta y siete fiestas que, en el virreinato de Nueva España, el III Concilio Mexicano amplió hasta cuarenta y dos. Las diferencias entre las fiestas para indios y españoles no hacían sino ahondar en la diferenciación social de las celebraciones y cultos.

La persecución de las idolatrías indígenas

Los religiosos y autoridades españolas consideraban a las religiones precolombinas como obras del diablo que se habían apoderado del espíritu indígena. Por tanto, dichas religiones eran consideradas «idolatrías» o falsas que debían ser erradicadas con la evangelización cristiana. Así, muy pronto, la extirpación de las idolatrías se convirtió en la gran obsesión de las autoridades eclesiásticas.

A medida que en las primeras décadas el éxito misionero iba confirmándose, los religiosos y gobernantes consideraron que en breve tiempo los cultos, ritos y creencias indígenas quedarían totalmente olvidados del mundo mental y emocional de los indios. Aparentemente, la conversión nativa fue rápida y eficaz, pero el tiempo demostró que muchas de sus creencias y prácticas ceremoniales seguían muy arraigadas en su cotidianidad.

La realidad evidenció cómo se fueron yuxtaponiendo los procesos de evangelización con la práctica de ritos y creencias antiguos, rebrotando estos últimos de forma cíclica, especialmente en las primeras décadas del siglo XVII. En muchas regiones como Chiapas, Guatemala y ciertas zonas andinas de influencia inca, los cultos idólatras fueron promovidos por los caciques o notables de los pueblos. Incluso en el área de cultura maya se dieron casos en los que los indios escondían sus ídolos en las iglesias y recintos cristianos, y con la excusa de la devoción practicaban sus ceremoniales paganos.

La tarea de erradicación de las idolatrías recayó totalmente en la Iglesia. Para tal fin se nombraron a ciertos frailes o sacerdotes como alguaciles o fiscales –a partir de 1610 se los llamó «visitadores de idolatrías»– cuya misión era impedir los cultos paganos y detener y castigar a sus practicantes. Estos visitadores o fiscales tenían capacidad para imponer castigos corporales, torturar y ordenar prisión o destierro a los acusados y condenados.

En México, donde, en principio, el celo misionero logró espectaculares resultados por las rápidas y multitudinarias conversiones colectivas, se pensó que los ritos y creencias que todavía practicaban muchos pueblos indios eran reminiscencias livianas de su reciente pasado. Los religiosos más cándidos pensaron que eran pequeñas supersticiones como las que todavía pervivían en el mundo rural europeo. Esta visión inocente pronto fue superada por la realidad: la persistencia de prácticas paganas.

Algunas de las rebeliones de Nueva Galicia (Mextón, 1541), de la Sierra Madre Occidental, de la meseta de Anáhuac y de Michoacán fueron provocadas no sólo para combatir el dominio colonial sino también por su fuerte rechazo al catolicismo impuesto. En otras zonas rurales no tan permeables al cristianismo, la represión fue atroz. En la región del Yucatán, a partir de la llegada del obispo fray Diego de Landa se desató una dura persecución de idólatras. Él inició el triste y famoso proceso concluido en el Auto de Fe de Mani (1562), donde se llegó a torturar a los acusados.

En muchos casos, si no se llegó a lanzar campañas más duras y desde diversos frentes fue por las luchas intestinas de poder entre el clero regular y las órdenes religiosas y entre la jerarquía eclesial y los poderes políticos. También hay que señalar que algunas órdenes, aun a pesar de combatir las idolatrías, se oponían a los métodos violentos y no colaboraban en nada con la Inquisición.

En la región andina, donde la influencia inca perdura hasta la actualidad, la evangelización fue más lenta y menos exitosa. Si como en México la caída del poder político y religioso del Inca supuso también el derrumbe de las principales divinidades y de la cosmogonía del nativo, no obstante persistieron con fuerza muchas creencias y ceremoniales ligados a la naturaleza. La mayoría de las tradiciones y divinidades nativas estaban muy identificadas con la vida, las tareas diarias y la mentalidad de la tribu o pueblo. Sus dioses se enraizaban en la cotidianidad de sus vidas, frente a los argumentos católicos siempre demasiado intelectuales o alejados de su quehacer vital. Perduraron cultos a divinidades lugareñas que en ocasiones se amalgamaban o superponían con el santoral católico.

La supervivencia de importantes focos de resistencia (los rebeldes de Vilcabamba), el menor entusiasmo de los religiosos y frailes, las propias luchas civiles de los españoles y la inmensidad del virreinato peruano provocaron y favorecieron tanto la pervivencia de cultos idólatras como el resurgir de ceremoniales paganos vinculados a la tierra y a las tareas agrícolas.

Durante el siglo XVII en el virreinato del Perú, a diferencia de lo ocurrido en México, los jesuitas lograron orquestar varias campañas de «extirpación de idolatrías» que contaron con el apoyo entusiasta de las autoridades civiles y religiosas. En ambos virreinatos las estrategias para luchar contra las idolatrías estuvieron vinculadas siempre a asegurar la conversión y educación de las élites indígenas. La fundación por órdenes religiosas de colegios para los hijos de caciques y curacas en México, Lima, Quito o Cuzco obedecía a esta estrategia.

En la mayoría de los casos, la Iglesia católica no entendió el mundo espiritual ni la cosmogonía del nativo. El sincretismo de ritos, ceremoniales y devociones, y la negativa concepción que tenían muchos religiosos sobre la verdadera fe de los indios, extendieron una visión del nativo americano como un falso católico o un contumaz idólatra. Esta visión posee, además de una gran desconfianza, un absoluto desconocimiento e incomprensión sobre cómo los nativos, de especial manera en los Andes, asimilaron la nueva fe, al tiempo que creaban un lenguaje y unas formas capaces de hacerse entender a sí mismos y expresar su realidad espiritual mestiza y sincrética.

Brujos, hechiceros, magos y adivinos

En el mundo indígena los brujos, magos y curanderos, cuyas prácticas antiquísimas permitieron preservar muchas tradiciones y el orden social, tenían un papel fundamental. Con la llegada de los misioneros no cesaron en sus prácticas, y en ocasiones su papel estuvo muy ligado a la lucha por el mantenimiento de ciertos rituales y conocimientos, así como a la defensa de su propio poder dentro del orden social nativo. El cristianismo trastocó la imagen de poder que tenían estos personajes dentro de su grupo, convirtiéndolos en seres poseídos por el diablo, perseguidos por la Inquisición y altamente perniciosos para la comunidad. Casi todos eran hombres y sus dominios preferidos las sociedades rurales, donde eran más demandados por la mayor influencia de lo sobrenatural. Algunos de ellos, para mantener su estatus o la vida, terminaron practicando algunos de los oficios permitidos por la Iglesia, como hierberos o sanadores. Bastantes de ellos jugaron un papel importante en la lucha contra los españoles. Su autoridad aglutinó a pueblos y tribus, y en ocasiones, como en la región de Michoacán, difundieron las más disparatadas historias sobre los frailes y sacerdotes católicos. Con ello no sólo creaban animadversión hacia los misioneros sino que además alejaban a los nativos de las catequesis o de las celebraciones sacramentales.

Las tradiciones atávicas de hechicería y magia india se vieron enriquecidas con ritos y saberes nigromantes llegados de Europa, especialmente en las ciudades donde era más fácil mezclarse y ejercer dichas artes, y de África. Alrededor de la práctica mágica se formaron en las grandes urbes conventículos de mujeres. Famosos fueron los de Lima, donde clientas y hechiceras eran siempre féminas de baja clase social. Esta magia femenina se concentró en las relaciones personales, las artes adivinatorias y la práctica erótica. Mediante conjuros, maleficios, polvos sagrados y filtros de amor se procuraba conocer el futuro, cambiar voluntades y encontrar la satisfacción sexual con el elegido. La persecución ejercida por la Inquisición hacia este grupo fue más laxa que hacia los hombres, y cuando alguna mujer nigromante era detenida se la trataba con cierto paternalismo, aunque no se librasen de azotes y sesiones de reeducación.

La persecución de minorías religiosas

El Nuevo Mundo fue el destino de algunos judíos convertidos tras el decreto de expulsión de 1492. Muchos de ellos se sentían «incómodos» en la Península o no habían renunciado a su verdadera fe. Embarcándose hacia las Indias, creyeron que podrían superar las barreras sociales de la España católica o incluso seguir ejerciendo el judaísmo.

Si esto fue así en las primeras décadas, con la instalación de los Tribunales del Santo Oficio –Lima, 1569; México, 1570; y Cartagena 1610– la colectividad judía comenzó a vivir bajo fuertes presiones, siempre amenazada por la delación, y los conversos estigmatizados con la duda y la sospecha. Ya hemos visto cómo, sin ser tan extremo su celo, la Inquisición americana centró su actividad en los llamados «criptojudíos»; algunos de los acusados sufrieron torturas o el tormento de la hoguera.

Por su parte, y aunque desde 1538 quedó prohibida la emigración de extranjeros a América, también fue dura la persecución de los protestantes. Para la Inquisición, cualquier nacionalidad era una amenaza, especialmente holandeses, griegos, británicos o galos tan habituales entre la marinería de los barcos o entre los corsarios, a los que siempre se les tomaba por herejes protestantes.

También tenían prohibida la entrada en el Nuevo Mundo los mahometanos, y por tanto fueron perseguidos y procesados, si bien su presencia fue anecdótica o muy bien disimulada durante el siglo XVI.

La Inquisición en América

El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, creado por los Reyes Católicos en 1478 para velar por la doctrina de la fe, tuvo su lógica traslación a los nuevos territorios de ultramar. La Corona y la Iglesia quisieron evitar cualquier nueva herejía o disensión que alterase la pureza de la fe en el Nuevo Mundo. Para ello, además de prohibir la entrada en las Indias a judíos y moros, el rey Fernando delegó en los obispos de las Indias las funciones de inquisidores apostólicos.

Esta situación de excepcionalidad no concluyó hasta el 25 de enero de 1569, año de la Real Cédula que establecía los tribunales permanentes de México y Lima. En 1610 se creó un tercero en Cartagena de Indias. Las disposiciones inquisitoriales prohibían proceder contra los indios, por ser neófitos en la fe. Por contra, no se aplicaba la norma a los extranjeros, criollos, negros, mulatos y cuarterones.

El primer auto de fe en América tuvo lugar en 1523, en Santo Domingo, contra Alonso de Escalante, acusado de herejía. Entre 1536 y 1543, Juan de Zumárraga, a la sazón obispo de México, juzgó más de ciento cincuenta causas de blasfemia, idolatría, herejía, bigamia, brujería y superstición. Uno de los escasos condenados a la hoguera fue el cacique indio de Texcoco, don Carlos Ometochtzin, quemado públicamente en 1539 acusado por su cuñado de idolatría y amancebamiento con una sobrina menor con la que tuvo dos hijos.

También fue famoso el proceso por idolatría instruido a instancias del franciscano fray Diego Landa contra indígenas mayas del Yucatán, incluso llegó a celebrarse un auto de fe en Mani (1562) en el que

se dictaron varias penas de tormentos corporales y quema de ídolos.

No fueron muchos los acusados que sufrieron el tormento del fuego pues, en líneas generales, la Inquisición americana fue bastante más laxa que la peninsular. Otro caso excepcional concluido en la hoguera fue el del dominico fray Francisco de la Cruz, acusado de hereje. Junto a él fueron encausados numerosos iluminados en un proceso que duró casi siete años y culminó en 1587 con la quema pública del líder.

Más terrible fue el proceso iniciado en México en 1596, donde se quemó a diez herejes reincidentes, ocho de ellos de una misma familia.

En Cartagena de Indias la Inquisición abrió numerosos procesos por brujería, pero, como en casi toda América, la insuficiencia de personal hacía que su tarea sólo fuese efectiva en las ciudades grandes, y con bastante relajación respecto a los tribunales europeos.

La Inquisición desapareció en América tras las Cortes de Cádiz (1813).

Resistencia, revueltas y rebeliones

Si, como hemos visto, la caída de los dos grandes imperios americanos –azteca e inca– da la sensación de una excesiva facilidad en la conquista y un largo período de calma y paz social, la realidad no fue tan sencilla. Aunque en estos dos focos de colonización hubo rebeliones más o menos permanentes (Costa Rica) o limitadas (sierra peruana), en las zonas fronterizas de ambos se estableció una resistencia contumaz que en algunos casos perduró en la época republicana. Tanto en México como en Perú los españoles encontraron zonas densamente pobladas, bien estructuradas política y socialmente y acostumbradas a producir excedentes económicos y humanos para el grupo dominante. Por el contrario, en el septentrión azteca, en Chile o en el sur y sudeste de Charcas, la colonización fracasó al enfrentarse a pueblos nómadas, desestructurados, con economías de subsistencia y habituados a guerrear para sobrevivir. Por ello, las zonas de frontera siempre fueron hostiles a la conquista.

La resistencia en las Antillas y América Central

Aunque todavía está sin estudiar exhaustivamente, hoy sabemos que en las Antillas los focos rebeldes duraron lo que duró la población indígena. En Santo Domingo, el cacique Canoabo dio más de un disgusto a los españoles. En Cuba, los primeros resistentes fueron las tribus de Guama, pero el guerrero que más fama alcanzó fue Hatuey, plantando cara a Diego Velázquez en la bahía de La Habana, hasta que fue derrotado y quemado en 1511. En Puerto Rico, el líder más belicoso fue Agüeibana. Todos estos movimientos se sofocaron antes de 1515, y para entonces la población autóctona había sido diezmada por el trabajo, la guerra y las enfermedades.



Guerreros aztecas

Canoabo, el primer resistente nativo

Cacique taíno de La Española (Santo Domingo), era considerado como un dios por sus súbditos. Formó un poderoso ejército que hizo frente a los españoles, llegando a destruir el fuerte de Navidad, primer asentamiento hispano en el Caribe. Esta fue la primera acción de resistencia india frente a los españoles. Siempre hostil con la presencia extranjera, atacó el fuerte de Santo Tomás, defendido por Alonso de Ojeda, quien resistió y terminó apresando a Canoabo. Entregado a Cristóbal Colón en 1496, lo llenó de grillos y lo embarcó hacia España, pero falleció durante la travesía. Su bella esposa, Anacaona, continuó la lucha durante cuatro años más.

Ya hemos visto cómo la resistencia azteca duró lo que aguantó la ciudad-estado

de Tenochtitlán. Su caída el 9 de agosto de 1521 supuso el fin del Imperio mexica y el total sometimiento de la población que habitaba la enorme meseta central. En la región maya, el control español se vio dificultado por la diversidad de tribus sin unión política. Los mayas del Yucatán eran el reverso de la moneda azteca: unión cultural pero disgregación étnica y política, y siempre contrarios al yugo europeo. El Yucatán fue sometido por la familia Montejo, pero siempre con sobresaltos e indisciplinas. En 1546, una gran revuelta india acabó con la presencia española durante años. En el área de Itza, la familia india Canek aglutinó en torno a sí un foco rebelde que no pudo someterse –y de forma pactada– hasta 1695. Dos años más tarde, las tropas de Martín de Ursúa ocuparon la zona. La parte norte, reino de la jungla y de grupos indios belicosos, permaneció insumisa. En lo que hoy es Guatemala, la expedición de Alvarado provocó el levantamiento cakchiquel de 1524. La zona se mantuvo siempre en estado de guerra latente. Y los indios de la sierra de Talamanca (hoy Costa Rica) rechazaron todas las expediciones que se adentraron en sus abruptos dominios; jamás pudieron ser sometidos. La región situada al suroeste de los actuales Estados de Belice y centro de Guatemala, dominada por tribus de indios choles, se mantuvo aislada y fue impenetrable para los españoles que fracasaron en numerosos intentos militares de conquista. Lo mismo puede decirse de los indios lacandones apriscados en las selvas de Chiapas.

Al norte de los aztecas, las tribus chichimecas y caxcanes crearon muchos problemas a los colonos. La zona era insegura y siempre al albur de los ataques indios que nunca aceptaron la presencia de extranjeros. En 1540 se inició una revuelta nativa, y un año después, el cacique bautizado Diego el Zacateo levantó toda la zona de Nueva Galicia, llegando incluso a sitiar Guadalajara; fue la conocida como guerra del Mextón. Dicha guerra tenía cierto componente de rebeldía religiosa, pues varios de los cabecillas nativos eran a quienes los misioneros españoles les habían encargado la tarea de convocar a sus pueblos para la catequesis. Los rebeldes se negaron a ello y atacaron ciudades como Tlaltenango, Juchipila y Zacatecas, arrasando iglesias, conventos y misiones. Tres expediciones fracasaron, y el propio Alvarado perdió la vida en la última intentona. Para sofocar definitivamente la sublevación, el virrey Mendoza en persona comandó una gran fuerza militar de castigo con cierto éxito a corto plazo. Tras el descubrimiento de la plata de Zacatecas (1546), las autoridades virreinales establecieron una nueva área de colonización habitada hasta entonces por otras tribus nómadas de chichimecas. Estos indios se adaptaron pronto a las técnicas de guerra de los europeos y al uso del caballo, lo que les daba gran movilidad y permitía el aprovisionamiento. Para protegerse de los continuos ataques y preservar el traslado de la plata, los españoles fundaron, en lugares estratégicos, «presidios» o ciudades defensivas encargadas de pacificar la zona y mantener las comunicaciones. Estos fortines se convirtieron en centros de caza de indios. Todo indígena apresado iba a las minas o a las estancias de la meseta central. A finales del siglo XVI, los virreyes Villamanrique y Velasco introdujeron una

nueva estrategia de pacificación: obligaron a los indios a abandonar la vida nómada agrupándolos en misiones, donde su control efectivo era bastante más sencillo.

De nuevo los problemas surgieron al desplazar la frontera más al norte, en los territorios del futuro Nuevo México. En los fértiles valles de río Grande, los españoles debieron enfrentar a los nómadas y rudos apaches, a los que sólo el exterminio del siglo XIX pudo someter.

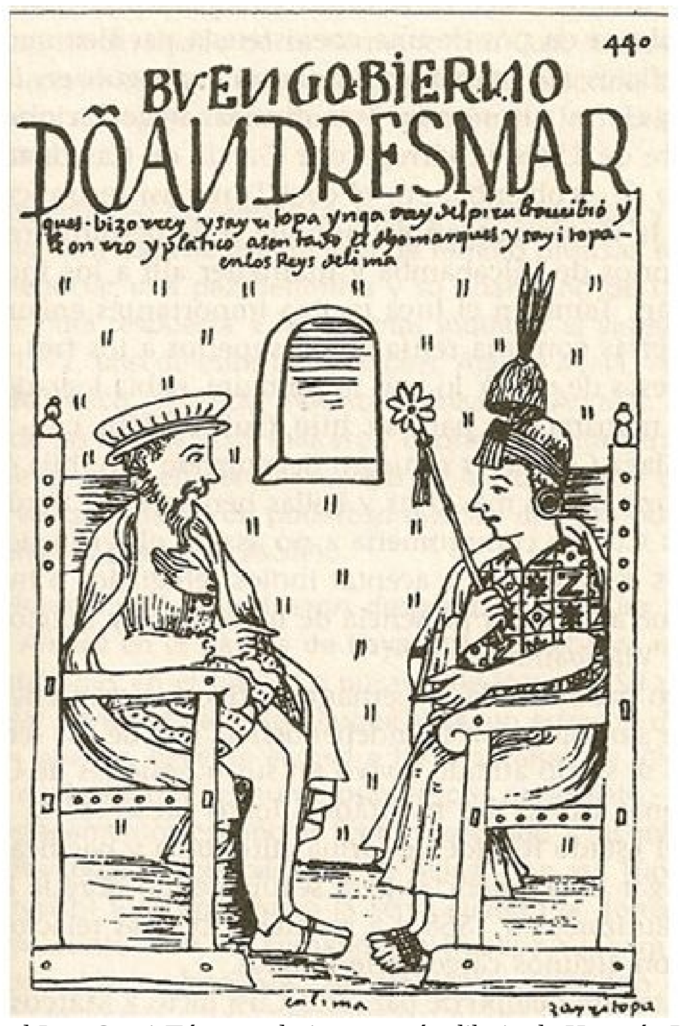
La zona de Baja California, muy poco explorada durante el siglo XVI, mostró pronto su rechazo a la presencia europea. Las tribus de cochimis, pericues y guaycuras fueron siempre belicosas con los colonos y misioneros y protagonizaron revueltas cíclicas durante más de tres siglos.

La resistencia inca en Vilcabamba

Como vimos en su momento, Manco Capac plantó cara a los españoles tres años después de la entrada de Pizarro en Cuzco. Manco era hermanastro de Atahualpa pero se unió a Huaskar en su lucha por el trono. Vio en los españoles un aliado para sus intereses y colaboró con ellos siempre que pudo. El propio Pizarro lo coronó Inca para utilizarlo como testaferro y alimentar las divisiones internas entre los curacas indígenas. Pero en 1536 se agotó su paciencia. Harto de humillaciones, mediante un ardid engañó a Hernando Pizarro, huyó de Cuzco al valle sagrado de Yucay y reunió un poderoso ejército que en la Pascua de 1536 sitió la ciudad. Los batallones indígenas tomaron la fortaleza de Sacsayhuamán, sobre el cerro que domina Cuzco, y desde allí iniciaron el hostigamiento a los españoles. La rebelión fue secundada en otros puntos del Perú como Lima, Jauja o las regiones andinas. Manco intentó que aquello fuese el principio de la guerra de reconquista inca. Tras unos meses de graves enfrentamientos, el país fue recuperando la paz, excepto la región cuzqueña, cuya capital estaba a punto de sucumbir.

Manco Inca tuvo ciertas indecisiones y no lanzó el ataque definitivo que, sin duda, le hubiese permitido apoderarse de Cuzco. En un momento pensó en una negociación con Almagro: aprovechando las graves disensiones con Hernando Pizarro, podrían trabar una alianza que les permitiese apoderarse de la ciudad y repartirse el territorio. Pedro de Oñate fue el encargado de parlamentar, en virtud de una antigua amistad entre ambos. Pero las diferencias eran muchas. Entre otras cosas, Almagro no estaba dispuesto a matar a numerosos compatriotas como pretendía Manco, ni el inca podía olvidar las traiciones de Almagro y los españoles en Cajamarca. Así que, rotas las negociaciones, los ejércitos indios continuaron su asedio y lanzaron nuevos y briosos ataques.

Mas en la primavera de 1537 y sin explicación coherente, las tropas nativas que rodeaban Cuzco comenzaron una rápida y desordenada retirada. Luego se supo que el retraso en la batalla definitiva, las disensiones internas y las fuertes sequías de aquel año desalentaron a los indios que hartos de esperar optaron por volver a sus poblados y evitar la hambruna a sus mujeres e hijos. Con los restos de un ejército fantasma, Manco huyó a las montañas, en el valle sagrado de Urubamba, en los alrededores de Machu-Picchu, donde se formó el reino neoinca de Vilcabamba. Apriscado entre cerros y selva, con el apoyo de las tribus anti, con las cuales antaño los incas habían establecido alianzas ocasionales, reorganizó un ejército guerrillero y lanzó varios ataques contra los españoles y contra los indios huancas, colaboradores fieles de Pizarro.



Entrevista entre el Inca Sayri-Túpac y el virrey, según dibujo de Huamán Poma de Ayala.

A la muerte de Manco, su hijo Sayri-Túpac fue proclamado Inca y mantuvo la resistencia durante casi diez años; más de forma nominal que efectiva. El Estado neoinca siguió existiendo pero en convivencia pacífica, pues, desde la terminación de la guerra civil (1549), los virreyes españoles habían iniciado negociaciones para acabar con la sedición. En 1557, Sayri se avino a firmar un acuerdo con el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, por el cual reconocía la autoridad de la Corona española en todo el Perú. A cambio, recibía una de las grandes encomiendas que fuera de Hernando Pizarro, sin duda la más lucrativa del Perú, y las fértiles tierras de Oropesa y del valle sagrado del Yucay. Así, Sayri pasó de ser emperador inca rebelde a uno de los más ricos encomenderos del Perú colonial. Mas en 1561 Sayri murió envenenado en su heredad de Yucay. Su asesinato desató muchas especulaciones sobre quién lo mató: ¿nativos que se sintieron traicionados?, ¿españoles?, ¿el hermanastro rebelde de Túpac Amaru? Su muerte trajo nuevos recelos y la guerra se reactivó desde Vilcabamba.

El Taqui Ongui y el Tratado de Acobamba

Titu Cusi Yupanqui, hermanastro del envenenado Sayri, heredó el trono incaico, y desde Vilcabamba denunció todos los acuerdos con los españoles optando por la resistencia armada. Titu organizó un nuevo movimiento de carácter general, el Taqui Ongui, basado en las revelaciones incas que preveían un nuevo ciclo de bonanza para su pueblo y la derrota de los españoles y sus dioses. Las primeras revueltas comenzaron en 1564 y, a pesar de la violenta respuesta española, la rebelión se extendió por la franja de Huamanga, Arequipa y Cuzco. Los rebeldes atacaban a los encomenderos y colonos a los que robaban indios, ganado y saqueaban sus viviendas. Así mismo, emboscaban a pequeñas patrullas militares o a los convoyes de mercancías. Creyendo a los oráculos, diversas tribus se levantaron; especialmente vigorosa fue la rebelión en Jauja. El objetivo de Titu Cusi era atraer hacia su territorio al mayor número posible de indios, desde allí expandir su zona de influencia y resistir como una provincia independiente dentro del virreinato.

Sin embargo, a partir de 1565, tras la rápida represión de la revuelta de Jauja y sus escasos avances militares, el Inca comprendió que su misión era imposible y que nunca podría derrotar al ejército virreinal. Asesorado por el español Martín Pando, y después de recibir diversas propuestas de pacto, cambió de política en pos de una coexistencia pacífica que llevase más beneficios a su pueblo y le permitiese seguir en las montañas con cierta autonomía. Tras arduas negociaciones, el 14 de octubre de 1566, el virrey Lope García de Castro ratificaba el Tratado de Acobamba, por el cual Titu Cusi reconocía su sumisión a la Corona española, aunque se le permitía residir en sus territorios de Vilcabamba y mantener allí a los indios que lo desearan. También el Inca recibía importantes encomiendas y otras tierras con una renta anual superior a los tres mil quinientos pesos de oro. Y lo más importante, había logrado la promesa de matrimonio para su hijo Quispe Titu con la *ñusta* Beatriz Clara Coya, hija de Sayri-Túpac y una de las más ricas y bellas herederas de Perú. Por su parte, Titu Cusi se comprometía a no asaltar el territorio ocupado por los españoles ni a aceptar indios refugiados o huidos, al tiempo que admitía la presencia de misioneros y religiosos cristianos en Vilcabamba.

La gran habilidad del gobernante nativo fue mantener la apariencia de sumisión con la independencia real de sus territorios. Como no se sintió atraído a vivir en sus posesiones de Cuzco ni a abandonar nunca las montañas, logró preservar la supervivencia de la región rebelde de forma autónoma y pacífica. Ese saber conjugar las apariencias para seguir siendo libre lo llevó incluso a bautizarse en 1568 y a mantener buenas relaciones personales con algunos cargos eclesiásticos.

Durante este tiempo de paz, Titu Cusi dictó a Marcos García, el español encargado de la instrucción cristiana del Inca, una larga *Memoria* destinada al rey Felipe II, que es un excelente resumen de la conquista vista desde la perspectiva de

los vencidos y constituye la única memoria autobiográfica de un miembro de la familia real inca, más aún, es la única autobiografía de uno de los protagonistas de cualquiera de los dos lados.



Soberano Inca luciendo la mascapaicha, símbolo de su poder y divinidad. Archivo General de Indias, Sevilla.

A finales de 1569, con la llegada del nuevo virrey Francisco de Toledo, las cosas cambiaron. Toledo llegó con una mente abierta hacia los incas pero convencido de que había que hacer desaparecer la ficción de un Estado neoinca de Vilcabamba, peligroso ejemplo y nido siempre de rebeliones latentes. El virrey pensaba atraer hacia Cuzco a Titu Cusi a cambio de nuevas tierras y más rentas. Sin embargo, una noche de 1571, entre septiembre y noviembre, el Inca se sintió mal y murió a las pocas horas. Su muerte supuso un vuelco en las relaciones con la autoridad colonial. Su sucesor, Túpac Amaru, optaría por no negociar nada.



Los matrimonios entre la nobleza incaica y las élites gobernantes españolas fueron tanto un proceso de mestizaje como de mantenimiento de una continuidad dinástica de poder y legitimación de la acción española en América. Cuadro anónimo que representa la unión de la descendencia imperial incaica con las casas de Loyola y Borja. Museo Pedro de Osma, Lima.

La resistencia chilena

Las tribus que habitaban en la franja de tierra entre el Pacífico y la cordillera de los Andes, el actual Chile, fueron siempre enemigas de los españoles. Eran pequeñas tribus o grupos familiares nómadas habituados a la guerra y al saqueo para subsistir, que habían establecido en el río Bio-Bio el límite de la penetración del Tahuantinsuyo. Este hecho muestra cómo las tribus bajo dominación inca estaban adaptadas a la presencia extranjera, a crear un excedente económico y a vivir bajo estructuras políticas y sociales bien definidas e impuestas. Por ello no es casualidad que los españoles encuentren problemas nada más cruzar el río.

Aun cuando en el primer contacto con los extranjeros las tribus araucanas se vieron sorprendidas por las armas de fuego, los caballos y la organización militar, pronto se adaptaron al nuevo tipo de combate: robaron caballos y aprendieron a montarlos y lo mismo hicieron con los arcabuces. Ya en 1533 rechazaron a las tropas de Almagro en Tucapel, en el mismo lugar donde moriría Pedro de Valdivia pocos años después.

Los grandes héroes de la resistencia chilena

Michimalongo

Fue el primer cacique chileno que supo unir a las dispersas tribus araucanas para hacer frente a los españoles. Si en un principio los recibió amigablemente, pronto comprendió que los extranjeros no estaban de paso. Dispuesto a luchar, formó una confederación de tribus y peleó duramente contra los hombres de Valdivia. Mas después de algunas batallas saldadas con cuantiosas bajas en el lado indio, buscó refugio en la provincia de Aconcagua, al norte de Santiago. En 1545, enterado Michimalongo de los disturbios en Perú y la muerte del virrey Blasco Núñez de Vela, intuyendo la debilidad española, levantó en armas a las tribus entre Aconcagua y Coquimbo. Los ataques continuos pusieron en jaque a las magras tropas hispanas, y el propio Valdivia debió asumir personalmente el mando para sofocar la rebelión. Después de rechazar varios ataques, asedió el *pucará* o fortaleza refugio del cacique hasta quebrar sus defensas. Apresado Michimalongo, el resto de las tribus se sometieron y los guerreros indios se dispersaron. El cacique logró salvar su vida y obtener la libertad a cambio de valiosas informaciones sobre ciertas minas en Quillota.

Lautaro

Nacido en 1534, siendo apenas un adolescente luchó contra los primeros soldados españoles que llegaron en el destacamento de Pedro de Valdivia en 1541, pero fue capturado y convertido en lacayo. Avezado en las artes de la guerra, aprendió el modo de combatir de los españoles y cómo tratar y montar a los caballos. Años después logró escapar y se unió a los guerreros araucanos que seguían peleando por sus tierras. Lautaro se convirtió en su líder y les enseñó cómo podían derrotar a los españoles: primero debían llevarlos a un terreno dificultoso para los caballos y después atacarlos por oleadas continuas hasta agotarlos. De tal manera formó una multitud de escuadrones no muy numerosos para golpear escalonadamente y tras agotar a la caballería entraba en acción el grueso de las

tropas araucanas. Así, la primera batalla que planteó Lautaro, en Tucapel, en diciembre de 1553, llevó a los españoles a un terreno pantanoso y puso en marcha su táctica. El desastre hispano fue total, y el propio Valdivia pereció en el combate. Durante cuatro años tuvo en jaque al ejército español, infligiéndole dolorosas derrotas como la de Marigüeñu (1554) o la destrucción de Concepción (1555). El tifus y varias enfermedades fueron diezmando a su pueblo, aunque los araucanos siguieron infligiendo derrotas a los efectivos hispanos hasta que, en abril de 1557, un debilitado Lautaro fue derrotado por Francisco de Villagrá en la batalla de Peteroa; su cabeza fue llevada a Santiago en cuya picota permaneció colgada varios días.

Caupolicán

Legendario guerrero mapuche cuyas hazañas sirvieron de inspiración a poetas como Alonso de Ercilla y Rubén Darío. Debió de ser un cacique respetado de la región de Paimaiquén, aunque se tienen muy pocos datos biográficos ciertos. Unido al otro gran guerrero araucano, Lautaro, infligieron duras derrotas a las tropas españolas de Valdivia y Pedro de Villagrá. A pesar de sus éxitos militares debió refugiarse en las montañas y padecer largos asedios. Sintiéndose acorralado, hizo varias peticiones para hacer pactos, todas ellas desoídas por el gobernador García Hurtado de Mendoza. A finales de 1557 fue apresado y muerto por empalamiento en la ciudad chilena de Cañete.

Colocolo

Cacique araucano de la región de Angol, continuó la tradición resistente de Lautaro y Caupolicán. Su valor guerrero y personalidad habían conseguido confederar a innumerables tribus y pueblos chilenos hasta lograr un ejército de más de quince mil nativos con el que se atrevió a asediar el fuerte Arauco en abril de 1563. En uno de los primeros asaltos, Colocolo se presentó ante el capitán del fuerte, Bernal de Mercado (1516-1595), portando como trofeo la cabeza de dos soldados españoles asesinados por él en Concepción. El sitio duró cuarenta y dos días con continuas escaramuzas y batallas. Los españoles llegaron a comerse los caballos muertos y a beber el orín de las bestias. Sólo unas lluvias torrenciales que proporcionaron reservas de agua y una fuerte epidemia de diarrea extendida entre los mapuches salvó de la muerte a los sitiados. Colocolo cayó muerto durante el asedio y se convirtió en uno de los más afamados mártires chilenos.

Posteriormente los araucanos lograron agruparse en una especie de confederación tribal y organizar, en 1598, una gran rebelión general. Durante dos años derrotaron a los españoles y los hicieron retroceder hasta el río Bio-Bio, frontera natural hacia el sur infranqueable durante décadas. Sin embargo, la unión de las tribus –algo totalmente ajeno a su historia– fue esporádica. Los indios nunca pensaron mantenerla ni crear algo parecido a un ejército estable. Su período de campaña venía determinado por el equipo y el aprovisionamiento que cada hombre podía llevar consigo. Además, les faltaba la identificación con un territorio amplio más allá de los cortos límites donde cazaban o se establecían temporalmente. Por eso la campaña de 1598 no tuvo continuidad, aunque los araucanos nunca dejasen de atacar o sublevarse: 1572, 1589, 1590, 1598, 1599, 1600, 1602…

A partir de 1572, los virreyes del Perú destinaron una parte del quinto real a la defensa de Chile, contabilizándose más de doscientos mil ducados entre 1589 y 1594. Tras la serie de derrotas de 1598-99 y la muerte del gobernador Martín García de Loyola, cuya cabeza fue paseada en la punta de una lanza india, el Consejo de Indias decidió mantener en Chile un ejército permanente de dos mil hombres. Esta estrecha

franja de tierra se convirtió en el Flandes americano de la Corona, una onerosa carga económica y militar. Chile fue una tierra de proscritos, donde se enviaban a criminales, desertores, esclavos y delincuentes para obtener la remisión de sus penas a cambio de servir en el ejército colonial. La guerra endémica provocó la volatilidad de las fronteras y durante los períodos de paz la convivencia entre araucanos y españoles permitió tibios intercambios comerciales y culturales.

La resistencia al sur y sureste de Charcas

Las tribus chiriguanas

Más allá de los límites incas, la cordillera de los chiriguanos, próxima al corazón andino, formó una frontera resistente a la colonización durante varios siglos. Los chiriguanos eran tribus guaraníes emigradas de las riberas del Paraguay y Paraná, que se asentaron en las montañas del sudeste de Charcas tras someter a los habitantes locales, los indios chasíes, y entrar en contacto con los incas. Huayna Capac envió varias expediciones de conquista, y aunque muchos chiriguanos fueron capturados y obligados a trabajar en las minas, jamás aceptaron la dominación. Así pues, los españoles encontraron un pueblo acostumbrado a la lucha por su independencia y muy bien adaptado al terreno duro y abrupto de los Andes. En 1560, los chiriguanos lograron aliarse con diversas tribus andinas, hasta entonces enemigas entre sí, y lanzar varios ataques contra posiciones españolas. Coincidió todo ello con el momento de mayor debilidad militar del virreinato ocupado en el levantamiento inca del Taqui Ongo.

¿Fue esta alianza andina fruto de la diplomacia de Titu Cusi o simplemente una reacción espontánea del mundo indígena que dos décadas después de la invasión era capaz de reaccionar ante la amenaza colonizadora? De momento no tenemos la respuesta; posiblemente fuese una combinación de ambos factores. Sea lo que fuere, durante varios años, los chiriguanos mantuvieron su territorio libre de la presencia europea y fueron capaces de contraatacar, llegando incluso a arrasar encomiendas cercanas a Potosí. Hasta 1575, el área entre Tarija, Potosí, La Plata, Santa Cruz y la cordillera chiriguana fue hostil e insegura para los españoles.

Una vez derrotado Túpac Amaru, el virrey Francisco de Toledo decidió pacificar y someter a las tribus guaraníes del altiplano. La expedición terminó en fracaso y a punto de costarle la vida al virrey. Envalentonados, los indios lanzaron ataques más allá de los ríos Cuapay y Pilcomayo. Durante las dos últimas décadas del siglo XVI, con la fundación de las ciudades y fortines de Pomabamba, Paspaya, Cinti y San Lorenzo, se logró alejar el peligro chiriguano al sur y sudeste de Charcas. La gradual colonización del territorio obligó a los indios a refugiarse en las montañas, desde donde resistieron hasta después de la independencia.

Los indomables calchaquíes

Por otro lado, en la región que hoy ocupan las provincias argentinas de Salta y Jujuy, lo que en el siglo XVI era la gobernación de Tucumán, los nativos también ofrecieron una dura resistencia. Los pueblos indios de diaguitas, juríes, catamarqueños y sonogates que habitaban los valles calchaquíes fueron una amenaza constante para la colonización. Las ciudades de Cañete, Córdoba y Londres fueron arrasadas a

principio de la década de 1560. Las luchas entre los gobernadores españoles y las tensiones por controlar el territorio desde Lima o Chile dejaron en ocasiones desguarnecido el territorio, lo que aprovecharon convenientemente los calchaquíes para hostigar a los intrusos. En 1589 el cacique Silpitode supo unir varios pueblos de los valles y organizar una fuerte rebelión. Sólo la experiencia militar del gobernador Juan Ramírez de Velasco permitió la captura del líder calchaquí a quien obligó a firmar un tratado de paz que dejaría en calma la zona por algunas décadas. Los excesos de los españoles, el mal trato dado a los indios y la presión sobre su territorio volvería a soliviantarlos varias veces durante el siguiente siglo.

La resistencia en el norte del virreinato de Perú

Colombia

En las dos terceras partes del actual territorio colombiano habitaban los indios chibchas, considerados la tercera gran civilización americana por su organización social, su nivel de desarrollo, las riquezas acumuladas y las tierras bajo su dominación. Al frente de los chibchas se encontraba el *Zipa* o cacique principal Tisquesura, un soberano a la altura de los emperadores aztecas o incas, que recibió con muchos recelos la llegada de los españoles.

Desde que Gonzalo Jiménez de Quesada entró en sus tierras, los ejércitos chibchas lo siguieron a prudente distancia, y en ocasiones atacaron la retaguardia. Durante meses, Quesada trató de negociar con el *Zipa*, pero este se mostró esquivo y hostil, contestando siempre a sus embajadas con ataques rápidos y sorpresivos. Tisquesura, sin mostrarse pero haciéndose sentir, se convirtió en una misteriosa e invisible pesadilla para los españoles.

Hábil en la lucha de guerrillas y en las estrategias de confusión, una de sus famosas añagazas fue hacerles creer a los expedicionarios de su buena voluntad enviándoles unos guías para mostrarles el camino hacia las deseadas minas de esmeraldas. En realidad, los guías chibchas condujeron a las huestes de Quesada al territorio del cacique rival Zaque para que combatieran entre sí. Así pudo durante meses ir escondiéndose, mientras los españoles arrasaban ciudades y robaban parte de las riquezas de su enemigo, hasta que, a finales de 1537, un batallón español logró descubrir el escondite del *Zipa*. Quesada ordenó su captura, lo quería vivo para que contase dónde estaba escondido su fabuloso tesoro y dónde se hallaban las minas de esmeraldas. Sin embargo, en la confusión de la batalla, un soldado hispano disparó contra un indio que huía sin saber que acababa de matar al gran *Zipa* Tisquesura.

La resistencia nativa la continuó Sagipa, primo hermano Tisquesura. Con ataques precisos y cortos hostigó a las tropas de Jiménez de Quesada hasta que varias derrotas le decidieron a pactar. A Sagipa le convenía un acuerdo con los españoles, ya que carecía de fundamento legal para ocupar el puesto de su primo, al tiempo que el apoyo militar hispano le garantizaba el sometimiento de su pueblo. Por tanto la alianza se mostró eficaz al principio, en especial en la lucha contra los feroces indios panchas, enemigos de ambos. Pero con el tiempo la desconfianza mutua se acrecentó y se repitió una historia parecida a la de Atahualpa, con idéntico final.

El engaño de Sagipa

El *Zipa* Sagipa jugó un doble juego con los españoles. Mantuvo una alianza con ellos al tiempo que

> alentaba ataques y rebeliones de tribus y caciques chibchas. Finalmente las suspicacias de Jiménez de Quesada se rebosaron cuando el cacique se negó a confesar el paradero del tesoro escondido de Tisquesura. Quesada, presionado por sus capitanes, mandó arrestar al *Zipa* y someterlo a tortura hasta que confesara. Sagipa, al igual que había hecho Atahualpa, ofreció llenar con las riquezas del tesoro la estancia de un palacete cercano a su prisión, a cambio de su vida. Durante noventa días porteadores indios escoltados por guerreros del *Zipa* fueron llevando piezas de oro y esmeraldas al lugar acordado, sin embargo los guerreros de la escolta sacaban entre sus ropas y armas lo transportado. A los tres meses, Quesada entró a inspeccionar la habitación y vio que estaba vacía. Burlado y ofendido, dio orden de arrestar a Sagipa y torturarlo hasta la muerte.

Venezuela

La familia de banqueros Walser, a quien Carlos I debía favores y dinero, obtuvo la concesión de la explotación de las tierras venezolanas. Uno de sus lugartenientes, Nicolás Federmann, realizó diversas expediciones por el curso alto del Orinoco y las estribaciones andinas, entre 1530 y 1531, caracterizadas por la avidez de riquezas y la crueldad con los nativos. Ello provocó desde un principio una fuerte hostilidad a cualquier presencia extranjera en el territorio venezolano. Así, las posteriores empresas colonizadoras en la región fueron contestadas con recelo belicoso. La ambición de los buscadores de El Dorado fue respondida por las revueltas de los indios firajaras y caiquetias en la región de Coro, y de los zaparas de Maracaibo, durante la década de 1530. Los zaparas nunca aceptaron la colonización y volvieron a sublevarse en 1568, en 1571 y, finalmente, en 1607, poco antes de desaparecer. Fueron rebeliones desorganizadas, más fruto de la impotencia ante las masacres y la brutalidad de los colonos y expedicionarios que una resistencia organizada y con intenciones de permanencia.

Los excesos de las guarniciones militares y el trabajo esclavo motivaron las revueltas de los timoto-cuitas en la zona montañosa de Mérida y Trujillo. Los indios del Orinoco tampoco se mostraron conformes con la dominación y aculturación española. Cuando las armas de fuego y las enfermedades se lo permitían, organizaban ataques a los fortines militares, en un intento desesperado por sobrevivir y huir de la esclavitud.

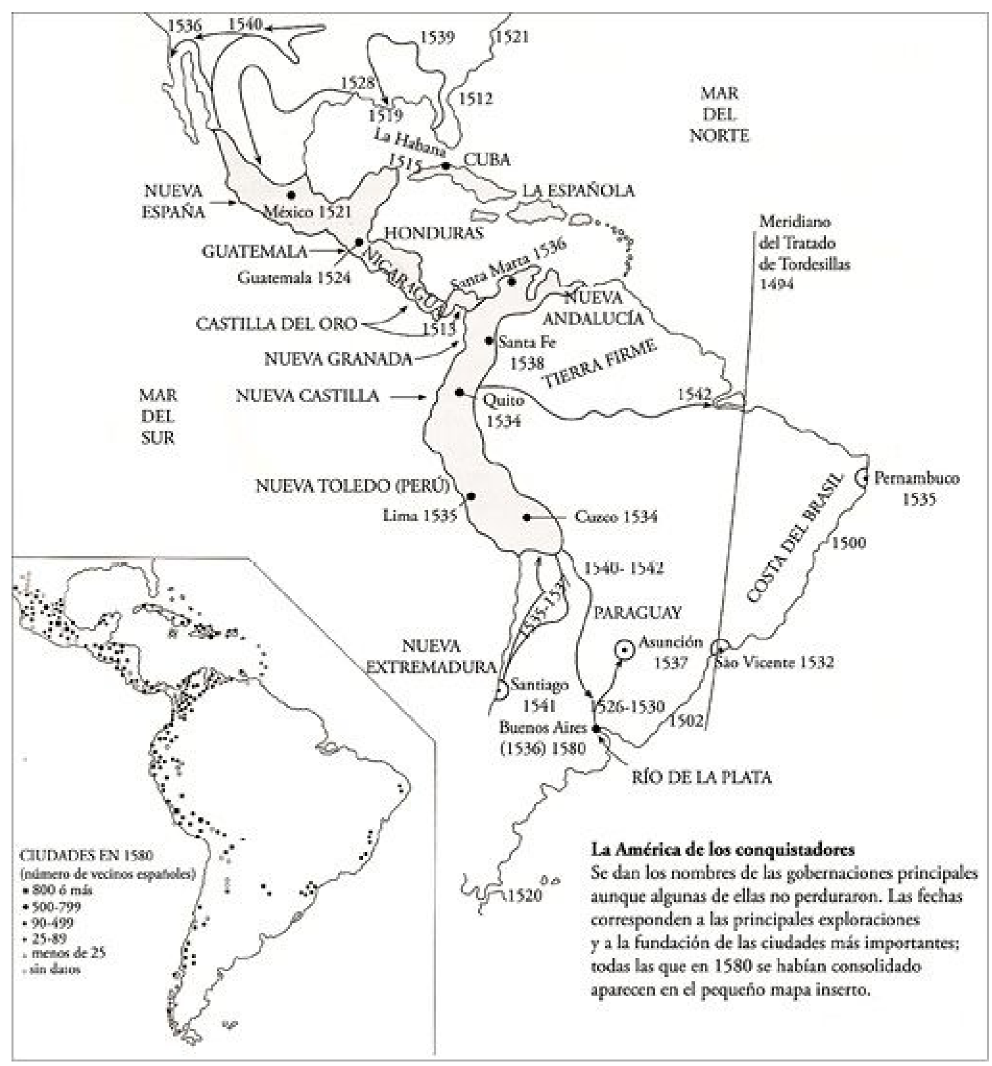
En toda la amplia región que hoy ocupa Venezuela, especialmente la zona del Orinoco, las tribus o pueblos que no aceptaron la colonización terminaron masacrados por las armas, esclavos de los terratenientes o los mineros, o se replegaron a las zonas más protegidas de la selva o las sierras. Aunque en un principio muchos indios trabajaron para los españoles, ante los numerosos desmanes y vejaciones que sufrían prefirieron escapar y convertirse en cimarrones fuera de la ley, viviendo como nómadas y conformando sus propias comunidades de huidos.

También hubo revueltas de los esclavos negros y mulatos, como la rebelión del negro Miguel (1552) o la de los cimarrones de la Guajira (1583-1586). Si bien esta no era población autóctona sino mano de obra traída para sustituir a los indios ante su casi desaparición, pronto fueron formando parte del paisaje humano de las Antillas y

de las costas de Nueva Granada. La región colombiana en torno a Cartagena de Indias, la costa cenagosa por los numerosos caños y el interior de profundos valles también sirvieron de amparo de cimarrones y esclavos negros huidos. Estas comunidades de fugitivos atacaban y robaban haciendas o asaltaban caravanas de comerciantes o almacenes y pequeños pueblos. Modalidad de resistencia que pervivió durante todo el período colonial y que únicamente se combatió con expediciones militares. Otra forma más sutil de resistencia empleada por indígenas, y sobre todo por africanos, fue la del bajo rendimiento en el trabajo, los hurtos y desobediencia continua y el mantenimiento de sus propios ritos y dioses.

La rebelión del negro Miguel

Miguel era un esclavo negro africano llegado al Caribe y trasladado en 1550 a trabajar a las minas de oro de Buría, en el valle de Nirgua (Venezuela). En 1552, acusado de trabajar con desgana y perder herramientas, fue azotado por su amo hasta la extenuación. Cuando pudo recuperarse, Miguel y un grupo de compatriotas huyeron a la selva, uniéndose en rebeldía a otros esclavos cimarrones. Poco a poco lograron formar un pequeño ejército capaz de atacar la recién fundada ciudad de Real de Minas de San Felipe, donde liberaron a otros esclavos que se unieron a la sedición. Escondidos en las montañas del interior, unidos a los indios jirajaras, también rebeldes, eligieron a Miguel como soberano y establecieron el primer reino negro en América, el *reino del Negro Miguel*. Pronto lo rodearon de toda la parafernalia castellana, con su Corte, sus herederos, sus oficiales y hasta obispos. Guarecidos por la orografía, mantuvieron algunas escaramuzas con los españoles, pero vivieron relativamente aislados durante más de año y medio. En 1554, Diego Losada decidió acabar con el foco sedicioso. La represión fue brutal: el rey Miguel fue muerto y decapitado y a los supervivientes se los mutiló para que sirviesen de ejemplo al resto de las tribus y esclavos. Sin embargo el germen revolucionario de Miguel y de los jirajaras prendió en la zona y se convirtió en permanente tierra hostil para los españoles.



Mapa Audiencias y ciudades

Este breve repaso a las zonas de resistencia confirma la importancia que tuvo en la conquista y colonización la existencia previa de fuertes estados organizados. En los territorios dominados por aztecas e incas, el sistema colonial se impuso sin excesivas resistencias y con pactos duraderos, utilizando las instituciones preexistentes, aunque estas sobrevivieron de forma fragmentaria y aislada del contexto en donde fueron creadas. Así se desarrolló una contraposición entre la visión de un mundo nuevo e impuesto que constituía una totalidad significante, y la continuidad parcial de instituciones y visiones de un sistema cosmológico que durante siglos les había dado sentido. Esta divergencia entre las continuidades y los cambios definió la crisis sobrevenida al mundo indígena poco después de la invasión.

Por contra, las zonas con población escasamente organizadas política y socialmente y con un desarrollo primitivo fueron las más resistentes al colonialismo. Tardaron en ser sometidas, y permanecieron aisladas durante siglos o sufrieron lentos procesos de aculturación, cuando no fueron finalmente exterminados o reducidos por los colonos criollos del siglo XIX.

Tras este tremendo choque y sus crisis consiguientes, la colonización no fue sino un proceso de reintegración económica, política, social y religiosa, cuyas formas diferentes –hispanización, sincretismo, resistencia, indigenismo…– siguen siendo las

líneas maestras que hoy marcan las sociedades sudamericanas.

Glosario

Adelantado: título y funciones otorgados por los monarcas de Castilla a algunos de los primeros conquistadores y exploradores de las Indias que les daba potestad militar, gubernativa y judicial sobre las tierras descubiertas o conquistadas. El adelantado era el representante del rey en su territorio y era la máxima autoridad, pudiendo nombrar regidores, alcaldes ordinarios, corregidores e incluso interinamente oficiales de la Real Hacienda. Asimismo podía promulgar ordenanzas, repartir y encomendar indios y poseía jurisdicción civil y criminal. Como mando militar supremo tenía la capacidad para organizar la milicia y nombrar a sus oficiales. El cargo solía darse por una o dos vidas, e incluso a perpetuidad, aunque cayó en desuso ya a finales del siglo XVI. La institución del adelantado provenía de la época de la Reconquista.

Alcabala: impuesto implantado en América a finales del siglo XVI que gravaba el tanto por ciento estipulado en todo contrato de compraventa o permuta de cualquier mercadería o producto. En 1522 Carlos I declaró el territorio del Nuevo Mundo exento de este tributo castellano, hasta que Felipe II decidió suprimir dicho privilegio, primero en Nueva España (1574) y después, paulatinamente, en el resto de América.

Alcalde mayor: funcionario real, máxima autoridad administrativa de los pueblos de españoles asignados, y juez superior a los alcaldes ordinarios. Sus cometidos eran muy diversos, desde presidir los cabildos, o recoger los tributos, hasta regular las relaciones entre los encomenderos y los indios. Eran nombrados por los virreyes o las Audiencias, o en su defecto por el rey o el Consejo de Indias.

Almojarifazgo de Indias: creado por Carlos I en 1545, este derecho grababa las exportaciones con destino a las Indias y las importaciones que procedían de allí. El pago se hacía a los oficiales de la Real Hacienda en los puertos de Sevilla o Cádiz.

Audiencia: institución jurídica creada en las Indias a semejanza de las Chancillerías o Audiencias castellanas, principalmente para la administración de justicia, pero que en ocasiones actuaron como organismos gubernativos desempeñando las funciones de los virreyes o gobernadores de los territorios sobre los que tenían jurisdicción. Sus miembros –oidores o magistrados– solían ser asesores y colaboradores de los virreyes. En otras ocasiones, por el contrario, mantuvieron duros enfrentamientos con los representantes del Gobierno. La primera Audiencia fue la de santo Domingo (1511), pero llegaron a crearse catorce en todo el territorio americano.

Bateas: artesa con un tamiz de fibras de lianas utilizado para filtrar las pepitas de mineral en los lavaderos de oro.

Bergantín: navío de dos palos, rápido y muy manejable, ideal para navegar tanto en mar abierta como en situaciones complicadas como en lagunas o ríos.

Cabildo: equivalente al ayuntamiento o consejo municipal castellano, fue la institución base de la colonización. El cabildo estaba encargado del gobierno local, y al frente del mismo se hallaba el corregidor o alcalde ordinario, elegido por los propios habitantes del municipio, arropado por los regidores o concejales. Tenía poderes legislativos, administrativos y en ocasiones de justicia. El cabildo abierto, en el que podían participar todos los ciudadanos de la villa, se reunía excepcionalmente para cuestiones graves o urgentes.

Cacique: usado genéricamente por los españoles para designar a cualquier jefe indígena con autoridad o jurisdicción sobre un grupo étnico, tribu o territorio, aunque su origen está en las islas y territorios circundantes al Caribe. Casi siempre jugaron un papel importante, ya que fueron los interlocutores o mediadores entre los españoles y los nativos. En su mayoría mantuvieron su papel predominante, pero siempre sometidos a la autoridad colonial y aceptando su papel subordinado.

Capitulaciones: concesión real hecha a un conquistador o explorador para conquistar, colonizar y poblar –fundando ciudades– un territorio previamente estipulado. El conquistador se comprometía a financiar la empresa de conquista, a reclutar a los hombres y a armar los navíos necesarios, en un plazo de tiempo marcado. Está considerada como un contrato de derecho público entre la Corona y el particular, en el que la Corona como soberana de todas las tierras del Nuevo Mundo da licencia para su exploración y explotación a cambio de ciertas franquicias, prebendas y concesión de tierras con la facultad de hacer repartimientos de las mismas.

Carabela: barco de origen ibérico con casco estrecho, de dos o tres palos con velas cuadradas en uno o dos de sus mástiles. Era un navío que permitía llevar bastante carga y ser ligero y rápido. Fue muy usada en los primeros viajes de descubrimiento y conquista, hasta que fue sustituida principalmente por los galeones y otros barcos de mayor tonelaje.

Casa de Contratación: creada en 1503 e instalada en Sevilla, su misión inicial fue la organización y control de todos los servicios de almacenaje, transporte y de viaje de pasajeros y mercancías, sobre navíos fletados por la Corona o particulares, con destino o procedencia de las Indias. También debía recaudar y gestionar los impuestos que sobre ese tráfico correspondían a la Corona. A partir de 1508 fue asimismo centro cartográfico y sede del piloto mayor de Indias, encargado de la formación de los pilotos que navegaban hacia las Indias.

Consejo Real y Supremo de Indias: creado en 1511, aunque no se conforma definitivamente hasta 1524, es el organismo más importante en la gobernación y administración de las Indias, con autoridad desde 1524 sobre la Casa de Contratación. Su labor primordial era redactar las leyes que gobernaban el Nuevo Mundo y nombrar a los funcionarios reales de cualquier rango que debían ejecutar y hacer cumplir dichas leyes.

Corregidor: presidente del cabildo, elegido en ciertos lugares por el rey, pero en

su mayoría nombrado por los vecinos de cada municipio.

Corregidor de indios: nombrado por los virreyes o las Audiencias, a su cargo tenía diversos pueblos de indios. Entre sus principales funciones estaban la protección de los indios y el establecimiento de las relaciones de estos con los encomenderos y asegurar el pago de sus jornales e impedir su explotación.

Criollos: blancos nacidos en América de padres peninsulares. Aunque eran considerados españoles a todos los efectos, sufrieron cierta discriminación política, por lo que pronto asumieron su condición como un estatus que les ligaba más a su tierra de nacimiento que a España.

Curaca: grandes señores del mundo inca que con el crecimiento del Tahuantinsuyo se convirtieron en una vasta clase de señores con muy distintos atributos y jurisdicciones. Al igual que los caciques del mundo caribeño, en muchos casos fueron los intermediarios entre la autoridad colonial y el mundo nativo.

Encomienda: figura jurídica institucionalizada por Nicolás de Ovando en 1503 por la cual a un conquistador español, para premiar sus servicios, se le otorgaban tierras o/e indios. Las tierras se entregaban en régimen de propiedad, y del indio el encomendero sólo podía percibir impuestos o su trabajo. A cambio, el nativo debía recibir protección y catequesis católica. El sistema muy pronto degeneró en una situación de casi esclavitud del indio y en la apropiación ilegal de tierras por parte de los encomenderos. Aunque se dictaron varias leyes para intentar remediar el problema, la realidad de los hechos consumados fue casi imposible de cambiar. El sistema de encomiendas se impuso en la mayoría de los territorios conquistados y las leyes apenas mitigaron sus desastrosos efectos sobre los indios.

El Dorado: entre los exploradores y conquistadores españoles se tuvo por cierta la existencia de un fabuloso reino, país de infinitas riquezas, situado en algún lugar escondido entre el Orinoco y el Amazonas. La leyenda originó numerosas expediciones en busca de ese maravilloso reino. Durante los tres siglos de vigencia del mito sufrió diversas transformaciones, tanto en su supuesta localización como en el nombre. Así, hubo un Dorado austral ubicado indistintamente en Trapalanda, en la Ciudad de los Césares o en la Sierra de la Plata. También en América del Norte se buscó con insistencia otro Dorado con el nombre de las Siete Ciudades de Cíbola o Quivira. La importancia de este mito fue el acicate para la búsqueda y exploración por nuevos territorios vírgenes. Todavía hoy sigue buscándose el extraordinario lugar: en agosto de 2002 una expedición liderada por un investigador polaco aseguró haber encontrado las ruinas de la ciudad de El Dorado en un remoto lugar de Perú.

Escribano: funcionario público autorizado para dar fe de las escrituras, de los documentos y del resto de los actos que ocurrían ante él.

Factor: funcionario real encargado de recaudar las rentas y los tributos debidos a la Corona en las Indias.

Flotas y galeones de Indias: desde mediados del siglo XVI funcionó el sistema de flotas y galeones. Desde Sevilla se despachaban dos armadas: la denominada

galeones partía en agosto y su destino era Panamá, algunas islas antillanas y Cartagena de Indias; la otra, denominada flota, salía en abril y recorría Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Veracruz y la costa hondureña. Ambas pasaban el invierno en América. La Habana era el punto de reunión para el regreso a España. Los trayectos se hacían en convoyes que, aunque eran mucho más lentos, resultaban más seguros frente a los piratas y corsarios. Portobello (Panamá) era el lugar clave de este comercio, ya que en invierno tenía lugar una importante feria para intercambiar productos europeos y americanos. Además, desde aquí partían las mercancías en lomos de acémilas hasta el otro lado del istmo para ser recogidas por la armada del mar del Sur que las transportaba hasta El Callao (Perú).

Galeón: gran embarcación de vela utilizada para el transporte y generalmente artillada con una o varias baterías de cañones. Los galeones se utilizaron para el envío de grandes cargamentos, formando convoyes de hasta treinta o cuarenta navíos.

Galeón de Manila: embarcación que una vez al año hacía la travesía de Acapulco a Manila y viceversa con mercancía y correo. Desde 1571 hasta 1734 fue el único barco autorizado a comerciar entre Filipinas y la América hispana.

Gobernador: cargo con funciones administrativas, legislativas y judiciales dependientes de las Audiencias o los virreyes, y designados por estos para gobernar una parte de su territorio.

Juicio de residencia: investigación judicial a la que estaban obligados todos los altos funcionarios públicos con objeto de analizar la conducta del funcionario durante el tiempo que desempeñó su cargo. La realizaba un juez especial, denominado «juez de residencia», una vez cesado definitivamente en el puesto. A la residencia estaban obligados todos los funcionarios reales, desde el virrey hasta el corregidor.

Leyes Nuevas: promulgadas por Carlos I a raíz de una de las Juntas Consultivas para las Indias celebradas en Valladolid en 1542 y continuada en Barcelona. Dictadas en un momento álgido de la polémica sobre la conquista, el trato dado a los indios y la legalidad de las encomiendas, trataban de mitigar la deplorable situación en que se encontraban los indígenas y cortar algunos de los privilegios de los conquistadores y colonos. Entre otras disposiciones que prohibían el trabajo obligatorio y esclavo de los nativos, se regulaban las encomiendas: se suprimían para el futuro, y las existentes se mantenían sólo durante la vida del encomendero y reduciéndolas en muchos casos. La oposición de los encomenderos a su aplicación, con graves disturbios como la guerra civil en Perú, obligaron a modificar algunos capítulos de las mismas en 1545 y a suspender su aplicación.

Maestre de Campo: equivalente al actual general de Estado Mayor y que en tiempos de la conquista solía ser el segundo jefe militar después de la autoridad designada por el rey (virrey, gobernador, adelantado o presidente de Audiencia).

Mita: institución incaica por la cual todos los indios estaban obligados a realizar un trabajo para el Inca o para la colectividad. Los españoles adoptaron este sistema coactivo de asignación laboral para proporcionar a los encomenderos trabajo nativo

temporal y, sobre todo, para la explotación de las minas de plata de Porco y Potosí y para las de mercurio en Huancavelica.

Mitayos: indio forzado al servicio de la mita. Los indios obligados a la mita en Potosí, dada la dureza del trabajo, sólo permanecían cuatro meses cada siete años. En Huancavelica los turnos se renovaban cada cuarenta días.

Naborías: en un principio se designaba así a los sirvientes indios de los caciques o reyes de las Antillas. Tras la colonización pasaron a formar parte del servicio personal de los españoles. En México, a finales del siglo XVI comienzan a designarse como naboríos a los indios que abandonan su pueblo para trabajar como asalariados en las haciendas de los colonos.

Náhuatl: lengua preponderante en el Imperio azteca. Era la lengua «franca» de la zona, que se utilizaba para el comercio y la cultura y que llegó a desarrollar una escritura pictográfica con una importante literatura, parte de ella recogida por los misioneros españoles.

Nao: navío de velas cuadradas que podía desplazar unas cien toneladas de carga. Fue uno de los tipos de barco mercante más utilizado durante las primeras décadas de la ruta de las Indias.

Noche Triste: la noche del 30 de junio de 1520 en la que los españoles fueron derrotados por los aztecas y tuvieron que abandonar Tenochtitlán (México). De los mil quinientos soldados con los que contaba Pedro de Alvarado para dominar la ciudad sólo se salvaron cuatrocientos cuarenta.

Oidor: magistrado juez de las Audiencias de Indias encargado de los procesos y fallos de los asuntos civiles y criminales. Eran nombrados por el Consejo de Indias y también ejercían como asesores de los virreyes, gobernadores o capitanes generales.

Patache: pequeña embarcación que servía para reconocer las costas, llevar avisos o guardar las entradas de los puertos y los ríos.

Perulero: conquistador o colono enriquecido en Perú y que regresaba a España.

Protector de indios: persona encargada de velar por los derechos de los indios. El cargo se institucionalizó como consecuencia de la creencia que suponía la incapacidad de los nativos para gobernarse y defenderse a sí mismos. En realidad se estableció para protegerlos de los abusos de los colonos y encomenderos, y para controlarlos mejor. Generalmente, el cargo recayó en eclesiásticos o misioneros. Los indios debían acudir al protector para hacer oír sus reclamaciones. Estos, a su vez, informaban y elevaban sus relaciones al Consejo de Indias para que se remediaran las situaciones denunciadas.

Pucará: fuertes o ciudadelas fortificadas con gruesos muros de pircas, situadas en oteros o puntos elevados estratégicos a modo de atalayas. Eran frecuentes en las regiones del altiplano de Perú, Bolivia, Argentina y Chile.

Puna: altiplano estepario de Perú, Bolivia, Colombia, Ecuador, Argentina y Chile, situado entre los tres mil y cuatro mil metros de altura.

Quechua: idioma dominante en el Imperio inca, hoy hablado por la mayoría de la

población indígena de Ecuador, Perú, Bolivia y norte de Argentina.

Quinto real: prerrogativa real que suponía para la Corona recaudar una quinta parte de las ganancias de las explotaciones mineras y de los rescates. En Perú también se aplicó a los tesoros robados o encontrados de los incas.

Reducción: poblados de indios creados por la administración colonial española para agrupar a los indígenas. El sistema obedece a la preocupación española de conseguir acabar con el nomadismo de los nativos, al tiempo que permitía tenerlos más controlados y facilitaba su evangelización y asimilación cultural, política y económica. Con el tiempo, y por la dominación efectiva que sobre estos poblados ejercieron los religiosos, terminaron siendo comunidades independientes y en muchos casos enfrentándose a la acción de los encomenderos.

Regidor: miembro del cabildo o consejo municipal, equivalente a los actuales concejales.

Repartimiento: sistema de utilización de mano de obra indígena, sancionado por las Leyes de Burgos de 1512, que consistía en entregar un determinado número de indios a un colono español para desempeñar diversos trabajos durante un tiempo estipulado. Por este sistema cada comunidad india estaba obligada a proporcionar una cantidad de trabajadores, bajo el control de un funcionario real o corregidor, y en teoría era un trabajo remunerado y reglamentado. Si bien terminó usándose de forma abusiva y sin ningún respeto por lo estipulado en las leyes.

Requerimiento: texto jurídico de obligada lectura a los indios por parte de los conquistadores o exploradores españoles, por el cual se solicitaba a los nativos su sumisión a la Corona de Castilla. El requerimiento también comunicaba que en caso de no cumplir con lo que en él se decía, los españoles, en virtud de los títulos de dominio sobre las Indias emanados del papado, podrían proceder a la conquista del territorio y la sumisión de los naturales por medio de la guerra. El texto fue redactado por Juan López Palacios Rubios y fue llevado a América por primera vez en la expedición de Pedrarias Dávila en 1515.

Rescate: en principio fue el término empleado para el trueque de mercancías que se hacía con los indios durante los primeros viajes de exploración y conquista. Muy pronto estas «entradas» de los españoles se convirtieron en auténticas expediciones de captura de esclavos, aunque oficialmente se siguiesen denominando rescates y el trueque de baratijas y otros productos sirviese de excusa oficial y señuelo para los nativos.

Soroche: mal de altura o apunamiento, dificultad respiratoria que se siente en lugares por encima de los dos mil quinientos metros, especialmente en la zona andina. Sus síntomas suelen ser: fatiga, mareos, vómitos y agudo dolor de cabeza.

Tahuantinsuyo (“Tierra de los Cuatro Suyos”): nombre quechua con el que se designaba al Imperio inca, a su vez dividido en cuatro Suyus o regiones: el Chinchaysuyo, que comprendía Ecuador y el Perú norte y centro; el Condesuyu, formado por el Perú meridional; el Andesuyu, donde se incluía la región más

inhóspita de selvas, bosques y montañas orientales; y el Collasuyo, la región al sur de Cuzco que comprendía toda la zona del lago Titicaca y la mayor parte de Bolivia, las altas tierras del noroeste argentino y el norte de Chile.

Tenochtitlán: capital del Imperio azteca. Ciudad construida en 1325 sobre una isla en mitad de varias lagunas. Poco antes de la llegada de Cortés la ciudad tenía unos doscientos cincuenta mil habitantes aproximadamente. Los dos espacios más importantes eran el Templo Mayor, que agrupaba unas ochenta edificaciones, y la gran plaza de Tlatelolco, con su enorme mercado que tanto maravilló a cronistas y conquistadores.

Tierra Firme: territorio continental de la América española que en las primeras décadas de la conquista designaba a Colombia y las costas de Panamá y Venezuela descubiertas por Colón en su tercer viaje (1498).

Veedor: inspector de la Corona encargado de que las expediciones o las explotaciones mineras se hiciesen según lo estipulado en las capitulaciones u ordenanzas reales.

Virrey: representante del rey en el virreinato donde ejercían la máxima autoridad. Eran a su vez los gobernadores de la provincia en la que residían, capitanes generales y presidentes de la Audiencia de su ciudad. Durante el siglo XVI sólo se crearon dos virreinatos –en 1535 el de Nueva España (México) y en 1544 el del Perú– que comprendían todos los territorios descubiertos hasta entonces. Con las reformas borbónicas del siglo XVIII se crearon dos nuevos virreinatos: el de Nueva Granada (1739), con capital en Bogotá, y el del Río de la Plata (1777), cuya capital fue Buenos Aires.

Visitas: comisiones de inspección o investigación enviadas por la Corona o el Consejo de Indias o la autoridad colonial pertinente para conocer la actuación de funcionarios e instituciones civiles o religiosas en el Nuevo Mundo. Los encargados de realizarlas eran los visitadores. Las visitas y los juicios de residencia eran los dos sistemas principales de control, por parte de la monarquía y el Consejo de Indias, de todo lo que se hacía en la América hispana.

Bibliografía

ABELLA, Rafael. *Los piratas del Nuevo Mundo*. Barcelona: Planeta, 1992.

APESTEGUI, Cruz. *Piratas en el Caribe. Corsarios, filibusteros y bucaneros (1493-1700)*. Madrid: Lunwerg Editores, 2000.

BARRAL, Ángel. *Rebeliones indígenas en la América española*. Madrid: Mapfre, 1992.

BARROS ARANA, Diego. *Historia general de Chile* (tomo I). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1999.

BAUDOT, Georges. *La vida cotidiana en la América Española en tiempos de Felipe II*. México: Siglo XXI, 1983.

BENNASSAR, Bartolomé. *La América española y la América portuguesa, siglos* XVI-XVIII. Madrid: Ediciones Akal, 1996.

BERNABÉU ALBERT, Salvador. *La aventura de lo imposible. Expediciones marítimas españolas*. Madrid: Lunwerg, 2000.

BERNAND, Carmen Y GRUZINSKI, Serge. *Historia del Nuevo Mundo* (2 vols.). México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

BETHELL, Leslie (ed.). *Historia de América Latina*, (Vols. I y II). Barcelona: Cambridge University Press-Crítica, 1998.

BONILLA, Heraclio. *El sistema colonial en la América española*. Barcelona: Crítica, 1991.

BOYD-BOWMAN, Peter. *Índice geobiográfico de más de 56 000 pobladores de la América Hispana (1493-1519)* (Tomo I). México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

BUSTO DUTHURBURU, José Antonio. *La conquista del Perú*. Lima: Librería Studium, 1984.

—, *Francisco Pizarro: el marqués gobernador*. Lima: Librería Studium, 1978.

—, *Francisco Pizarro*. Madrid: Rialp, 1965.

—, *Francisco Pizarro; Diego de Almagro*. Lima: Editorial Universitaria, 1964.

CARANDE, Ramón. *Carlos V y sus banqueros (3 vols*.). Barcelona: Editorial Crítica, 1990.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, Guillermo. *La exploración del Atlántico*. Madrid: Editorial Mapfre, 1991.

—, *América hispana (1492-1898)*. Madrid: Marcial Pons, 2009.

CHAUNU, Pierre. *La España de Carlos V*. Barcelona: Ediciones Península, 1976.

—, *Sevilla y América. s. XVI y s. XVII*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1983.

CHOCANO MENA, Magdalena. *La América colonial (1492-1763). Cultura y vida Cotidiana*. Madrid: Editorial Síntesis, 2000.

CROSBY, Alfred W. *Imperialismo ecológico*. Barcelona: Crítica, 1988.

DESCOLA, Jean. *Los conquistadores del Imperio español* (3.ª ed.). Barcelona: Editorial Juventud, 1989.

DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio. *América y la Monarquía española*. Granada: Editorial Comares, 2010.

DUVERGER, Christian. *Crónica de la eternidad*. Taurus: Madrid, 2013.

HERNÁN CORTES. Más allá de la leyenda. Taurus: Madrid, 2013.

ELLIOTT, J. H. *La España imperial*. Barcelona: Vicens-Vives, 1985.

—, *El Viejo y el Nuevo Mundo (1492-1650)*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.

—, *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*. Madrid: Taurus, 2006.

—, *España, Europa y el mundo de ultramar (1500-1800)*. Madrid: Taurus, 2009.

ESPINO LÓPEZ, Antonio. *La conquista de América. Una revisión crítica*. Barcelona: RBA Ediciones, 2013.

ESPINOSA SORIANO, Waldemar. *La civilización inca. Economía, sociedad y estado en el umbral de la*

conquista hispana. Lima: Editorial Istmo, 1990.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Felipe II y su tiempo*. Madrid: Espasa Calpe, 1998.

—, *Carlos V, el César y el hombre*. Madrid: Espasa Calpe, 1999.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe. *Los conquistadores del infinito. Una historia mundial de la exploración*. Barcelona: Destino, 2006.

—, *Las Américas*. Barcelona: Debate, 2004.

—, *Colón*. Barcelona: Editorial Crítica, 1992.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde finales del siglo XV* (3 vols.). Madrid: Atlas, 1954.

FRIEDERICI, Georg. *El carácter del descubrimiento y de la conquista (3 vols*.). México: Fondo de Cultura económica, 1987-1988.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo Y MATEO BRETOS, Lourdes. *La leyenda negra*. Madrid: Anaya, 1990.

GIBSON, Charles. *Los aztecas bajo el dominio español (1515-1810)*. Madrid: Siglo XXI, 1986.

GIL, Juan. *Mitos y utopías del Descubrimiento. I Colón y su tiempo. II El Pacífico. III El Dorado*. Madrid: Alianza editorial, 1989.

GÓNGORA, Mario. *Los grupos de conquistadores en Tierra Firme (1509-1530)*. Santiago de Chile: Centro de Historia Colonial, 1962.

GONZÁLEZ OCHOA, José M.ª. *Quién es quién en la América del Descubrimiento*. Madrid: Acento Editorial, 2003.

—, *Atlas de la América del Descubrimiento*. Madrid: Acento Editorial, 2004.

—, *Francisco Pizarro*. Trujillo: Fundación Obra Pía de los Pizarro-Palacio Barrantes Cervantes, 2010.

GORLA, Carlos María. *Los establecimientos españoles en la Patagonia: estudio institucional*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1984.

GREENLEAF, Richard E. *La Inquisición en Nueva España*. México: Siglo XXI Fondo de Cultura Económica, 1961.

GRUZINSKI, Serge. *Las cuatro partes del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.

GUILLÉN GUILLÉN, Edmundo. *Visión peruana de la conquista*. Lima: Milla Batres, 1979.

HANKE, Lewis. *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Madrid: Ediciones Istmo, 1988.

HANKE, Lewis Y RODRÍGUEZ, Celso. *Los virreyes españoles en América durante la casa de Austria*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, vols. 233-237 (Nueva España) y vols. 280-285 (Perú), 1976-1980.

HEMMING, John. *La conquista de los incas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

—, *En busca de El Dorado*. Barcelona: Ediciones Serbal, 1984.

IZARD, Miguel. *Tierra Firme. Historia de Venezuela y Colombia*. Madrid: Alianza editorial, 1987.

JARA, Álvaro. *Guerra y sociedad en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1961.

KAMEN, Henry. *Vocabulario de la historia moderna. España-América (1450-1750)*. Barcelona: Crítica, 1986.

—, *Imperio*. Madrid: Aguilar, 2003.

KIRKPATRICK, Frederick A. *Los conquistadores españoles*. Madrid: Rialp, 2000.

LANDÍN, Amancio Y SÁNCHEZ MASIÁ, Luis. *Descubrimientos españoles en la mar del Sur*. Madrid: Ediciones Naval, 1992.

LEE, Vicent R. *Forgotten Vilcabamba*. Wyoming: Empire-Sixpac Manco2000.

LEÓN PORTILLA, Miguel. *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. México: Editorial Joaquín Mórtiz, 1959.

—, *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*. México: Editorial Joaquín Mórtiz, 1964.

LIVI BACCI, Massimo. *Los estragos de la Conquista. Quebranto y declive de los indios de América*. Barcelona: Crítica, 2006.

LOCKHART, James. *Los de Cajamarca*. Lima: Editorial Milla Batres, 1972.

—, *El mundo hispanoperuano 1532-1560*. México: Fondo de Cultura económica, 1979.

LUCENA GIRALDO, Manuel (coord.). *Atlas de los exploradores españoles*. Barcelona: Planeta-Sociedad Geográfica Española, 2009.

—, *A los cuatro vientos*. Madrid: Marcial Pons, 2006.

LUCENA SALMORAL, Manuel. *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América*. Madrid: MAPFRE, 1992.

LYNCH, John. *España bajo los Austrias* (Vols. I y II). Barcelona: Península, 1970.

MADARIAGA, Salvador de. *Hernán Cortés*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1951.

—, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*. México: Editorial Hermes, 1952.

MAHN-LOT, Marianne. *Una aproximación histórica a la conquista de la América española*. Barcelona: Oikos Tau, 1977.

MANZANO MANZANO, Juan. *Colón y su secreto*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1982.

MARTÍN, Luis. *Las hijas de los conquistadores. Mujeres en el virreinato del Perú*. Barcelona: Casiopea, 2000.

MARTÍNEZ, José Luis. *Pasajeros de indias. Viajes transatlánticos en el siglo* XVI. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. *Historia de España (Vols*. XVII-XXII). Madrid: Espasa Calpe, 1979.

MIRA CABALLOS, Esteban. *Las armadas imperiales*. Madrid: La esfera de los libros, 2005.

MIRALLES, Juan. *Hernán Cortés*. Barcelona: Tusquets, 2001.

MOLLAT, Michel. *Los exploradores del s*. XIII *al s*. XVI. *Primeras miradas sobre nuevos mundos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.

MORALES PADRÓN, Francisco. *Historia del Descubrimiento y Conquista de América*. Madrid: Editorial Gredos, 1998.

—, *Atlas histórico cultural de América* (Vols. I y II). Las Palmas de Gran Canaria: Comisión de Canarias para la Conmemoración del V Centenario-Consejería de Cultura y Deportes, 1988.

O'GORMAN, Edmundo. *La idea del descubrimiento de América*. México: UNAM, 1976.

—, *La invención de América. El universalismo de la Cultura de Occidente*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

O'SULLIVAN-BEARE, Nancy. *Las mujeres de los conquistadores: la mujer española en los comienzos de la colonización española*. Madrid: Compañía Bibliográfica Española, 1956.

OYARZUN, Javier. *Expediciones al estrecho de Magallanes y Tierra de Fuego*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica-AECI, 1999.

PARDO, Luis. *El imperio de Vilcabamba: el reinado de los cuatro últimos inca*. Cuzco: Editorial Garcilaso, 1972.

PÉREZ, Joseph. *La España del siglo* XVI. Madrid: Espasa-Calpe, 2002.

PÉREZ HERRERO, Pedro. *La América colonial (1492-1763). Política y Sociedad*. Madrid: Editorial Síntesis, 2002.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl. *Pizarro*. Lima: Editorial Pizarro, 1978.

PRIETO, Carlos. *El océano Pacífico: Navegantes españoles en el siglo* XVI. Madrid: Alianza Editorial, 1975.

RAMOS PÉREZ, Demetrio (coord.). *Historia general de España y América*. Madrid: Rialp, 1982-1989.

—, *Audacia, negocios y política en los viajes españoles de descubrimiento y rescate*. Valladolid: Casa Museo de Colón/Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1981.

RECINOS, Adrián (ed.). *Crónicas indígenas de Guatemala*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1957.

RESTALL, Matthew. *Los siete mitos de la conquista española*. Barcelona: Paidós, 2004.

RUBIO MAÑÉ, José Ignacio. *El Virreinato* (4 vols.). México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

RUMEU DE ARMAS, Antonio. *Historia de la piratería en América española*. Madrid: San Martín, 1985.

SALAS, Alberto Mario. *Las armas de la conquista*. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra, 1986.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio. *La Edad Media española y la empresa de América*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás. *La población de América latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2025*. Madrid: Alianza Editorial, 1994.

SAUER, Carl Ortwin. *Descubrimiento y dominación española del Caribe*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

SCHÄFER, Ernest. *El Consejo Real y Supremo de las Indias*. Centro de Estudios de Historia de América (2 vols.). Valladolid: Junta de Castilla y León-Marcial Pons, 2003.

SOLANO, Francisco de (y otros). *Proceso histórico al conquistador*. Madrid: Alianza Universidad, 1988.

THOMAS, Hugh. *Quién es quién de los Conquistadores de México*. Barcelona: Salvat, 2001.

—, *La Conquista de México*. Barcelona: Planeta, 2000.

—, *El Imperio español*. Barcelona: Planeta, 2003.

—, *El imperio español de Carlos V*. Barcelona: Planeta, 2010.

TODOROV, Tzvetan. *La conquista de América. El problema del otro*. Madrid: Siglo XXI, 1987.

VARCÁRCEL, Carlos. *Rebeliones coloniales sudamericanas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

VARELA, Carmen. *Cristóbal Colón, de corsario a almirante*. Barcelona: Lunwerg, 2005.

VEGA, Juan José. *Los incas frente a España. Las guerras de Resistencia (1531-1544)*. Lima: Editorial Peisa, 1992.

VILAR VILAR, Enriqueta. *Hispanoamérica y el comercio de esclavos*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1977.

VILLALOBOS, Sergio. *Vida fronteriza en la Araucaria: el mito de la guerra de Arauco*. Santiago de Chile: Andrés Bello Editores, 1995.

VV. AA. Actas del Congreso: «Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI» (Vols. I-VI). Madrid/Lisboa: Sociedad Estatal Lisboa 98, 1998.

VV. AA. *Descubrimiento y fundación de los Reinos de Indias (1475-1560)*. Madrid: Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de Madrid-Comisión Nacional Quinto Centenario, 1998.

VV. AA. *Historia general de América latina* (Vols. I, II y III). Madrid: UNESCO-TROTTA, 2001.

VV. AA. *Gran enciclopedia de España y América*. (10 vols.). Madrid: Espasa Calpe/Argantonio, 1983.

VV. AA. *La ética en la conquista de América*. Madrid: CSIC, 1984.

VV. AA. *Felipe II. Un monarca y su época*. El Escorial: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998.

VV. AA. *Summa artis. Historia general del Arte*. Vol. XXVII: Arte Iberoamericano, desde la colonización a la Independencia. Primera parte. Madrid: Espasa-Calpe, 1985.

WATCHEL, Nathan. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española*. Madrid: Alianza Editorial, 1976.

WALLERSTEIN, Immanuel. *El moderno sistema mundial* (Tomo I y II). México: Siglo XXI Editores, 1991.

ZABALA, Silvio. *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*. México: Porrúa, 1971.

—, *El mundo americano en la época colonial* (2 vols.). México: Porrúa, 1967.

Notas

[1] NAIPAUL, V. S. *La pérdida de El Dorado*. Barcelona: Destino, 2009. <<

[2] DUVERGER, Christian. *Crónica de la eternidad*. Taurus: Madrid, 2013. Las afirmaciones de Duverger han sido refutadas o matizadas por diversos especialistas como Guillermo Seres, Carlos Martínez Shaw o Esteban Mira Caballos. <<

[3] MIRALLES, Juan. *Hernán Cortés. El inventor de México*. Barcelona: Tusquets, 2001. <<

[4] Duverger, Christian. *Hernán Cortés. Más allá de la leyenda*. Madrid: Taurus, 2013 <<